

**Jack
Ketchum**

Al acecho



de

CRIMINAL

«Si lees *Al acecho* el día de Acción de Gracias, seguramente no podrás dormir hasta

Lectulandia

«¿Quién es el escritor americano más sobrecogedor? Probablemente, Jack Ketchum, el forajido escritor de novelas de terror cuya estremecedora primera novela, *Al acecho*, está finalmente disponible sin censura. Ketchum se ha convertido en un héroe para todos aquellos que escribimos relatos de terror y suspense. Es, sencillamente, uno de los mejores del género». — Stephen King

«Ketchum es el más interesante exponente actual del terror psicológico, físico y realista». —*Qué Leer*

«*Al acecho* sigue siendo una influencia capital para el terror actual. Solamente una novela articulada con pericia y verdadera emoción puede proyectar una sombra tan larga, y la obra de Ketchum tiene ambas». —*Publishers Weekly*

Septiembre. Una bella editora neoyorquina se retira, en temporada baja, a una solitaria cabaña en la colina de una tranquila ciudad costera, Dead River, donde espera la llegada de su hermana y sus amigos. Cerca, en el bosque sombrío, una familia de caníbales salvajes está al acecho, observando y esperando a que salga la luna y caiga la noche...

Y en pocas horas, cinco personas civilizadas y sofisticadas, así como un viejo y cansado *sheriff*, aprenderán cuán primitivos somos debajo de la superficie y que no existen límites ante el deseo de sobrevivir.

Lectulandia

Jack Ketchum

Al acecho

ePub r1.0

GONZALEZ 17.05.16

Título original: *Off Season*
Jack Ketchum, 1981
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández
Diseño de cubierta: Josep Feliu
Imagen de cubierta: Pep Serra

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Hay dos escritores que se han encargado a lo largo de los años de impedir que yo desapareciera sumergido en el oficio de la carpintería: el fallecido y muy añorado Robert Bloch, a quien dediqué Hide and seek, y Stephen King. Este libro se lo dedico, con toda mi gratitud, a Steve, quien, además, da la casualidad de que leyó el original hace mucho, mucho tiempo

¡Oh, Dios! ¡Dios! ¿Así es como tengo que morir?

JACK SLADE

Las que llevan el bar son Sodoma y Gomorra.

JOHN COUGAR

PRIMERA PARTE

12 de septiembre de 1981

12.26 A. M.

Vieron como cruzaba el prado y pasaba por encima del murete de piedra para llegar al bosque que se extendía al otro lado. Parecía torpe. Sería fácil de atrapar.

Se tomaron su tiempo. Partieron las ramas de abedul y les arrancaron la corteza. Se la oía moverse entre los matorrales. Se miraron entre sí y sonrieron, pero no dijeron nada. Terminaron de arrancar la corteza y fueron a por ella.

Le dio las gracias a Dios por la luz de la luna. Casi no había visto el agujero de una antigua carbonera, y era profundo. Lo rodeó con cuidado y después siguió corriendo sobre la hierba larga y entre las espadañas. Dejó atrás los pinos blancos y negros, los abedules y los álamos. Sentía el musgo y el liquen bajo los pies. Olía a podrido y a hierba mojada. Los oyó caminar y caerse por el surco que ella había dejado a sus espaldas. Sus voces eran agudas y musicales. Eran niños que jugaban en la oscuridad. Recordó sus manos cuando la tocaron: ásperas, fuertes, manos pequeñas con uñas largas y afiladas que le rasgaron la piel cuando la agarraron. Se estremeció. Oyó sus risas, más cercanas ya. El bosque se hizo más espeso delante de ella.

Tuvo que avanzar con mayor lentitud. Costaba mucho ver. Las ramas largas le tiraban del cabello y le golpeaban con crueldad en los ojos. Cruzó los brazos desnudos para protegerse la cara, y las ramas le arañaron la piel y la hicieron sangrar. Notó a su espalda como los niños se paraban a escuchar. Empezó a llorar.

Estúpida, pensó. Era una estupidez empezar a llorar en un momento como ese. Los oyó ponerse de nuevo en movimiento cerca de ella. ¿La estarían viendo ya? Se lanzó a atravesar los matorrales espesos. Las pequeñas ramas secas se le clavaron a través del vestido fino de algodón como si estuviera desnuda, y le hicieron sangre en los brazos, las piernas y el vientre. El dolor no la detuvo; la acicateó. Dejó de intentar protegerse el rostro y apartó las ramas abriéndose paso a manotazos por la maleza en dirección al claro.

Inspiró profundamente y de inmediato le llegó el olor a mar. Ya no podía estar muy lejos. Echó a correr. Quizá allí podría encontrar alguna casa, la cabaña de algún pescador. A alguien. El prado era ancho y largo. No tardó en oír como rompían las olas y se quitó los zapatos a patadas para correr descalza hacia el sonido. Once cuerpos pequeños y pálidos surgieron de los últimos matorrales y la observaron bajo la luz de la luna.

No vio nada, ni casas ni luces. Tan solo una amplia llanura de hierbas altas. ¿Qué pasaría si delante no tuviera más que el mar? Quedaría acorralada, atrapada. No quiso

pensar en ello. Deprisa, se dijo, corre más deprisa. Sintió frío en los pulmones y un dolor en su interior. El sonido le llegaba con más fuerza. El mar se encontraba muy cerca, en algún punto justo al otro lado de la pradera.

Oyó sus pisadas y supo que estaban muy cerca. Siguió corriendo con una energía que no sabía que tuviera. Les oyó reírse. Sus risas eran horribles, frías y crueles. Vio que algunos de ellos ya corrían a su lado, sin esfuerzo aparente, mirándola y sonriendo. Los ojos y los dientes al descubierto relucían bajo la luz de la luna.

Sabían que estaba indefensa. Estaban jugando con ella. Lo único que podía hacer era seguir corriendo y esperar, contra toda probabilidad, que se aburrieran del juego. No vio ninguna casa por allí cerca. Iba a morir sola. Oyó a uno de ellos soltar un pequeño grito parecido al de un perro y, de repente, notó como algo le azotaba las pantorrillas por detrás. El dolor fue tan agudo y tan intenso que casi la hizo caer. No iba a conseguirlo. La tenían rodeada. Era imposible. Sintió que se le vaciaba la vejiga, y supo que estaba cediendo al pánico.

Se maldijo a sí misma una vez más por haberse parado y por haber bajado del coche, por hacer de buena samaritana. Pero se había sorprendido al ver a una niña pequeña caminar tambaleándose por una carretera solitaria y oscura. Había doblado la curva y de repente, allí estaba, con el vestido desgarrado casi hasta la cintura. Vio bajo la luz de los focos que tenía las manos en la cara, como si estuviese llorando. No podía tener más de seis años.

Así que había parado el coche y se le había acercado pensando que se trataba de un accidente o de una violación. La niña había levantado la vista, la había mirado con aquellos ojos negros de expresión intensa que no mostraban ningún resto de lágrimas y había sonreído. Algo la hizo mirar a su alrededor y, luego, hacia su coche, y los vio, delante del vehículo, impidiendo que regresara a él. De repente, tuvo miedo. Les gritó que se apartaran, a sabiendas de que no lo harían. «¡Salid de ahí!», les chilló, pero se sintió indefensa y estúpida. Se echaron a reír y se abalanzaron sobre ella. Fue entonces cuando notó sus manos encima y supo que querían matarla.

Los que corrían a su lado empezaron a acercarse más. Los miró un momento. Sucios. Repugnantes. Eran cuatro en total, tres a su izquierda y uno a su derecha. El grupo de tres estaba formado solo por chicos, y la que corría sola era una niña. Se desvió hacia esta y la embistió. El golpe lanzó a la niña hacia un lado, y oyó un grito. Los demás soltaron grandes carcajadas. Sintió un dolor rápido y ardiente en la espalda y en los hombros, y, a continuación, dos latigazos muy seguidos le cruzaron las nalgas. Notó las piernas flojas y débiles. Sabía que estaba perdiendo fuerza a cada momento, pero el miedo que tenía a caerse era mayor que el dolor que sentía, mucho mayor. Si se caía, la apalearían hasta la muerte. Notó la humedad que le cubría los hombros y los muslos, y supo que le habían hecho sangre. El mar estaba ya tan cerca que casi podía saborearlo con la lengua, sentir la espuma de las olas sobre el cuerpo. Siguió corriendo.

Vio que a los que corrían a su izquierda se había unido un chico nuevo, uno

mayor, que avanzaba con rapidez. ¡Dios! ¿Qué es lo que lleva puesto?, pensó. Parecía una piel, de animal. ¿Quién era aquella gente? Aparecieron otros dos críos a su derecha. No distinguió si se trataba de niños o de niñas. Atravesaban con facilidad las hierbas altas. Dejad de jugar conmigo, pensó, por favor, parad. El chico grande aceleró el ritmo de la carrera y se colocó justo delante de ella. Ya estaba rodeada por completo. El muchacho echó un breve vistazo hacia atrás por encima del hombro, y bajo la luz de la luna ella pudo ver que tenía el rostro cubierto de costras y de espinillas.

El miedo que sentía era frío y vacío. Los varetazos le abrieron cortes profundos en la espalda y en las piernas. No podía hacer otra cosa que seguir corriendo. Solo quedaba correr; correr y llegar al mar.

Miró fijamente a la espalda del muchacho e intentó concentrarse, concentrarse en mantener la fuerza y el coraje. De repente, el chico grande se giró y lo único que le dio tiempo a ver fue la sombra de la vara antes de que el rostro le estallara en una explosión de dolor. La nariz empezó a sangrarle, y sintió la cara en carne viva de una mejilla a otra. El sabor de la sangre en la boca. Le costaba respirar. Sabía que tendría que parar pronto. Le dio la impresión de que algo ya había muerto en su interior. Casi chocó con el muchacho cuando se paró delante de ella. Observó a izquierda y a derecha en busca de una escapatoria. No era capaz de mirarlo. No hasta que no le quedara más remedio.

Vio algo que destellaba bajo la luna a espaldas del muchacho. Allí estaba. El mar. Le hizo sentirse terriblemente cansada. No quedaba adónde ir. No había nadie que la pudiera ayudar. No había ninguna casa. Tan solo un tremendo salto por los acantilados de granito hasta la desconocida profundidad del océano. Solo la caída sería más que suficiente para matarla. No quedaba esperanza. Ninguna. Dejó de correr y se giró lentamente para encararse con los perseguidores que la rodeaban.

Por un momento no fueron más que niños de nuevo, y se quedó mirando sorprendida los harapos y los andrajos que llevaban puestos, las caras increíblemente sucias, los ojos brillantes por la cacería, los cuerpos pequeños y nervudos, y pensó que aquello no podía estar pasando, que ningún crío podía comportarse de esa manera. Que estaba inmersa en una pesadilla de sangre y dolor. Luego se fijó en que sus cuerpos se ponían tensos y se encorvaban un poco, que las ramas se alzaban de nuevo, que entrecerraban los ojos y apretaban los labios. Cerró los ojos para no verlo.

Un instante después se lanzaron sobre ella. Las uñas repugnantes le desgarraron la ropa y las ramas le golpearon con fuerza en la cabeza y en los hombros. Gritó. Eso solo provocó más risas. Sintió que sus bocas babeantes se le apretaban contra la piel, que se le erizó con la sensación pegajosa de la saliva y la sangre. Gritó de nuevo y la invadió una sensación de miedo que jamás había conocido y que estalló de un modo desesperado contra ellos. De repente, se sintió enorme y fuerte comparada con ellos, como un inmenso monstruo herido. Abrió los ojos y golpeó con ferocidad a su alrededor. Les propinó golpes en la frente y en la boca con sus pequeños puños, y

empujó con fuerza sus cuerpos repugnantes y asquerosos. Por un momento pareció que iba a ser capaz de abrirse paso a través de ellos hacia el chico grande que tenía enfrente, pero se abalanzaron de nuevo sobre su cuerpo. Volvió a empujar y rodó dos veces sobre sí misma. Se los quitó de encima y un instante después había atravesado el círculo que la rodeaba, y tenía vía libre. El muchacho se dio cuenta de lo que intentaba y se apresuró a apartarse de su camino.

No había nada que considerar, ni tiempo para pensar o tener miedo. Pasó corriendo al lado del muchacho hacia el fresco aire nocturno. Saltó por encima del acantilado, sin aliento, en dirección a las olas furiosas y poderosas, hacia la oscuridad helada e inmensa. Y quedó limpia de sangre en el mar salado y frío.

1.15 A. M.

No había nada que les interesara mucho en la pequeña maleta azul. Tres blusas de algodón, un poco sucias. Un jersey de color verde. Aparte de eso, sujetadores, medias, calcetines finos y una falda de *tweed*. En uno de los asientos delanteros había una rebeca blanca de cachemira que se abotonaba por delante. La chica se la puso por encima de la andrajosa camisa militar y pasó las manos rugosas por el tejido suave, cuyas mangas manchó. La distrajerón los dos niños de diez años que estaban intentando abrir la guantera con pequeñas navajas. El coche olía al perfume de la mujer y a humo de cigarrillos.

A excepción de unos cuantos papeles (algunos mapas, una licencia y un permiso de conducir), la guantera estaba vacía. El muchacho de la piel enferma vació el bolso en el asiento del conductor y revisó el contenido con sus dedos largos y huesudos: un peine y un cepillo de plástico, unas horquillas, un pañuelo largo de seda roja, pintalabios, colorete, un lápiz de ojos y un perfilador de cejas, un viejo espejo de mano de superficie algo borrosa, una agenda de direcciones, unas gafas de sol, un pasaporte, una calculadora, una libro de bolsillo, una lima de uñas, otro pintalabios y una cartera. En la cartera encontró ochenta y cinco dólares en billetes de diez, de cinco y de uno, una tarjeta de cliente de los grandes almacenes Bloomingdale's y tarjetas de crédito de Master Charge y American Express. Repasó las fotografías que había dentro: una mujer y un hombre en bañador, un perro pequeño y de aspecto extraño, una mujer mayor que limpiaba un pollo en un fregadero de porcelana, con el cabello recogido por rulos. No había nada que quisiera.

El muchacho sacó su cuerpo de adolescente desgarrado del coche y les hizo un gesto al niño y a la niña que estaban esperando fuera. Los dos se abalanzaron sobre el asiento del conductor. El chico eligió el lápiz de labios de color más oscuro y empezó a pintar círculos en el espejo retrovisor. A la chica le gustó la fotografía del perro que parecía una rata y el espejo de mano, y se los metió en la bolsa mugrienta que llevaba colgada del cuello. Mientras tanto, el muchacho había encontrado un bote de líquido antiescarpa metido debajo del asiento. Lo sacudió. Estaba casi vacío.

No podía abrir el maletero porque no tenía nada para hacer palanca. Que las llaves del maletero siguieran colgando en el contacto no significaba nada para él. No comprendía el funcionamiento de las llaves. Solo sabía que allí dentro podría haber algo más.

Mientras regresaban por el bosque vieron un búho y se quedaron a la espera y en silencio mientras cazaba su presa, un sapo grande al que apenas lograron distinguir por encima de la superficie del agua. Contemplaron como el ave regresaba a su rama y comenzaba a devorar a su víctima. El muchacho de la piel enferma le lanzó una

piedra, que le golpeó de lleno en el pecho. El búho se desplomó sobre un matorral de zarzas. Los niños pequeños lanzaron gritos de alegría, pero el muchacho no intentó recuperar el cadáver. Los espinos serían un problema. Ya llegaría algún animal al que no le importaran. De noche, todas las criaturas salían de caza.

11.30 A. M.

La cocina empezaba a parecerle aceptable. Sería genial en cuanto estuviera limpia de nuevo. Había una larga mesa de hoja doble, mucho espacio de encimera y mucha luz que atravesaba la gran ventana que se abría sobre el fregadero, encarada hacia el este, hacia la ladera y el campo de flores de solidago secas que hacía de patio trasero. También había dos ventanas más pequeñas que daban al oeste y al sur. Lo mejor de todo era una antigua y enorme estufa de leña situada en el centro de la estancia, lo bastante grande como para calentarla completamente y, probablemente, también los dos dormitorios.

La cocina era el cuarto más grande de toda la casa y era obvio que la intención al construirla había sido que fuera su centro vital. Las dos puertas conducían directamente a ella: la puerta trasera, que se encontraba a la izquierda del fregadero, y la puerta delantera, situada al otro extremo de la mesa, al lado de un sofá de cuero enorme. Iba a ser un sitio muy cómodo. Carla se apartó del lavadero un momento y miró a su alrededor. Ya tenía buen aspecto. Recogió la bolsa de papel marrón llena de paños sucios y de ceniza y la tiró en uno de los cubos de basura que había en el porche.

Pensó que hacía un día maravilloso. El sol brillaba con intensidad, pero el aire era lo suficientemente fresco como para liarle una excusa para encender la estufa. Distinguió a lo lejos el sonido de las olas al romper en la orilla. Era una pena que no pudiera ver el mar desde allí; tan solo divisó un albatros que planeaba en la distancia.

Abrió la puerta de la leñera y descubrió que estaba llena de troncos de roble y de álamo. Había ramitas para iniciar un fuego en una caja colocada en el suelo. Alguien se había esforzado mucho para que el lugar estuviera preparado a su llegada. Estaba todo sucio, como era de esperar, pero a Carla no le importaba hacer un poco de limpieza. Lo que más agradecía era la leña. Partir madera no era algo que se le diese especialmente bien. También apreciaba otros pequeños detalles, como los números de emergencia que habían dejado sobre el teléfono, en caso de que necesitara un médico o —una idea inquietante— a la policía; como la extensión de cable eléctrico para su máquina de escribir que le habían dejado sobre la mesa de la cocina; o como el hecho de que se hubieran acordado de enchufar la nevera. Alguien incluso había pasado un poco la escoba. Si se tenía en cuenta que el agente inmobiliario le había dicho que la casa llevaba un año sin alquilarse, tampoco estaba tan sucia. El agente le había comentado que el verano anterior había sido muy malo. Demasiadas medusas en la playa. Ella se esperaba un desorden increíble, pero fue agradable descubrir que se había equivocado. En general, le habían dejado la casa en un estado bastante aceptable. Había un hacha bien afilada en la leñera por si necesitara más madera,

aunque, por lo que había visto, confiaba en que no tendría que usarla, a no ser que hiciera un otoño tremendamente frío.

Hizo unos cuantos viajes entre la leñera y la cocina hasta que juzgó que tenía suficientes troncos. Luego se calentó una taza de café y se sentó a la mesa a pensar en lo que le quedaba por hacer. Ya tenía limpios los dormitorios y el cuarto de baño, y acababa de terminar la cocina. Quedaba el salón y, si le apetecía, el desván. Si no estuviese esperando a Jim, Marjie y a los demás, que llegarían al día siguiente, hubiera dejado sin hacer la sala de estar durante unos cuantos días más, pero calculó que, al ser seis, necesitarían ese espacio.

Pensó que había sido una tontería hacerles venir tan pronto, antes incluso de que se hubiera instalado del todo, pero les había invitado siguiendo un impulso, y ya estaba hecho. Jim había terminado de filmar y nunca se sabía cuándo tendría que salir corriendo de nuevo a Los Ángeles para protagonizar otro anuncio estúpido para la televisión o algo parecido. Así que, al menos para él, el momento era adecuado. ¿Cómo había terminado manteniendo una relación con un actor? No era ni de lejos la gente que más le gustaba. Tendían a ser bastante obstinados y muy egocéntricos. La verdad era que sabía muy bien por qué había acabado saliendo con él. Era muy sencillo: jamás había visto a nadie tan guapo en toda su vida. Aceptar aquello le hizo sonreír.

Después de lo de Nick, le había parecido mucho más sencillo estar con un hombre que fuera atractivo, que le hiciera el amor, que la llevara a sitios y que no fuera más allá de eso. Nick era alguien demasiado complejo. Había invertido demasiada energía en él. En esos momentos, lo que más le interesaba era su trabajo, no los hombres. Siempre había entregado buena parte de su tiempo a las relaciones y nunca habían funcionado del todo. Quería simplificar su vida para dedicarse a su carrera profesional. Ver que triunfaba le daba una sensación de control, y mucha satisfacción. En cuanto a Jim, era muy guapo y muy agradable al tacto, y eso era todo.

Tomó un sorbo de café con gesto distraído mientras mantenía los ojos fijos en el recuadro de luz solar que brillaba sobre la encimera de la cocina. Pensó que incluso su relación con Nick era ahora más sencilla. Eran amigos. Estaba impaciente por verlo. Recordó lo celoso que se que había puesto cuando empezó a salir con otros hombres. Se alegraba de que todo aquello hubiera acabado, de que hubieran tenido aquella pequeña charla, que en realidad fue una maratón que duró hasta el amanecer. De lo contrario, hubiera sido algo problemático alojar a Nick y a Jim en la misma casa. Lo único que realmente quería de los hombres en esos momentos era amistad y sexo. Nick le daba lo primero, y Jim, lo segundo. La vida no estaba mal después de todo.

Pensó en cómo se repartirían para dormir. Nick y Laura podrían dormir en el primer dormitorio, y Marjie y Dan, en el segundo. Jim y ella utilizarían el sofá cama que estaba delante de la ventana de la sala de estar. Eso significaba que sería mejor que levantara el culo y se pusiera a limpiarla. Se bebió de golpe el resto del café

como si fuera un trago de *whisky* y se puso a trabajar.

La distribución de la casa era un tanto extraña. El salón casi parecía una idea de última hora. Se extendía a lo largo de la pared del primer dormitorio, el de mayor tamaño, como si fuera también un dormitorio, de manera que la casa la conformaran una cocina a un lado y tres habitaciones de tamaño similar, más un cuarto de baño, al otro. En la sala de estar había una chimenea pequeña, y Carla supuso que sería mejor dejar una pila de leños allí también. Debido al lugar donde estaba situada la gran estufa de la cocina, no era probable que calentara demasiado bien la sala. En esa habitación se notaba un olor vagamente mohoso que no se percibía en el resto de la casa. No era demasiado cómoda. Los muebles eran viejos y de mala calidad. Sacó las sillas al exterior una por una para que se airearan bien y sacudió los cojines a fondo para que echaran todo el polvo.

Lo que sí tenía el salón era una de aquellas vigas de madera talladas a mano que cruzaban el techo. Según el agente inmobiliario, la casa tenía más de cien años, y eso se notaba sobre todo en las vigas. Eran enormes, de una hermosa madera de color oscuro. Algo realmente encantador. Hacía que te dieran ganas de grabar tus iniciales en ellas para que también estuvieran allí otros cien años, aunque a uno le sabría mal estropearlas. Pensó que sería agradable levantar la mirada y verlas iluminadas por el fuego de la chimenea con cierto actor joven encima. Por un momento casi pudo sentirlo. Fantasía número 620, subsección «Espíritu de pionera».

«Demasiado subido de tono, Carla». Esperaba de todas maneras que la chimenea funcionase. Si no, con Jim o sin él, iba a hacer mucho frío allí dentro. Claro que siempre podía dejar abierta la puerta del desván para que el calor recogido a lo largo del día subiese un poco la temperatura. Sin embargo, no le gustaba la idea. Había algo inquietante en el viejo desván, y prefería dejarlo cerrado. En cuanto el lugar estuviera limpio, encendería la chimenea.

La sala de estar estaba bastante aceptable para las dos en punto y Carla ya casi había entrado todo el mobiliario de nuevo. Estaba cansada. Había sido una buena jornada de trabajo. Se alegró de haber salido lo bastante temprano del motel como para acabarlo todo ese mismo día. Si no, probablemente todavía estaría limpiando cuando llegaran los invitados.

En cierto modo, ya estaba deseando que se fueran. Empezaba a notar un sentimiento de propiedad hacia ese lugar, sobre todo después de haberle quitado toda la suciedad y la mugre. Estaba segura de que el trabajo de edición iría bien. La mesa de la cocina sería el escritorio perfecto. De hecho, con las dos hojas supletorias abiertas, sería la mayor mesa de escritorio que jamás hubiera tenido. No como la de contrachapado de su apartamento en Nueva York, o la que estaba abarrotada de cartas y de contratos en su oficina. En esta podría ponerse cómoda. Además, un mes de trabajo en aquel sitio sería como dos en su casa. Mucha tranquilidad, mucho tiempo

para pensar, sin bares que la distrajeran por la noche, ni resacas por la mañana ni hombres que le complicaran la vida una vez que Jim se hubiera marchado.

Aunque quizá echara de menos darse un revolcón de vez en cuando. Se preguntó cómo serían los hombres de por allí. Probablemente granjeros y pescadores. Eso podría ser interesante. Se preguntó también si habría algún bar en el pueblo. Supuso que, si lo había, tendría que subirse al Ford Pinto que había alquilado y ver qué tal estaba. Pero solo una vez, se prometió. Y sin empezar ninguna historia demasiado seria. «Por favor, nada demasiado serio. He venido a enfrentarme al libro sobre el rock 'n' roll de los cincuenta que me han encargado. Es un buen libro y me va a convertir en una estrella o, al menos, en editora fija». Bien pagado y con una fecha de entrega razonable. Y eso era todo.

Los invitados solo estarían cinco días y después podría ponerse manos a la obra. Largos paseos solitarios por la orilla del mar y ocho horas al día delante de la máquina de escribir. Parecía el paraíso. El libro era denso, rigurosamente documentado y emocionante. El sueño de todo editor. Su jefe le había dado dos semanas para añadir a sus vacaciones, con el acuerdo de que cuando regresara a la ciudad el trabajo de edición estaría acabado. Lo estaría. Lo que el jefe no tenía por qué saber es que tardaría solo una semana en hacerlo, sin esforzarse mucho, y que después podría relajarse y estar a solas durante un tiempo. Sabía que, en cierto modo, era engañarlo, pero había trabajado mucho últimamente. Se merecía el descanso y necesitaba ese tiempo adicional. Quizá escribiría un poco por su cuenta. Quizá se quedaría tumbada y no haría nada, para variar un poco. Daba igual. Y todo eso cobrando la paga completa. Lo importante era que entregara un buen libro. Lo haría. El resto consistía en aprovechar aquel chollo. «Buen trabajo, Carla».

Respecto a ese desván...

Había subido antes, y había visto que estaba hecho un desastre. Su sentido del orden la impulsó a efectuar una limpieza superficial al menos. Supuso que tendría que hacerlo en algún momento, pero lo primero era lo primero. Antes debía comprobar si la chimenea funcionaba. Salió para coger unas cuantas ramitas y algunos troncos de la leñera. Luego tomó unas cuantas páginas de la sección de deportes del *Sunday Times* y las enrolló para colocar las ramitas encima. Por último, puso tres leños sobre la rejilla y comprobó que el tiro estuviera abierto. Prendió una cerilla y la acercó a una de las hojas. Empezó a salir humo, y no tardó en tener un buen fuego acogedor.

El atizador, las pinzas y la paleta se encontraban en un colgador situado al lado. Utilizó el atizador para colocar mejor los troncos, puso otros dos encima y después se quedó sentada un rato disfrutando del fuego. La chimenea irradiaba bastante calor, por lo que se estaría bien en la habitación esa noche. Entró el último sillón acolchado y decidió que ya no podía postergarlo más. Tenía que limpiar el desván. «Ahora o

nunca».

Abrió la puerta y comenzó a subir las escaleras.

Crujían, por supuesto, pero parecían seguras. Había otra puerta en el extremo superior de las escaleras. La abrió, entró y levantó una mano para encender la luz.

No tenía mucho sentido limpiarlo. El sitio estaba asqueroso. El suelo era testigo de la existencia de una colonia floreciente de ratones: estaba todo cubierto de excrementos pequeños. Se preguntó si habría murciélagos. Lo poco que recordaba de la vida en el campo incluía la idea de que cuando había ratas en la buhardilla también había murciélagos. Quizá debería buscarlos por la noche. O quizá no. Lo que sí decidió fue olvidarse de la limpieza.

La inclinación del techo era tan pronunciada que acabaría con dolor de espalda, y tampoco había mucho que mereciera la pena allí arriba. Unas cuantas perchas tiradas por el suelo. Un colchón viejo, manchado por el agua y el paso del tiempo. Una cómoda, también vieja y de aspecto pesado, a la que le faltaban la mayoría de los cajones. Una guadaña oxidada.

Eso era todo. Solo había una ventana, y era pequeña, además de estar completamente cubierta por polvo y suciedad. Al lado de la columna de la chimenea había una pila de revistas viejas, un almanaque de 1967 y unos cuantos cómics antiguos: *Detective Comics* y *Plastic Man*. Tenían buena pinta. Los recogió y su olor, a papel viejo y un poco mohoso, le gustó. Era un olor por el que sentía mucho cariño. Le traía recuerdos de la adolescencia de una tienda de baratillo al norte de Nueva York. La hierba cortada en verano. Batidos. Cosas agradables.

Dejó los tebeos al lado de la entrada y se acercó a la ventana, por lo que tuvo que agacharse un poco.

Pensó que al menos vendría bien airearlo un poco. Agarró el tirador y abrió la ventana. Tuvo que dar un paso atrás para que pudiera pasar la hoja y, al hacerlo, se dio cuenta de que le había dado a algo con el pie. Era difícil ver con claridad en aquella parte del desván, pero había... esparcido algo. Oyó que aquello rodaba por el suelo. Al abrir la ventana entró un poco más de luz, pero a pesar de eso tuvo que ponerse de rodillas para ver qué era. Miró atentamente a su alrededor. ¿Qué demonios era?

Lo que estaba viendo era una pila de huesos, una pila pequeña y bien colocada. No estaba segura de qué clase de huesos se trataba exactamente, aunque supuso que serían de un pájaro o, más bien, de varios tipos de pájaros, porque había plumas largas de cola y otras blancas más pequeñas entremezcladas en el montón. Reconoció algunos huesos, como un húmero diminuto y algunas vértebras. Por lo que parecía, los habían limpiado, probablemente los insectos. Daba la impresión de que eran bastante antiguos. Lo verdaderamente importante era saber cómo habían llegado hasta allí arriba. Solo había tirado unos cuantos. El resto seguían apilados en una pirámide pequeña de unos treinta centímetros de diámetro. Parecía que los hubieran colocado delante de la ventana y que luego se hubieran olvidado de ellos. Alguien

había barrido el suelo y luego no los había recogido. Supuso que sería eso.

Pero ¿por qué solo había huesos y plumas? El suelo estaba cubierto de cagadas de rata y ninguna de ellas había acabado en ese montón. ¿Existía algún animal que hiciese eso normalmente? Un búho o algo semejante. Se esforzó por recordar las clases de biología del colegio. Era difícil imaginarse que un pájaro o, Dios no lo quisiera, una rata se dedicaran a apilar los restos de sus presas, aunque supuso que sería posible. Sin embargo, le daba la impresión de que se trataba más bien del tipo de cosa que haría un humano. Quizá un niño. Se acordó de los cómics que había al lado de la chimenea. Se imaginó a un pobre niño solitario y medio enloquecido dedicado a amontonar huesos de pollo en el desván mientras sus padres se peleaban en el piso de abajo, y se preguntó quiénes habrían sido los anteriores inquilinos de la casa.

Volvió a la entrada y recogió los cómics. Espero no estar robándote tu tesoro secreto, chico, pensó. Bajó y volvió a subir con una escoba y un recogedor. Había algo en aquella pila que no le gustaba en absoluto. Eso sí que lo limpiaría, al menos.

Peters levantó la vista hacia el viejo reloj Pabst que colgaba de la pared y pidió la segunda Bud. Aparte de los hermanos Pincus, que estaban al otro lado del bar, estaba solo. El Caribou era un lugar agradable, sin mucha luz y apacible, del tipo de locales que le gustaban.

Hank le sirvió la cerveza y se la puso al lado del sándwich doble de pavo a medio acabar. Comer tan tarde tenía sus ventajas, aunque no iba a hacerlo todos los días. Para empezar, comías con verdadero apetito, y eso que a él nunca le había faltado. Pero también lograbas relajarte un poquito. Aquel sitio estaba demasiado lleno a la hora de comer como para relajarse. Ese era uno de los problemas de ser un policía estatal. Su vida era demasiado pública. Siempre que había gente a su alrededor acababa oyendo problemas o quejas, o simplemente sus cotorreos, o tenía que soportar que esperaran que tuviera una o dos anécdotas interesantes que contar.

Nunca lo dejaban tranquilo. En un pueblo, todo el mundo conoce los asuntos de los demás, y un policía es el perro guardián. Ese era su trabajo, al menos tal y como ellos lo veían. Peters no opinaba lo mismo. Su trabajo era mantener la paz. Ante todo la suya, así que procuraba evitar las preguntas y los comentarios, pero ¿cómo podía hacerlo? En un pueblo pequeño había pocas figuras públicas y la gente se apañaba con lo que tenía.

Por ejemplo, el accidente de ese mismo día. Había provocado una buena conmoción. Sobre todo porque se trataba de gente de Boston, pero también porque no solía haber muchos en Dead River. Peters hubiera apostado, allá por junio, cuando había llegado la familia, a que la señora Landers se iba a meter en un lío antes o después, pero había conseguido mantenerse alejada de los problemas hasta el día en el que se suponía que se iban a marchar. Bueno, mejor tarde que nunca, pensó.

Era todo un personaje, el tipo de mujer que se sentía incómoda ante todos aquellos espacios abiertos. Ya había visto mucha gente así. Su hábitat natural era la ciudad, donde una mujer como ella gozaba de todas las comodidades, donde estaba siempre ocupada y donde había otras personas a las que encasquetarles sus problemas. Allí en el pueblo, si fallaba algo de la fontanería, como le había ocurrido a ella en julio, quizá había que esperar un día o dos, porque cada uno tenía sus asuntos y todo iba más despacio. Allá de donde ella venía, lo único que uno tenía que hacer era llamar a alguien de mantenimiento del propio edificio, quien subía una hora después. Dos horas más tarde ya había agua caliente otra vez. Eso era a lo que estaba acostumbrada. Pero aquello no era la ciudad.

¿Y qué había hecho ella? Llamar a la policía. Lo había llamado para quejarse de que había pasado un día y medio y el fontanero todavía no había aparecido. Él le

preguntó qué se suponía que debía hacer. ¿Tenía que llevar a John Fraser a punta de pistola hasta allí? «Si no le queda más remedio», le había contestado. Aunque ya sabía cómo eran los turistas, no podía creérselo. En secreto, se alegraba de que el accidente que había sufrido ese mismo día fuera solo culpa suya, que hubiera sido ella quien se había estrellado contra el parachoques trasero del hijo de los Williams en Maine con Maple, y no al revés. Él era un buen chico y, en cambio, como la mayoría de los turistas, la señora Landers había sido problemática desde el principio.

Aunque, después de todo, era la responsable de aquella agradable comida tardía.

Mordió un pedazo demasiado grande, como solía hacer, y tuvo que esforzarse para poder masticarlo. Arriba y abajo por toda la boca. Soy un torpe, se dijo a sí mismo. Demasiado peso y demasiados años. Tendría que pasarle el trabajo a Shearing. Él estaría encantado. Era algo que se repetía una y otra vez, pero sabía que no iba a hacerlo. Tenía que pensar en el dinero de la jubilación y, para ser sincero consigo mismo, no renunciaría al puesto aunque se lo suplicaran. Quizá se debía a que llevaba mucho tiempo en el cargo, o quizá era que le gustaba el trabajo. Incluso era posible que le gustase la gente, que le gustase su posición entre ellos y que le gustase echarles una mano de vez en cuando. Cuando se ponía a pensar en ello, siempre terminaba sospechando que acabaría dando órdenes desde su lecho de muerte, pero la idea tampoco le parecía tan mala.

Tomó un largo trago de cerveza y oyó gritar a los hermanos Pincus mientras miraban en su dirección. Se dio la vuelta y vio a Lydia Davis entrar con paso suave mientras Shearing le mantenía la puerta abierta. En el rostro alargado y estrecho de Shearing se veía una sonrisa amplia y boba. Peters supuso que no podía evitarlo. Lydia Davis era todo un regalo para la vista.

—Hola, chicos —los saludó—. ¿Quién invita?

Era su entrada habitual. Pasó al lado de Peters sin ni siquiera mirarlo. Peters estaba casado y, además, era policía, así que por ese lado no iba a conseguir cervezas gratis. A pesar de todo, ella le permitió que echara un buen vistazo a aquellos pechos jóvenes y hermosos, tapados tan solo por una camiseta sin mangas, cuando pasó a su lado. Como también era habitual, mirar a Lydia le hizo desear tener veinte años menos y no ser tan feliz con su mujer. Un momento después, los hermanos Pincus parecieron abducirla bajo la escasa luz del bar, y Shearing se sentó a su lado.

—¿Qué te parece? —le dijo a Peters al mismo tiempo que sacudía la cabeza como un perro mojado.

—Pasa lo mismo todos los años —respondió Peters—. Las turistas jóvenes se vuelven a casa y Lydia aparece pavoneándose. Casi podrías arrancar la página correspondiente del calendario. Aunque la verdad es que siempre es agradable mirarla.

—Eso es cierto.

—Bonitos *shorts*.

—Muy bonitos.

—La abeja reina de Dead River —apuntó Peters.

Luego sonrió, pero sobre todo por Shearing. Pensó que, cuando él estaba en el ejército, en cada pueblo por el que pasaba había una chica como Lydia que se ganaba la vida gracias a los turistas. Normalmente eran chicas tímidas o infelices, lo bastante bonitas si no había demasiada competencia, chicas que acababan casándose mal porque temían envejecer solas. Se preguntó si Shearing, que jamás había salido de Dead River, era capaz de darse cuenta de eso. No lo creía. Uno tenía que haber visto un poco de mundo para oír la misma cháchara estúpida de bar, los mismos pavoneos, el mismo exhibicionismo una y otra vez, y ver lo triste que era. La mayoría de aquellos chavales, incluido Shearing, jamás habían ido más allá de Portland.

Shearing y él se quedaron mirando durante unos momentos la penumbra artificial del bar mientras Lydia y el joven Jim Pincus se acercaban a la máquina de discos para meter una serie de monedas y apretar los botones habituales. La selección de la máquina de discos apenas cambiaba en el Caribou, solo cuando Hank se emborrachaba algunas noches y se hartaba de una canción o de otra. Entonces subía su baqueteado maletín de discos del sótano y buscaba un sustituto. Dos semanas atrás, se había enfadado con una canción de Marty Robbins, así que lo que había en ese momento en el A41 era Elvis cantando *Are you lonesome tonight?* El disco estaba un poco doblado, pero no importaba, porque Hank era el único que lo ponía.

I'm lookin' for a feelin'
That I once had with you...

Una canción de Waylon Jennings. Significaba que la había escogido Jim. Lydia hubiera elegido algo mucho más ruidoso, como Jerry Lee Lewis, y Peters volvió a reflexionar sobre el extraño hecho de que en cierto modo los hombres eran criaturas mucho más románticas que las mujeres, incluso si el hombre era un zorro joven y duro como Jim Pincus.

—¿Están muy borrachos esos dos? —quiso saber Shearing.

Parecía que le hubiera leído el pensamiento a Peters, pero eso no era nada nuevo. Si se trabaja con alguien más de seis años, eso acaba pasando de vez en cuando.

—A medio camino.

—A Lydia le gustan los tipos duros, ¿no?

—¿Ves a alguien más por aquí?

—A nosotros.

—Somos agentes de la ley, Sam. Si quieres chicas, será mejor que te dediques a arreglar retretes prefabricados.

Shearing lo miró con gesto solemne. Peters no pretendía que se lo tomara en serio.

—Oye, George... —empezó a decir con un tono de voz lastimero que Peters había aprendido a soportar con el paso de los años—, ya sabes que yo no...

Peters le guiñó un ojo en un gesto muy obvio. Había que ser muy obvio con Shearing.

—No te preocupes, Sam —lo tranquilizó—. Helen sabe cómo te entretienes por las noches. El billar, las maquinitas, una partida de cartas y un poco de cerveza. Menuda vida. Menudo mujeriego.

Shearing le sonrió. Helen era una buena mujer, y él tenía suerte. Sería un estúpido si intentara pegársela. Uno nunca sabía cómo iba a actuar la gente, pero hasta ese momento, Shearing se había comportado de forma correcta y fiel. Peters pensó que el día en que no lo hiciera sería el día en que tendría que empezar a escribir una necrológica para Sam Shearing, porque en un pueblo como aquel, sin la mujer y los hijos todo era cuesta abajo en la vida.

—¿Conseguiste que los Landers se marcharan de una vez? —le preguntó.

Shearing llamó a Hank y le pidió una cerveza.

—Claro que sí. Y me alegro de que lo hicieran —le contestó.

—Ahí sí que tuviste que ir con cuidado —añadió Peters—. Te juro que siempre que me encuentro con una de esas mujeres conflictivas me apetece cantarle las cuarenta. —Hizo un gesto para quitarle importancia al asunto—. Y a veces lo hago.

Tomaron un sorbo de las cervezas. Nadie metió más monedas en la máquina de discos, así que el bar estaba casi en silencio. Hank estaba a unos cuantos metros de ellos. Tenía la vista clavada en la calle que había al otro lado de la ventana, con aquella mirada soñadora y triste que tan poco encajaba en alguien con su corpachón. Lydia estaba apoyada en la barra, entre los hermanos Pincus. Joey le había puesto un brazo sobre los hombros en lo que a Peters le parecía una actitud bastante romántica, todo lo romántica que le permitiría su temor y su bravuconería estúpida. Notó que la segunda cerveza empezaba a marearle un poco, así que apartó lo que quedaba. Sintió una punzada de dolor en la espalda. El doctor le había dicho que se debía al sobrepeso, y las cervezas no contribuían mucho a aliviarlo. De hecho, no contribuían nada.

—El pueblo está muy tranquilo. Se ha ido todo el mundo —le dijo a Shearing.

Su compañero asintió.

—Tengo esa sensación, y eso no es bueno.

—¿Qué sensación?

—Probablemente solo sea cosa de la edad, Sam. A lo mejor estoy cansado de la rutina, eso es todo.

Shearing se limitó de nuevo a asentir. No había nada que decir.

—En temporada alta están los payasos. Los turistas. En temporada baja solo estamos nosotros, y a veces creo que también somos unos payasos. Nos quedamos esperando en un pueblo pequeño a que llegue el verano, con la pesca cada vez peor. ¿Qué sentido tiene? No duermo bien, Sam. Tengo cincuenta y cinco años y me siento intranquilo. A mí me parece una broma. Si todo se reduce a esto, me parece una broma. Sí, vale, hacemos cosas, pero en realidad no es nada. Y pienso: «Este año va a

pasar algo. Entre hoy y el 1 de junio, algo me va a pasar. Me tocará la lotería. Una tía anciana y rica de la que nunca había oído hablar se va a morir. Algo así. Entonces, cogeré el dinero y a mi señora y me iré a París». Me destinaron allí durante la guerra, ¿sabes? Ya lo sabes. Pero en veintitrés años de trabajo, en veinte años de matrimonio, no me ha pasado absolutamente nada interesante. Eso sí que es una broma, ¿a que sí?

Se apartó de la barra del bar.

—Bueno, a la porra —añadió—. Con dos cervezas ya me da la tontera. Ni siquiera puedo beber como antes. Sam, ¿cuándo me vas a sustituir de una vez?

—Cuando las ranas críen pelo. Cuando me lo pidas —le contestó Shearing.

Peters sonrió.

—Entonces, me parece a mí que aún me queda un poco de tiempo.

La puerta del bar se abrió y apareció Willis. Entrecerró los ojos un momento debido a la oscuridad, pero luego vio a Peters y a Shearing sentados en la barra. Se dirigió hacia ellos con zancadas grandes y torpes. Peters pensó que parecía tener prisa y supuso que eso significaba que se había acabado la hora de comer.

Willis y Shearing se acercaban a la treintena, pero mientras Shearing era sosegado y taciturno, Willis se mostraba extrovertido y nervioso como un muchacho que acabara de cazar a su primer ciervo. A Peters le daba la impresión de que siempre andaba con prisas, aunque no solía pedir su ayuda a menudo. Otra prueba de que estaba allí por algún asunto serio era que no le prestó atención a Lydia. Willis, soltero y siempre dispuesto, solía ir a por Lydia como un galgo a por un conejo.

—¿Qué? —le preguntó Peters.

—Pues que quieren que vayáis a la comisaría ahora mismo —le respondió Willis—. Los dos.

—¿Qué pasa? ¿A la señora Landers se le ha pinchado una rueda o algo así?

Willis sonrió.

—Esta vez tenemos algo bueno entre manos —le contestó Willis sonrojándose—. Quiero decir que es importante. Sacaron a una mujer del mar hace poco.

—¿Viva?

—Viva y con una paliza de muerte. George, jamás has visto algo como esto.

—¿Quieres apostarte algo? —respondió Peters.

Willis sonrió.

—Vale.

—Muy bien —dijo Peters mientras se bajaba del taburete de la barra—. Si ganas, Shearing te debe diez dólares. Si gano yo, dejarás tranquila a Lydia durante el resto del año.

—Trato hecho.

Peters abrió la puerta del bar, le hizo un gesto de despedida a Hank con la barbilla y los tres salieron del local. Willis se detuvo un momento en el umbral, y la luz intensa de la calle brilló sobre la penumbra amarillenta del interior del bar. Se giró y saludó con la mano.

—Hasta luego, Lydia.

Los hermanos Pincus soltaron un bufido. La chica se volvió un momento, le sonrió y respondió al saludo con aquella mano de dedos largos y elegantes.

—Adiós, cariño.

Para cuando Willis salió por la puerta, ya tenía la cerveza en los labios, Hank le estaba sirviendo otra y los dos hermanos sentados a su lado eran felices de nuevo.

Carla pensó que aquello no era más que un gasto inútil. Y autocomplacencia. No hacía demasiado frío fuera, pero quería que el fuego siguiera ardiendo en la gran cocina. La hacía sentirse perezosa, relajada y bastante atractiva, y además le encantaba el olor. Había dejado que el fuego de la sala de estar se apagara. La humedad no había acabado de desaparecer en esa habitación, ni siquiera con la chimenea encendida. El olor a moho persistía. Probablemente no usaría mucho esa estancia una vez se fueran los invitados. La cocina era un lugar mucho más agradable. Dobló el *Press Herald* y metió el cuenco con la fruta de nuevo en la nevera.

Casi se había puesto el sol. Calculó que si quería que el fuego durase toda la noche tendría que ir a por más leña. Era demasiado de ciudad como para atreverse a abrir la puerta de la leñera a media noche. Por muy cansada que estuviera, sería mejor que lo hiciera ya. Además, estaba hambrienta. La fruta no había servido de mucho. Iría a por la leña y después se daría una buena ducha antes de preparar una cena temprana. Tenía pollo y verduras frescas. Había productos de muy buena calidad en Dead River. No había comido nada desde el desayuno y eso le iba muy bien a su figura, pero fatal a su humor. Respecto a la casa, ya era suficiente. La veía bien.

Abrió la puerta trasera y salió al porche. Se había levantado viento. Las hojas caídas revoloteaban por el patio y se arremolinaban sobre las planchas de madera de color gris desgastado por las que caminaba. Abrió la leñera y comenzó a colocarse troncos en el hueco del codo. La madera estaba seca y pesaba poco. Hizo un viaje con la carga y regresó a por otra. Esta segunda carga de leña le pareció más pesada, y fue cuando se dio cuenta de que estaba rendida. La ducha le iba a sentar de maravilla. Hizo un tercer viaje para buscar leña menuda y, cuando cerró la puerta de la leñera, lo vio.

O, mejor dicho, vio la camisa. Era de un color rojo brillante, del tipo que suelen ponerse los cazadores para que los vean otros cazadores. Percibió que algo se movía algo al otro lado del campo, y tan solo un instante después se dio cuenta de que se trataba de un hombre que avanzaba por el arroyo que corría al pie de la colina, no un pájaro o un puñado de hojas. ¡Dios, qué cansada estaba! Si no hubiera llevado puesta aquella camisa roja, ni se habría enterado, aunque le resultó obvio que el desconocido tenía mejor vista. Se detuvo un momento y miró hacia ella, que fue incapaz de distinguir desde tan lejos qué aspecto tenía, pero algo en el modo en que se movía le dijo que era joven y fuerte. El hombre la saludó con el brazo. Además es sociable, pensó. Ella le devolvió el saludo con el brazo libre y le sonrió, aunque dudaba mucho que él pudiera apreciar su sonrisa desde allí.

Él se quedó mirándola uno o dos segundos más y luego continuó avanzando arroyo arriba, pero un poco agachado, como si estuviera buscando algo. ¿Cangrejos de río? El agente inmobiliario le había dicho que había muchos por allí. O quizá se trataba de ranas. A lo mejor tenía un vecino al que le encantaban las ancas de rana. Para gustos... No tardó en perderlo de vista al desaparecer detrás de los árboles.

Decidió que lo mejor era llevarse la caja con las ramas pequeñas y las astillas al interior de la casa. Así no tendría que hacer tantos viajes. Dejó abierta la puerta trasera con el cubo de basura y se puso manos a la obra. Se preguntó dónde viviría aquel hombre. Por lo que recordaba, según le había contado el agente, su vecino más cercano vivía a cinco kilómetros siguiendo la vieja carretera del vertedero. Había elegido esa casa por su soledad, aparte de por el precio y por su encanto. Era perfecta en todos los sentidos.

Cuando por fin logró arrastrar la caja con las ramas pequeñas hasta colocarla al lado de la cocina, estaba agotada. Le dolía todo el cuerpo. Si se tumbaba, aunque fuera un momento, ahí se quedaría y no se levantaría hasta el día siguiente. Calculó que sería al amanecer, ya que su dormitorio daba al este. Le pareció encantador cómo poco a poco se iba fijando en todos aquellos detalles. La orientación del dormitorio. Cómo encender un buen fuego. Cómo sacudir el polvo de los cojines.

No había ido mucho al campo a lo largo de los últimos años. Tenía un amigo en New Hampshire y otro en la zona norte de Vermont. Los visitaba una vez cada dos o tres años. Era un método improvisado de aprendizaje, pero Carla era muy observadora y recordaba lo que veía. Marjie y ella siempre se lo pasaban bien durante esas escapadas. De hecho, habían sido esas visitas a New Hampshire y a Vermont las que habían propiciado aquel viaje. Ella no conocía nada del estado de Maine, pero a las dos siempre les había gustado el campo. Se sentó en la mesa de la cocina para descansar un momento.

Pensó en su hermana. Marjie también era muy observadora. Quizá demasiado. Carla pensaba a veces que observar era lo único que iba a hacer en la vida. Era una ilustradora muy buena, y también bastante buena pintora, pero se negaba en redondo a utilizar su talento. En vez de eso, había tenido una serie deprimente de empleos a media jornada: mecanógrafa, recepcionista, vendedora. Recordó un trabajo especialmente absurdo, en el departamento de juguetes de Bloomingdale's durante la temporada de navidad. Marjie se dedicó a vender bates de béisbol y juegos electrónicos a niños malcriados del East Side, acompañados de sus madres, que iban vestidas con pieles, llevaban bolsos con el anagrama de sus creadores y parecían odiar a sus propios hijos. Eso había sido lo peor que le había pasado.

Bueno, exceptuando quizá su vida sexual. Bien sabía Dios que era un caos. O se enamoraba casi al instante de alguien que no debería haber sido más que una aventura de una noche, y esa relación falta de madurez duraba meses, o se encerraba para hibernar en su apartamento durante semanas enteras sin ver absolutamente a nadie, como si fuera un animal herido que se dedicara a lamerse las cicatrices y a esperar a

que se derritiera la nieve.

Al menos había señales de que eso estaba cambiando. El tipo nuevo con el que salía, Dan, estaba enamorado de ella, y no le importaba decirlo. Y aunque Marjorie no estaba tan dispuesta a admitirlo en público, parecía que iba a seguir con él, lo que ya era un cambio de por sí, a la espera de ver lo que podía sacar de esa historia y en qué podía acabar.

Aun así, deseaba ver algo de decisión y de auto-confianza en su hermana, quizá porque ella misma había conseguido una buena dosis de ambas cosas a lo largo de los últimos años. En esos momentos, Carla estaba más bien preocupada por si se estaba volviendo demasiado dura; quizá estuviera haciendo un mal negocio al sustituir las emociones por un mayor pragmatismo. Se preguntó si todavía sería capaz de enamorarse... cuando tuviera tiempo.

Sin embargo, sabía que estaba más preparada que su hermana. Marjie seguía siendo una flor demasiado frágil para su propio bien, y aunque en alguna ocasión Carla había percibido una fortaleza oculta en el interior de Marjie, todavía no la había visto utilizarla.

Abrió la rejilla de la estufa y metió otros dos troncos en el fuego. Decidió que había llegado la hora de darse esa ducha. Una ducha, una taza de café y una buena comida, eso la haría revivir. Todavía quería leer un poco más esa noche.

Se desvistió en el dormitorio y se dirigió desnuda al cuarto de baño. Sabía que el agua tardaba un poco en calentarse, así que abrió el grifo y esperó a que apareciera el vapor. Mientras tanto, se miró al espejo. Tuvo que echarse a reír. Parecía dos personas distintas. Tenía las manos muy sucias, la cara cubierta de manchurroneos y el cabello lleno de polvo. Daba la impresión de que las manos y la cabeza eran de goma, como los disfraces de carnaval, y que las habían puesto sobre un cuerpo limpio y pulcro, además de atractivo. Con treinta y dos años tenía casi tan buen aspecto como cuando tenía veinte. El trasero parecía un poco más caído, sí, pero lo cierto era que su piel estaba mucho mejor que antes. Otra compensación. Se puso de lado y sus pequeños pechos se estremecieron. Tenía una figura bonita. La ducha surtió su efecto. La relajó y la espabiló. También la hizo sentirse un poco excitada. Solo le apetecía hacer el amor una vez estaba limpia. Jamás entendería a la gente a la que le gustaba hacerlo nada más despertarse. Obviamente, la primera hora de la mañana era la peor. Uno había pasado toda la noche envuelto en mantas y probablemente sudando, la boca olía como una alcantarilla y el cabello estaba enredado y sucio. La verdad era que se trataba de una idea repugnante.

Lo mejor era después de una ducha. Todavía sentía cosquilleos en la piel. Era una pena que Jim no estuviese allí. Cayó en la cuenta de que nunca se sentía tan unida a Jim como cuando pensaba en que no podría acostarse de nuevo con él, y en ese momento le dio la impresión de que había pasado mucho tiempo desde la última vez. Al día siguiente, por la noche. Podía esperar.

Se secó y se envolvió el largo cabello negro con una toalla. Se puso un albornoz y

se hizo un poco de café en la cocina. Decidió que lo mejor era una cena sencilla, un poco de pollo a la plancha y unas cuantas verduras salteadas. Que se joda el colesterol. Unos champiñones, algunas cebollas y pimientos estarían muy bien. Quizá añadiría un poco de ajo y de salsa de soja. Se sentía mucho mejor después de aquella ducha. Estaba lista para ponerse a limpiar de nuevo si hacía falta. Gracias a Dios, no tenía que hacerlo. Tomó un sorbo de café.

Estaba lavando los pimientos cuando un ratón le pasó por encima del pie desnudo.

La sobresaltó. ¡Ese pequeño cabrón atrevido! Vio como se detenía un momento, tembloroso, a pocos metros de ella. Se echó a reír. Supuso que un pie caliente había sido una sorpresa tan grande para el ratón como él lo había sido para ella. El animal desapareció en un armario del rincón. Por supuesto, era el sitio exacto donde ella guardaba la harina, el pan y el azúcar. Aquello significaba la guerra. Mala suerte. Parecía un animalillo encantador, pero había que tener en cuenta los excrementos. Se acordó del estado en el que se encontraba el desván. Había visto unas cuantas trampas debajo del fregadero. Colocaría algunas esa misma noche en los cajones y en los estantes de los armarios. Era una pena que no hubiera un gato por allí. Odiaba las trampas, pero había que subsistir con lo que se tenía. Así era la vida. Además, necesitaba la harina y el azúcar. Con un poco de suerte, para cuando amaneciera, todo habría acabado para el ratón.

9.30 P. M.

La contempló durante un largo rato a través de la ventana de la cocina. Estaba sentada a la mesa, dándole la espalda, y con un libro abierto delante. Estaba bastante quieta, pero a él le gustaba observarla de todas maneras, a sabiendas de que en aquella oscuridad ella ni siquiera sospecharía que estaba allí. Era paciente. Le gustaba ver cómo se agitaba en la silla. Observó con atención cómo movía las caderas. Ya casi era capaz de adivinar cuándo iba a pasar de página. También le gustó el modo en que se quitó la toalla de la cabeza y sacudió el largo cabello oscuro y húmedo. Era bonita. Le hubiera gustado hacer algún ruido y asustarla, ver cómo se sobresaltaba. Pero no.

Deslizó una de sus grandes manos por el mango del hacha y luego la volvió a subir.

En el interior de la casa, Carla oyó un chasquido suave. ¡La trampa! Dejó a un lado el libro, se acercó al armario, lo abrió y miró en el interior. La trampa no había saltado. Cerró el armario y abrió uno de los cajones. Tampoco esa. Abrió el cajón de al lado.

Allí estaba. Había sido una muerte limpia, gracias a Dios. Había un ratón pequeño y gris que tenía la espalda partida a la altura de los hombros, con los ojos abiertos de par en par y la boca todavía llena de queso Gouda. Tenía una pata extendida hacia delante y la otra apenas visible, oculta por su propio cuerpo. Bajo las patas traseras se había formado una charco de orina oscura. Se quedó un momento allí, delante de la ventana, fascinada e incómoda. Si tocaba el cuerpo, seguro que todavía estaría caliente.

No lo tocó. En vez de eso, agarró la trampa por un borde y la llevó hasta la puerta trasera. La abrió y se quedó contemplando la noche sin luna. Fuera de la ciudad existía una oscuridad profunda e increíble. Ni siquiera era capaz de ver el extremo del porche o la puerta de la leñera. Se alegró de haberse llevado los troncos antes.

Se quedó allí quieta disfrutando del momento, del lejano croar de las ranas, de los grillos, del aire fresco y húmedo sobre la piel. El cielo estaba cubierto de nubes. Tiró la trampa hacia el campo de flores de varas de oro y se preguntó qué clase de animal la encontraría allí. Un mapache, a lo mejor. Recordó que siempre había uno o dos mapaches rebuscando comida alrededor de las casas. Entró de nuevo y cerró la puerta.

Se quedó agazapado en el campo y esperó a que se preparara para irse a la cama. Ya

no tardaría mucho. No había vuelto a abrir el libro. Estaba limpiando unos cuantos platos justo delante de su ventana. Sonrió. Estaba apenas a tres metros de ella y no podía verlo. La noche había convertido el rojo de la camisa en negro. Era divertido que fuera tan inútil y estúpida. Tirar la trampa de esa manera. Le dieron ganas de echarse a reír, pero tenía un control perfecto sobre sí mismo y no lo hizo. Tenía un control perfecto sobre sí mismo y solo le sonrió en la oscuridad.

Acabó de limpiar los platos, se fue al dormitorio y cogió el cepillo, que estaba encima de la mesita de noche. Se inclinó y dejó caer el cabello por delante para empezar a cepillárselo. Cien veces. Qué tontería. Aun así, lo hizo de todas maneras. El cuello del albornoz de felpa le entorpecía un poco, así que se irguió de nuevo, se lo quitó y volvió a inclinarse para seguir cepillándose el pelo. El fuego de la chimenea había calentado la casa lo suficiente como para que se sintiera cómoda desnuda. Dormiría así.

Cerró los ojos y se cepilló con fuerza, disfrutando del roce de las púas contra el cuero cabelludo limpio. El viento se había levantado de nuevo en el exterior. Oyó algo rozando la casa.

Cuando acabó, se irguió y se cepilló un poco hacia atrás y a un lado y otro. Luego lo dejó. Fue a la cocina para ponerse un vaso de agua. Apagó las luces. Volvió al dormitorio, se bebió el agua, dejó el vaso en la mesita y se metió en la cama. Estaba demasiado cansada como para leer nada. Apagó la lamparita.

Sintió la frescura de las sábanas contra el cuerpo desnudo. Oyó de nuevo el sonido en el exterior y se preguntó si ese viento significaba que llovería. Segundos después, ya estaba dormida.

Llovía en Manhattan. Marjorie vio a través de la ventana de su apartamento, en el segundo piso, como la lluvia caía inclinada y reluciente bajo la luz de una farola situada a media calle de allí. La oyó repiquetear contra el techo de un taxi aparcado debajo. Sabía, sin tener que mojarse, que aquella lluvia era helada. Un hombre con un chaquetón demasiado fino estaba de pie en un portal, a la espera de que alguien lo recogiera. Por una vez, la calle parecía limpia y resplandeciente. Se alegró de irse al campo.

Su madre le había enseñado una regla a la hora de hacer la maleta, y siempre la había seguido: empieza por los pies y acaba con el sombrero. Ella no utilizaba sombreros, pero era una buena regla de todos modos. Fue apuntando mentalmente lo que había metido en la maleta en el orden apropiado. Zapatos: dos pares, uno de vestir y otro más cómodo. Zapatillas de deporte. Calcetines y medias. Cinco bragas. Tampones (la regla le tocaba a finales de semana. «¡Mierda!»). Una combinación, una falda y dos pares de vaqueros. Un vestido de algodón sencillo. Blusas, camisetas. Un jersey, una chaqueta. Una bata. Una cuchilla para las axilas. Tenía la piel delicada y propensa a agrietarse, incluso a su edad, así que metió una pastilla de jabón Ivory y lo que le había recetado el dermatólogo. Por la mañana metería el cepillo de dientes, el gorro de ducha y el cepillo del pelo. Y con eso ya estaría todo.

Cerró la maleta y la colocó a los pies de la cama. Luego se dirigió a la mesa y se escribió a sí misma una nota para recordarse que debía regar las plantas por la mañana. Miró hacia fuera. El taxi ya se había marchado, lo mismo que el hombre que esperaba en el portal. La lluvia parecía caer con menos intensidad, casi convertida en una neblina pasajera. Según las noticias, la tormenta se disiparía a la mañana siguiente, por lo que, con suerte, tendrían un buen día para viajar. Se desvistió en el baño y se lavó la cara y las manos. Luego se puso la bata vieja, la que tenía un agujero en uno de los hombros. La verdad era que le gustaba ese agujero. Tenía buenos hombros.

¿Se le olvidaba algo? Caminó lentamente por la habitación, pero no se le ocurrió nada. Bueno, una nota más. Se acercó de nuevo a la mesa de escritorio: «Desenchúfalo todo». Eso lo dejaría para el final. Entró en la cocina y llenó un vaso de agua. Se lo bebió y llenó otro. Se lo llevó al dormitorio y al pasar apagó las luces del salón y de la entrada. Se metió en la cama con un ejemplar del *Post* que no había leído y el libro de Carla sobre Maine.

Primero el periódico. Tomó otro sorbo de agua y frunció los labios mientras se preguntaba de nuevo por qué compraba un periódico tan malo. Supuso que era para enterarse de lo que el *Times* no había incluido en sus páginas. Los escándalos. Los

asesinatos.

Los asesinatos siempre la inquietaban. Leyó la sección, aunque sabía que no sería bueno para ella. Veneno para el cerebro. El titular era «Cinco muertos en la matanza del motín de Ryker». Se dio cuenta de la aliteración. Ese día había muchas noticias internacionales, pero esa era la historia de portada del *Post*. Normalmente ni siquiera se preocupaba por leer la noticia en sí. Con el titular ya tenía suficiente. Hojeó el periódico y las letras en negrita le informaron de las necrológicas del día: «Refugiados muertos...», «Pasajero de metro muerto...», «Mueren otros siete en Irán...», «Joven de diecisiete años violada y asesinada...».

Hubo dos noticias en concreto que sí leyó a pesar de todo. Eran tan extrañas que no pudo evitar que le llamaran la atención. En una de ellas se contaba que un jornalero de cuarenta y cinco años de Paramus había intentado prenderle fuego a su mujer. Salió al garaje después de discutir borracho con ella. Llenó un vaso de gasolina y se lo tiró por encima, pero, según informó la policía, estaba demasiado ebrio y no logró encender la cerilla. En la otra noticia, un hombre había colgado a su cachorro de sabueso del árbol de su patio trasero porque no le obedecía.

Marjie leyó las noticias con una fascinación morbosa. Nunca dejaba de asombrarle lo desesperada y desquiciada que podía llegar a estar la gente. Aquellas dos noticias eran tan extrañas que casi podían ser cómicas. Sin embargo, recordó que no eran simplemente noticias, que eran hechos reales que les habían sucedido a unos desconocidos, personas perturbadas, y que no eran divertidas en absoluto. «Las vidas repentinas de los desconocidos». ¿De dónde era eso? Su ánimo quedó ensombrecido y triste por un momento ante la imagen de un hombre que se alejaba de un cachorro agonizante. Tiró el periódico al suelo.

En Maine no podría conseguir el *Post*. Mejor.

Abrió el libro que Carla le había prestado, un ejemplar de lomo roto y muy usado que su hermana había encontrado en algún mercadillo de segunda mano. *Breve historia de los bosques de Maine*. Leyó sobre las leyendas indias relativas a las truchas y a los alces, y un relato sobre la construcción de la casa de verano de Roosevelt en Campobello Island, al otro lado del puente desde Lubec, cerca de la casa de Carla en Dead River. Su hermana le había señalado con lápiz rojo las fábulas locales de mayor interés. Marjie tomó un sorbo de agua y esperó que le llegara el sueño. El libro tenía un estilo pintoresco y algo pesado. No tardaría en quedarse dormida. Leyó el siguiente relato:

Barnet Light, en Catbird Island, se ve azotado por vientos con fuerza de galerna y mares enfurecidos, y es uno de los faros más aislados de la zona atlántica. Se encuentra sobre un peñasco inhóspito y escabroso que vigila desde lo alto Dead River, situado al otro lado de la bahía.

«Dead River» estaba subrayado en rojo. A Marjie le gustaba que su hermana se hubiera leído aquello antes. Le daba la sensación de que estaban leyendo una al lado de la otra.

Hoy día, Catbird Island es una reserva natural federal, y apenas recibe visitas de los turistas o de los habitantes de la región debido al peligro de un mar tan traicionero. El faro está abandonado desde 1892, cuando entró en funcionamiento el de West Quoddy Head para sustituirlo. Sin embargo, los inicios históricos de la isla son curiosos y merece la pena contarlos.

El faro se erigió por primera vez en la punta sur de la isla en 1827 y al principio no era más que una torre de madera en el extremo de una casa de piedra que solo era habitable con buen tiempo. Su luz fija se encontraba a unos veinticinco metros por encima del nivel de la marea alta. Sin embargo, cuando en 1855 se informó al Consejo de Faros de que la visibilidad era mucho menor a la requerida —treinta y cinco kilómetros—, y de que, además, se veía empeorada debido a que el faro permanecía envuelto por la niebla gran parte del año, se construyó una nueva torre, con una altura de treinta metros. También se llevó a cabo la reconstrucción de la casa del farero.

Ese mismo año se nombró a Daniel Cook farero de Catbird Island, adonde se trasladó con toda su familia: su esposa Catherine, su hijo Burgess, de doce años, y sus hijas Libby y Agnes, de trece y diez años respectivamente. Se alojaron en la casa de piedra de aquel lugar inhóspito, donde vivieron durante tres años sin incidente alguno.

Sin embargo, el 19 de enero de 1858, una tormenta terrible azotó la costa de Nueva Inglaterra y destruyó el dique de contención de la isla. El mar se adentró e inundó por completo la casa del farero, de modo que el único lugar en el que pudieron resguardarse fue la torre del faro. Por suerte, la construcción logró resistir la fuerza de la tormenta y tanto Daniel Cook como su familia sobrevivieron. Consiguieron salvar a todas las gallinas, excepto a una. Sin embargo, debido al mal tiempo, durante cinco semanas no se pudo acceder a Catbird Island.

Llegados a este punto, el relato se hace un poco confuso. Al parecer, Cook y su hijo partieron de la isla en la mañana del 29 o del 30 de enero al considerar que la tormenta había amainado lo suficiente como para que fuera posible navegar hasta tierra firme y conseguir provisiones, tanto comida como agua. Para entonces, ya se habían quedado sin gallinas. El bote era pequeño y la vela improvisada, y nunca más se supo de Cook o de su hijo. Mientras tanto, las raciones de la señora Cook y las niñas quedaron reducidas a un huevo y un plato de gachas al día, y esas raciones tampoco tardaron en desaparecer.

Finalmente, el capitán Warren de Booth Bay pudo viajar hasta allí el 23 de febrero. Solo encontró una superviviente, Libby, que para entonces estaba medio desquiciada y desfallecida por la falta de comida. Su sufrimiento había durado treinta y tres días. Por desgracia, la señora Cook había muerto el día anterior. Libby la había enterrado en una tumba poco profunda a unos pocos metros al norte del faro. Lo había hecho sola, ya que su hermana Agnes había desaparecido unos días antes. No se sabía si se había ahogado o se había perdido, pero ni Libby ni el capitán Warren y sus hombres hallaron rastro de ella.

El cadáver de la señora Cook fue exhumado y enterrado de nuevo en la Christ Church, en Lubec, pocos días más tarde. A Libby Cook la llevaron a la casa de una tía abuela, la señora White, también de Lubec. Vivió allí sola el resto de su vida después de que su tía muriera en 1864, aunque al parecer nunca se recuperó del todo de aquel suceso. Estaba convencida de que su hermana seguía viva en algún lugar de la isla, pero jamás se encontró rastro alguno de Agnes Cook.

Un mes después de aquel episodio se designó un nuevo farero para el faro Barnet, James Richards, de Dead River, quien se mantuvo en el puesto hasta principios del año siguiente, 1859, cuando renunció a favor de Lowell S. Dow, quien, al igual que Daniel Cook, se llevó con él a toda su familia: la esposa, una hija y un niño pequeño. La tragedia se abatió de nuevo sobre Catbird Island. En 1865, el hijo de Dow, que para entonces tenía siete años, desapareció. Se creyó que había sido arrastrado mar adentro mientras jugaba demasiado cerca de la orilla. Se inició otra búsqueda exhaustiva para encontrar al chico, pero sin ningún resultado. Aparte de aquella segunda tragedia, la solitaria isla permaneció habitada sin ningún otro incidente hasta que el faro fue abandonado veintisiete años más tarde.

Siempre es interesante destacar las conclusiones que los habitantes locales suelen sacar de estas desgracias. Como ya he comentado con anterioridad, los nativos de Maine son unos fabuladores natos. En este caso, la población local cuenta que Libby Cook tenía razón sobre su hermana Agnes. Según ellos, no había muerto en la isla, sino que se había vuelto salvaje tras enloquecer de hambre y se había escondido de su hermana y de su madre, ya moribunda, en una de las muchas cuevas de granito que salpicaban los acantilados septentrionales. La desaparición del hijo de Dow se le atribuyó a Agnes: un simple secuestro para aliviar la tremenda soledad que la consumía. Incluso hoy en día se dice que los dos niños fantasmas vagan entre las ruinas del viejo faro, rodeados de bandadas de charranes y de patos marinos, a la caza de jóvenes. Las madres más severas amenazan a sus hijos con el fantasma de Agnes Cook.

Marjie pensó que era el mejor párrafo en el que dejar de leer de noche: el final de un relato de fantasmas. Apagó la lámpara de la mesita. No tardó mucho en dormirse, con la comisura de los labios torcida hacia arriba con la sombra de una sonrisa. Fuera

había dejado de llover y del río subió la niebla. El reloj siguió avanzando lentamente hacia la mañana.

SEGUNDA PARTE

13 de septiembre de 1981

2.15 P. M.

Nick se sentó en el asiento del conductor y tomó el volante.

Su coche, un Dodge negro del 69, se estremeció cuando los vehículos pasaron a toda velocidad a su lado por la autopista. Era un día soleado y nadie prestaba la más mínima atención al límite de velocidad. Metió la mano en un bolsillo y cogió las gafas. Oyó cerrarse la puerta del lado de Jim.

—¿Llevas gafas? —le preguntó Jim.

—Es más barato que comprarse un perro lazarillo.

Giró la llave de encendido y sacó el coche del arcén. Palmeó con suavidad el volante. Pensó que era un buen coche. «No me has dado ningún problema». Deseó que siguiera igual.

Laura, que estaba a su lado, parecía estar completamente ensimismada con el último número de la revista *Master Detective*. Vaya material de lectura que se habían llevado. En la parte trasera se estaban pasando un viejo cómic Zap. Le echó un vistazo a la portada de la revista de Laura: «El joven vecino agradable era un asesino sexual» era uno de los relatos. «Atraído a su propia muerte por un homosexual homicida» parecía ser el plato fuerte. Pero lo mejor estaba en letra pequeña en la parte inferior de la cubierta: «Una pregunta para los detectives de homicidios de Kentucky: ¿dónde están los brazos y las piernas de la enfermera?». Eso, ¿dónde estaban? Había un montaje fotográfico en la cubierta donde se veía a una mujer morena tendida en una moqueta barata que intentaba repeler el ataque de un hombre armado con una motosierra.

¡Dios! A Laura le encantaban esas cosas. Bueno, él no podía recriminárselo. Se dedicaba a hojear las páginas cuando ella había acabado. Le sonrió.

—¿Qué tal está la revista? —le preguntó.

—Cargada de mal gusto.

—¿Qué estás leyendo ahora?

—«¿Quién acechaba al carnicero asesino de la rubia?» —respondió.

—No está en la portada —le comentó él.

—Viene de regalo.

Laura lo miró e hizo estallar un globo de chicle antes de hacerle un mohín.

Él sonrió de nuevo, aunque un poco a su pesar. Aquello era el tipo de cosas que a veces le sacaban de quicio. A menudo Laura se comportaba como si tuviera doce años. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que a ella no le importaba dar esa impresión. Sin embargo, tenía treinta y tres años, así que era un poco mayor para aquellos gestos infantiles. Era una muchacha agradable, y le gustaba, pero su idea de una mujer fascinante no incluía el andar haciendo el payaso todo el rato.

También le gustaba en la cama, pero eso no era lo único que él quería. Se preguntó qué era lo que quería en realidad, pero no encontró una respuesta clara. Antes lo que quería era Carla. También se preguntó cómo acabaría con Laura y pensó que probablemente no terminaría nada bien.

Se encendió un cigarrillo. El viejo Dodge negro avanzaba con ritmo pesado por el asfalto.

Decidieron tomar la 95 en vez de la carretera de Massachusetts. Se le había ocurrido a Marjorie, y se alegró de haber insistido. Era obvio que se trataba de la ruta más agradable. Seguía la línea costera de Connecticut hasta New London antes de girar hacia el norte para rodear Providence y Boston y luego volver a la costa en Brunswick, Maine. Después de eso, la autopista 1 les conduciría más allá de Bar Harbour, casi todo el camino hasta Dead River. Las carreteras serían buenas y se encontrarían pocos camiones, así que podría recostarse en el asiento y ver pasar los árboles salpicados de rojo y amarillo brillantes. Quizá podría dibujarlos una vez llegaran a la casa de Carla; eso si no se les hacía demasiado tarde.

Había calculado que el viaje sería mucho más corto. Lo que en el mapa parecían nueve horas iban a ser más bien doce. Después de ocho horas de camino, Dead River todavía estaba a mucha distancia por la costa. Probablemente llegarían justo antes de anoecer. Bueno, no importaba. Iban a estar casi una semana allí.

Empezó a sentirse incómoda. Nunca le habían gustado los espacios cerrados o la cercanía prolongada con otra gente.

Era una de esas personas que siempre quería un asiento en el pasillo en el cine o con ventana en un autobús, o que se sentaba en uno de los extremos de la mesa. Carla la llamaba excéntrica, pero ella sabía muy bien lo que necesitaba.

De momento, todo iba bien. Mantenía el buen humor y pensó que Carla hubiera estado orgullosa de ella. Su hermana siempre le decía que era una compañía insoportable en cualquier viaje largo, sobre todo porque a Carla le gustaba correr de vez en cuando, y eso era algo que Marjie odiaba. Su idea era llegar bien y con rapidez, pero llegar. Al menos, en ese sentido era mucho más sensata que Carla. Pero en ese viaje se estaba portando muy bien. Ni siquiera se había quejado cuando se habían encendido un porro en las afueras de Boston, aunque se trataba de algo bastante peligroso. El comienzo del otoño la emocionaba. El día era demasiado bonito como para estropearlo con ninguna queja.

Aunque no podría evitar protestar un poco por cosas sin importancia. Tenía que admitir que la compañía no era lo que se diría ideal. Nick estaba como siempre, estupendo: agradable, tranquilo, formal. Ni siquiera le había dado una calada al porro cuando Dan se lo había ofrecido. Sin embargo, aquella chica, Laura, era un incordio. Si no se hacía la tonta, se hacía la interesante y, si no, era distante. Se preguntó qué vería en ella Nick, alguien que había estado enamorado de su hermana, y no hacía

tanto tiempo. ¿Qué tenía aquella falsa e irritante boba de una discográfica de Los Ángeles? Con ese pelo rapado, ese chicle, esa camiseta y esa chaqueta de cuero gastado, se comportaba como si tuviera diez años menos de los que tenía. La dejaba pasmada. Pero a los hombres no había quien los entendiera.

Sin embargo, podría convivir con ella. Tendría que hacerlo. Si no, iba a ser una semana muy larga. Quizá aquella pose, lo mismo que la ropa, no era más que un camuflaje protector. Joder, acababa de conocerla. Tenía que darle una oportunidad.

De todos modos, el verdadero problema era Jim. Había algo en aquel individuo que a Marjie no le gustaba nada de nada. Carla le había hablado de él y le había dicho que lo suyo era básicamente sexual. Marjie lo entendía, por supuesto. Era un tipo extremadamente atractivo. Sin embargo, ¡qué engreído! Todo era yo, yo, yo y yo: «Yo estuve en la prueba de esto y aquello, y me dijeron que yo era el más adecuado para el papel...».

Jamás había conocido a un actor que no fuera completamente idiota, y James Harney no era la excepción. Vale, podía hablar de teatro con conocimiento de causa, pero ¿a quién demonios le interesaba? A lo que realmente aspiraba era a estar en una comedia musical, daba igual cuál. También le valdría cualquier anuncio de televisión. O cualquier culebrón. A ella, cualquiera de aquellas opciones le parecía una inmensa pérdida de tiempo. ¿Era eso lo que se conseguía con ser tan guapo?, ¿egocentrismo y culebrones? Se alegró de ser simplemente atractiva.

Sabía que se estaba comportando de un modo un tanto pedante, ¿y qué? Era difícil no hacerlo. Aquel tipo estaba liado con Carla. Se sentía muy protectora respecto a su hermana y sabía que el sentimiento era mutuo. Si la situación fuera a la inversa, Carla habría tenido exactamente la misma reacción.

Se preguntó si a Carla le importaría saber que Jim había estado tonteando con ella todo el día, tocándola cada vez que podía y sonriéndole, coqueteando. Probablemente no, pero a Marjie sí le importaba. Eso no le gustaba nada en absoluto. Podía soportar a Laura, pero ni siquiera iba a intentar que le cayera bien Jim Harney.

Tenía que admitir que se sentía mucho más cómoda con Carla cuando tenía una relación seria con un hombre, como la que había tenido con Nick. Había sido triste que no funcionara, aunque era un alivio ver que todavía podían ser buenos amigos. Se preguntó cómo lo habían logrado. Se preguntaba también muchas cosas sobre su relación, pero jamás lo había comentado con su hermana. Había algo en la autosuficiencia de Carla en los últimos tiempos que atemorizaba a Marjie, que la alejaba de ella. Le daba la impresión de que Carla no quería que la molestaran, como si estuviera demasiado ocupada como para preocuparse por asuntos y problemas personales. Si hubieran podido hablar como hacían antes, quizá la habría ayudado en sus intentos de acercamiento a Dan. Le habría venido bien esa ayuda.

Lo miró. Estaba sentado a su lado. Miró aquellas cejas espesas, la frente despejada, las hermosas arrugas que indicaban que salía al campo de vez en cuando, los hombros anchos y fuertes. Era un hombre atractivo, y también muy agradable.

Había momentos en los que sentía que quería aferrarse a él, comprometerse de verdad como él le había pedido. Pero le costaba mucho. Necesitaba hablar con alguien. Deseó que su hermana no estuviera tan hermética, tan proclive a quitarle importancia a las cosas. Tenía sus motivos para desearlo.

Si el problema de Carla era de exceso de confianza, tuvo que admitir que el suyo era de falta de ella. Muy poca seguridad para enfrentarse a cualquier trabajo demasiado exigente, muy poco sentido de la estabilidad para comprometerse con un hombre y solo con uno. Sin embargo, en aquellos momentos, estaba rompiendo con sus hábitos de toda la vida, los que le decían que los trabajos fáciles y las relaciones sin compromiso eran el único modo de ser libre. Se sentía bien por eso, pero no era fácil. Tenía la sensación de que, por cada paso que daba hacia Dan, retrocedía dos. Él lo había soportado todo.

Y se preguntó: «¿Quién demonios soy yo para mirar por encima del hombro a esta gente?».

Se recostó en el asiento al lado de Dan y se dedicó a pensar y a contemplar cómo pasaba el asfalto.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó Dan un rato más tarde.

—Yo —respondió Jim—. Son más de las dos y no hemos parado desde el desayuno. ¡Dios, a ver si encuentras un lugar!

—Hay algo de bollería en la bolsa —dijo Marjie.

—Sí, este lugar está lleno de bolleras —respondió Laura mientras pasaba una página.

—«Atraído a su propia muerte por un homosexual homicida», ¿no? —le preguntó Nick.

—Exacto —respondió Laura.

Dan tiró la colilla del cigarrillo por la ventana.

—Necesito algo sustancioso —comentó—. ¿Qué tal si no tardamos mucho en parar?

—A mí me parece bien.

A él también le apetecía algo succulento, sobre todo porque estaban en Maine y se podían conseguir buenas langostas baratas. Ojalá nadie insistiera en parar en uno de aquellos sitios de comida rápida para ahorrar tiempo. Llevaban viajando tiempo más que suficiente como para detenerse un buen rato y comer a gusto. Además, Carla no les esperaba a ninguna hora en concreto.

—¿Qué os parece un sitio donde sirvan pescado? —sugirió.

—Buena idea —se apuntó Dan.

Nick pasó por una salida, y luego por otra, antes de ver la señal de un cuchillo y un tenedor en la autopista. Salió en Kennebunk y rezó para que no resultaran ser restaurantes de franquicias, del tipo Howard Johnson. No lo eran. Las dos aceras

estaban repletas de restaurantes de pescado. Redujo la velocidad y avanzó con lentitud.

—Elegid —dijo.

—Ese de La Mesa del Capitán parece bueno.

—¿Y ese, El Ancla Dorada?

—Joder, cualquiera —exclamó Dan.

Nick señaló a su derecha.

—¿Y ese de ahí qué os parece? El Vikingo.

—Camareros vestidos con pieles y con cuernos —apuntó Laura—. Beberéis en odres y en cascós.

Marjie se echó a reír.

—Aquí no —le señaló.

—Es verdad —confirmó Dan—. Es en Nueva York donde te encuentras todas esas chorradas.

—Lo olvidaba —contestó Laura—. Estamos en el campo. Estamos en un puto lugar «civilizado».

Nick aparcó y paró el coche.

2.55 P. M.

Cómo está? —preguntó Peters. Casi tuvo que gritar para hacerse oír. Como siempre, en la comisaría había tanto ruido como en una perrera. Se removió en la silla negra giratoria en la que estaba sentado. Levantó la mirada hacia Sam Shearing y torció el gesto—. Cierra la puerta.

—Los del hospital dicen que todavía está sedada —le contestó Shearing. Entró en la oficina y se sonó la nariz.

—¿Te has resfriado?

—Un poco —respondió Shearing con un leve encogimiento de hombros.

—¿Qué más han dicho?

—Green que saldrá de esta —le informó Shearing—. Al parecer, ha sufrido sobre todo por estar tanto tiempo a la intemperie. Bueno, y esos cangrejos también se cebaron con ella.

Peters hizo una mueca de dolor. Lo de los cangrejos era lo que más le disgustaba. Al parecer, se habían pasado horas sobre las piernas de la pobre desgraciada antes de que el bote langostero la descubriera. Era una mujer muy fuerte. Estaba delirando y casi inconsciente, medio muerta, pero siguió agarrándose a aquellas rocas con una decisión férrea.

—¿Se sabe algo de las heridas que tiene en la cara y en la espalda?

—Por lo que se ve, estuvo corriendo por el bosque —dijo Shearing—. Le han sacado pedacitos de corteza de las heridas. Son de álamo.

Peters soltó un gruñido.

—Debe de haber sido una carrera endemoniada. Calculo que esos cortes tienen por lo menos un centímetro de profundidad.

—Los doctores dicen que más. Hay algunas que casi tienen tres centímetros.

—No tiene sentido. Uno no se hace esas heridas y sigue corriendo mucho tiempo. A menos que te persiga un oso.

—A lo mejor fue eso.

—Claro. Y a lo mejor estaba encarada hacia el oso mientras corría hacia atrás. Eso explicaría las heridas en la espalda, ¿no?

—Supongo que no, George.

—Supongo que no. Me parece más bien que alguien iba detrás de ella mientras la golpeaba. Esas heridas tienen toda la pinta de ser latigazos.

Shearing se sonó la nariz.

—No podremos hacer mucho hasta que se despierte.

—Podríamos encontrar el coche. Seguro que hay un coche vacío aparcado en algún sitio. Quizá haya dentro algún documento identificativo. Sabemos que no es

una mujer de por aquí. Ponte en contacto por radio con Meyers y con Willis y que echen un vistazo por la zona. ¿Cuánto tendremos que esperar antes de hablar con ella?

—Los doctores dicen que todavía faltan unas cuantas horas.

—De acuerdo. Que nos llamen en cuanto abra los ojos. Y, Shearing...

—¿Sí?

—Hazme el favor de comer algo, ¿vale? Creo que el estado te paga un salario. Ayer vi que tomabas solo una cerveza. Eso no es suficiente, muchacho. Tienes que cuidarte ese resfriado. Y estás tan flaco como un poste telefónico. Si quieres mi puesto, tienes que engordar un poco.

—¿Y quién dice que quiero tu puesto, George?

—¿Quién dice que Nixon era corrupto? Lo digo yo. Y ahora, lárgate.

Peters se movió de nuevo en la silla y apartó parte de los papeles que tenía apilados sobre la mesa. Arrancó una hoja de su libreta de notas y empezó a esbozar un diagrama de las marcas que había visto en la espalda de la desconocida. Tenía buena memoria y las dibujó muy bien. Estaba claro que eran azotes de látigo. La mayor parte de las marcas se agrupaban en la parte de los riñones. Se puso en pie y se acercó al mapa de la pared.

La encontraron al norte de Dead River. Allí no había gran cosa en temporada baja. A dos kilómetros mar adentro estaba Catbird Island, donde aquel grupo de pesca, cuatro hombres en total, si mal no recordaba, habían desaparecido el verano anterior. Aquello también había sido muy extraño. Por lo que sabía, venían de Cooperstown, Nueva York. Se albergaban juntos en una casa en Lubec. Alquilaban un pequeño bote de pesca a un tipo llamado Short, de Dead River, y nunca regresaron.

Descubrieron el bote anclado en el embarcadero norte de la isla. No se hallaron señales de violencia ni de problema alguno. Buscaron por toda la isla durante días, con un equipo de diez hombres, y lo que único que encontraron fueron pruebas de que alguien había estado yendo por allí. En Catbird Island no había nada aparte de un faro viejo en ruinas y un montón de frailecillos. En ese momento pensaron que se trataba de chicos que iban allí con sus novias. Sin embargo, habían buscado por todas partes, por si acaso. Nada. Al final supusieron que, a pesar de las advertencias de Short, se habían alejado nadando del bote y que, al no contar con la fuerza de la corriente, se habían ahogado.

Se había producido otro incidente parecido en aquel lugar, pero no logró recordarlo con claridad. Sabía que había sido unos cuantos años atrás. Quizá Shearing lo recordara. Aparte de eso, no había habido ningún otro altercado en la zona. Nada en absoluto.

Dejó escapar un suspiro. Quienquiera que hubiera hecho aquello ya podría estar en Canadá. Ojalá la chica no tardara mucho en poder volver a hablar.

Pensó de nuevo en los cangrejos. Eran una de las formas de vida más antiguas. Estaban al mismo nivel que los tiburones y las cucarachas. En todo el tiempo que

habían pasado en la tierra, no se habían enterado de cómo había cambiado el mundo. No les pasaba nada por la cabeza, excepto la siguiente comida. Era una forma de vida sencilla, directa y brutal. No entendía que alguien pudiera considerarlos un alimento. Por supuesto, los turistas creían que el cangrejo fresco era todo un manjar, pero, claro, los turistas eran completamente idiotas. A Peters no se lo parecía en absoluto. Él había crecido en aquel sitio.

Los cangrejos no eran más que devoradores de carroña. Se alimentaban de los muertos o, como en ese caso, de los moribundos. Igual que los buitres. Pensar en todas aquellas pinzas clavándose en la carne casi le hizo estremecerse. Sin embargo, no era de aquellos hombres que se estremecen. Más bien era de los que se encogen de hombros y dicen que así es la vida, y suponía que, lo mismo que las demás criaturas, el cangrejo había encontrado su propio lugar en el mundo, un lugar pequeño y maligno.

Finalmente llegaron al condado de Washington. Carla le había dicho que era el condado más deprimido de la nación, más todavía que los Apalaches, aunque a Marjie no le pareció mal. Habían pasado de la autopista 1 a la 89. Ahora tenían que cruzar un lago, girar a la izquierda en un semáforo de Palermo Road, pasar un par de remolques y luego un granero viejo y medio derruido antes de coger la carretera secundaria que llevaba a Dead River. Una vez entraran en ella, el camino de Carla era el primero de la derecha y su casa era la primera que se encontrarían. A Marjorie le alegraba que todavía quedara un poco de luz para cuando llegaran. No le apetecía buscar un desvío en un sendero de mala muerte en mitad de la oscuridad, sin nadie a quien preguntar una dirección en varios kilómetros a la redonda. Si seguían a ese ritmo, llegarían justo antes del anochecer; eso si Nick y Jim no se entretenían mucho comprando la cerveza.

En el cartel de la puerta delantera ponía HARMON'S GENERAL STORE. Era un establecimiento pequeño, con la pintura blanca desgastada y desconchada. Al otro lado de la puerta veía a Nick de pie enfrente de una estantería llena de Woodsman's Dope, una loción para disimular el olor corporal, y de repelente para mosquitos. Hablaba con una mujer gorda de rostro rubicundo que estaba detrás del mostrador y que llevaba puesto un vestido de algodón estampado algo desvaído. Supuso que Jim estaría buscando las cervezas en la parte trasera de la tienda.

El paisaje había cambiado mucho a lo largo de la última hora. Todo parecía más pequeño: las casas, los graneros, las gasolineras. Supuso que era lo propio de una zona económicamente deprimida. Sin duda, parte del problema eran las pocas personas que vivían por allí. Habían pasado kilómetros enteros sin que se cruzaran con nadie, incluso sin ver una casa o un edificio de ninguna clase. Claro que estaban en temporada baja. Sin duda, en verano habría más gente. Si no fuera por las verdes colinas, habría creído que se encontraban en el Medio Oeste. A los dos lados de la carretera se extendían caminos embarrados, arroyos y marismas. No solo eran más pequeñas las casas, también los árboles, como si los vientos procedentes del mar los agostaran o como si la tierra no les proporcionara el sustento suficiente.

A pesar de todo, el paisaje era hermoso a su manera. Las colinas eran largas y onduladas, y Nick disfrutaba conduciendo. Se veía de vez en cuando un halcón que les sobrevolaba. Había grandes helechales, salpicados de cedros y de pinos, además de extensiones amplias de álamos plantados recientemente en una campaña de reforestación. Allá arriba, tan al norte, a la mayoría de los árboles ya les había cambiado el color de las hojas, y en el aire se notaba que el invierno no estaba muy

lejos; incluso se les podía echar encima durante su estancia. Así de cerca estaba. De hecho, Laura ya estaba protestando porque la baqueta de cuero era la prenda más gruesa que llevaba.

Lo de la cerveza había sido idea de Dan. Lo cierto era que él y Nick eran los únicos que bebían, aunque Marjie estuvo de acuerdo en que sería relajante después del largo viaje. Dan no había hablado mucho desde la comida, excepto para quejarse de las coquinas que tenía apelotonadas en el estómago. Bueno, lo cierto era que todos habían comido demasiado.

Por lo que a ella se refería, había sido un almuerzo excelente. Las langostas que les sirvieron eran grandes y jugosas, y las coquinas estaban cocinadas al punto justo. Unos segundos más al fuego y habrían quedado duras y fibrosas. Una vez hubo acabado, se recostó contra el respaldo de la silla de mimbre, de aspecto no demasiado resistente. Sabía que había comido en exceso y se sentía incómoda. Contempló la mesa, abarrotada de pinzas machacadas, patas partidas y sorbidas, colas rotas, cáscaras vacías, todo encima de un mantel manchado de mantequilla. Llegó a la conclusión de que lo que había que hacer después de una comilona como aquella era limpiar la mesa deprisa y librarse de todo de inmediato.

Recordó un dibujo de George Grosz, un pintor alemán. Era un hombre grande y gordo de mejillas rojas que estaba sentado en la mesa de su comedor, cubierta de un extremo a otro de platos de pescado y de pollo, un par de botellas de vino y una sopera, y con restos de unos cinco platos distintos más. El individuo estaba mordisqueando con fruición un hueso de pollo. A sus pies había un perro royendo otro. El lugar era un desastre, todo estaba al servicio de la glotonería del individuo. Las sillas estaban manchadas de grasa, los cuadros (que recordó que representaban comida) estaban inclinados hacia un lado en unas paredes llenas de grietas y el suelo estaba cubierto de basura. Tanto el hombre como el perro tenían un aspecto avaricioso y sórdido. Solo había una puerta en la estancia, y estaba abierta. Al otro lado de la puerta se veía a un esqueleto sonriente: la Muerte, que había acudido a recoger a su víctima.

Su propia mesa tenía un aspecto parecido para cuando habían terminado. A menudo la vida recordaba la criatura tan desenfrenada y lujuriosa en la que podía convertirse una persona si se lo proponía.

A pesar de todo, decidió que se comería otra langosta fresca de Maine en cuanto tuviera la ocasión. Se preguntó qué habría preparado Carla para cenar. Había llegado a pensar en acompañar a Jim y a Nick a la tienda para comprar media docena de langostas y cocinarlas al día siguiente. Decidió no hacerlo. Era mucho mejor comprarlas frescas, y quizá Carla ya habría pensado en hacer otra cosa. Era mejor dejarlo. La cerveza sí que era buena idea. Tanto conducir la había cansado. Cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de que disfrutaría al beber unas cuantas cervezas esa noche. Deseó que se dieran prisa.

Los hermanos Pincus llegaron a la tienda y lo primero en lo que se fijaron fue en el Dodge negro con matrícula de Nueva York y en las dos mujeres que iban dentro. No le prestaron atención al hombre que había en el asiento de atrás, y que parecía estar durmiendo. Joey se detuvo al lado y la camioneta Chevy crujió al pararse. Le sonrió a su hermano mientras se limpiaba las palmas de las manos en la camisa de franela.

—Mira lo que tenemos aquí —le dijo.

Se bajaron sin prisas de la camioneta y se dirigieron con paso tranquilo hacia el coche. Las dos ventanillas del lado del copiloto estaban abiertas. Joey se apoyó en una de ellas y le sonrió con gesto depredador a la rubia de pelo corto del asiento de atrás.

—Buenas tardes —los saludó.

Jim se inclinó y miró sonriendo a la morena delgada. Ella se apartó un poco y asintió con la cabeza.

A Marjorie no le gustaba nada el aspecto de ninguno de los dos. Iban a molestarla. De hecho, el simple hecho de que estuvieran allí pegados ya la fastidiaba. No le gustaban sus caras, y sus sonrisas no eran más que muecas burlonas. Tampoco le gustaban sus ojos de cuencas profundas, ni las mejillas hundidas y sin afeitar, ni las frentes despejadas y quemadas por el sol. Saltaba a la vista que eran hermanos. Tenían los mismos rasgos brutales y endogámicos. Al igual que las casas y los árboles, los habitantes del lugar tenían un aspecto raquítico, como si los siglos de inmovilidad social hubieran desgastado su semilla, como si la hubieran dejado seca. Había visto ese aspecto en la gente con la que se había cruzado en la carretera, en el rostro de la mujer gorda de la tienda. Para ella, que estaba acostumbrada a la diversidad, existía una uniformidad inquietante en todos ellos, algo que indicaba aislamiento, y que era de una crueldad opaca e instintiva.

—Por favor, déjennos en paz —les dijo.

Ellos se limitaron a seguir sonriendo y no se movieron.

Dan los había observado con detenimiento desde el asiento trasero. Abrió la puerta situada al otro lado de ellos, la cerró al salir y se dirigió lentamente hacia la tienda.

Jim Pincus se echó a reír y miró a su hermano.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Chicas, me parece que acabáis de perder a vuestro amigo!

Eso hizo sonreír a Joey.

—¡Vuestro amigo se ha largado, chicas! —les soltó.

Entonces, los dos se echaron a reír y Joey empezó a dar golpes en el maletero del coche. Marjorie subió la ventanilla de su asiento y Laura intentó hacer lo mismo, pero Joey dejó de reírse de repente y puso una mano sobre el cristal para impedir que siguiera subiendo.

—No queremos haceros daño —les dijo con una sonrisa—. Solo estamos siendo amables.

—Solo somos un par de simpáticos tipos locales —añadió Jim—. ¿De dónde sois vosotras, chicas?

—De... De Nueva York —respondió Laura en voz baja.

Joey chasqueó los dedos.

—Lo sabíamos. Nos hemos fijado en la matrícula. Yo y mi hermano Jim nos fijamos en esas cosas. También nos hemos fijado en lo bonitas que sois. Lo olíamos.

Se echaron a reír de nuevo. Joey empezó otra vez a dar palmadas en el coche con la mano, lo que permitió a Laura acabar de cerrar la ventanilla. Eso no les gustó nada de nada a los hermanos Pincus. Se acercaron más todavía y Joey dio con la palma en el cristal.

—¡Eh, joder! —gritó.

—¡Vosotros dos! ¿A qué habéis venido?

La mujer gorda del vestido de algodón estaba en el umbral de la puerta, que llenaba por completo. Jim, Nick y Dan estaban a su lado en el porche de entrada. La voz de la mujer era curiosamente aguda para una persona de su tamaño, pero detuvo en seco a los hermanos Pincus de todos modos. Se quedó allí, mirándolos con una ira apenas contenida y con las gruesas manos apoyadas en las caderas. Marjie se fijó en que las sobaqueras del vestido se habían descolorido hasta quedar blancas.

—A por cigarrillos —contestó Joey con voz conciliadora.

—Bueno, pues entrad a buscarlos —replicó ella al quedar establecida la tregua—. Dejad en paz a estas buenas gentes.

Les echaron una última mirada a las chicas del interior del coche y obedecieron.

—Te has tomado tu tiempo —le dijo Marjie a Dan después de bajar la ventanilla.

Él les sonrió mientras se subía al coche.

—Tenía que pagar la cerveza.

Marjie le propinó una palmada en la cabeza y las dos muchachas se echaron a reír, aliviadas.

Nick y Jim bajaron las dos cajas de cerveza por los peldaños del porche.

—¿Es que planeáis montar una fiesta a lo grande? —les preguntó Marjie asomándose por la ventanilla.

—En realidad, pensamos que para pasar una semana en el campo esto es quedarse corto —le respondió Jim con una sonrisa.

Marjie pensó que Jim era extraordinariamente atractivo cuando sonreía.

—No sabía que bebías.

—Solo cuando está tu hermana.

—¿Nos dais las llaves? —les gritó Nick—. Quiero meter de una vez esto en el maletero.

Dan se inclinó sobre el contacto y le tiró las llaves a Nick. Él y Jim abrieron el maletero y metieron las cajas de cerveza entre la rueda de repuesto y las bolsas de viaje. Lo bueno de aquel viejo Dodge era el espacio del portaequipajes. Jim le puso una mano en el hombro a Nick y se le acercó.

—Mira, quiero enseñarte algo.

Alargó la mano hacia una bolsa azul pequeña y sacó una caja que la ocupaba casi por entero.

Abrió la caja. En el interior había algo envuelto por una bolsita de paño cerrada con una cremallera. Nick distinguió la forma de una pistola.

—Échale un vistazo —le dijo Jim.

—¡Jesús!

—Me alegro de que esos tipos no nos dieran ningún problema después de todo. No me hubiera gustado nada tener que utilizar este cacharro.

La sacó de la caja y apartó la bolsa.

—¡Dios! —exclamó Nick—. ¿Qué haces con eso?

Era la pistola más grande que jamás hubiera visto.

Jim se la pasó. También era la más pesada.

—Una Magnum 44 —le explicó Jim—. La compré aquí hace unos cuantos años, cuando trabajaba en Portland. Lo cierto es que solo es legal en este estado. Como un pequeño recuerdo.

—Vaya recuerdo.

—Me la llevé a Nueva York porque... Bueno, porque nunca se sabe en Nueva York, joder. La verdad es que no he tenido la oportunidad de dispararla desde hace años. Pensé que, si la casa de Carla está tan apartada de todo como dice, podríamos practicar un poco de tiro al blanco. Quizá hasta matar una codorniz o dos.

—¿Con una pistola?

—A lo mejor tenemos suerte.

Nick la sopesó en la mano.

—Así que una Magnum, ¿eh?

—Exacto. Como la de Harry el Sucio. Suelta un estampido tremendo. Mira. —Rebuscó en el fondo de la bolsa de viaje y sacó una caja de balas y otra caja de plástico más pequeña—. Tapones para los oídos. —Se los enseñó—. Si disparas este trasto sin los tapones, te quedarás sordo una semana. Podemos limpiarla cuando lleguemos a la casa y te enseñaré cómo dispararla.

—Me parece bien. ¿Carla sabe que llevas esto?

—Claro que no. Solo tú. ¿Y crees que alguna de estas dos habría aceptado la idea de transportar algo ilegal a través de cinco estados? Aunque aquí sea legal. No se lo he dicho a nadie. Ya se lo contaré luego, cuando sea demasiado tarde como para que importe.

—Podrías habérmelo dicho a mí, ¿no crees? —le dijo Nick—. Es mi coche, mi responsabilidad.

—¿Me hubieras dejado traerla?

—Probablemente no.

—Pues ahí lo tienes.

Jim sonrió y se encogió de hombros, y Nick le respondió con otra sonrisa. Jim no

era mala persona y a Nick no le importaba que le gastaran bromas, siempre y cuando eso no causara ningún problema. Se preguntó si Jim opinaría lo mismo, porque pensaba esperar hasta el último momento antes de volver a Nueva York para decirle que la pistola se quedaría en Maine. Era tan ilegal traerla como llevársela. Probablemente acabarían a gritos, así que esos tapones para los oídos quizá vendrían bien.

Oyeron a Laura, que los llamaba para que se dieran prisa. Nick cerró el maletero y se dirigieron a la parte delantera del coche.

—Estábamos comprobando la rueda de repuesto —les dijo Jim—. Carla dice que el camino se vuelve bastante malo antes de llegar. A mí me parece que está bien —dijo mirando a Nick, y sonrió.

—¿Qué cerveza habéis comprado? —les preguntó Dan.

—Budweiser, en botella —respondió Nick.

—¿De cuello largo?

—Claro.

—¡Bien hecho! —exclamó Dan—. Vamos a por Carla. Nunca he pillado una buena borrachera en el campo.

5.45 P. M.

Carla había pasado el día sola, y la mayor parte dentro de la casa. A la hora de comer había dado un paseo hasta el riachuelo tras ceder al impulso irresistible de hacer un *picnic* al lado del agua. Se había llevado un bocadillo en una bolsa de papel marrón, como si fuera una colegiala. Trepó por las rocas arroyo arriba en busca del lugar adecuado. En algunos puntos de la ribera embarrada descubrió huellas de las garras de un animal, probablemente un mapache, que llegaban hasta la orilla, y también las pisadas de unas botas grandes. Las botas tenían suelas grabadas. Se preguntó si pertenecerían al hombre que había visto el día anterior.

Descubrió un claro pequeño donde el arroyo se ensanchaba y el agua bajaba con mayor lentitud. No tuvo problemas para cruzar por encima de las piedras hasta llegar a una roca enorme que se alzaba en el centro del río. La piedra brillaba bajo la fuerte luz del sol, aunque el resto del claro estaba envuelto en la sombra. Se sentó y se comió el bocadillo mientras escuchaba cómo el agua acariciaba la roca y contemplaba a los zapateros deslizarse sobre la plácida superficie del arroyo. La media hora que pasó allí fue tranquila pero vigorizante. El bosque que la rodeaba era una presencia palpable y unía los conceptos opuestos de silencio y movimiento. Todos los árboles, los peces, los insectos y los pájaros, cuyos cantos se oían por doquier, hasta la propia agua, presentaban ante sus ojos y sus oídos una impresionante panoplia de vida, sonidos y ajetreo, y, a pesar de ello, la sensación predominante era la de un silencio tranquilo parecido al sueño, un silencio vivo y repleto de energía.

Aquello la relajó profundamente. Si pudiera sentirse así siempre, las cosas serían mucho más fáciles, mucho más claras. Era un lugar maravilloso. Los llevaría allí a todos al día siguiente. Estaba segura de que les gustaría tanto como a ella.

Le resultó difícil volver. La casa estaba bien, y era encantadora a su modo, pero aquello era lo que realmente había ido a buscar, esos sonidos y esa paz natural, la sombra y la frescura del bosque. Sabía que dispondría de tiempo más que suficiente para disfrutarlo una vez se fueran sus invitados. Empezó a preguntarse cómo se sentiría cuando tuviera que regresar a su verdadera casa, en Manhattan. Hizo una bola con la bolsa de papel marrón y la dejó caer en el agua. La contempló mientras flotaba lentamente corriente abajo, hasta que, a unos pocos metros de ella, el riachuelo se hizo menos profundo y la corriente más rápida. La bolsa no tardó en quedar convertida en un punto marrón sobre la superficie brillante del agua, hasta que desapareció. Carla bajó de la roca y emprendió el camino de regreso.

Pasó el resto del día enfrascada en el manuscrito. Creyó que sería mejor hacer un poco de trabajo preliminar antes de que llegaran los demás y tomar algunas notas

para comenzar a ponerse en marcha.

Dejó las dos puertas abiertas para poder oír si se aproximaba algún coche. Hasta ese momento solo había pasado uno en todo el día, una camioneta gris que rugió por el camino y desapareció. Una camioneta, ¿después de cuántas horas? Sonrió. Dios, sí que estaba sola allí. Se alegró de que el coche que había alquilado fuera nuevo; así era poco probable que la dejara tirada. No le apetecía nada tener que hacer autostop en aquel camino para que la llevaran hasta el pueblo. Podía pasarse esperando ahí todo el día. Los oiría llegar. De hecho, sabría que estaban cerca cinco minutos antes de que ellos pudieran ver la casa.

Empezaba a oscurecer. El viento empezaba a levantarse de nuevo. Las hojas se agitaron. Esperaba que llegaran pronto. Había puesto un asado al horno una hora antes, ya que era el tipo de comida que se podía mantener caliente sin importar la hora a la que aparecieran; pero sería mucho mejor que se presentaran cuanto antes. Sobre todo, porque estaba hambrienta de nuevo. El aire de la habitación estaba cargado del sabroso olor de la cena.

Guardó el manuscrito en su carpeta y lo llevó al dormitorio. Esa noche iba a hacer mucho menos frío. Decidió que esperaría fuera durante un rato. El aroma de la comida le estaba provocando retortijones de hambre en el estómago.

Se puso un jersey y salió por la puerta delantera.

Algo la hizo mirar hacia el suelo antes de dar un segundo paso y, fuera lo que fuese, se alegró mucho de haberlo hecho. No podía creerse lo que veía. «Joder, ¡qué asco!». Casi lo había pisado de lleno. Se quedó mirando las heces y se sintió repugnada y un poco estúpida, como alguien a quien le hubieran gastado una broma muy pesada en Halloween.

Por lo que se veía, había un perro muy grande por allí. Un perro muy bien alimentado. Un perro al que le gustaba cagar en el porche de los demás. «Dios mío».

Luego lo miró con más atención. Cayó en la cuenta de que eran dos perros, o uno muy raro, porque una de las cagadas era más oscura que la otra. Pensó que eran muy limpios, porque una estaba encima de la otra. Habían sido muy considerados. Ojalá pudiera encontrarlos.

Salió y dio una vuelta alrededor de la casa. Nada. Estaba dispuesta a despellejarlos vivos si los encontraba. ¿De dónde habían venido y adonde se habían ido? No se les veía por ningún lado. Eran un par de cagones furtivos.

Entró y buscó algo con lo que quitar aquella porquería. Quedaban unos cuantos trapos debajo del fregadero después de la limpieza del día anterior. Agarró unos cuantos, cogió una parte de la cagada y la llevó hasta el cubo de basura que había en la parte trasera de la casa. Tuvo que hacer un segundo viaje para llevar el resto. Luego entró de nuevo en la casa para buscar un cepillo y una palangana de agua. La llenó, le puso un poco de lejía y la mezcló antes de volver a la puerta delantera.

Estaba todavía de rodillas y frotando cuando llegó el coche. La coincidencia fue perfecta, porque ya se le había pasado el mal humor y la indignación. La verdad es

que era bastante divertido. Jim fue el primero en salir del coche. Carla se puso en pie mientras él se dirigía hacia ella con una sonrisa para abrazarla. Ella respondió al abrazo sin soltar el cepillo.

—Hay mierda de perro en el felpudo. Bienvenido al campo —le dijo.

Peters le dio un par de golpecitos en el hombro a Shearing y le hizo un gesto para que lo siguiera a su oficina. Se quitó el sombrero y las gafas de sol y las dejó sobre la mesa. Luego la rodeó y se sentó. Agradeció poder descansar.

—Cierra la puerta —le pidió a su ayudante.

Shearing lo hizo y se quedó de pie, a la espera. Peters resopló. Aquel tipo grande parecía agotado e irritado. Shearing conocía aquella expresión y normalmente significaba que les esperaba un día muy largo por delante. Sobre la mesa tenía un informe pendiente, una colisión de tres coches en la autopista 1. Miró a Peters y calculó que se tendría que quedar hasta tarde resolviendo el papeleo.

—Bueno, ya lo hemos resuelto —le dijo Peters—. Acabo de hablar con nuestra desconocida. Es la señora Maureen Weinstein, de Newport, Rhode Island. Tiene cuarenta y dos años, si no recuerdo mal, y ha venido a visitar a su hijo y a su nuera, que viven en Saint Andrews. El coche debería estar en algún punto entre Lubec y Whiting. No sabe dónde con exactitud.

—¿Es un Chevy Nova del 78, de color negro?

—Sí, ese es.

—Willis acaba de llamar hace una media hora para informar de que lo ha encontrado a unos cinco kilómetros al norte de Dead River.

—Tiene que ser su coche. ¿Encontró alguna identificación?

—Un momento.

Shearing salió y volvió a su mesa, donde rebuscó entre unos cuantos papeles. Volvió al despacho de Peter a paso ligero.

—Coincide. El permiso del automóvil está a nombre de Albert Weinstein, de Newport, Rhode Island. Willis no ha encontrado pruebas de robo, aunque habían forzado el coche. Todas sus cosas estaban esparcidas por encima del asiento delantero, y el bolso, vacío, pero había ochenta y cinco dólares en la cartera y un puñado de tarjetas de crédito. Es raro, ¿no? Me pareció que podía ser lo que buscábamos.

—Vale. El problema es que seguimos sin saber exactamente a qué nos enfrentamos.

—¿Qué quieres decir?

—Que ella dice que eran niños.

—¿Adolescentes?

—No. Niños. Niños pequeños, de siete, ocho, nueve y diez años como mucho. Había un par de muchachos, pero la mayoría eran más jóvenes. Niños salvajes, dice ella. Vestidos con pieles, Sam. ¿Te suena?

Shearing abrió la boca en gesto de asombro.

—George, por favor. Déjate de bromas.

—Lo digo en serio, Sam. Es lo mismo que nos contó aquel buscador de almejas hace seis meses. Ese anciano caballero con un litro de *whisky* Rock and Rye en el cuerpo. Ya sabes, críos vestidos con pieles y pellejos que corrían por la orilla. Solo que él dijo que había un par que eran mayores, si no recuerdo mal. Incluso era posible que fueran adultos. Tomamos declaración, ¿verdad?

—George, ¡la tiramos a la basura!

—Eso me parecía. Bueno, el caso es que la señora Weinstein dice que había una docena más o menos. Se bajó del coche porque se encontró con una niña medio desnuda que deambulaba por la carretera y se abalanzaron sobre ella. Le azotaron la espalda con palos. Al parecer, la hicieron ir desde la carretera hasta la orilla como a una vaquilla. Dice que querían matarla, y por lo que parece tiene razón. Llegó a la conclusión de que tenía más posibilidades de sobrevivir si se tiraba al mar.

—¿Y va a sobrevivir?

Peters frunció el entrecejo.

—Quizá pierda una pierna, o las dos. Los doctores no saben si van a tener que cortarle la derecha. —Se puso en pie y se acercó al mapa de la pared. Pasó un dedo por la línea de costa—. He estado pensando... ¿Recuerdas aquella charla que tuvimos en el Caribou?, ¿sobre que la proporción de personas desaparecidas en los últimos años en nuestra costa norte es un poco mayor que, digamos, desde Jonesport hasta Bar Harbor? Aquí solo es un poco más elevada de lo que debería ser, pero hay que tener en cuenta que hay mucha más gente en el sur, con pueblos más grandes.

Shearing asintió y Peters siguió hablando.

—Lo cierto es que la mayoría de los desaparecidos eran pescadores, langosteros y personas jóvenes. Digamos también que las aguas de aquí al norte son mucho más peligrosas, lo que cubre a los dos primeros grupos, y puesto que aquí no hay mucho que hacer y que el desempleo juvenil es tan elevado, eso cubre al tercero. Hay muchos adolescentes que se fugan. Pero ¿y si nos equivocamos, Sam? Supongamos que no se trata de eso.

Shearing se lo quedó mirando con expresión de escepticismo.

—¿Niños, George?

—El borracho vio unos adultos. Mira esto. Aquí está Dead River y, a kilómetro y medio y al otro lado del agua, Catbird Island, donde desapareció ese grupo de pescadores. ¿Dónde vio a los niños ese tipo?

—Justo al sur de Cutler.

—Eso no está ni a cinco kilómetros. Supongamos que hay algo a lo largo de la costa.

—¿Como qué?

—Que me aspen si lo sé, pero llevo devanándome los sesos todo el día intentando recordar algo que tenía relación con Catbird Island y la zona. Me he acordado hace

una hora. En julio hizo tres años que ocurrió. Un chico llamado Frazier. ¿Te acuerdas?

—Claro. El chaval que salió en bote con una tormenta.

—Con mal tiempo. Y según el padre, el bote estaba en perfectas condiciones y el chico, que tenía dieciocho o diecinueve años, era un marinero de primera. Debería haber vuelto sin problema alguno.

—Un solo error, George. Solo hace falta un error. Ya lo sabes.

—Eso es lo que dijimos en aquel entonces. Y por supuesto, podría seguir siendo la respuesta correcta, y quizá yo no estoy diciendo más que tonterías. Pero cuando piensas en cuántas de esas desapariciones tienen que ver con la pesca o con la vela, es inevitable extrañarse. También tienen botes en Bar Harbor, pero nuestra tasa de desapariciones es más elevada.

»Y volviendo del hospital se me ocurrió que quizá la razón por la que tenemos muchas más personas desaparecidas de las que deberíamos es que, como la población local es escasa, cualquiera se podría esconder sin problemas a lo largo de la costa, o incluso en la isla. Joder, allí no vive nadie. Y si no llamara mucho la atención, nadie se daría cuenta durante años.

—Es decir, si no hubiera supervivientes.

—Algo así, exacto.

Shearing pensó en ello. Lo que decía Peters tenía cierto sentido, pero para aceptarlo había que asumir un *modus operandi* bastante flexible. Por supuesto, era posible, sobre todo si había un número elevado de personas implicadas, como parecía ser el caso, y especialmente si había niños y adultos actuando juntos. Niños y adultos. Se preguntó de qué iría todo aquello.

Había tantos botes pequeños que partían desde todos los puntos de la costa durante la temporada turística que algunos podían desaparecer sin que nadie se diera cuenta. Y había muchos viajeros que iban y venían de Canadá y que pasaban por la carretera costera de Maine, como la señora Weinstein, algunos de ellos en viajes desde puntos muy alejados entre sí, por lo que si desaparecían en el camino, resultaría muy difícil saber con exactitud dónde lo habían hecho, sobre todo si los atacantes también se deshacían de los coches. Un puñado de chicos de la zona corriendo a lo largo de la carretera: sería fácil verlos y detenerlos, y nosotros los tomaríamos por chavales fugados. Luego estaba la playa donde el borracho (¿cómo se llamaba?) los había visto. Fiestas en la playa o encuentros amorosos a hora tardía en los que los chavales se besuqueaban (¿los chavales todavía se besuqueaban?). Sí, mucha gente podía desaparecer de ese modo. Era demencial, pero posible.

Además, hacía mucho tiempo que había aprendido a confiar en las intuiciones de Peters. A pesar de todas las bromas de George sobre el deseo de Shearing de quedarse con su puesto, lo que él más deseaba en ese momento no era eso, sino trabajar con aquel hombre mayor y obeso y aprender todo lo que pudiera de él. Si había un policía mejor en todo el estado, Shearing todavía no lo había conocido. No quería su cargo.

Bueno, sí lo quería, pero no tenía prisa. Esperaría hasta que Peters estuviera preparado.

—Entonces, el problema es dónde empezamos a buscar. Yo me inclino por una zona de unos ocho kilómetros cuadrados, desde Cutler hasta justo debajo de Dead River, e iría desde el interior hacia la costa.

Peters asintió.

—Harán falta un montón de hombres —añadió Shearing.

—Seguro que sí. Será mejor empezar a llamarlos, Sam.

—Eso haré. ¿Comenzamos esta noche?

—Sí, claro. Va a ser una noche despejada. Incluso sería mejor empezar mientras quede algo de luz. Y antes de que tengamos que sacar a alguien más del agua.

—Vale. Llamaré a mi mujer.

—Ah, y a ver si puedes traer a ese borracho. ¿Cómo se llamaba?

—Danner. O Donner. O algo así. Lo encontraremos.

—Hazlo rápido, Sam.

—Hacerlo todo rápido es lo que me mantiene delgado, George.

—Cuidadito con lo que dices, muchacho.

7.30 P. M.

Marjie estaba en la cocina lavando los platos. Así era ella, pensó Carla. No habían pasado dos horas y ya se había apropiado de la mitad de las tareas domésticas. Miró lo que quedaba del asado. No había ni para un sándwich. Lo tiró a la basura y cogió un trapo.

—¿Quieres que te eche una mano?

—Claro —le contestó Marjie.

Pensó que tenía una hermana pequeña maravillosa y se alegró de que estuviera allí. Siempre le había costado entender a las hermanas que no se llevaban bien, que se hacían la vida imposible. Su experiencia era justo la contraria. Marjie era prácticamente la única persona en la tierra con la que podía contar con total seguridad. Apenas se peleaban, y cuando lo hacían no estaban enfadadas mucho tiempo y nunca quedaban resentimientos. Supuso que parte de aquella fórmula mágica era que no había rivalidad alguna entre ellas, y también que había tenido suerte. Miró por la ventana y vio a los demás fumando y hablando en el porche. Que se quedaran allí un rato.

—Carla, ¿podríamos hablar en algún momento?

—Claro. ¿Sobre qué?

—Sobre... cosas. Ha pasado mucho tiempo. Al menos, a mí me lo parece.

—¿Dan?

—Sí, entre otros temas. —Se calló un momento y sacó un cuenco del agua jabonosa—. ¿No quieres saber qué he estado haciendo toda esta semana?

—¿El qué?

—Me he dedicado a buscar un psiquiatra. He visitado a tres.

—¿Y?

—Bueno, ha sido muy interesante.

Carla la miró desconcertada.

—El primero era una mujer. Me escuchó durante media hora y luego me dijo que quería recetarme unas pastillas.

—¿Qué clase de pastillas?

—No le pregunté. Elevadores del ánimo, antidepresivos, ese tipo de cosas. Se dan prisa en mandarte tomar pastillas. El segundo era un hombre. Este quería recetarme pastillas y, además, mandarme a un hospital.

—¿A un hospital?

—Me dijo que estaba muy deprimida.

—¿Lo estás?

—Mucho menos de lo que estaba hace tres meses. Entonces lo estaba demasiado

como para ni siquiera pensar en ir a un psiquiatra. Y eso hace que me lo cuestione todo, porque logré superar esos tres meses horribles.

—Idiotas.

Marjie levantó la vista de la pila de platos y le sonrió.

—Bueno, el caso es que el tercero tiene mejor pinta. Nada de pastillas ni de hospitales. Hablamos durante una hora, y una de las cosas que me dijo es que le daba la impresión de que yo competía contigo.

—¿Y lo haces?

—Sí, probablemente.

—¿Por qué?

—Siempre tengo esa sensación de futilidad. —Carla se rió—. Tú no la tienes, ¿verdad? Nada parece merecer la pena.

—La mayoría de las cosas merecen la pena, si a uno le gusta hacerlas —declaró Carla—. Seguir vivo merece la pena. Y si uno no hace nada no se mantiene vivo. —Se echó a reír de nuevo—. Marjie, tienes esa sensación de futilidad porque no haces nada. Eso sí que es fútil. Y aburrido. Además, en tu caso es un desperdicio de una materia prima genial. Y no estoy hablando solo de los trabajos.

—Dan dice que soy material de primera.

—Pues créetelo.

—Normalmente no le creo.

—Típico de ti.

—Supongo que sí que compito contigo, y que siempre pierdo. —Dejó escapar un suspiro—. ¿Cómo es posible que tú hayas terminado estando tan segura de ti misma mientras que yo no soy más que un cero a la izquierda? —Colocó los últimos platos en el escurridor—. ¿Qué ha pasado?

—No eres un cero a la izquierda.

—Tampoco es que vaya a comprar la General Motors.

—¿Querías tener la General Motors?

La puerta trasera se abrió y entraron Nick, Dan, Laura y Jim.

—¡Cartas! —exclamó Nick mientras se frotaba las manos.

Carla pensó que lo de jugar a las cartas siempre se le ocurría a él, seguramente porque era muy bueno. Se giró hacia su hermana.

—Hablares más tarde —le dijo en voz baja.

Marjie asintió.

Se sentaron a la mesa con los demás. Carla sirvió café y jugaron a las cartas, aunque Laura se había negado al principio. Se quejó un poco de lo estúpido que era quedarse sentado a echar unas partidas la primera noche de su llegada. Sin embargo, estaba demasiado cansada como para «visitar los antros locales», como había sugerido al principio. Carla llegó a la conclusión de que Laura no era más que fachada, pura pose, y, al mirar los pechos de la rubia, pensó que era así en más de un sentido. «Vaya, vaya».

Fuera, las mujeres contemplaban la partida y no entendían nada. Una de ellas era fofa, sin expresión alguna en el rostro, con una boca extrañamente lacia y una barbilla puntiaguda, y llevaba puesto lo que antaño debió de ser un vestido, pero que ya parecía ser poco más que un saco liso de algodón. La otra era más joven y delgada, y habría sido incluso atractiva si no fuese por el color enfermizo de su piel, el largo cabello estropajoso y la mirada apagada de sus ojos. Iba vestida con una camisa de cuadros vieja, demasiado estrecha como para cerrarla a la altura de los pechos, y un par de pantalones anchos de color caqui. Se sentía muy orgullosa de aquellas dos prendas, aunque si se lo hubieran preguntado, no hubiera recordado el motivo.

Observaban en silencio, pálidas como gusanos bajo la luz de la luna. Vieron a uno de los hombres barajar los naipes y repartirlos, vieron a cada jugador abrirlos en abanico en las manos y luego comenzar a tirarlos lentamente uno por uno. Todo lo que las mujeres vieron, lo olvidaron de inmediato. Daba la impresión de que estaban esperando algo que se negaba a ocurrir. Esperaron hasta que no les quedó paciencia y, entonces, como si tuvieran una sola mente, se dieron la vuelta y se marcharon en dirección al arroyo.

Entre la vegetación había grillos, que también se quedaron en silencio cuando ellas pasaron cerca, y por un momento la casa quedó rodeada por una profunda tranquilidad. El momento pasó con la misma rapidez que una mano por la llama de una vela. En el interior de la casa se oyeron unas risas. Fuera, un leve helor en el aire indicaba que el invierno ya no estaba muy lejos. Todas las voces de la hierba quedarían en silencio entonces y dejarían las horas más oscuras a los pájaros nocturnos y al viento.

7.50 P. M.

Las mujeres recorrieron caminando el kilómetro aproximado que las separaba de la orilla. El sendero que siguieron estaba iluminado por la luna. Era una ruta que conocían muy bien. La casa había permanecido vacía durante casi todo un año y habían acabado pensando que era prácticamente suya, aunque siempre habían tenido cuidado de que nadie las viera por ahí. Tres kilómetros y medio al norte había otra vivienda, pero la habitaba una familia todo el año. Habían visto el hacha afilada del hombre en su pila de madera y a sus tres hijos altos y fuertes trabajar en su automóvil en el patio. Había otra a unos cinco kilómetros al sudeste, pero cerca corría una carretera general y no era seguro acercarse por allí.

Pero esa casa... había estado vacía mucho tiempo. Los niños jugaban allí y conjuraban magia infantil en el desván, a oscuras. La mujer más joven asintió para sí misma y se pasó una mano sucia y callosa por los pechos. Puede que no tardaran mucho en volver a alborotar por allí.

Recorrieron el sendero hasta que la gran cúpula del cielo se abrió sobre ellas y vieron el mar. Enfrente se extendía una amplia franja de playa, de un blanco sobrenatural recortado contra el movimiento incesante de las olas. El mar era un fluido salvaje lleno de luz y de balanceos bajo la mirada tranquila y fulminante del cielo, la luna y las estrellas.

Otras mujeres tenían amigos, libros, bancos, esposos. Ellas tenían aquello... y poco más. Arena, cielo y mar.

Se detuvieron un momento en el punto donde el sendero moría en las dunas y se quedaron mirando hacia el agua sin expresión alguna. Allí a lo lejos estaba la isla donde había vivido una generación tras otra hasta que ellas llegaron al mundo. Aunque se encontraba demasiado alejada como para que pudieran verla, hallaron con la mirada el punto del horizonte donde debería estar. No albergaban ningún sentimiento hacia el lugar, tan solo una conexión, pero esa conexión era muy fuerte. Parpadearon y se quedaron mirando fijamente. Pequeños pájaros nocturnos picotearon la arena. Detrás de ellas, los sapos del bosque cazaban caracoles y polillas. Las dos mujeres siguieron avanzando hacia la cueva, que estaba tan solo a unos pocos metros de la orilla.

La humedad de la noche había hecho salir a los cangrejos fantasma. Uno de los juegos preferidos de las mujeres era hacerlos huir. Un paso rápido a la derecha o a la izquierda era suficiente como para que los crustáceos se apartaran uno o dos metros. A ellas les gustaba ver sus veloces movimientos laterales espantadizos. No intentaban atraparlos, solo asustarlos.

Los cangrejos tenían agallas y necesitaban mantenerlas húmedas, por lo que se

enterraban profundamente en la arena mojada durante el día. Salían a cazar por la noche o cuando hacía un tiempo lluvioso o nublado. Por la noche, sus cuerpos pálidos se mimetizaban tan bien con la arena que solo se les veía cuando se movían. Entonces, parecía que la playa cobraba vida y que se agitaba bajo sus pies. Las mujeres se echaron a reír y se pusieron a perseguirlos. Se imaginaron por un momento que era la propia playa la que les tenía miedo y que intentaba escapar en todas las direcciones.

8.05 P. M.

Cuando las mujeres regresaron a la cueva, el hombre estaba desnudo. La camisa roja, los vaqueros andrajosos y las botas pesadas estaban colgadas de un perchero sobre el fuego. En la fogata ardía madera resinosa porque quería conseguir una humareda espesa. Quería quedar impregnado del olor a fuego. No se daba cuenta de que la cueva llevaba meses apestando a orina, a heces, a humedad y a carne podrida, y de que esos olores se le habían pegado al cuerpo. No era consciente de ello. Solo pensaba que la mujer tenía un fuego en su propia casa y que ese olor le haría indetectable cuando la acechara.

Las dos mujeres estaban riendo cuando entraron en la cueva.

—Nos hemos cagado en su casa —dijo la más joven.

Bajó una mano para aferrar su pene. Sabía que aquella travesura quizá le hiciera enfadar, pero ese gesto siempre le había mantenido tranquilo en el pasado. El pene empezó a dilatarse de inmediato. El hombre le sonrió y metió la mano izquierda entre los mechones sucios de su cabello. Tiró de ella hacia él y la mujer comenzó a reírse de nuevo.

A la mano derecha del hombre le faltaban el dedo anular y el corazón a la altura de los nudillos. Metió esa mano en la camisa abierta y la pasó sin suavidad por encima de sus pechos. El índice y el pulgar se detuvieron un momento para pellizcarle los largos pezones. La mirada de los ojos de la joven se mantuvo apagada, pero sacó la lengua entre los dientes y la movió con un gesto provocativo. El hombre había estado esperando aquello.

La soltó del pelo y le propinó una bofetada. La joven cayó al suelo gimiendo y escupió un salivazo sanguinolento. La otra mujer retrocedió un paso. En esos momentos, el hombre era peligroso. Se quedaron mirando el uno al otro por un instante. Luego, las dos mujeres se marcharon con rapidez hacia la profundidad fresca de la cueva y lo dejaron a solas de nuevo.

A pesar de la escasa luz, vieron a la tercera mujer en la parte posterior de la cueva. Estaba preparando una especie de salchicha para asarla. Estaba embarazada, a punto de dar a luz. La curva de su vientre aumentaba su aspecto de estupidez bovina. Al igual que las otras, su piel mostraba una palidez antinatural por la escasa exposición a la luz solar y también tenía el cabello sucio y estropajoso. El pellejo de animal que llevaba puesto estaba manchado de polvo, comida y cenizas, y en algunos puntos estaba incluso rígido por la mugre.

—Nos hemos cagado en su casa —repitió la joven.

Se olvidaron de la furia del hombre y se echaron a reír otra vez. El aspecto inusual de la mandíbula y la boca de la mujer mayor y gorda tenía una explicación:

no tenía dientes, lo que le daba una apariencia curiosamente reptiliana. Movía las encías sin parar, como un lagarto que se estuviera tragando una mosca enorme. Se arrodilló al lado de la mujer embarazada y el cuello de su vestido sin forma se onduló y se abrió, dejando a la vista unos largos pechos caídos.

—Hay otros —dijo la mujer más joven mientras se recostaba contra la pared húmeda de la cueva—. Dos mujeres, tres hombres. Los hemos visto por la ventana.

La mujer embarazada asintió. Nada de aquello le incumbía en esos momentos. Ya casi había terminado las salchichas. Había comenzado una hora antes aproximadamente. Había cortado el intestino en tiras de unos cuarenta centímetros de largo, les había dado la vuelta y las había llevado al arroyo para lavarlas. Cuando regresó a la cueva, abrió la espina dorsal, un hombro y los fémures para sacarles la médula. Luego había picado con un cuchillo afilado la parte más tierna del lomo junto a parte del hígado y del cerebro, los dos riñones y poco menos de un kilo de cuartos traseros cortados cerca del hueso. Por último, se acercó al fuego y derritió la médula y parte de la grasa del riñón para después añadirlo todo a la mezcla de carne.

En esos momentos estaba rellenando los intestinos cortados con la mezcla y atando los extremos. Cuando el hombre hubiera acabado con el fuego de madera, esperaría a que el humo se disipara y añadiría madera más leñosa para asarlas para la cena.

Al día siguiente se ocuparía del resto de la presa. Del lomo sacaría unos filetes que comerían al mediodía y luego cortaría la carne de los muslos y de los hombros. Dejarían los trozos formando una pila para convertirlos en tiras de tres a cinco centímetros de ancho y diez a quince centímetros de largo. Empaparían las tiras en agua de mar y las colocarían sobre una rejilla de madera verde y sobre el fuego para mantener alejadas a las moscas. La carne quedaría negra y seca en unos pocos días. Eso la mantendría comestible de forma casi indefinida.

La jaula que colgaba sobre su cabeza se estremeció. Ella no se inmutó, pero las otras dos mujeres se rieron y la señalaron. La habían fabricado a partir de rejillas metálicas y colgaba suspendida de una cuerda gruesa que pasaba a través de un anillo asegurado en el techo de la cueva, a unos tres metros por encima de ellas. El otro extremo de la cuerda bajaba por la pared rocosa y estaba atado a un enorme gancho clavado a la pared. Todo aquel material lo habían encontrado en un vertedero situado a unos kilómetros de allí. En esos momentos, dentro de la jaula había un chiquillo de unos quince años. Estaba desnudo y yacía tumbado en el suelo, inmóvil hacía mucho tiempo por el miedo. De vez en cuando, su cuerpo se estremecía como si lo sacudiese un viento maligno, y la rejilla repiqueteaba. Eso estaba bien. Dejar que pasara miedo haría que la carne del muchacho estuviese más tierna. La hembra había muerto demasiado pronto y por eso había tenido ciertas dificultades a la hora de cortar los cuartos traseros.

Vio que el hombre tomaba sus ropas del colgador. Ahora, pensó. Hizo caso omiso de las otras mujeres y recogió toda la comida para dirigirse hacia el fuego.

—Dicen que ahora hay más —le dijo al hombre.

—¿Cuántos?

—Tres hombres. Dos mujeres más.

El hombre miró al muchacho que estaba tumbado en la jaula sobre sus propios vómitos y sonrió. Pronto estarían allí metidos, bien apretados. El muchacho tendría que soportarlo. O morir. Eran grandes guerreros. La vida era mejor ahora.

El hombre tenía poca memoria y ninguna noción del tiempo, pero recordaba muy bien el frío y las privaciones que habían sufrido en la isla, antes de que los hombres con armas hubieran acudido a buscar a los pescadores que ellos habían capturado. No comprendía las armas de fuego, excepto que mataban con rapidez, y eso le aterrorizaba. Antes de que llegaran los hombres armados, vivían básicamente de lo que sacaban del mar, tal y como les habían enseñado los mayores en los días antiguos. Vivían de los cangrejos, de las almejas y de las algas, de las presas conseguidas con una soga con anzuelos extendida de noche y con una forma primitiva de pesca de arrastre.

Le seguía gustando pescar así. Metía un anzuelo largo y pulido en el agua y en el cordel que lo sostenía ataba trozos pequeños de hueso que se movían y brillaban bajo el sol. Eso atraía a los peces. Cuando uno estaba lo suficientemente cerca, le daba un tirón fuerte y rápido al cordel y así empalaba al pez, al que luego arrastraba hasta la orilla. Había que ser rápido y actuar con seguridad. También se podía afilar un hueso pequeño por ambos extremos y esconderlo dentro del cebo. Cuando el pez se tragaba el cebo, también se tragaba el hueso. Con un simple tirón, el hueso letal se clavaba de lado en sus entrañas. El pez tardaba mucho en morir.

Sonrió ante la idea.

Pero esos fueron tiempos de escasez. Recordó los rostros esqueléticos de los mayores, ya muertos, la anciana y el anciano que lo llamaban por su nombre. No podía recordar el nombre. Recordaba que la anciana era Ag-Ness, y que el anciano había ido una vez por la noche a encender una luz en el faro. Sin embargo, ambos habían muerto antes de que se le ocurriera preguntarles qué significado tenían aquel nombre o aquel acto.

Contempló cómo la mujer colocaba madera leñosa en el fuego y se puso la camisa roja. Ya tenía un buen olor. Le gustaba el olor a quemado.

Cuando llegaron los hombres con armas, tuvieron que esconderse. Habían estado sin comer muchos días. Casi murieron de hambre. Los hombres volvieron muchos días seguidos y la isla dejó de ser segura, así que al final huyeron.

Al principio, la vida en tierra firme había sido más difícil todavía. Recordó que habían sobrevivido a base de raíces, polillas, ranas y saltamontes durante una temporada. Los saltamontes no estaban mal una vez se les quitaba todas las partes duras, las alas y las patas. En verano pudieron atrapar lagartos y serpientes, y comieron huevos de hormigas. Encontraron una presa de castores y durante un tiempo comieron carne de esos animales, con su sabor parecido al de las aves, y

encendieron las lámparas que habían robado con el aceite que sacaron de sus colas. Vivieron en chozas improvisadas y durmieron sobre lechos de agujas de pino y abeto, y siguieron en continuo movimiento. Hasta que encontraron la cueva.

Estaba a unos diez metros del borde superior de un acantilado de más de quince metros de altura, y solo se podía llegar a ella por un pequeño camino de cabras desde la orilla. La había descubierto un día mientras buscaba huevos de gaviota. La entrada estaba en una hendidura y quedaba oculta desde casi todos los ángulos por las rocas que sobresalían. También estaba protegida de los vientos. Existía una chimenea natural en un agujero secundario y más pequeño que se abría en una roca situada por encima, a pocos metros de la entrada, aunque ellos casi nunca encendían una hoguera por temor a que el humo les delatara. Lo mejor de todo era que la cueva era enorme y relativamente seca, incluso cuando había tormentas. La entrada daba a un espacio de unos quince metros por seis y luego a una segunda zona en la parte posterior, de casi el doble de ese tamaño. En algunos puntos la distancia entre el techo y el suelo alcanzaba los ocho metros.

Dormían sobre camas de pieles o de hojas, agolpados alrededor del fuego cuando hacía mucho frío, o en la segunda cueva cuando hacía mejor tiempo, aunque esta la utilizaban sobre todo como almacén. Habían encontrado el vertedero del pueblo muy pronto, y la gruta se había convertido en un revoltijo caótico de objetos recogidos al azar: un arado pequeño con el mango roto, azadones, rastrillos y horcas con las púas resquebrajadas. En una esquina había un pila que llegaba hasta media pared. Había un arnés viejo, palas, atizadores, cubos llenos de clavos y llaves, planchas, pomos de puerta, marcos de ventanas, la culata de un rifle, ruedas sin llantas, llaves inglesas grandes, látigos, hebillas, cinturones, cuchillos y hachas. Casi no habían utilizado nada, y lo guardaban casi todo.

Un poco más allá había otra montaña igual de alta con prendas de ropa que habían quitado a los cuerpos de los muertos. Escogían una prenda del montón, la llevaban puesta hasta que quedaba completamente desgastada e inútil y luego escogían otra. Durante ese tiempo, la ropa del fondo se cubría de moho, lo que proporcionaba un hogar a hordas de escarabajos, cucarachas y moscas que crecían gordas y saludables en aquel lugar lleno de desechos.

Al lado de la ropa había una pila de huesos limpios, que amarilleaban en ese ambiente húmedo, estancado y fétido.

Finalmente, estaba el montón de pieles y herramientas para raspar y curtir. Las diferentes pieles variaban mucho en forma y tamaño, pero muchas de ellas eran largas y delgadas, y de un color pálido.

El hombre pensó en todo aquello con gran satisfacción. Se puso los pantalones vaqueros andrajosos y recordó lo que había dicho la mujer. Ahora eran tres y tres. Su gente llenaría la jaula y compensaría la pérdida que habían tenido dos noches atrás, frunció el entrecejo al recordar lo que habían hecho los niños. Jamás les había permitido que mataran solos, sin vigilarlos. No debían ni intentarlo.

Los había castigado por su estupidez, y esa noche le obedecerían, sin duda alguna. Les había dado una paliza a todos, uno por uno, desde el mayor hasta el más joven, mientras los demás lo contemplaban. Disfrutaban del dolor que sufrían sus hermanos y hermanas, aunque estaban aterrorizados por el que ellos mismos iban a sentir. No paró hasta que todos sangraron.

Sus hermanos salieron de la cueva interior mientras se ponía las botas que le había quitado al pescador gordo de rostro enrojecido, hacía mucho tiempo ya. Cuatro de los niños los seguían. Les soltó un gruñido a modo de saludo y terminó de atarse los cordones alrededor de los tobillos. Tenía un secreto para ellos. Disfrutaba de la espera antes de contárselo.

El primer hombre era enorme, de cerca de dos metros. Era completamente calvo, sin cejas por debajo de la cúpula que formaba su frente ancha y sin rastro alguno de pelo ni en el rostro ni en el pecho al descubierto. Tenía unos hombros redondeados e inmensos, con unos músculos que parecían aumentar con cualquier movimiento. Los tendones del cuello tenían el tamaño de dedos gruesos. Sus ojos eran de un extraño color azul pálido.

El hombre había escogido sus armas del montón de la cueva interior y se había ceñido un cinturón grueso de cuero, verde por el moho, a cada lado del cual había colocado un largo cuchillo de caza. Se palmeó la barriga. Ya estaba listo.

El hombre que estaba detrás era un individuo mucho más pequeño, delgado y fibroso, con unas mejillas hundidas y una barba rala. Tenía una barbilla escasa y unos labios gruesos y fofos, y la boca siempre abierta. Al igual que el hombre que estaba junto al fuego, tenía el cabello largo, aunque menos espeso que su hermano, pero igual de sucio y de enredado. Su mirada estaba apagada, ya que sus pequeños ojos porcinos solo se animaban cuando algo sangraba o moría.

Llevaba una navaja afilada como una cuchilla de afeitar en los pantalones de color gris desvaído, colocada junto al pene. Le gustaba la sensación. Del cuello, debajo del jersey azul y sucio, llevaba colgando un pequeño crucifijo de plata. El hombre no sabía qué era, tan solo que era algo que lo diferenciaba de los demás, que no llevaban nada encima que no necesitaran.

Él también había escogido un par de cuchillos del montón de herramientas. Se acercó con rapidez al hombre que estaba al lado del fuego y le entregó uno de ellos. Al hacerlo, le sonrió de tal modo que pareció que la cara se le doblaba y se le partía. El gesto dejó al descubierto unos dientes podridos y verdes por el sarro descompuesto. Los niños, que seguían detrás de él, se agitaron llenos de nerviosismo. En sus mentes aparecieron vagos recuerdos de estar escondidos entre los arbustos de un lado del camino mientras observaban cómo aquellos hombres atrapaban y mataban.

El hombre de la camisa roja acabó de atarse las botas.

—Ahora hay tres hombres y tres mujeres —dijo a los demás.

Al oír el sonido de su voz reverberar en el interior de la cueva, las mujeres se

agruparon a su alrededor. Sus hermanos lanzaron gritos de sorpresa y de alegría.

El hombre asintió antes de volverse hacia las mujeres.

—Llamad a los niños —les dijo—. Primero comeremos.

El hombre grande sonrió. Sacó una de las salchichas a medio hacer del fuego y se la metió, humeante todavía, en la boca. Reventó con un chasquido húmedo al ser mordida y la grasa comenzó a correrle por la barbilla hasta caerle en el pecho desnudo.

La mujer gorda con el vestido desgastado echó a un lado la piel de ciervo que cubría la entrada y salió al exterior. La brisa nocturna le acarició el rostro de color cetrino, lleno de cicatrices. A sus pies vio una pequeña pirámide de huesos diminutos y de plumas.

Los niños.

La desmontó de una patada. Se llevó las manos a la boca y desde el interior de la cueva oyeron su llamada. Para cualquier otro oído, sonaría igual que la voz de una gaviota chillando en el viento.

Segundos más tarde aparecieron siete niños por la ladera. Los más pequeños trepaban a cuatro patas como si fueran zorros. Al igual que su madre, la mayor de ellos estaba embarazada, aunque no sabía si el padre era uno de los hombres o uno de los adolescentes. Caminaba con mayor lentitud que los demás e iba la última, sin dejar de jadear.

La noche había caído del todo y la luna estaba en lo más alto del cielo, brillante. Olieron la comida en el interior de la cueva y sus estómagos empezaron a retorcerse de hambre. Esa noche habría un festín. Habían oído decir a los adultos que era una temporada de abundancia y que sus barrigas estarían llenas a reventar durante las semanas siguientes. Treparon con impaciencia por las rocas sin prestar atención a los cortes o a los golpes. Treparon hacia el olor a carne que impregnaba el aire nocturno. Hacia la presa.

Nick se sentía celoso de nuevo por primera vez desde hacía mucho tiempo. El sentimiento era igual que un viejo amigo al que apenas reconocía y en cuya presencia se sentía aburrido e incómodo. Aburrido de sí mismo e incómodo con Laura. Sus celos siempre se habían concentrado en Carla. Jamás los había sentido antes ni después. Allí estaba ella, en la sala de estar y preparándose para irse a la cama, y los sintió de nuevo. Les oyó charlar y reírse mientras arreglaban el sofá cama. Oyó el repiqueteo de la hebilla del cinturón de Jim al caer al suelo. Del cuarto de Dan y Marjie salían unos ruidos parecidos, pero a esos no les prestaba atención. Había concentrado toda su atención en la sala de estar. Se quitó las gafas y las colocó sobre la mesita de noche.

Se quedó tumbado en la cama contemplando cómo Laura se desvestía y colocaba las prendas con cuidado sobre una silla. Sintió un leve estremecimiento en la entrepierna cuando separó el sujetador de sus pechos, que desapareció cuando lo dobló y lo dejó con cuidado sobre la ropa. Había un abismo entre el estilo de Laura y sus verdaderas inclinaciones. Como si se estuviera escondiendo. Eso le preocupaba.

Ella se metió en la cama junto a él y le sonrió. Nick le devolvió la sonrisa mientras escuchaba la voz de Carla al otro lado de la pared. Pensó que tenía que dejar de hacer eso. Era una mierda. Pero siguió escuchando. Laura querría hacer el amor. Sabía que era mejor no intentarlo siquiera mientras estuviera prestando atención a Carla. Si lo hacía, la cosa acabaría mal.

Se preguntó por qué había aceptado la invitación. ¿Es que no había previsto que pudiera ocurrir algo así? No lo había hecho. Pero ¿por qué no? «Joder, tendría que haberlo hecho. Pensé que ya lo habíamos hablado, que lo habíamos dejado atrás hace mucho». Ni siquiera recordaba el nombre del tipo con el que ella estaba saliendo en esa época. Tan solo recordaba la sensación.

Laura rodó sobre sí misma y le dio un beso.

—Te apuesto diez dólares a que no eres capaz de aguantar ni quince minutos después de haber estado conduciendo todo el día —le dijo.

Él la besó sin pasión.

—Déjame mear primero —le contestó.

Se apartó de ella, se puso la bata y cruzó la cocina en dirección al cuarto de baño. Vio una luz encendida por la rendija de la puerta del cuarto de Dan y Marjie.

Tuvo que esforzarse por no mirar hacia el otro lado, hacia la sala de estar. Se colocó delante del retrete, se abrió la bata y apuntó al agua.

Oyó por un momento que algo se movía en el exterior, cerca de la leñera. Era un sonido rasposo pero leve. Carla les había contado lo del ratón en la cocina, pero

aquello sonaba como si hubiera algo más grande que un ratón de campo allí fuera. Quizá eran mapaches.

Oyó a Marjie reírse al otro lado de la pared. Marjie. La verdad es que había sido ella quien había cimentando su relación como amigos. En cierto sentido, lo que sentía por ella era más sólido y más duradero que lo que sentía por su hermana.

No había habido nada sexual entre ellos por una sencilla razón: Carla y ella eran uña y carne, y para Marjie hubiera sido inconcebible liarse con la pareja de Carla. Inconcebible para Marjie y para Carla, por supuesto. Él sí que había pensado en ello. Marjie era muy atractiva. Le había estado dando vueltas sobre todo después de romper con Carla. Sin embargo, para entonces las bases de su relación ya se habían establecido. Marjie y él compartían muchos gustos. De vez en cuando salían de bares y, cuando se sentían lo suficientemente sueltos, cada uno se iba a ligar por su cuenta. Iban juntos a ver películas de terror (nadie más estaba dispuesto a ir con ellos) y Marjie se le aferraba al brazo durante los peores momentos.

No había habido nada romántico entre ellos. Él sospechaba que quizá algunas de las excentricidades de Marjie, desde su miedo a la oscuridad, a los espacios cerrados, a los coches veloces o incluso a la comida barata, hasta su tendencia a comportarse de un modo huraño y distante sin ninguna razón aparente, le irritarían si fuera su amante, mientras que como amigo solo le resultaban curiosas. Quizá por eso jamás había intentado nada con ella. Quizá ambos intuían que era mucho mejor dejar las cosas como estaban. Ninguno de los dos tenía demasiados amigos del sexo opuesto que no fueran un amante previo o en potencia, y al no existir una verdadera tensión sexual entre ellos, el placer que sentían cuando estaban juntos era especial y único. Además, por supuesto, siempre flotaba la sombra de Carla.

Cómo estaba Carla. Qué tal le iba a Carla. Había sido un final interminable. Y eso, como la mayor parte de todo lo que ocurrió, había sido culpa suya.

Su amor había desaparecido en una guerra de egos. Carla se encontraba en un momento ascendente de su vida, con un interesante trabajo nuevo y un salario excelente. Nick, por otro lado, pasaba por una mala situación. Había abandonado un empleo perfecto para ponerse a escribir, y no estaba haciendo nada. Ahora, un año más tarde más o menos, ganaba más dinero escribiendo que cuando trabajaba en la oficina, pero en los últimos días que había pasado con Carla su ego había necesitado una atención constante. Bueno, más bien había sido su nabo.

Era extraño cómo, cuando no había otra cosa en la vida, el sexo se convertía en todo. De repente, tenía ganas de Carla las veinticuatro horas del día y, por supuesto, ella estaba demasiado ocupada. Ella probablemente sabía con exactitud cuál era el problema: que él utilizaba la potencia sexual para compensar otro tipo de impotencia, lo que le convertía en alguien bastante repugnante. Al final, Carla había tenido toda la razón. Eran personas más vitales cuando estaban separados. Cinco días después de la ruptura, empezó a escribir.

Se la sacudió bien en el lavabo. Apagó la luz del cuarto de baño y entró en la

cocina. La luz de Marjie seguía encendida y esta vez no pudo evitarlo: vio que la de la sala de estar, también. Entre esas dos habitaciones estaba la suya. Y en ella, Laura.

Frunció el entrecejo. Había muchas contradicciones en Laura. Nada encajaba. Le gustaba hacerse la dura, pero en ciertos aspectos era más timorata todavía que Marjie. No era capaz de llevar el gato al veterinario. No tomaba drogas o alcohol en las fiestas. Él sabía que estaba enamorada de él, pero jamás lo mostraba a las claras. No a menos que se apartara de ella por alguna razón en un intento de no comprometerse demasiado. Entonces ella se desmoronaba por completo. Era una situación complicada, pero, como no tenía nada mejor, no había roto con ella. Podría haberlo hecho. La estaba engañando. La estaba engañando en ese mismo instante al pensar en Carla.

Al final, todo se reducía a que esa noche, como muchas otras noches, diría que estaba demasiado cansado para no tener que hacer el amor con ella y de ese modo no sentirse un cabrón por follar con Laura y desear que fuera Carla. Le sorprendió que el pasado estuviera todavía tan cerca. No lo había imaginado. No había imaginado que aquello sería así, no hasta que el pasado llegó susurrando a través de la pared, llamándole para que regresara y decirle que se quedara.

Cruzó la puerta de su dormitorio y miró a Laura. Dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Todo bien. Estaba dormida.

En la habitación de al lado, Marjie se levantó y cerró la ventana. Se quedó mirando la oscuridad durante un momento.

—Tengo frío —dijo.

—Ya tienes dos mantas —le apuntó Dan.

—No es suficiente —insistió ella antes de meterse de nuevo en la cama de un salto.

—¿Qué hay de ese aire limpio y puro del campo?

Dan se sentó a su lado y se quitó los zapatos y los calcetines.

—El aire limpio y puro del campo está helado.

—Ven aquí y ponte sobre mi nabo. Eso te calentará.

Le gustaba Dan cuando se comportaba de un modo vulgar, que era casi siempre. Se metió completamente desnudo en la cama y ya estaba empalmado. Tenía un cuerpo delgado y la piel suave, y eso también le gustaba a Marjie.

—Quítate esa bata —le pidió él.

—Tengo frío.

—Ya sé que tienes frío. Quítate esa bata.

—Quiero dejármela puesta.

—¿Quieres quedarte desnuda de una vez, por favor? —insistió él al mismo tiempo que se ponía encima de ella.

—¡No!

Dan se metió debajo de las sábanas y debajo de la bata. Ella se echó a reír y él le mordisqueó el estómago.

—Lo que tengo que hacer para disfrutar de un culo de segunda —dijo con la voz apagada por la piel de ella.

—Anda y que te jodan.

Antes de Dan, jamás se habría atrevido a decirle «Que te jodan» a un hombre. Supuso que Dan sacaba lo mejor de ella. Era un tipo divertido. Él apretó la boca contra su estómago y sopló con fuerza. Algo que sonó como un pedo tremendo resonó en su barriga y la hizo echarse a reír.

—¡Chsss! Calla —le soltó ella.

—Tú eres la que se está riendo. ¿Me estoy riendo yo? No, yo lo que intento es acostarme contigo.

Salió de debajo de la bata y empezó a desabrochársela. Como siempre, lo hacía con dedos torpes.

—No, espera. ¡Espera! Quiero que hagas una cosa por mí. ¡Solo una cosa!

—Joder. ¿El qué?

—Quiero que hagas una cosa antes de irnos a la cama.

—Ya estamos en la cama.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Qué?

—Ya lo sabes.

—¿Te refieres a antes de que follemos?

—Sí.

—Vale. ¿El qué?

—¿Podrías poner unos cuantos leños más en el fuego? Si no, me voy a congelar de verdad aquí. ¡Por favor!

Ella recurrió a la típica actitud de niña pequeña: tres cuartos de súplica y uno de pucheritos. Siempre había funcionado antes. Funcionó de nuevo.

—Sí, supongo que podría hacerlo. ¿Dónde guarda la leña?

—Creo que justo delante de la cocina. —Luego, con toda la coquetería que pudo, añadió algo más—: Muchas gracias, Dan.

—Muchas gracias, Dan —la imitó él—. Sabes que utilizas trucos muy bajos, ¿verdad?

Ella le propinó una palmada en el hombro. Dan ni siquiera se preocupó por ponerse una bata y se acercó a la puerta del dormitorio para mirar hacia la cocina a oscuras. Vio que la puerta de Nick estaba cerrada y que las luces de la sala de estar estaban apagadas. No parecía haber problema en que saliera. Caminó de puntillas hacia la cocina bajo la escasa luz que salía del dormitorio. Abrió la estufa y vio que no quedaba mucha leña. Había muchas ascuas, pero medio tronco humeante nada más. Marjie tenía razón. Para cuando amaneciera, estarían muertos de frío.

Cogió un leño de cedro del suelo y lo metió en el fuego. La casa estaba

completamente en silencio. Le dio la impresión de que casi era algo sobrenatural. Metió otro tronco y puso gesto de dolor cuando este rozó de un modo ruidoso con la rejilla de la estufa. Pensó que era mejor que terminara lo antes posible, antes de que despertara a todo el mundo. Separó el leño más grande del resto de la pila con todo el cuidado que pudo y lo metió con lentitud. De repente, se dio cuenta de que los había colocado el uno al lado del otro. Sabía que de ese modo no arderían nunca. «Mierda, mierda y mierda». Miró a su alrededor en busca del atizador. Vio que estaba apoyado contra la pared, al lado del armario de la cocina. Lo utilizó intentando no hacer ruido para colocar el segundo tronco sobre el primero y el tercero sobre los otros dos. Luego lo dejó a un lado, respiró profundamente y miró en el interior para comprobar que prendieran bien.

Debido al silencio que reinaba, le dio la impresión de que había hecho más ruido que si hubiese estado moviendo todos los muebles de la casa, pero qué se le iba a hacer.

Estaba claro que el campo era muy tranquilo. Si se quedaba allí el tiempo suficiente, seguro que se le pegaría algo de esa tranquilidad. La corteza prendió. Eso significaba que los troncos también lo harían. Había llegado el momento de volver con la señorita Marjie. Cerró la puertecilla de la estufa y le echó el pestillo. En ese preciso instante, oyó que algo se movía velozmente por el suelo.

Sintió que la sangre le corría con mayor rapidez por las venas. Se dio cuenta con una certeza palpitante de que había alguien a su espalda. La adrenalina le recorrió todo el cuerpo y la piel se le cubrió de repente de un sudor frío y pegajoso. Se dio la vuelta.

—Bonito culo —le comentó Carla con una sonrisa. Se acercó a la nevera—. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

El corazón le latía a mil por hora. Ella abrió la puerta y la luz del interior de la nevera hizo que su bata fuera casi transparente. Dan la contempló con admiración. Sus pechos eran más grandes que los de su hermana y tenía las caderas un poco más anchas. Tenía un aspecto impresionante.

—Tú tampoco estás nada mal —le contestó.

Carla se sirvió un zumo de manzana y bajó la vista hacia su propio cuerpo.

—Gracias —respondió, y cerró la puerta.

Dan se sintió un tanto incómodo delante de ella.

—Será mejor que vuelva a mi habitación. Solo quería poner un poco más de leña al fuego. ¡Dios, me has dado un susto de muerte! Buenas noches.

—Buenas noches.

Dan cerró la puerta a su espalda.

—Tu hermana tiene unas buenas tetas —le dijo a Marjie.

Ella apartó la sábana y la colcha y Dan vio que por fin se había quitado la bata.

—¿Mejores que estas? —le preguntó ella.

—Diferentes.

Y entonces saltó encima de ella.

Carla vio como la luz se apagaba en el cuarto de Marjie. Dan era un tipo atractivo. No había dicho en broma lo de su culo. Le alegraba que su hermana tuviera buen gusto respecto a los hombres, al menos físicamente. Se preguntó si acabarían llegando a tener algo serio, y pensó que empezaba a sonar como su madre.

A su madre no le habría gustado nada que hubiera hombres en la casa. Un escritor, un actor y un... ¿Qué era Dan?, ¿un pintor de brocha gorda? Eso creía. Cada uno de ellos era un insolvente en potencia, aunque estaba segura de que, si había alguno que podía llegar a triunfar en la vida, ese era Jim. El problema era que ella no quería estar cerca de él cuando lo hiciera. Si ya era bastante egocéntrico en ese momento de su vida, ¿cómo llegaría a ser una vez fuera rico y famoso?

Aunque tenía que admitir que Jim era una persona que se esforzaba por hacer las cosas bien.

A Jim le gustaba actuar un poco incluso en la cama. Un poco de dominación en plan amo y esclava. A ella no le importaba. De hecho, le gustaba. Para ella, tenía cierto sentido. A lo largo de los años se había convertido en alguien bastante agresivo en todos los demás aspectos de su vida. No aguantaba tonterías. De nadie. Por así decirlo, no le parecía mala idea ponerse al otro lado durante un rato.

Era curioso cómo la gente cambiaba de actitud durante el sexo. A menos que estuviera haciendo el amor, Jim siempre era un punto demasiado amistoso, un punto demasiado ostentoso con su sonrisa y su atractivo, un punto demasiado ansioso por agradar. A Carla le gustaba de verdad, aunque en pequeñas dosis, pero mucha gente lo encontraba un tanto irritante. Como la mantequilla que no se derrite en la boca.

Sin embargo, a la hora del sexo, Jim se comportaba de un modo agresivo, un poco cruel incluso. Carla no creía que aquello fuera demasiado bueno, pero qué puñetas, la excitaba. Por supuesto, la violación solo como fantasía. Para ella, después de la masturbación, era el mejor modo de tener un orgasmo. De repente, le entraron prisas por volver a la cama.

Se sirvió otro vaso de zumo de manzana. «Mejor que se espere». Mejor que los dos se esperaran, así tendrían más ganas. Pensó en él, tumbado en el sofá cama, desnudo sobre la colcha, enfadándose cada vez más por su tardanza. Le tocaría la piel suave, sin arrugas, sobre todo en la parte del cuello, de los hombros y de su pequeño culo juvenil.

«¡Esto es ridículo! ¿Por qué estoy aquí parada?». Cerró la puerta de la nevera y se quedó quieta un momento mientras los ojos se le acostumbraban a la oscuridad. El fuego de la sala de estar apenas emitía ya una luz titilante, porque se había apagado casi por completo.

Dispuso de nuevo de un momento para disfrutar de la increíble oscuridad de las

noches en el campo. Era una noche tan tenebrosa que le llenaba el alma de una especie de vértigo. El interior de la casa estaba completamente a oscuras incluso bajo la luz de la luna. La negrura se espesaba hasta que cada esquina, cada línea geométrica de paredes y muebles, se fundía hasta convertirse en una única cortina de sombra opaca. Se trataba de una oscuridad estigia. Siempre le había gustado esa frase. La oscuridad de los sueños.

Se dirigió hacia la luz. Oyó en el exterior a varias gaviotas llamarse entre sí. Al llegar al umbral de la sala de estar empezó a ver de nuevo. Jim estaba en la cama tal y como ella se lo había imaginado, desnudo y mirándola. ¿Estaba sonriendo? No estaba segura. No era propio de Jim sonreír en momentos como aquel.

Vio que él giraba la cabeza para mirarla mientras se agachaba delante de la chimenea a recoger el último leño y ponerlo dentro. El fuego chasqueó y saltó al probar la corteza del tronco, y la hizo entrar en calor.

Se dio la vuelta para mirarlo. Su cuerpo estaba recortado contra la ventana y pálido bajo la luz de la luna. Se bajó la bata hasta los hombros y luego la dejó caer lentamente. Se quedó quieta, de pie, delante de la chimenea. Sabía que tenía un aspecto estupendo con la luz dorada resbalándole por el cuerpo, y que a él le gustaría eso. Sintió el calor de su propio narcisismo enrojecerle la piel. Luego sintió otro calor: el de él.

Se metió en la cama. No se dijeron nada. Ella le agarró el miembro y lo sostuvo en la mano mientras sentía como palpitaba y se llenaba de sangre. Luego lo soltó y se colocó encima de él para empezar a introducirlo en su cuerpo.

—No —le interrumpió él.

Jim la levantó y sacó el pene para luego quedarse apoyado en un codo. Se quedaron mirando por un momento. Luego, la empujó con fuerza para que cayera de espaldas y la agarró por las muñecas, lo que la inmovilizó contra la cama. Carla vio lo serio que se había puesto y empezó a reírse. No cada vez que lo hacían era igual, pero se parecía bastante.

El juego había empezado.

TERCERA PARTE

14 de septiembre de 1981

12.02 A. M.

Excepto por la habitación en la que la mujer y el hombre tenían encendido un fuego, la casa estaba a oscuras. La luna les iluminaría si se asomaban para espiar por la ventana, así que se mantuvieron pegados a la casa, donde sabían que no se les podía ver. Dieron la vuelta a la casa en silencio hasta que tuvieron localizadas a todas las personas que había dentro. Vieron a dos que dormían en una habitación, Dan y Marjie, y a un hombre, Nick, todavía despierto en el dormitorio de al lado. El hombre y la mujer de la habitación de la chimenea estaban follando. El fuego ardía con fuerza, así que los dos estarían cegados y no podrían verlos, mientras que ellos dispondrían de luz más que suficiente. Se quedaron mirando. Era divertido mirar.

Vieron que el hombre la agarraba de los pezones y se los retorció. Luego apretaba con los pulgares hasta hundirle los pezones en la carne. El hombre estaba siendo cruel con ella. Distinguieron a través de la ventana como ella gemía y después se colocaba sobre él como si lo montara. Dejó que él se sumergiera en ella y empezó a empujar rítmicamente las caderas contra las suyas mientras él levantaba el torso para rodearla con los brazos y morderle los brazos, el cuello y los pechos.

Vieron como salía de ella reluciente y que la tumbaba de espaldas. Le abrió las piernas de par en par y le masajeó la parte interior de los muslos. Ella arqueó la espalda cuando el hombre le metió un dedo, y luego otro, y otro más, hasta que su interior admitió los cuatro dedos que entraban y salían mientras ella se agarraba con fuerza al cabecero del sofá cama con la boca completamente abierta. Las manos del hombre subieron por su cuerpo hasta inmovilizarla con los brazos por encima de la cabeza y entró de nuevo en ella con fuerza. Sus cuerpos brillaban por el sudor mientras forcejeaban bajo la luz del fuego.

El hombre delgado del crucifijo tenía la boca abierta en gesto lacio con una sonrisa torcida. Se sacó el pene mientras los miraba y comenzó a masturbarse contra la casa. A los pocos segundos ya se había corrido. El hombre de la camisa roja, que estaba a su lado, sonrió al ver el esperma bajar goteante por la pintura blanca de la casa hasta caer al suelo.

Ya estaban listos.

Carla solo estaba atenta a aquella tremenda mezcla de dolor y placer. Se había corrido por primera vez cuando él le había metido los dedos y le había acariciado el clítoris con el pulgar. Ya casi estaba a punto de nuevo. Vibraba y preveía cada uno de los siguientes movimientos de Jim. La ventana y la noche fría se encontraban muy lejos de su pequeño mundo de sensaciones mudas.

Lo mismo se podía decir de Jim. Se había contenido todo lo que había podido, o hasta que había dejado de importarle. Empezó a soltarse dentro de su estupendo cuerpo tibio. Sintió que temblaba en su interior. Eso era lo que se había esforzado en conseguir de ella desde el principio, aquello y nada más, y merecía la pena.

Sus cuerpos se pusieron tensos de forma casi simultánea. Carla empezó a estremecerse y a patear como si sufriera un ataque febril. Él bajó la cabeza para apretarle un pezón con los dientes. Luego le mordió. Carla se corrió de nuevo y esta vez él se apresuró a seguirla de inmediato y cerró los ojos con fuerza.

La habitación estalló en mil pedazos.

De repente, había cristales por todos lados. Carla sintió que le caían sobre los pechos y el estómago. Varios trozos le dieron en la cara y se le metieron en el cabello. Al mismo tiempo, la boca de Jim se abrió y quedó lacia contra su cuerpo. Vio un par de brazos aparecer delante de ella y algo destellar bajo la luz del fuego. Aparecieron otros dos brazos y un par de manos grandes la agarraron por las muñecas. Gritó.

Carla notó que la cabeza de Jim se apartaba de sus pechos con un movimiento flácido. Las manos tiraron de ella para sacarla de debajo de él, y fue entonces cuando vio el tajo profundo y rojo que Jim tenía en la parte posterior del cuello, justo debajo de la línea del cabello, y el chorro de sangre que le estaba cayendo sobre el estómago. Sintió como los cristales rotos de la ventana le arañaban la espalda, y al instante siguiente estaba en el exterior. El aire nocturno enfrió la sangre de Jim sobre su cuerpo, y ella empezó a gritar de nuevo, sin parar, mientras intentaba apoyar los pies, que apenas lograba sentir, sobre la hierba larga y húmeda, y miraba a los dos hombres en la oscuridad. Vio que uno de ellos echaba el brazo hacia atrás y cerraba el puño, y supo que le podría partir el cuello si quisiera. Cerró los ojos, notó que algo la golpeaba y después no sintió nada más.

Nick fue el primero en salir de su habitación. No se había dormido. Había estado escuchando cómo hacían el amor. Lo había oído todo. Entonces le llegó el ruido del cristal al romperse. «Pero ¿qué coño...?». Se levantó de un salto de la cama y abrió de golpe la puerta. Se quedó quieto, dudando, ya que su mente estaba paralizada ante lo imposible de la escena que tenía delante. Vio el cuerpo de Jim tumbado en la cama y estremeciéndose, y las piernas de Carla, que sobresalían por la ventana, bañadas en sangre. Por un momento fue incapaz de comprender nada. Fue igual que si se hubiera encontrado de repente con un grupo de desconocidos en una habitación extraña que jamás hubiera visto antes y la comedia que estuvieran representando para él le resultara repugnante y grotesca, imposible de comprender.

Un instante después, ya estaba gritando su nombre y corriendo hacia la ventana. Llegó allí a tiempo de ver como un hombre la golpeaba en la cara y su cabeza caía

flácida. Ya había sacado medio cuerpo por la ventana para ir a buscarla cuando una criatura delgada y repulsiva que podía pasar por un hombre se lanzó a por él con un cuchillo y le propinó una puñalada.

Cayó hacia atrás, sobre el cuerpo todavía tembloroso de Jim, y sintió que su propia sangre le corría por la cara. Se notó ausente, mareado, vacío. De repente, Marjie estaba a su lado gritando y oyó a Laura despertarse y empezar a llamarlos.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Qué hay ahí fuera?

Nick supo que jamás había oído el pánico en su estado puro hasta ese momento.

Dan ya estaba en la puerta delantera con el atizador en la mano.

Abrió la puerta. Una corriente de aire frío recorrió toda la casa desde la puerta hasta la ventana abierta, y le dio la sensación de que una mano helada le cubría el cuerpo desnudo. Cuando la puerta se abrió por completo, vio algo enorme que rugía delante de él, con los brazos levantados por encima de la cabeza. En cada mano le destellaba algo brillante. Dio un paso atrás de forma involuntaria y cerró la puerta para luego poner el cerrojo y echar a correr hacia el interior de la casa.

Miró por la ventana de la cocina. Vio tres figuras pequeñas delante del porche. Notó una oleada de terror. ¡Nos tienen pillados!, pensó. ¡Estamos atrapados! ¡Estamos muertos! ¡Mierda! De inmediato se calmó. A lo mejor no, a lo mejor todavía no. Cerró la puerta de la cocina y le puso el pestillo a la ventana. Cogió el teléfono, pero, por supuesto, no funcionaba. Volvió corriendo a la sala de estar.

Vio que Laura seguía en su habitación, acurrucada contra el cabecero de la cama y sin haber soltado las mantas con las que se tapaba.

—¡Vamos! ¡Sal de ahí! —le gritó.

Se acercó a su ventana y miró hacia fuera. ¿De verdad era aquello lo que parecía ser? Los contó. Seis. Seis niños. No estaba loco. Eran niños. Con el atizador podía enfrentarse sin problemas a seis niños, pero ¿cuántos más habría?, ¿cuántos adultos? Le echó el pestillo a la ventana. Laura lo estuvo mirando todo el rato, pero se negó a moverse cuando él la tomó del brazo. «Lo sabe». Olía la sangre que había allí fuera.

Entró en la sala de estar. Nick estaba en el suelo con la espalda apoyada en el sofá cama. Tenía un lado de la cara tremendamente pálido y el otro completamente cubierto de sangre. El cadáver a su espalda se había quedado quieto. Marjie estaba de pie e inmóvil en la escalera que daba al desván. Tenía la boca tapada con las manos y el rostro convertido en una máscara de terror. Miraba horrorizada a través de la ventana abierta.

La expresión que vio en su rostro le hizo estremecerse. ¿Qué estaba mirando? Se colocó con cuidado delante de ella, en su línea de visión. Las cortinas se movieron con la brisa nocturna.

Habían encendido las luces del Pinto de Carla. Los vio a unos diez metros de la ventana, debajo de un árbol.

Era un hombre delgado con una camisa de cuadros y unos pantalones grises desvaídos, y otro más fornido y vestido con una camisa roja, que tenía a Carla en brazos. Parecía seguir inconsciente. El individuo enorme que había visto a la entrada no estaba allí, pero sí vio a más niños, otros cinco. Con los seis del otro lado de la casa hacían un total de once. Otras tres figuras pequeñas en el porche y un monstruo en la entrada hacían seis adultos y diecisiete personas en total. Eran demasiados.

Se quedó aturdido por un momento, con el atizador aferrado en la mano, jadeante. Miró a su alrededor sin saber qué buscaba: una salida a un lugar seguro, una posición defendible o una idea que llenara el vacío que no dejaba de crecerle en la mente y que le impulsaba al olvido, a la inmovilidad, a la nada. Sacudió la cabeza y se obligó a enfocar la vista. «Vamos, piensa, piensa».

Tendrían que fortificar la casa de inmediato, poner barricadas en las puertas y buscar algún modo de defenderse. Ni siquiera se planteó salir a buscar a Carla. Con eso solo lograrían que los mataran. Era posible que incluso hubiera más de los que había visto por la ventana. La cabeza empezó a funcionarle. Miró el cuerpo de Jim, que seguía en la cama, cubierta de sangre ya pegajosa. Había muchísima sangre en una persona. Notó una sensación familiar en el estómago. No había visto algo así desde Vietnam. «Será mejor que te pongas a hacer algo». Se apartó en silencio de la ventana y se arrodilló al lado de Nick.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien —respondió Nick, sin mucha convicción.

Dan vio que la mirada vidriosa de sus ojos empezaba a desaparecer y pensó que, después de todo, quizá no estaba tan mal. Apartó la mano de Nick de la herida con toda la delicadeza que pudo. Había tenido suerte. El cuchillo le había dado justo debajo del ojo izquierdo y la hoja había bajado cortando hasta el mentón. La herida era relativamente superficial excepto donde el cuchillo se había encontrado con mayor resistencia, en el pómulos y en la barbilla. Casi había dejado de sangrar. Solo tenía que lograr que se pusiera en movimiento. La ventana abierta le tenía atemorizado.

—Nick, ¿sabes dónde están las herramientas de la casa?

—¿Dónde está Carla? —contestó Nick con voz pastosa y confundida.

—Está fuera, Nick. Carla está fuera. La han atrapado. Tenemos que enfrentarnos a ellos. ¿Dónde están las herramientas?

Nick levantó una mano con lentitud y señaló.

—Creo que están debajo del fregadero.

—¿Puedes ponerte en pie?

—Creo... Creo que sí.

—Inténtalo. —Dan se volvió hacia Marjie—. Échame una mano —le pidió.

Ella no se movió. Se lo repitió en voz más alta. «Estupendo, están todos idos y dependen de mí». Marjie siguió mirando por la ventana. Vio los rastros que las lágrimas le habían dejado en las mejillas, aunque ya había dejado de llorar. Había

algo en su mirada que era al mismo tiempo duro y terriblemente enternecedor. Jamás había visto a una mujer con aquella mirada. Solo a los hombres, y solo en la guerra.

—Mira. Mira lo que le están haciendo —dijo de repente en voz baja.

Dan se acercó a la ventana. De la tierra, que se estaba enfriando, salían unas débiles columnas de vapor visibles gracias a los faros del coche. Los vio con toda claridad. Habían lanzado una cuerda por encima de una rama del árbol. Los pies de Carla estaban atados a un extremo de la cuerda y el hombre grande estaba tirando para dejarla colgada en el aire. Dan se alegró de que siguiera desmayada. Los niños se arremolinaban a su alrededor. Vio que uno de ellos le escupía en la cara cuando las piernas empezaron a subir y que otro le propinaba un varazo con un palo en el trasero antes de que el hombre delgado los obligara a apartarse. Dan pensó que Marjie no debería ver aquello. «Joder, ninguno de nosotros debería verlo».

—Ven aquí —le dijo, y era una orden.

Marjie le contestó con una voz artificialmente tranquila, al borde de la histeria.

—No, esa es mi hermana.

Nick se había puesto de pie y estaba al lado de ellos.

—Mis gafas. No... No puedo ver. ¿Qué están haciendo?

El hombre grande seguía tirando de la cuerda mientras el otro ataba el otro extremo al tronco del árbol.

—Póntelas —le dijo Dan—. Y será mejor que también te traigas a Laura. —Se volvió hacia Marjie—. Quédate aquí. No te muevas. Si alguien se acerca a esa ventana, me avisas. ¡Y sales corriendo, joder!

Nick entró en su dormitorio. Dan le oyó hablar con Laura y, cuando pasó por delante de su puerta de camino al fregadero, lo vio inclinado sobre ella intentando levantarla de la cama.

A Dios gracias, Nick no se había equivocado. Las herramientas estaban debajo del fregadero. Había dos martillos y unos cuantos clavos grandes. Se llevó los martillos a su dormitorio, los dejó sobre la cama, se puso unos vaqueros y luego se metió los martillos entre el cinturón y el pantalón.

Regresó a la cocina y vació la caja de clavos sobre la mesa. Miró atrás, hacia la sala de estar. Marjie seguía donde la había dejado. Se acercó al cajón de los cubiertos, sacó el mejor y más afilado cuchillo que pudo encontrar y se lo metió también en el cinturón. Eran cincuenta centímetros de filo, casi medio kilo de acero inoxidable sólido.

Tendrían que salir tarde o temprano, pero antes debían asegurar la casa. Si lograban mantenerlos fuera el tiempo suficiente, quizá podrían crear algún tipo de distracción en la parte trasera que les permitiera salir por delante y subirse a uno de los coches para huir. Si no tardaban mucho en hacerlo, incluso era posible que pudieran ayudar a Carla. Sin embargo, una parte de su mente brutalmente sincera lo dudaba mucho. Miró a Marjie, que a su vez seguía mirando hacia fuera. Tenía que impedirselo. Así no le era de ninguna ayuda, y Dan la necesitaba. Necesitaba a todo

el mundo. Se acercó a ella.

—Quiero que dejes de mirar —le soltó—. Apártate de ahí. Marjorie, por favor.

—Vete a la mierda.

Allí fuera, las manos de Carla ya estaban a un metro del suelo. Marjie vio que el cuerpo de su hermana daba vueltas con lentitud. Su larga cabellera parecía una llama que ardiera hacia abajo. Un momento después, observó horrorizada como recuperaba la consciencia. Se quedó mirando fijamente, como si eso bastara para mantenerla a salvo. Vio como su hermana agitaba los brazos en un esfuerzo inútil, y le pareció que oía sus gemidos y las risas de sus torturadores.

Un momento después, el individuo delgado se agachó un poco y agarró un puñado del cabello de Carla para tirar de ella poco a poco hacia atrás. Caminó de espaldas hasta que ella gritó de dolor y ya no pudo seguir tirando. La soltó y Carla se balanceó hacia la casa. Marjie se imaginó la cuerda cortándole la carne en los tobillos. Cuando su hermana volvió al punto de partida por el impulso de regreso, el individuo la agarró de nuevo, esta vez por la garganta, y el segundo grito de Carla murió antes de salir.

Marjie deseó la muerte de aquel hombre con todas sus fuerzas.

Dan también lo estaba viendo. Se sintió medio inmovilizado antes de comenzar a temblar. Ver eso no les hacía ningún bien. Y la ventana seguía abierta de par en par. Sacudió la cabeza para obligarse a reaccionar y le puso las manos en los hombros a Marjie para hacerla girarse hacia él.

—¡Suéltame! —le gritó ella. Lo apartó de un empujón y se lanzó hacia la ventana—. ¡Cabrones! —les gritó—. ¡Cabrones, hijos de puta!

Dan sintió un escalofrío al verla. Estaba subida a la cama, con medio cuerpo fuera de la ventana.

La agarró por los hombros y tiró de ella hacia dentro. Luego la giró, pero Marjie siguió gritando. La abofeteó dos veces con fuerza y ella se desplomó sollozando.

—Lo siento —le susurró Dan.

Y en el silencio que se produjo a continuación, oyó a alguien riéndose, justo al otro lado de la puerta delantera. El hombre grande.

«Así que no se ha marchado». Si se hubiera acercado un poco, podría haber sacado a Marjie por la ventana igual que habían hecho con Carla, y en esos momentos estaría atrapada como su hermana. Dios, había estado muy cerca.

Algo se le retorció con fuerza en lo más profundo de su ser y le impulsó a actuar. Se sintió inundado de una calma gélida. Se volvió hacia ella.

—No puedes ayudarla. Nadie puede, pero puedes ayudarnos a los demás. Si no lo haces, también te matarán a ti.

Ella se lo quedó mirando mientras escuchaba el sonido tranquilo pero severo de su voz. Luego asintió.

—Haremos lo que podamos —añadió él.

Nick y Laura salieron del dormitorio. Ella tenía mal aspecto, con los labios

exangües y temblorosos. Llevaba puesto un albornoz blanco que mantenía firmemente ceñido alrededor del cuerpo. Tenía la mirada insegura, huidiza, y no dejaba de parpadear. Por otra parte, Nick parecía estar ya bastante recuperado. Iba vestido y llevaba puestas las gafas. Condujo a Laura con lentitud a través de la cocina hacia donde ellos estaban, al lado de la puerta de la sala de estar.

Laura no pareció verlos al principio. Al momento siguiente, sus ojos se posaron en el cuerpo que estaba tirado en la cama. Por un instante no hubo reacción alguna, luego se puso a gritar. Fue un chillido fuerte, penetrante y agudo. Se zafó de los brazos de Nick y volvió corriendo al dormitorio. Cerró la puerta de un golpe. Nick se giró para seguirla.

—Déjala —le dijo Dan—. Creo que de momento está a salvo, pero será mejor que abras esa puerta, por si acaso.

Nick la abrió y los tres miraron en el interior. Laura estaba de pie y completamente pegada a la pared en la esquina que había detrás de la puerta, lejos de la ventana. Tenía la mirada en blanco y fija en la pared de enfrente.

—Así está bien —comentó Dan.

Supo que Marjie iba a vomitar en cuanto se dio la vuelta para mirarla. Nick también se dio cuenta, e intentó sujetarla, pero fue demasiado tarde. Se apartó de ellos y se desplomó de rodillas, con la vena del cuello palpitante y tan pálida como la muerte. Luego vomitó en el trozo de bata que le cubría el regazo. Sintió las manos de Dan, pero fue incapaz de moverse. Luego notó que alguien la levantaba y la llevaba hasta el dormitorio.

Dan le quitó la bata y la tiró a un rincón. Tenía que actuar con rapidez. Solo estaban ellos dos, y con eso tendría que bastar. Le pasó uno de los martillos a Nick.

—¿No hay un hacha por aquí? —le preguntó.

—En la leñera. Mierda.

—Entonces saca otro cuchillo del cajón. Por si intentan entrar de nuevo. Voy a quitar la puerta de este dormitorio.

Se puso a desmontar las bisagras con el martillo. Salieron con facilidad. Metió la puerta en la sala de estar y se llevó un puñado de clavos de camino. Llamó a Nick.

—Échame una mano.

Nick llegó corriendo y Dan vio que había encontrado un cuchillo. Le brillaban los ojos por el nerviosismo.

—¿Dónde están las cosas de Jim?

—Ahí dentro, supongo. No lo sé. ¿Por qué?

—Hay una bolsa pequeña, de viaje. Jim tiene un arma —le explicó Nick.

—¿Una pistola?

—Sí, una pistola. Una muy grande. En una bolsa azul.

—Joder, vamos a buscarla.

Registraron la habitación. Encontraron la maleta de Jim al lado de la chimenea, pero ni rastro de la bolsa.

—¡Mierda! —exclamó Nick—. Tiene que haberla entrado. Estaba en el maletero.

—Quizá la haya dejado en la cocina. La encontraremos, pero no quiero seguir más tiempo con esta ventana abierta. Ayúdame.

Dan empezó a clavar la puerta mientras Nick la sostenía contra el hueco de la ventana. No dejaba de pensar en el hombre de fuera. En el grande. El que tenía los cuchillos y una risa malvada. A cada momento se esperaba que lo empujara. Se preparó para soportar el peso del individuo. Le pareció oírlo reírse una vez más, una risa grave y perversa, pero no tuvo claro si no era cosa de su imaginación. Nada se estrelló contra la ventana. Nada se movió allí fuera. «¿Por qué no nos atacan?». El hombretón podría haber entrado cuando él abrió la puerta. ¿Qué demonios estaban tramando? Metió el último clavo de un fuerte golpe.

Eso sería suficiente. A por las otras ventanas. Y a por la pistola.

Carla siguió balanceándose en la cuerda en el exterior, perdida en su propia pesadilla.

Temblaba de un modo incontrolable, con el cuerpo empapado de sudor. La sangre de Jim todavía estaba pegajosa sobre su estómago y sus muslos. La fresca brisa nocturna era un viento implacable que le mordía profundamente la carne enfebrecida. La herida de la espalda, la que había sufrido cuando la hicieron pasar sobre los cristales rotos de la ventana, ya no le dolía. El dolor estaba en los pies, faltos de sangre, y en los tobillos, estrangulados e inflamados. Notaba la lengua hinchada también, y los labios secos y cuarteados. Se obligó a enfocar la mirada.

Un grupo de niños andrajosos estaba construyendo algo con ramas, hojas y madera podrida a unos cuantos metros de ella. El individuo flaco de sonrisa burlona le dio en las costillas con el índice y le colocó una cubeta grande, de las que se utilizan para bañarse, debajo. A su lado, un hombre vestido con una camisa roja brillante clavó dos estacas en el suelo con un martillo de madera, una a cada lado de ella, con un metro de separación. Había algo familiar en aquella camisa. Se fijó en que al hombre le faltaban el dedo anular y el corazón de la mano derecha. Luego recordó al hombre de camisa roja que la había saludado desde el arroyo. ¿No había sido el día anterior?

Observó sin comprenderlo como el hombre ataba una tira de cuero a cada estaca antes de hundirlas en la tierra a más profundidad. Se irguió y le ató una de las correas a la muñeca izquierda. Intentó balancearse para apartarse de él, pero no sirvió de nada. Había perdido las fuerzas. El hombre se rió de ella. Empezó a sentir una cierta presión en la punta de los dedos y supo que al cabo de pocos minutos también le dolerían. El hombre le ató la otra correa a la mano derecha, por lo que ya no podría balancearse. Bajó la mirada a la cubeta. Una oscuridad llena de pequeñas motas de luz comenzó a apoderarse de ella.

Le llegó el sonido apagado de un martillo en el interior de la casa, pero no fue capaz de comprender lo que significaba, ni de relacionarlo con nada. Se oyó a sí

misma sollozar y sintió que las lágrimas le corrían por la frente. A pesar de todo, se notó lejos, muy lejos. Sabía que se estaba desmayando y se esforzó por mantenerse consciente, por hacerle frente al aturdimiento. Algo la salvaría si se mantenía despierta y cuerda. Tendría alguna oportunidad. Sacudió la cabeza. Vio que el hombre delgado se metía una mano en los pantalones, sacaba una navaja y la abría. Intentó moverse a pesar de las cuerdas y, por un instante, el dolor la atravesó y la catapultó a la claridad de pensamiento.

Recordó el cuerpo de Jim tirado al lado de ella, el calor de su sangre reluciente, el ángulo preciso de su cabeza mientras se desplomaba hacia un lado. Se horrorizó al descubrir que él no le importaba nada, que solo le importaba lo que le estaba ocurriendo en ese preciso momento, que solo le importaba su propia vida. No quería morir del modo en que le había visto morir a él. No quería eso, no estaba dispuesta a aceptarlo. Lucharía contra aquella negrura que se había posado sobre ella como un par de alas y que la urgía a dormirse y despreocuparse. Echó la cabeza hacia delante y miró incrédula hacia arriba, a su propio cuerpo indefenso.

Se vio bajo la luz de los faros, pálida y temblorosa, con los pies unidos y los brazos separados como una parodia invertida de la crucifixión. Miró al cuerpo que los hombres habían tocado y que ella misma había tocado, y que apuntaba hacia el cielo tranquilo y estrellado, y supo que, estuviera consciente o inconsciente, iban a matarla. Nada de lo que pudiera decir o hacer cambiaría ese hecho. Iban a cortarla con el cuchillo y moriría mientras su sangre caía en la cubeta. Ese sería su fin, el fin de su carne suave, de su mente, que en ese momento, en el de su propia pérdida y disolución, se llenó de horror y de un inmenso deseo de vivir, vivir, vivir.

Todavía estaba mirando hacia arriba cuando el cuchillo descendió y luego subió de nuevo para pasar ardiente por su clítoris y bajar de un modo lento y cuidadoso por su estómago, luego entre sus pechos para acabar en la garganta, donde le seccionó la yugular como si lo empuñara un carnicero. Un momento después ya estaba muerta.

La cubeta comenzó a llenarse. Los niños encendieron el fuego. El hombre delgado se acercó y observó con atención el cuerpo. Alargó una mano hacia el pecho con un gesto lento y cuidadoso y le tocó el corazón. Todavía estaba tibio y palpitaba levemente. Cortó todas las venas y las arterias con el cuchillo y sacó el músculo a la luz. Siguió palpitante mientras emanaba vapor por el frío de la noche. Para el hombre, aquel momento era el nexo con todo el misterio y el milagro del universo, lo más cercano que conocía a un sentimiento de adoración. Se quedó observando hasta que el corazón dejó de moverse. Su mirada, habitualmente apagada, mostraba un brillo insensible. Mordió con fuerza el músculo fibroso y gruñó en señal de aprobación.

—He mirado por todas partes —comentó Nick—. No está aquí.

Dan estaba de rodillas en el suelo partiendo las patas de las sillas de la cocina. Los asientos servirían para tapar las ventanas. Alzó la cabeza y vio que a Nick le

carcomían el miedo y la frustración. No tardaría en echarse a llorar.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. Si sabemos dónde no está, entonces sabemos dónde está: en el maletero. Encontraremos el modo de sacarla de ahí. Mientras tanto, hierve agua. Toda la que puedas.

—¿Qué?

Dan le sonrió sin alegría.

—¿Nunca te has quemado con agua caliente?

Nick sonrió de inmediato.

—Se me ocurre algo mejor —le contestó—. Hay mantequilla en la nevera. Un kilo más o menos.

—Genial. Calientala también.

Abrió la estufa y apiló dentro las patas rotas de las sillas. Dejó la portilla abierta para ver el momento en que empezaran a arder. No deberían tardar mucho gracias al barniz que las cubría. Luego calentaría el atizador. Había seis sillas, una por cada ventana, a excepción del ventanal de la cocina. Se puso a trabajar en la última mientras Nick encendía todos los quemadores de la cocina. Después llenó tres cazos con agua y un cuarto con la mantequilla que sacó de la nevera. Abrió uno de los armarios y encontró una botella de aceite vegetal casi llena que vació en el cazo de la mantequilla. Por último, puso al máximo todos los quemadores.

—Saca esa puerta del quicio —le dijo Dan.

Laura estaba sentada y acurrucada detrás de la puerta. Se sobresaltó cuando Nick entró.

—Tengo que llevarme esto —le dijo Nick.

Ella no respondió. Se preguntó dónde demonios tendría la cabeza. Su mirada era fría y muerta. Jadeaba. «Dios, ni siquiera siento lástima por ella».

Recordó la última imagen que tenía de Carla, colgando de una cuerda atada a una rama. No se había atrevido a mirar desde entonces. No quería saber que estaba muerta. No podría soportarlo. Sintió una oleada de rabia. «Estoy tan preocupado por mi propio pellejo...». Dejó el pensamiento sin acabar. Utilizó el martillo para sacar a golpes la puerta de sus goznes. Laura se sobresaltó de nuevo y cruzó los brazos sobre los pechos.

—Tráela aquí. Deprisa —le urgió Dan.

Nick se volvió hacia Laura.

—No te pasará nada. Te lo prometo —le dijo.

Ella se le quedó mirando y no le contestó. Nick se marchó con la puerta.

Cuando pasó por delante de la habitación de Marjie, vio que seguía delante de la puerta, completamente desnuda y contemplando cómo Dan clavaba el asiento de una silla a una de las ventanas de la cocina. Olió el hedor ácido del vómito detrás de ella. Apenas dio muestras de percatarse de su presencia.

Por un momento, todo le pareció irreal. Aquella mujer, que había sido su amiga, y en secreto quizá algo más, estaba pálida y desnuda delante de él, mientras que Laura

estaba a su espalda, temblando en una esquina, y a su derecha un hombre al que apenas conocía yacía muerto y desangrado en su propia cama. Fuera, en la colina, un grupo de dementes estaba torturando, y quizá ya había matado, a la mujer que había amado durante tanto tiempo, mientras él se dedicaba a tapar ventanas y a calentar mantequilla para impedir que le pasara lo mismo, o algo peor. Hacía menos de media hora estaba durmiendo, o intentando dormir, en una casita tranquila de los bosques de Maine. Se había levantado en mitad de una pesadilla de cristales rotos y gritos, y Dan y él habían acabado luchando por sus vidas. Todo aquello se le pasó por la cabeza en quizá un cuarto de segundo, mientras llevaba la puerta hacia el ventanal de la cocina. Notó una profunda sensación de extrañeza y tristeza. Él no pensaba más que en la muerte, en una muerte violenta. La suya. Se preguntó cómo era posible que les estuviese sucediendo aquello. «¿Por qué a nosotros? ¿Por qué a mí?».

—Déjame ayudarte —dijo Marjie.

Dan la miró y sonrió.

—Te hará falta un poco de ropa.

Marjie se metió de inmediato en su dormitorio y poco después salió vestida con unos vaqueros y una camisa. Se puso a ayudar a Nick a sostener la puerta mientras Dan la clavaba a la pared y al marco del ventanal. De repente, olisqueó el aire y frunció el entrecejo.

—Algo se está quemando —dijo.

—Bájale el fuego a la mantequilla —le contestó Nick.

Trabajaron con rapidez y Dan dio las gracias a Dios de que hubiera tantos clavos y de que fueran tan grandes. No tardaron en tapar la última ventana de la cocina además de las dos que quedaban en la sala de estar y la del dormitorio de Marjie. Dan comprobó el interior de la cocina y vio que el fuego ardía con fuerza. Metió la punta del atizador y la dejó allí.

—Necesitaremos unas toallas o algo así —le dijo a Marjie—. Que sean gruesas. Vamos a calentar esos cazos y ese atizador todo lo que podamos.

—No te preocupes. Algo encontraré.

Dan no pudo evitar sonreír. Se sintió feliz al ver que había vuelto a la normalidad. ¿Normalidad? Mucho mejor que eso; se comportaba más bien como su hermana. De repente, no tenía miedo y se mostraba tremendamente resolutiva. Se sintió orgulloso de ella. Si Laura mostrara al menos algo de entereza... Se dirigió a su dormitorio con el último de los asientos y unos cuantos clavos y vio que seguía sin moverse.

Vio fuera que a los niños se les habían unido las tres figuras que antes había visto en el porche. Entrecerró los ojos para intentar verlas mejor. Gracias a la luz de los faros distinguió con claridad a una de ellas. «¡Joder, son mujeres!». Las vio sin problemas a las tres. Una de ellas estaba embarazada y se cubría con una especie de pellejo grueso. ¿Quién coño era esa gente?

No se quedó quieto intentando averiguarlo. Colocó el asiento de madera en su sitio y lo clavó con rapidez y eficiencia. Oyó el cristal romperse al otro lado y supuso

que habían lanzado algo contra la ventana. Le sobresaltó y las manos le empezaron a temblar, pero se alegró de que lo hubieran hecho. Fuera lo que fuese que hubieran lanzado, era pesado. Había sido una prueba y los clavos no habían cedido ni un milímetro.

Ya había comprobado los cerrojos de las dos puertas y había visto que eran sólidos y resistentes, lo mismo que las propias puertas. Aquellas casas se hacían para durar. Quienquiera que fuera aquella gente, entrar les costaría más de lo que habían pensado.

Se reunió con Nick en la cocina. Estaba vaciando todos los cajones sobre la mesa y rebuscando entre los cubiertos. La mayoría estaban sin punta o sin filo, pero logró encontrar un tenedor grande de trinchar y un cuchillo a juego medio en condiciones. Quizá los necesitaran. Deseó con todas sus fuerzas disponer del hacha que estaba en la leñera, pero no pensaba salir a por ella todavía. Andaban apurados de tiempo y debían discutir la situación. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo allí fuera. Tendrían que descubrirlo pronto.

—¿Os acordáis de la ventana de la buhardilla? —les dijo. Nick asintió—. Calculo que se encuentra justo encima del dormitorio de Laura, ¿verdad?

Nick se quedó pensando un momento.

—Tienes razón.

Había sacado la cabeza por ella y había echado un vistazo a los alrededores mientras Carla les enseñaba a los demás las pilas de revistas. Dan lo había calculado bien. «Carla». De repente, se le revolvió el estómago. Se esforzó por dejar de pensar en ella.

—Y tenemos a un grupo de ellos justo debajo de esa ventana ahora mismo, ¿a que sí?

—Sí —le contestó Nick con una sonrisa.

Sabía lo que estaba pensando Dan. A él se le había ocurrido lo mismo.

—Supongo que, si les tiramos el agua desde esa altura y a esta temperatura, será como tirarles el agua del baño. Solo les cabreadremos un poco. Ahora bien, el aceite y la mantequilla...

—... tardarán más en enfriarse y los dejarán abrasados. Eso hará que se pongan a aullar y atraerá a los demás corriendo, lo que nos dará tiempo para llegar a los coches.

—Y a la Magnum —añadió Dan.

Se quedaron un momento quietos, sonriendo. Nick no se sintió tan sorprendido como esperaba al descubrir que la idea de matar a alguien le gustaba.

—Solo tendremos una oportunidad —les dijo Dan—. Será mejor que funcione a la perfección. El aceite no les hará mucho daño, aunque sí provocará que se impacienten por entrar en la casa. ¿Tienes idea de dónde guarda Carla las llaves del coche?

—No, pero te apuesto lo que quieras a que no las ha dejado en el salpicadero. No

es propio de ella dejarlas por ahí.

—Echemos un vistazo por aquí, entonces.

—También podríamos irnos en el Dodge —sugirió Nick.

Dan torció el gesto.

—Sé lo que piensas. Supongo que no es un vehículo muy fiable, pero la pistola está en el Dodge —insistió Nick.

—Es cierto —admitió Dan. Aquello significaba que tendrían que dividirse. No le gustaba, pero no tendrían más remedio que hacerlo. No estarían seguros si no disponían de la pistola—. Esto es lo que vamos a hacer: tú vas a ir al maletero y sacarás la pistola. Lo haría yo, pero tú sabes dónde está la bolsa y cómo es. Si encontramos las llaves de Carla, yo pondré en marcha el coche y meteré a Marjie y a Laura dentro.

—Laura va a ser un problema.

—Venga ya... Yo me encargo.

Se quedó callado un momento. ¿Podría encargarse de ella? No lo sabía con certeza. Salir de allí con una mujer histérica era una situación peliaguda, pero si la dejaban atrás estaba muerta. Aquellos mamones estaban locos. Tenían que mantenerse juntos todo lo que pudieran.

—Encontremos esas puñeteras llaves —le dijo.

—A lo mejor Marjie sabe dónde están —apuntó Nick.

—Preferiría no tener que preguntarle. Supongo que cuanto menos hablemos de Carla, mejor, ¿vale? Empecemos a buscar la llave entre la ropa y luego ya veremos.

No tardaron mucho. Estaban en un llavero que tenía metido en el bolsillo derecho de sus vaqueros. Dan se volvió hacia Nick.

—Vale. ¿Tienes la llave del maletero del Dodge?

—Aquí mismo —le contestó a la vez que se daba unas palmaditas en el bolsillo de la camisa—. Supongo que será mejor que intentemos poner en pie a Laura.

Empezó a dirigirse hacia el dormitorio justo cuando Marjie salía del cuarto de baño con una pila de toallas. Dan eligió cuatro de ellas y tiró las demás en una esquina.

—Será mejor que dejemos lo de Laura por el momento —dijo luego—. Tenemos que discutir esto, nosotros tres. Y tenemos que hacerlo deprisa. —Su rostro mostraba una expresión tensa y nerviosa—. Seré yo el que suba y tire el aceite. Poneos delante de la ventana delantera. Hay un agujero pequeño por el que podréis mirar y ver el momento en que se vayan. En cuanto desaparezcan, Marjie, abre la puerta y sal. Ve directamente al coche de tu hermana. Hazlo con toda la rapidez y el silencio que puedas. Comprueba que no haya ninguna ventana bajada, y si la hay, súbela. Yo te seguiré enseguida con Laura. Siéntate en la parte de atrás y cierra con pestillo las dos puertas. Siempre con el máximo sigilo posible.

»Nick, saca esa pistola del maletero y vente al asiento delantero derecho. ¿Entendido? Al asiento delantero derecho. Tendré la puerta abierta y el motor

encendido antes de que llegues. ¿Os parece bien?

Nick se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada mejor.

—No disponemos de mucha variedad de armas, así que propongo que cada uno de nosotros coja un cuchillo y lleve un cazo de agua hirviendo. Espero por Dios que no se acerquen tanto, pero si lo hacen, echadles el agua y utilizad los cuchillos y todo lo que se os ponga al alcance de la mano, porque tengo la sensación de que, si alguien la caga, acabará muerto, y probablemente los demás acabaremos igual. Si algo sale mal, cualquier cosa, nos metemos de nuevo en la casa y echamos el cerrojo. ¿De acuerdo?

Marjie asintió.

—De acuerdo.

—Vale, vamos a por Laura.

Seguía acurrucada en una esquina de la habitación. Apenas se da cuenta de quiénes somos, pensó Marjie. Se volvió hacia los dos hombres.

—Dejadme que le ponga algo de ropa.

Ellos regresaron a la cocina y la dejaron a solas con Laura.

Marjie rebuscó en el armario y descolgó de una de las perchas una camisa vieja de cuadros. Luego tomó unos vaqueros de la silla que estaba al lado de la cama.

—Vamos —le dijo con voz suave—. Ponte esto.

No obtuvo respuesta alguna, tan solo un leve temblor en la mano de Laura cuando la tocó. Llegó a la conclusión de que tendría que hacerlo por ella. Antes miró por una rendija de la esquina de la ventana y llamó en voz baja a Nick y a Dan.

—Siguen ahí fuera.

—Vale.

No miró de nuevo. Había algo en aquellos niños que esperaban allí fuera, una inmovilidad antinatural, una paciencia mortífera, que la inquietaba sobremanera. Supuso que las mujeres serían más peligrosas y sabía muy bien que los hombres también lo eran, pero lo que más la atemorizaba eran los niños. Quizá tenía algo que ver con el miedo que sentía hacia los espacios cerrados. Tenía el presentimiento de que los niños lucharían en grupos, en manada, y se imaginó cómo la rodearían y la derribarían, aplastándola bajo el simple peso de su superioridad numérica. Volvió a concentrarse en Laura.

Se agachó y la tomó del brazo para levantarla. Una vez estuvo de pie, le quitó la bata por los hombros. No pudo evitar sentir admiración por sus pechos firmes y grandes. Laura tenía un poco de sobrepeso, pero Marjorie había subestimado mucho su cuerpo. Tanto Carla como ella eran delgadas, y esa era la moda ahora, pero no siempre había sido así, y en algunos momentos de su vida Marjie habría dado lo que fuera por ponerse en la piel de una mujer como Laura. Aunque ahora mismo no lo haría, pensó al mirar aquellos ojos verdes inexpresivos. No lo haría ni de lejos.

No tardó en colocarle la camisa y abotonársela y en cubrir sus muslos pálidos y

fríos con los pantalones vaqueros. Cuando terminó, a Marjie le temblaban las manos.

—Ven conmigo —le dijo, y la condujo hasta la cocina.

Marjie tenía un mal presentimiento respecto a Laura. Estaría casi indefensa una vez saliera. Ojalá Dan se esforzara de verdad en protegerla.

Se quedaron en la cocina mirándose los unos a los otros, y nadie dijo una palabra durante unos momentos. No quedaba nada por hacer que no fuera lo que ya habían hablado, pero en ese instante les parecía algo increíble, estaban atónitos. Se quedaron oyendo el crujir del fuego y a la espera, aunque no sabían de qué. Era muy posible que estuvieran a punto de salir solo para morir, como mueren todos los estúpidos cuando hay un peligro, con un plan que puede fallar de mil modos distintos y con muy poca defensa si falla. Sintieron como la adrenalina aumentaba en su interior y les recorría las venas como un veneno que les impulsaba a ponerse en marcha ya, a acabar con todo de una vez, mientras el miedo los dejaba mudos e intentaba doblegar sus voluntades.

Si el terror de Marjie tenía rostro, era el de una horda de niños. Casi sintió sus manos por todo el cuerpo, y se estremeció. Pensó al mismo tiempo en Carla. ¿Seguiría viva? ¿Qué pasaría si su hermana la llamaba, si veía que le hacía gestos pidiendo ayuda? ¿Podría seguir adelante? Nick se vio a sí mismo de nuevo delante de la ventana, solo que en esta ocasión el cuchillo le rebanaba la garganta. En su imaginación, la sangre salpicaba a Marjie, a Dan y a Laura hasta que quedaban bañados de rojo ante sus ojos moribundos. Dan estaba en una jungla muy lejos de allí, mirando la cara del hombre cuya cabeza acababa de reventar. El término era apropiado hasta lo inmisericorde: la mitad de la cabeza había desaparecido completamente partida, como una uva aplastada. Vio dos labios entreabiertos por un asombro aturdido y un único ojo, que mostraba la reacción ante la sorpresa final.

—Es la guerra, ¿verdad? —dijo Nick rompiendo el silencio.

—Sí —contestó Dan, quien pensó que después de todo sí que habría algo de cierto en las percepciones extrasensoriales.

Se produjo otro silencio, más breve, antes de que Marjie tomara una toalla y la doblara.

—En marcha.

—Vale —asintió Dan.

Las imágenes violentas que les habían asaltado desaparecieron con la misma rapidez con la que habían llegado y les dejaron en manos de una tremenda excitación. El miedo no había desaparecido, sino que más bien se había transformado en un entusiasmo increíble, una emoción pura y directa. Los soldados conocen esa sensación, pensó Dan. Luchar por la vida de uno era como participar en una puta fiesta, siempre que no te mataran, claro. Lo más difícil era mantener la cabeza fría. Acababas pensando que nadie te podía aniquilar y justo entonces era cuando lo hacían.

—Vale —dijo de nuevo—. Llevaré nuestra bomba al desván y la dejaré caer en

sus putas caras. En cuanto los oigáis aullar, abrid la puerta y agarrad esos cazos de agua.

—¿Y tú? —quiso saber Marjie—. ¿Cómo vas a llevar a Laura y un cazo de agua?

—Dejad el último cazo de agua al fuego por si tenemos que utilizarlo para entrar de nuevo. Tengo el atizador. Eso sí que puedo llevarlo. —Dobló una toalla y envolvió el mango del atizador con ella para poder agarrarlo al momento en cuanto bajara del desván—. En cuanto me veáis, salid. Estamos suponiendo que esos tipos irán a la parte trasera de inmediato. Si no se mueven, no salimos, pero creo que se trata de una familia, así que espero que se defiendan los unos a los otros. Obsérvalos por el agujero de la madera.

—Mira tú por el agujero —le dijo Nick a Marjie—. Yo me encargo de la puerta y de vigilar el regreso de Dan.

—¿No podríamos hacerlo al revés? —le pidió ella. Pensó en Carla, allí fuera—. Si tengo que mirarla...

—Claro —se apresuró a responder Nick—. Vale. Lo entiendo.

Le puso una mano en el brazo y ella se dio cuenta de que él también estaba temblando.

Dan tomó una toalla de la mesa y se acercó con rapidez a la cocina. Agarró el cazo con el aceite y apagó el fuego. El aceite hervía. Luego se dirigió a las escaleras. Al llegar a ellas se detuvo y se giró hacia ellos, y vio que lo estaban mirando.

—Escuchad... —les dijo en voz baja, pero por un momento se quedó callado—. Buena suerte —añadió.

Marjie logró sonreírle. Subió las escaleras en silencio.

Hacía frío en el desván. Se quedó quieto un instante mientras buscaba la silueta de la ventana en la oscuridad de la habitación. Quería que la estancia siguiera a oscuras. Si encendía la luz, los cabrones que estaban allí abajo quizá lo notarían, y no quería que levantaran la vista hacia él. No, al menos, hasta que estuviera listo. Cruzó con lentitud la habitación, encontró a tientas el pestillo y abrió la ventana con cuidado. Dos de las mujeres y unos cuantos niños se encontraban justo debajo. Era pequeña, así que apenas disponía de espacio, pero se las apañaría.

Sacó el cazo fuera. Había el hueco suficiente como para poder alargar por completo el brazo y asomar un poco la cabeza. Se detuvo un momento para calcular y asegurarse. De repente, mientras los miraba, sintió un impulso casi irresistible de echarse a reír. Joder, no pierdas el control, se dijo a sí mismo. Aquello tenía que salir bien, perfecto. Se recuperó un momento después. Respiró hondo y le dio la vuelta al cazo. Movié la mano de un lado a otro para que el aceite se esparciera al mismo tiempo que gritaba lo suficientemente alto como para que lo oyeran.

—¡Eh, cabrones!

Vio que los rostros levantaban los ojos, lo miraban y luego se quedaban observando el aceite que caía. Sintió una punzada de alegría y de triunfo y soltó el cazo sobre la mujer que estaba más cerca.

Los gritos comenzaron mientras todavía estaba metiendo la cabeza hacia dentro.

1.15 A. M.

Veinte hombres apaleando matorrales durante cuatro horas y no habían encontrado nada de nada. Peters se lo esperaba. Se dirigió directamente hacia la cafetera y se sirvió una taza, solo, sin azúcar. No debería tomárselo. La maldita dieta iba a matarlo. Eso si el invierno no lo hacía antes. No era más que principio de septiembre y ya podía notarlo en el aire. Desde hacía tres años, cada invierno pillaba un resfriado que le duraba hasta febrero. El doctor Linden le había dicho que su sobrepeso era lo que le hacía tan vulnerable. El peso, la mala comida y las horas extras. Menuda sarta de estupideces. Los doctores sabían menos sobre el resfriado común que él sobre aquellos niños misteriosos.

El café le hizo entrar en calor. La comisaría iba a estar helada ese año también. Había sacado aquel calefactor del sótano y lo había colocado en su oficina; eso ayudaría un poco. Pasó por delante de las mesas y entró en su despacho, cerrado por paneles de cristal. Shearing lo estaba esperando con un hombre mayor. El anciano llevaba un anorak sucio de color azul y apestaba a *whisky* barato. Peters lo reconoció de inmediato.

—¿Danner o Donner? —le preguntó.

—Donner —le contestó Shearing—. Paul Michael Donner. Sesenta y dos años, uno setenta de altura. Pescador de profesión. Nivel de alcohol en sangre: mínimo. — Donner sonrió al oírlo e hizo un gesto de asentimiento a Peters—. El señor Donner dice que sabe el lugar exacto donde los vio —lo informó Shearing.

—¿Está seguro?

—Completamente, señor agente. —El hombre le hizo un guiño exagerado, o quizá se trataba de un tic—. No me olvidaría con facilidad de esa gente. Fue la cosa más jodida que he visto nunca, sobrio o borracho. Y esa noche estaba bastante sobrio, aunque no espero que me crean.

—Esta noche estamos dispuestos a creerle, señor Donner —le contestó Peters—. Y si nos equivocamos con usted en el pasado, lo sentimos mucho, ¿verdad, Sam?

—Somos humanos, señor Donner —añadió Shearing.

—Es cierto, hijo —dijo Donner—, y por eso estoy más que dispuesto a ayudarlos. Porque no tengo muy claro que esos otros lo sean. Por cierto, llámenme Paulie, ¿de acuerdo?

—Claro, Paulie. ¿Quieres una taza de café? —le ofreció Peters.

—Sí, por favor.

—Sam, ¿puedes traerle una taza de café a Paulie?

—Solo, sin azúcar —le dijo Donner.

—¿También estás a dieta, Paulie? —le preguntó Peters.

—Coño, no. Es que tengo un estómago sensible. No me sientan bien ni la leche ni el azúcar. El café solo se parece mucho al *whisky*, ¿sabe? Puro genio, sin adornos. Siempre me ha gustado que mis pecados sean puros, y tomármelos tal cual.

Peters sonrió. Donner era un viejo beodo, pero era agradable. Había algo curioso en los borrachos. Si solo estaban medio sobrios, eran más inteligentes que la mitad de los profesores de universidad, y mucho más amistosos. Sospechó que podría liarse de la información de Paulie, al menos en parte.

—Entonces, ¿dónde estabas esa noche, Paulie?

—Como ya les dije, un amigo y yo estuvimos bebiendo un poco en la orilla, algo más arriba de Dead River. Era una noche agradable, de verano, así que nos sentamos y mi colega se quedó dormido enseguida. Yo tardé unos cinco minutos más en acabarme la cerveza y, ya saben cómo va eso, empecé a preguntarme dónde podría conseguir más. Así que pensé en darme un paseo hasta... ¿Cómo se llama esa tienda de veinticuatro horas de Dead River?

—Banyan.

—Eso, Banyan. Supuse que estaría abierta, y atajé por la playa para llegar al camino del vertedero, que calculé que estaría a unos pocos metros. Allí tenía la camioneta. Pensaba conducir hasta Banyan, comprar y volver enseguida. Joder, mi colega ni siquiera se habría dado cuenta de que me había ido.

»Bueno, pues iba caminando tranquilamente cuando, de repente, oí unas risas delante de mí, agudas, ya saben, como las de las niñas. Me paré y miré a mi alrededor, y vi a un grupo de ellos armando jaleo en las dunas que quedaban a mi derecha. Había algo..., algo que no me gustaba. No sabía qué era, pero había algo en esas risas que no era normal. Así que me desvié un poquito y me escondí detrás de unas rocas para esperar durante unos minutos, porque pensé que no tardarían mucho en irse. Entonces vi lo que estaban haciendo.

»Tenían a un perro atado. Estaban tirando de la cuerda y dándole al pobre animal una paliza de muerte. No paraban de reírse, como si eso fuera tremendamente divertido. Supe que llevaban ya un rato así, porque el perro ya ni ladraba, ni se quejaba, ni gemía. El animal estaba destrozado por completo. Joder, me acuerdo de los tristes ojos del chuchito mirándolos, como si solo quisiera tumbarse y morir allí mismo. Ojalá le hubieran dejado.

»Bueno, el caso es que yo no estaba dispuesto a hacer nada. Aquel perro tenía un tamaño más que respetable, y no quería que vinieran a por mí. ¡Joder, no!

El anciano se calló un momento y se lamió los labios. Shearing entró en ese momento y le dio la taza de café.

—¿Esto ya lo habías oído, Sam? —le preguntó Peters.

—Sí, claro.

—Sigue, Paulie.

—Bueno, pues me agazapé para esperar a que se marcharan. No pasó mucho tiempo antes de que no pudieran hacer nada para obligar al perro a ponerse en pie.

Por el modo en que le habían estado dando patadas, le debieron de partir las patas o roto unas cuantas costillas. Uno de ellos, un chico mayor, lo cogió y se lo llevó hasta el agua para dejarlo flotando en el mar. Se acercó bastante a mí, y fue entonces cuando le pude ver con claridad.

—¿Qué aspecto tenía?

—Parecía loco. Me refiero a que tenía una expresión enloquecida, demente, salvaje. Y os juro que ese cabronazo llevaba algo colgado del cuello que estaba hecho de pieles de animales. Todos llevaban puestas pieles de alguna clase, de oso, de ciervo, de lo que fuera. Excepto uno de los niños pequeños, que iba vestido con un mono de trabajo demasiado grande para él. No había visto algo así en toda mi vida. Y el chiquillo que pasó a mi lado tenía una sonrisa en la cara que no quiero volver a ver jamás. Una sonrisa de adulto, perversa. Pasó junto a mí, y luego aparecieron las mujeres.

—¿Las mujeres?

—Sí. Eran dos. Vestidas con harapos. El tipo de ropa que otros tiran, ¿me explico? Nada combinaba con nada. ¡Joder, si una de ellas llevaba dos zapatos diferentes!

—Eres muy observador, Paulie.

—¿Has intentado alguna vez divisar un banco de peces desde la cubierta de un bote?

—Sigue, Paulie. ¿Qué hicieron las mujeres?

—Los condujeron a todos hacia los riscos. Recuerdo que les dieron unos pescozones a unos cuantos.

—¿Los riscos?

—Creo que viven allí. Creo que están en una cueva por algún lado. Como si fueran un puñado de salvajes.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, porque subieron y desaparecieron. Los vi trepar y, de repente, dejé de verlos. Tal que así.

—¿No podrían haberse metido tierra adentro?

—No entiendes lo que digo, hijo. No llegaron a la cima. Eso es lo que intento decir. Entraron en alguna clase de agujero del suelo, como un puñado de ratas, ¡y ya no se los volvió a ver!

Peters se recostó en la silla y respiró profundamente.

—Jesús.

—Sí, exacto —respondió Donner.

El estómago de Peters rugió. No supo si se debía al hambre o a la úlcera. En ese momento, se inclinaba más por la úlcera.

—De acuerdo, Paulie. Has sido de una ayuda tremenda. Supongo que, si te necesitamos para cualquier otra cosa, el sargento Shearing sabe dónde encontrarte.

Los ojos de Donner chispearon.

—Como casi todo el mundo.

—Gracias, entonces. ¿Así que todo eso ocurrió un poco al norte del principio del camino que lleva al vertedero, no es así?

—Ajá.

—¿Estás seguro?

—Bueno, digámoslo de otro modo. No he vuelto por allí desde entonces.

Peters sonrió.

—Gracias de nuevo, Paulie. Te debo una.

Donner se levantó para marcharse.

—Supongo que ya me pasaré algún día a cobrármela.

Luego se despidió con un gesto de asentimiento y cerró la puerta al salir.

Peters se quedó mirando a Shearing durante unos segundos. Aquello no era más que un punto de partida. Dejó que su mente trabajara y se concentró en la imagen de la costa cerca del camino del vertedero y de un puñado de locos andrajosos desapareciendo a media noche. Finalmente, se reclinó en la silla y dejó escapar un suspiro. Shearing seguía allí de pie, observándolo.

—Tú le crees, ¿verdad? —le preguntó Peters.

—Supongo que sí, George.

—Yo también, de cabo a rabo, y eso me hace pensar que deberíamos centrar un poco más la búsqueda.

—El comienzo del camino del vertedero, ¿no?

—Ajá. Aunque, claro, vamos a tener el mismo problema que Donner.

—¿Cuál?

—Va a ser difícil de narices encontrar nada en esos riscos en mitad de la noche.

—¿Crees que deberíamos esperar hasta mañana?

Peters frunció los labios y el entrecejo. Pensó en ello.

—Supongo que podemos esperar. De hecho, tendremos que hacerlo. Pero hay una cosa que quiero que hagas ahora mismo.

—Dime.

—Que Willis me traiga una lista con todos los residentes en la zona, tanto permanentes como de temporada. Que abarque unos, mmm, digamos doce kilómetros cuadrados. Que llame a King Realty e incluya a los que hayan alquilado alguna propiedad hace poco. Quiero que los coches patrulla vigilen esa área toda la noche. Que comprueben cada casa, pero sin alarmar a nadie o despertarlos si no es necesario. Asegúrate de que todo es normal. Nuestra mejor baza es la gente del pueblo, ellos saben quién es quién. Sácalos de la cama si hace falta, pero asegúrate de que son de por aquí, no de Portland o de Bangor. Si ven algo fuera de lo común, quiero que me llames. Me voy a casa a dormir un poco. Te sugiero que hagas lo mismo en cuanto llegue Burke.

—¿A qué hora empezamos mañana?

—¿A qué hora amanece?

—Creo que más o menos a las siete.

—Pues a las siete y media.

Shearing dejó escapar un gruñido de queja.

—¿Tan temprano?

—Sam, me parece que ya nos equivocamos al no tomarnos en serio a Donner y no comprobar su primera declaración. ¿Quieres equivocarte otra vez? No tenemos ni idea de en qué anda metida esa gente. No sabemos quiénes son ni de dónde vienen, pero a mí me da la impresión de que, si crían a unos hijos que se dedican a ahogar perros y mujeres, no deben de ser muy amistosos precisamente. Me gustaría encontrarlos lo más pronto posible, para evitar que nadie más tropiece con ellos. No sé si me entiendes...

Shearing asintió.

—¿Sabes lo que me preocupa?

—¿Qué, Sam?

—Que no vio a ningún hombre.

—Eso también me preocupa a mí, y mucho.

—¿Crees que hay más gente aparte de las dos mujeres y ese puñado de críos?

—Es posible.

—Entonces, ¿cuántos quieres que ponga en la lista de mañana?

Peters bostezó. Se levantó de la silla y se puso el sombrero y el abrigo. Se volvió hacia Shearing y frunció el entrecejo de nuevo.

—¿Cuántos tenemos? —le preguntó.

El festín casi había empezado. La captura colgaba de un espetón de madera de Greenwood sobre el fuego. El hombre delgado tenía los labios flácidos y húmedos. La había despellejado con su cuchillo y había apartado el hígado y los riñones mientras el otro hombre quitaba las hojas y las ramas de un álamo joven y luego le sacaba punta a un extremo. Juntos empujaron el asador para insertar la presa, le ataron los brazos y las piernas y la colocaron sobre el fuego. El sabroso aroma que emanaba les hizo sonreír. Se quedaron esperando mientras oían los huesos partirse y explotar, y el siseo de la grasa al derretirse.

Los niños habían hecho una buena hoguera. Se mantenían apartados del cadáver, satisfechos de sí mismos, y contemplaban cómo la niña mayor le daba vueltas al espetón. El bebé que llevaba en su seno se movió de repente, pero ella ni lo notó. A su espalda, dos de los más pequeños, un niño y una niña, metieron los dedos en la cubeta y lamieron la sangre fría. La pieza se estaba asando de forma uniforme cuando oyeron a los demás gritar desde detrás de la casa.

Levantaron la mirada y vieron que las luces se habían apagado. El hombre grande que estaba en la puerta delantera se sacó los cuchillos del cinturón y corrió hacia la parte de atrás. Los gritos continuaron, pero no sintieron miedo ni preocupación por aquellos sonidos, tan solo curiosidad. Los niños fueron los primeros en apartarse del fuego.

El hombre de la camisa roja les ordenó que se quedasen quietos y ellos lo obedecieron de inmediato. El hombre delgado ya se había puesto en marcha. Se metió un hacha en el cinturón y lo siguió. Buscó indicios de movimiento en la puerta principal y en las ventanas, pero no vio nada, así que echó a correr hacia la parte trasera de la casa.

Lo que vio cuando dobló la esquina fue a dos de los niños mayores de rodillas en el suelo, tapándose la cara con las manos. Las mujeres todavía estaban chillando. La más joven, a la que le gustaba follarse, se estaba arrancando la camisa. Se fijó en que la tela estaba húmeda y brillante. Dejó los pechos al descubierto, se dio cuenta de que se le habían quemado. No comprendió nada. Tampoco los otros hombres, que lo miraron en busca de una respuesta. Él se limitó a encogerse de hombros.

Vio que la ventana del dormitorio estaba tapada por una plancha de madera. No han pasado por ahí. Siguen dentro, pensó. Si no habían intentado escapar, ¿qué había ocurrido? Los dos niños que estaban indemnes miraban hacia arriba y señalaban un punto. El hombre se giró y vio que la ventana del desván estaba abierta. Luego vio el cazo en el suelo, al lado de una de las mujeres. Se inclinó y pasó el dedo por el borde. Todavía estaba tibio. Se llevó el dedo a la boca y lo lamió. «Grasa». Sonrió. Los de

dentro no eran estúpidos. La caza iba a ser más divertida. Nick vio como los dos hombres desaparecían detrás de la casa justo cuando Dan apareció a trompicones al pie de la escalera. Marjie le puso una toalla en la mano y luego le pasó un cazo lleno de agua hirviendo. Nick sintió la garganta reseca y agarrotada.

—Los niños siguen ahí fuera —les dijo. Notó que Dan, que ya estaba a su lado, dudaba un momento—. La hemos jodido —añadió.

—Esto es lo que hay —le respondió Dan—. Que les den. Vamos.

Nick miró a Marjie. Ella tampoco parecía muy convencida.

—¡He dicho que vamos! —les siseó Dan.

Descorrió el cerrojo. Le dio la impresión de que el ritmo cardíaco y la respiración se le aceleraban de un modo alarmante. Tenía la piel fría y le pareció que los riñones estaban hinchados y a punto de reventarle. Abrió la puerta.

A su espalda, Dan sacó el atizador, con la punta al rojo vivo, y agarró a Laura del brazo para empujarla por delante de él.

—¡Deprisa! —dijo a los demás, y un instante después los cuatro salieron a la carrera.

Los coches estaban el uno al lado del otro. El de Carla estaba un poco más alejado, con las luces encendidas, a unos seis metros de la casa. El viejo Dodge de Nick estaba entre el coche de Carla y la entrada. Las distancias se transformaron de forma engañosa ante ellos. A lo lejos vieron el fuego. Estaba bastante apartado, pero en esos momentos parecía estar muy cerca. En cambio, los coches estaban a pocos metros, pero les dio la impresión de que se encontraban a mucha distancia. Para Nick, que tenía que ir primero al Dodge y luego al Pinto de Carla con la pistola y las balas, el espacio que separaba ambos vehículos era un abismo.

Vio a Marjie pasar a su lado corriendo y abrir una de las puertas traseras del Pinto para meterse dentro de inmediato. En ese mismo momento, él ya estaba delante del maletero del Dodge con la llave en la cerradura y su cazo de agua colocado sobre el capó. Abrió el portaequipajes con rapidez y facilidad. Tenía todos los sentidos alerta y agudizados hasta un punto increíble. Olió que estaban asando algo en el fuego. Oyó a los niños que corrían hacia ellos. Oyó a Laura forcejear y protestar mientras Dan la empujaba y tiraba de ella hacia el coche. Oyó a Marjie cerrar los pestillos. Oyó a Dan blasfemar.

Un momento después, tenía la bolsa de viaje abierta y la pistola en la mano. Abrió el tambor con un golpe de muñeca. Vacío.

Cogió torpemente la caja de munición. De repente, le saltó de las manos como si tuviera vida propia y cayó de nuevo dentro del maletero, que no tenía luz. «Dios». Metió una mano en la oscuridad y tanteó. El pánico se apoderó de él por un momento cuando notó el fondo roto de la caja. Las balas estaban esparcidas por todo el portaequipajes. Sintió que se le revolvían las entrañas. Se metió el revólver en el cinturón y rebuscó las balas con las dos manos. Dan blasfemó de nuevo y metió a Laura de un empujón en el coche antes de cerrar la puerta de golpe.

Los dedos se cerraron alrededor de un puñado de balas. Oyó a Dan intentar encender el coche y entonces supo con una clarividencia repentina que habían estropeado los cables de alguna manera. Lo supo incluso antes que Dan, con una intuición terrible que procedía no de saber mucho de coches, sino de reconocer el destino cuando hay que enfrentarse a él cara a cara. Un instante después, supo también lo que tenía que hacer y empezó a cargar el arma.

Ya había metido cinco balas en la cámara cuando lo atacaron.

El primero que apareció fue poco más que una sombra, a su derecha, al otro lado del capó del Pinto. Nick alargó una mano hacia el cazo y tiró el agua con un sencillo movimiento. El líquido dio de lleno al niño en la cara y en los hombros y le hizo caer al suelo aullando; soltó el cuchillo que llevaba en la mano. Un momento después, otros dos se habían colocado entre él y la casa, bloqueándole así la retirada al mismo tiempo que empezaban a avanzar en su dirección. Luego apareció una niña pequeña. Alzó la pistola.

Apretó el gatillo y vio que el pecho del primer crío se volvía negro. El impacto de la bala lo arrojó contra la casa, donde se estrelló de espaldas. Sintió un rugido espantoso e increíble en los oídos y recordó lo que Jim le había dicho sobre los tapones. Apretó el gatillo de nuevo y el percutor dio en una recámara vacía.

El maletero se cerró con fuerza detrás de él y se giró al sentir al niño que se le lanzaba al cuello por encima del coche. La hoja de su cuchillo pasó silbando y falló por unos pocos centímetros. Nick alzó el revólver de nuevo, pero antes de que tuviera tiempo de disparar, el crío lanzó un aullido y se desplomó en el suelo agarrándose el cuello. Vio a Dan detrás del chico, con el atizador humeante en la mano, y percibió el hedor a carne quemada en el aire. Luego sintió que algo se le clavaba profundamente en el muslo y chilló.

Se giró de nuevo y apuntó el arma directamente a la cara de una niña que apoyaba todo su peso en un cuchillo demasiado grande para ella, mientras lo retorció dentro de su muslo. Sonreía con una expresión de alegría inhumana. Vio al mismo tiempo que otro niño que estaba a su lado alzaba un puñal para clavárselo. El revólver retumbó en su mano y la cabeza de la niña desapareció de repente. Nick quedó cubierto de trozos de cerebro y de huesos, y de salpicaduras de sangre. El cuchillo afilado del niño descendió hacia su pecho en ese preciso instante.

Marjie siguió agarrando a Laura por el cuello de la camisa hasta que la hizo atravesar aullando la puerta principal. Una vez dentro, se desplomó en el suelo y se quedó allí sollozando unos momentos antes de empezar a arrastrarse hacia la parte posterior de la casa. Marjie corrió en mitad de la oscuridad hacia la cocina, donde estaba el último cazo de agua hirviendo. Lo agarró por el mango, que le quemó la mano, pero no sintió dolor, tan solo un miedo tan intenso que le hizo apretar los dientes y quedarse en silencio, con expresión adusta. Permaneció en el umbral de la puerta, en una

eternidad angustiosa, resistiendo con todas sus fuerzas el impulso de cerrar de un portazo y salir huyendo hacia el desván, resistiendo también otro impulso que la incitaba a salir corriendo y abrirse paso con aquel cuchillo pequeño y patético, en una especie de frenesí vengativo y suicida.

Vio a Nick disparar contra la niña y como el puñal del niño le abría un tajo en el pecho. Luego oyó el chasquido del metal al chocar contra el hueso cuando el atizador de Dan dio de lleno en el cráneo del crío. Le empezó a salir sangre de la boca y de los ojos mientras se desplomaba. Vio a Dan sacarle el hierro de la cabeza y empujar a Nick en dirección a la puerta. Marjie salió para ayudarlos, justo cuando Dan miró de repente a su izquierda y Nick cayó al suelo delante de ella. Dan abrió la boca para avisarla, pero ya era demasiado tarde. Algo golpeó por la espalda a Dan y el hombre grande apareció bramando.

El hombre la agarró por la muñeca. Ella lo miró a los ojos y vio que su rostro era horrible, con todos los dientes negros y podridos, y que su olor era el olor de la sangre. Sus dedos se le clavaron en la carne. Se imaginó esos dedos agarrando a Carla, e hizo girar el cazo.

El agua hirviendo pasó por detrás del hombre sin tocarlo, pero el cazo le dio de lleno en la oreja y le quemó, además de golpearle con fuerza. El hombre lanzó un aullido y la soltó, perdió el equilibrio y cayó. Nick avanzó tambaleándose hacia ella y Marjie lo metió de un tirón dentro de la casa. Se dio cuenta en un instante de que la herida del pecho era superficial. Le sacó el cuchillo del muslo y Nick se puso blanco antes de desplomarse.

Miró a su alrededor en busca de Dan con el cuchillo ensangrentado todavía en la mano. Le dio la impresión de que sus ojos lo localizaban de forma automática. Sintió que se le formaba un nudo en el estómago cuando lo vio al lado del coche, hasta donde lo habían arrastrado. Había perdido el atizador y lo tenían completamente rodeado. Estaba chillando.

Una mujer le había clavado profundamente los dientes en el cuello y lo tenía agarrado rodeándolo con los brazos, con los pechos pegados a su espalda, en una siniestra imitación del abrazo de una amante. Intentó quitársela de encima, pero los críos le estaban atacando en las piernas con cuchillos. Los vio cortar los tendones de la parte posterior de la pierna derecha, lo vio caer del mismo modo que los ciervos caen bajo los lobos, lo vio empezar a derrumbarse justo cuando el hombre de la camisa roja se puso delante de él y le pateó en el estómago. Se dobló por completo sobre sí mismo y vomitó en la hierba con la mujer todavía agarrada a su cuello. Lo mordió con mayor fuerza todavía y la sangre, de color rojo brillante, fluyó a borbotones.

Le arrancó de las manos el revólver a Nick y disparó. La primera bala falló y el hombre de la camisa roja tuvo tiempo de apartarse. Al oír el estampido, Dan se volvió hacia ella y por un momento cruzaron las miradas. Ella vio con claridad lo que él quería decirle y disparó de nuevo. La segunda bala atravesó el pulmón derecho de

Dan y le perforó el estómago a la mujer. Los dos salieron despedidos de espaldas y acabaron formando un montón informe al lado del coche.

Marjie se quedó inmóvil, sin dejar de apuntar con el arma y parpadeando. «Dios mío, lo he matado». Se produjo un segundo de silencio absoluto, tan terrorífico y feroz como la propia lucha. La expresión de su rostro le quedó grabada para siempre en la memoria. Le pasó una y otra vez por delante de los ojos, como una película continua que en cada ocasión culminaba en una explosión y en un silencio que la dejaba temblando. Sentía el revólver enorme y caliente en la mano. Tenía los ojos repletos de lágrimas.

El hombre enorme empezó a ponerse en pie entre las sombras. Cerró la puerta de un portazo y corrió el cerrojo entre sollozos.

Los atacantes retrocedieron lentamente, aturdidos por los daños que habían sufrido. Aquella gente no eran cazadores, así que no se esperaba que tuvieran armas de ninguna clase. El hombre grande sintió en algún punto de la lobreguez primitiva de su mente cierto arrepentimiento por haber perdido el tiempo en ir a ver lo que les pasaba a las mujeres detrás de la casa. La mejor había muerto y tres de los niños también, y ellos a cambio solo tenían al hombre al que habían disparado y a la mujer en el espetón para aplacar a los espíritus de los suyos.

Pensó en los espíritus, furiosos, malévolos y poderosos, y un escalofrío parecido a las patas de cientos de cangrejos le recorrió todo el cuerpo.

La mujer herida y los niños empezaron a gemir, y él les ordenó con un gesto que volvieran al lado del fuego.

El cadáver estaba quemado casi por completo por un lado. Aquello también era malo. Era la carne de los muertos la que les daba poder. Señaló la pieza y lo entendieron. Empuñó el hacha y le cortó una de las piernas. Luego la sostuvo de manera que la grasa que caía no le salpicara y regresó a la casa.

El hombre delgado se limpió las lágrimas de rabia, le cortó la cabeza con su cuchillo y la partió golpeándola contra una roca cercana. Le sacó los sesos y siguió a su hermano con ellos en una mano y la cabeza en la otra. Uno por uno, los demás los imitaron y arrancaron tiras de carne de la espalda y del pecho y volvieron a ponerse delante de la casa. Se quedaron allí, a la espera de que el hombre de la camisa roja se reuniera con ellos, y sostuvieron la carne con los brazos en alto para que los de dentro supieran lo que habían hecho y los temieran.

El hombre de la camisa roja fue hasta el cuerpo que estaba tirado en el suelo al lado del coche y lo apartó del cadáver de su mujer. Arrastró al hombre hasta colocarlo delante de las luces del vehículo para que todos pudieran verlo y lo puso boca arriba. La herida de bala era larga y ancha. Abrió en canal el cadáver desde el ombligo hasta el esternón y se agachó hasta enterrarle la cabeza en el hígado. Levantó la mirada con el rostro cubierto de sangre y vio que los demás también habían empezado a comer.

Dejó el hígado cuando ya se había comido la mitad y sacó de un tirón el montón resbaladizo que era el intestino. Con una mano empujaba hacia abajo su contenido y con la otra se iba metiendo el largo tubo de color gris en la boca para ir masticándolo. Sonrió al oír los gritos dentro de la casa, porque significaba que lo habían visto devorando como un lobo a su amigo. El hombre delgado se le unió y abrió las perneras del pantalón de su presa desde el tobillo hasta la cintura, para empezar a devorarle la parte interior de los muslos. A su alrededor, la sangre oscura fue formando lentamente un charco cada vez más grande. El hombre delgado indicó con un gesto a la mujer mayor y a la chica preñada que se acercaran.

Abrió la navaja y cortó los testículos y el pene. Este se lo entregó a la chica y los testículos, a la mujer sin dientes. La chica lo devoró con movimientos rápidos, parecidos a los de un pájaro. Acercaba la cabeza a los dedos igual que un pájaro picotearía las semillas encontradas en el suelo.

Observó con detenimiento la puerta y la ventana en busca de alguna señal de movimiento o de la pistola, preparado para salir corriendo en cualquier momento. No vio nada. Tras un rato, se relajó. Solo llegó a sus oídos el gimoteo de alguien a través de aquella espesa neblina de placer y del sabroso regusto salado de la sangre.

Fue Marjie quien gritó al mirar por la ventana y ver lo que le habían hecho a su pareja y a su hermana. Oyó el aullido espectral de Laura mientras se acurrucaba en la parte posterior de la casa y se abrazaba a las rodillas como una cría. El aullido se transformó poco a poco en sollozos. No había visto nada y sabía solo lo que necesitaba saber. Para Marjie, aquello representó el final de algo y el comienzo de algo distinto. El comienzo de la aceptación, tanto física como mental, que incluía un cierto adormecimiento en los labios y un pitido en los oídos, que se debía solo en parte a los disparos. La aceptación de un hecho: que la muerte se había extendido a su alrededor como una plaga y que aquello tan espantoso que le había ocurrido a su hermana le podía suceder a ella en cualquier momento. Aquella sensación era fría y definitiva, un empujón a aguas heladas, pero le despejó la mente y le devolvió la cordura, al contrario de lo que le ocurría a Laura. Aquella sensación despertó la parte de su ser que amaba la vida y que no se amedrentaría ante la muerte, porque, en esos momentos, amedrentarse significaba morir.

Se dio cuenta de que Laura estaba condenada y sintió un sorprendente desprecio por ella. Carla había luchado, Dan había luchado. Si Laura no lo hacía, por ella se podía ir a la mierda. Se volvió hacia Nick, que estaba todavía en el suelo.

—¿Estás bien?

Nick sonrió. No fue muy convincente.

—Eso ya lo he oído antes. La última vez fue Dan quien me lo preguntó.

—Dan ha muerto.

—Lo sé.

—Le he disparado yo. No quería darle. Solo quería darle a la mujer.

Notó que volvía a ponerse a llorar.

—No pasa nada, Marjie.

—Lo estaban... despedazando. Como si fuera un animal.

—No pasa nada.

—¿Crees que podrás ponerte en pie?

—Creo que sí. Seguro. —Ella lo ayudó—. Menos mal que solo era una niña pequeña y no uno de los otros. —Cerró los ojos en un gesto de dolor mientras intentaba caminar a su lado—. ¿La has visto? ¿Le has visto la cara cuando...?

—La he visto.

—Tenemos que pensar en cómo salir de aquí. —Habla de un modo monótono, como ella. Marjie pensó que ambos se encontraban en el mismo estado. No era el más conveniente, pero quizá los ayudaría a sobrevivir—. ¿Cuántas veces has disparado? —quiso saber.

—Dos.

—Entonces solo queda un cartucho. Cargué cinco. —Sonrió sin alegría—. Ni siquiera hay suficiente como para que los dos...

—No tengo ninguna intención de hacerlo —le cortó ella.

Nick asintió.

—Yo tampoco. ¿Hay algo más en la casa?, ¿algo con lo que podamos hacerles daño?

—No mucho. La pala de la chimenea. Un par de cuchillos... No creo que nos sirvan de gran ayuda. Está el hacha de la leñera, pero no pienso salir a buscarla.

—¿No hay nada en el desván?

—No lo sé.

—Tienes las piernas mejor que yo. Ve y echa un vistazo, pero deja la pistola aquí, por si acaso.

Marjie subió los peldaños de dos en dos, se quedó en la entrada y encendió la luz. Nada. Algunas cajas de leche, unas cuantas revistas, un armario viejo y un colchón apolillado. Entonces vio la guadaña. Quizá eso serviría. Luego se le ocurrió algo más. Bajó corriendo las escaleras para decírselo a Nick, quien estaba mirando por un agujero. Tenía el rostro blanco.

—No son seres humanos. Ni por asomo.

Marjie lo ignoró.

—Escucha, creo que podemos atrincherarnos en el desván. La puerta no es tan resistente como estas, pero allí arriba hay un armario pesado y un colchón. Podemos clavar la hoja de la puerta al marco y después colocar el colchón y por último, el armario. ¿Qué te parece? Podríamos mantenerlos fuera. Al menos, durante un tiempo. Tarde o temprano alguien tiene que ver ese fuego.

—Enséñamelo.

Subieron las escaleras y Nick tuvo que apoyarse con fuerza en el pasamanos. En

condiciones normales, aquella herida le hubiera dejado postrado en cama una semana. Cada vez que ponía el pie en el suelo sentía como si alguien le golpeará con un martillo pilón. Tenía que seguir moviéndose o la pierna acabaría quedándose rígida. En cualquier caso, lo cierto era que no podía quedarse quieto si quería sobrevivir.

Llegaron al rellano. Nick se dirigió al armario y le dio un empujón. Marjie tenía razón. Era una de aquellas maderas duras y pesadas, roble o algo así. El colchón era de matrimonio, y se preguntó qué haría allí arriba. No había camas de matrimonio abajo. La puerta del desván no parecía ser muy resistente, pero el armario y el colchón juntos formarían una buena defensa. Podrían lograrlo.

—Solo hay algo que no me gusta —dijo Nick—, y es acabar arrinconados así. Si al final consiguen entrar, la única salida será la ventana. Son casi cinco metros de caída, y ni siquiera sé si cabré por ahí. Abajo al menos tenemos dos puertas y muchas ventanas.

—Sí, pero es que precisamente ese es el problema. Tienen muchos sitios por los que entrar y solo somos dos para mantenerlos a raya en cuanto empiecen a intentarlo. Y lo intentarán. No duraríamos nada.

—Es probable que no.

—Solo nos queda un sitio donde atrincherarnos.

Nick se acercó a la ventana y miró hacia abajo.

—Joder, está muy alto para saltar.

—Es la única alternativa que nos queda. A menos que quieras intentar salir corriendo.

Nick frunció el entrecejo.

—Laura no puede correr.

—A la mierda Laura —soltó ella.

Esa respuesta fue como una bofetada en la cara. Por un momento, el cambio en Marjie le dejó sorprendido. ¿Esta era la misma chica que sufría cuando corrían con el coche?, ¿la que pedía un asiento de pasillo en el cine? La mujer dura era Carla. Marjie siempre había necesitado protección. Quizá en realidad ambas fueran fuertes. Después de todo, eran hermanas. Quizá en ese momento quien necesitara protección fuera él.

—Para serte sincero, no estoy muy seguro de que yo pueda echar a correr.

—Lo harás si no te queda más remedio.

Nick analizó la situación.

—No. No quiero hacerlo. Incluso si logramos dejarlos atrás, no tendríamos adonde ir.

—Al bosque.

—Ellos conocen el bosque, y nosotros no.

—Podríamos escondernos en algún sitio de ahí fuera. Podríamos separarnos si fuera necesario.

—No me gusta esa idea, aunque, claro, tampoco es que me guste la otra opción.

Podrían quemarnos aquí arriba.

—También podrían quemarnos abajo.

—¡Sí, pero aquí solo tenemos un lugar por donde huir!

—Otra vez con eso.

—¡Sí, joder! Podrían incendiar la casa y esperar a que saliéramos volando por la ventana. Se quedarían allí abajo esperando para ver como nos partimos la espalda y luego se llevarían lo que quedara de nosotros a su casa para que los niños jugaran. En la planta baja al menos podemos...

Laura gritó en el piso de abajo. Salieron corriendo hacia las escaleras.

Oyeron golpes y aquel sonido les atravesó como una descarga de rayos seguida de un trueno interminable. Nick sintió que toda la casa retumbaba. Los escalones temblaron bajo sus pies. Se olvidó de la pierna herida y llegó abajo en un momento, pistola en mano, con Marjie a su espalda.

Fuera, parecían estar por todas partes.

Alguien estaba golpeando la puerta trasera con lo que probablemente era el hacha de la leñera. Había otros en las ventanas de los dormitorios. Daba la impresión de que la puerta principal iba a venirse abajo de un momento a otro por el empuje de algo grande y fuerte. El cerrojo resistía de momento, pero no creía que aguantara mucho más.

Uno de ellos estaba metiendo una barra o algo parecido por el agujero de la ventana de la cocina. El atizador. Era el atizador de Dan. Nick oyó el sonido de la madera al partirse a su espalda y se giró a tiempo de ver que la puerta trasera se estaba hundiendo bajo el ataque del hacha. No tardaría mucho en ceder.

Miró a su alrededor en mitad de aquella confusión en busca de algo que les pudiera servir para defenderse de algún modo, para ver si existía alguna manera de escapar que no fuese retirarse por las escaleras hacia el desván. La otra puerta crujió de nuevo y se estremeció bajo un impacto terrorífico. Algo le dijo que no soportaría otro más. Vio el destello de alguna cosa metálica a través de la grieta cada vez mayor de la puerta trasera y toda su indecisión desapareció.

—¡Coge a Laura! —gritó, y echó a correr hacia las escaleras—. ¡Deprisa!

Llegó al rellano superior, se agachó y se lanzó a por el colchón. Lo arrastró hasta colocarlo al lado de la entrada, pero con cuidado de dejar el espacio suficiente para poder cerrar la puerta. Luego empezó a mover el armario. Era una tarea para dos personas, pero en esos momentos sentía una energía imparable. En lo único que pensaba era en que no estaba dispuesto a permitir que lo mataran. Los músculos se le tensaron mientras empujaba, y las enormes patas del mueble chirriaron al arrastrarlas por el suelo desigual de madera. Lo dejó delante de la puerta, con el hueco suficiente para poder pasar. Si sus dos compañeras no lograban llegar hasta arriba, dejaría caer el armario sobre esos hijos de puta y partiría unas cuantas cabezas. Cogió la pistola del suelo y vio la guadaña apoyada en la pared. La empuñó también y salió a las escaleras.

Marjie ya había puesto en pie a Laura, y estaba tirando de ella para cruzar la sala de estar cuando la puerta de la cocina se derrumbó y se estrelló contra la mesa. El enorme hombre calvo cayó dentro de la casa. Los niños entraron correteando. La vieron antes incluso de que el hombre grande se hubiera puesto en pie. Se pusieron a gritar y a correr hacia ella.

Marjie llevaba a Laura agarrada de un brazo y del cabello corto mientras la arrastraba hacia las escaleras, pero iban demasiado despacio, demasiado despacio, y empezó a gritarle.

—¡Muévete! ¡Muévete, hija de puta!

Vio que los niños se le acercaban a la carrera, pero Laura no reaccionó y siguió mirando a su alrededor, con los ojos abiertos de par en par por el terror. De repente, los niños ya la rodeaban y le bloqueaban el camino. Recordó lo que les habían hecho a Dan y a Nick, y la pesadilla en la que la derribaban se hizo insoportablemente vívida. El hombre grande también se había incorporado y echaba a correr en su dirección con los brazos extendidos, mientras los demás entraban en tromba por la puerta abierta. Empuñaban cuchillos, sonreían, aullaban como animales salvajes y sonreían. Gritó, soltó a Laura y se lanzó hacia la escalera. «Pues muérete, zorra estúpida, pero que a mí no me pillen, Dios, por favor».

Se le torció el tobillo y tropezó. Unos dedos pequeños de uñas afiladas se le cerraron alrededor de la pierna, pero logró zafarse de una patada al mismo tiempo que la pistola tronaba por encima de su cabeza. Vio que el hombre grande trastabillaba y luego se quedaba mirando el muñón de la mano que el disparo afortunado de Nick le había arrancado. Un segundo después, Nick tiró de ella y la hizo subir hacia el desván.

El hombre grande retrocedió tambaleándose hacia la cocina mientras se sujetaba el brazo y la herida salpicaba de sangre las paredes y las molduras cada vez que agitaba, aturdido, el muñón. Finalmente cayó de rodillas con una exclamación y se tuvo que agarrar a la mesa para no desplomarse del todo. La sangre empezó a formar un charco cuyos límites se fueron expandiendo poco a poco hacia las paredes. Los niños subieron en tropel las escaleras. Marjie oyó como el revólver descargado de Nick golpeaba una pared, y se dio cuenta de que él todavía estaba en el rellano. ¡No! ¡No! ¡Entra de una vez!, pensó, pero no fue capaz de decirlo en voz alta. Se dio la vuelta y lo vio con la guadaña en las manos, lo vio blandirla una vez y luego contempló horrorizada un gran chorro de sangre que se elevaba para luego ir cayendo por las escaleras. La cabeza de un crío cayó rodando de modo grotesco.

Los oyó chillar por la sorpresa y por la rabia, y los niños perdieron el equilibrio al caerles encima el cuerpo del chico. Oyó a Laura gritar, con el alarido de los perdidos y los condenados. Nick se apresuró a entrar y arrojó a un rincón la guadaña ensangrentada. Luego echó el cerrojo y colocó el colchón sobre la puerta. Marjie se puso en pie para ayudarlo a empujar el armario hasta pegarlo al colchón y lograr así estar a salvo de nuevo.

Le dio la impresión de que la habitación se encogía. Fuera, empezaron a aporrear la puerta.

Laura, que se había quedado al pie de la escalera, se quedó mirando estupefacta lo que había bajado rodando hasta caer a su lado. Casi parecía su propio reflejo: la boca abierta, los ojos como platos, los labios manchados de sangre y espumarajos. Parpadeó y se hundió de nuevo en el sueño que la había estado protegiendo, salpicado de vez en cuando por sus propios gritos; un sueño irreal pero nunca amenazador. El salón ya no le era familiar. Jamás había visto esos escalones ni a la gente que se apresuraba a subir por ellos, personas que bramaban y embestían la puerta de arriba. Estaba a solas con un grupo de desconocidos enfrascados en alguna clase de persecución brutal e inexplicable y cuyo objetivo final no estaba claro. Sabía que no había nada detrás de aquella puerta. No llegaba a comprender cómo lo sabía, pero estaba segura de que era cierto. No había nada más que unas cuantas revistas y papeles viejos en un desván vacío y polvoriento.

La insólita marea humana que inundaba toda de la casa acabaría desbordándose, expulsándolos a todos hacia el exterior, por el tejado, por la ventana diminuta, como el agua que sale a presión de una boca de incendios.

Se echó a reír. Aquello le recordaba un juego del instituto. Se llamaba «simulacro chino de incendios». Al parar delante de un semáforo en rojo, tenían que abrir las puertas del coche y correr a su alrededor una o incluso dos veces si podían antes de que se pusiera verde. Debían entrar por la misma puerta por la que habían salido y ponerse en marcha otra vez. Vio a aquella gente extraña y su interminable recorrido. Entraban por la puerta principal hasta la cocina para luego seguir por la sala de estar y subir por las escaleras del desván. Circulaban por todas partes formando un río de colores brillantes. No tardaron en convertirse en un rápido torrente que fluía en un círculo carmesí perfecto, por dentro y por fuera de la casa, mientras ella se encontraba a salvo fuera de la corriente. Los contempló con los ojos muy abiertos. Aunque era un sueño, también era un milagro. Era raro y, sobre todo, asombroso el modo en el que podían convertirse en un raudal y dejar de ser personas.

Se sentó en el suelo al lado de su reflejo y alargó con cuidado una mano hacia los ojos. Cuando le cerró los párpados con suavidad, sus propios párpados temblaron y se cerraron. En ese estado, fue capaz de imaginarse sentada a los pies de la escalera y, aunque todo estaba a oscuras, distinguió unas siluetas vivas que se deslizaban por delante de ella.

El flujo se hizo más lento, y se preguntó si sería seguro zambullirse en él. No era ni la mitad de emocionante que había sido minutos atrás cuando la corriente estaba..., bueno, desbordada, como si hubiera habido una tormenta tropical o una inundación repentina. Aun así, pensó que le sentaría bien meterse, que sería refrescante y agradable. Comparado con la potencia arrolladora de antes, no le daba ningún miedo.

Lo intentaría.

Bajó la mano izquierda hasta tocarla. Las criaturas que allí vivían (eran peces, ¿verdad?), ¿le molestarían? No lo creía. Se deslizó hacia el interior y le sorprendió lo cálida que estaba. También le sorprendió lo bien que sabía en sus labios secos y cuarteados. Inspiró profundamente y abrió los ojos.

La cabeza del crío estaba boca arriba en su regazo.

Supo de inmediato que se trataba del niño y no de su reflejo, porque los ojos del reflejo hubieran estado abiertos como los suyos. Lo miró atentamente para asegurarse. Empezó a llorar. La corriente había desaparecido. Solo quedaba un caos atronador y el sabor salado que la marea le había dejado en la boca. Abrazó la cabeza y la acunó, pero fue incapaz de sentir el manantial de sangre negra que le fue empapando la camisa hasta caer por encima de su estómago como una herida purulenta.

Entre ella y la puerta abierta solo había dos niñas pequeñas y harapientas que la miraban de hito en hito, pero no se le ocurrió echar a correr y huir. En realidad, no era necesario. Cerró los ojos cuando las dos niñas se le acercaron e intentó contar los peces.

En las escaleras, los dos hombres se estrellaron contra la delgada puerta del desván y la partieron. Oyeron los gemidos del hombre grande mientras las mujeres le vendaban el muñón para detener la hemorragia. Los niños se agolpaban detrás, azuzándolos, impacientes por entrar. El hombre delgado metió el brazo por el agujero que habían hecho en la puerta y quitó el cerrojo. Luego le dio la vuelta al pomo y empujó. La puerta no se movió. Miró furioso a su hermano. Hicieron que los niños se apartaran y bajaron unos cuantos escalones para tomar impulso y lanzarse de nuevo contra la puerta. El hombre de la camisa roja procuró colocar todo su peso cerca del tirador. Sonrieron al ver que cedía tres o cuatro centímetros. Bajaron para probar de nuevo.

Dentro, Nick lanzó una maldición mientras sujetaba firmemente el armario. Le enfurecía darse cuenta de que se habían retrasado demasiado, de que no habían tenido tiempo de ir a buscar el martillo y los clavos para asegurar la puerta. Era culpa suya. Los oyó romper la tablazón. Ni siquiera con todos sus esfuerzos lograrían contenerlos más de unos pocos minutos. Tendrían que saltar.

Se preguntó si habrían entrado todos. ¿Qué pasaría si había algunos esperando fuera, debajo de la ventana? Sintió como el armario se movía un poco hacia ellos cuando los hombres se lanzaron de nuevo contra la puerta.

—No servirá de nada —dijo.

Marjie asintió. Estaba tan cerca de ella que podía oler perfectamente su sudor y sentir su aliento en la mejilla. Miró hacia la ventana.

—Tú primero —añadió.

Ella lo miró. Tenía el rostro enrojecido y estaba asustada.

—¿Cómo...?

—Tendrás el tejado justo encima. Sobresale unos treinta centímetros. Alarga los brazos hasta que lo puedas agarrar bien y después saca las piernas con cuidado, con lentitud, y déjate caer en línea recta hacia abajo. Intenta hacerlo de cualquier otra manera y te romperás el cuello. No te sueltes hasta que hayas dejado de balancearte, hasta que las piernas se hayan quedado quietas y estés colgando alejada de la casa. Procura mantener las rodillas un poco dobladas para amortiguar la caída.

Vio la expresión de desesperanza que cruzó su rostro. Nick sabía que quedaba otra posibilidad, pero no tenía sentido comentársela. Marjie no tenía suficiente fuerza. Además, de ese modo él tendría otra opción si al final la necesitaba.

—Marjie, hazlo. No tengas miedo. Puedes hacerlo. Te juro que puedes. Creo que todos están dentro. Cuando salgas, dirígete al bosque y espérame. Quédate escondida. Reúnete conmigo si puedes, y si no puedes, si me pasa cualquier cosa, corre como una bala. Recuerda mantener las rodillas dobladas cuando caigas. Por favor, nada de piernas rotas. —Marjie sonrió un poco. Eso estaba mejor—. Date prisa.

Se apartó y Nick sintió el fuerte impacto cuando embistieron de nuevo la puerta.

—Una última cosa —le dijo, y ella se dio la vuelta. Nick vio que estaba al borde del llanto. De repente, supo lo que iba a decirle, y ella también—. Tú eres lo único que me queda, y te quiero a rabiar. Desde siempre. A ti y a Carla, a las dos. Ten mucho cuidado, Marjie.

Notó el roce de sus labios contra los suyos.

Vio como, de espaldas a la ventana, sacaba primero la cabeza, después el hombro derecho y luego el brazo izquierdo. Alargó las manos hacia el borde del tejado. Sus delgados brazos se tensaron a medida que el cuerpo iba saliendo centímetro a centímetro. Primero descansó sobre las nalgas, luego sobre los muslos y por último, con un dolor intenso, sobre las pantorrillas, hasta que pasaron sus rodillas y pudo apoyar los pies en el alféizar. Se quedó quieta allí durante un momento. Nick vio como trasladaba el peso poco a poco de los talones a la punta de los dedos y a continuación los deslizaba hacia abajo lentamente, acariciando la pared. Él sonrió de un modo sombrío. Marjie se estaba comportando de un modo muy sensato, estaba manteniendo la calma. Era una mujer increíble. Si alguno de ellos merecía salir con vida de aquello, era ella.

Observó como se separaba de la casa y la oyó jadear por el tremendo esfuerzo de mantenerse allí colgada. El cuerpo dejó de balancearse y, de repente, desapareció.

A Marjie le pareció que la caída duraba una eternidad. Intentó respirar, pero le resultó imposible, como si hubiera olvidado cómo hacerlo. Los pulmones exhalaban cuando ella les había ordenado inhalar. Sabía que no estaba cayendo bien, que había perdido

un poco el equilibrio. Una serie de imágenes le pasaron por la mente con una violencia casi física: se estrellaba de espaldas y se oía un chasquido repulsivo, se estrellaba boca abajo con los brazos extendidos por delante, en un gesto ridículo e inútil; se estrellaba de cabeza contra un pavimento imaginario y quedaba convertida en un montón de carne ensangrentada.

Tuvo la sensación de que la casa se le iba acercando, como si fuera el propio edificio el que caía, y no ella. Como si se estuviera derrumbando al mismo tiempo que ella saltaba y fuera a caerle encima y a aplastarla en cuanto llegara al suelo. Vio a todos aquellos niños pequeños harapientos rodeando su cuerpo roto y mutilado.

¿Tenía las rodillas dobladas tal y como le había dicho Nick? Era difícil de saber. Pensó que cualquier movimiento que hiciera acabaría con su precario equilibrio. Sabía que había flexionado las piernas cuando se había soltado del techo. Tendría que confiar en que siguieran así. Vio en su imaginación como Nick se lanzaba detrás de ella y caía en el montón sanguinolento y resbaladizo que minutos antes había sido su cuerpo. Todo eso lo vio en menos de un segundo, antes de llegar al suelo.

Sintió un tremendo impacto en los tobillos y un dolor repentino en los dos pies. Las rodillas le golpearon con fuerza la barbilla y notó que le salía sangre de algún punto del interior de la boca. Un instante después, las nalgas aterrizaron contra el suelo con un ímpetu estremecedor y los pulmones soltaron todo el aire que contenían con un silbido, lo que la dejó resoplando en busca de oxígeno. Delante de sus ojos cayó un telón oscuro e impenetrable, salpicado de luces parpadeantes. Empezó a sentir un terrible dolor de cabeza. Pero estaba en el suelo. Estaba viva y sabía que no se había roto nada. La embargó una oleada de alivio y triunfo.

Cuando se le aclaró la vista, sintió a los niños a su alrededor.

Nick los había visto unos segundos antes de encaramarse al tejado, que se había convertido en su única vía de escape, tal y como había previsto. Lo más difícil había sido salir por la ventana. Creyó durante un angustioso segundo que no lograría hacer pasar el hombro derecho. Se llevó el codo hasta el estómago, bajó el hombro todo lo que pudo hasta encontrar el ángulo más ancho de la ventana y lo metió por allí. La herida de la pierna palpitaba con fuerza. Hizo caso omiso del dolor y se esforzó por alcanzar el borde del techo. Tiró de sí mismo hasta que se puso de pie sobre el alféizar. Luego subió hasta el tejado. Dio las gracias a Dios por aquellos ejercicios en las barras de aquel gimnasio de West Side. Lo había conseguido a duras penas. Seis meses atrás, no hubiera tenido ninguna oportunidad. Oyó por debajo de él como terminaban de derribar la puerta y de tirar el armario. Se pegó todo lo que pudo al tejado y miró por encima del borde. Marjie parecía indemne. Estaba de pie, girándose hacia todos lados buscando un hueco por el que huir. Nick vio que no había ninguno. Los niños la rodeaban por completo blandiendo palos y cuchillos. Sintió que el miedo se le extendía por las entrañas. Vio que uno de los hombres se asomaba por la

ventana, miraba hacia abajo y metía la cabeza de nuevo. Luego los oyó bajar corriendo por las escaleras.

No tardaron en aparecer fuera con los otros niños y el hombre grande, al que le faltaba la mano izquierda gracias a él. Las otras dos mujeres llevaban a Laura. Le sorprendió ver que todavía estaba viva. Quizá todavía tenían alguna posibilidad. Quizá no las matarían. Quizá podría hacer algo.

Vio que Marjie miraba hacia la ventana y se arriesgó a ser descubierto, pero la saludó con la mano. Necesitaba que ella supiera que estaba vivo, que si podía la ayudaría. Vio que ella asentía una vez en su dirección y luego bajaba la mirada de nuevo. Si Marjie mantenía la serenidad, quizá encontraría la forma de rescatarla. Se deslizó unos cuantos centímetros hacia la oscuridad y esperó.

Era obvio que pensaban que se les había escapado. Oyó muchos gritos ininteligibles al principio y luego los dos hombres —los dos hombres completos, pensó con satisfacción— se adentraron lentamente entre los matorrales. Los oyó echar a correr y después pararse para quedarse a la escucha, correr de nuevo y desplegarse entre los arbustos. Se alegró mucho de no estar ahí. En el bosque, estaban en su elemento.

Los demás se quedaron esperando. Al cabo de un rato, uno de los hombres, el delgado con la barba desaliñada, regresó solo. Supuso que el otro se había quedado atrás para seguir buscándolo. Laura había caído de rodillas en una especie de estupor. El hombre delgado la levantó de un tirón, le dio la vuelta y después empujó a las dos mujeres en dirección al fuego de la colina. Nick llegó a la conclusión de que ya habían tenido más que suficiente por esa noche. Volvían a casa. Eso le proporcionaba algo de tiempo.

Sabía que sus dos amigas dependían de él. Sintió esa responsabilidad como un peso físico. Sin embargo, por un momento, no se le ocurrió qué podía hacer. Sin los coches y sin teléfono estaban completamente aislados. Para cuando encontrara otra casa, era muy posible que Marjie y Laura ya estuvieran muertas. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que las mataran? ¿Cuánto tiempo tenía?

No tenía la respuesta. Sintió que caía en la desesperación y la autocompasión. Lo habían atacado y casi habían acabado con él, igual que habían atacado a todas las mujeres a las que había amado. La que más había querido estaba allí abajo, desmembrada, y había sufrido horriblemente antes de morir. No podía permitir que eso le ocurriera a Marjie. Recordó con cierto asombro su resistencia alocada en las escaleras del desván y de inmediato supo que no lo permitiría. Se subió las gafas de la punta de la nariz y se quedó a la espera, inmóvil.

Notaba los sentidos agudizados y alerta. Apenas se giró para observarlos mientras caminaban junto al fuego, tan solo lo imprescindible para fijarse en la ruta que seguían desde la colina y determinar la dirección que tomaban. Oyó gritar a Marjie

cuando pasó al lado del cadáver carbonizado de su hermana. Luego todo quedó en silencio.

Empezó a bajar del tejado por el lado opuesto a ellos cuando ya casi estaban fuera de su campo visual. Alcanzó el canalón de desagüe de aluminio y se deslizó en silencio hacia el suelo mientras intentaba soportar lo mejor que podía las oleadas de dolor que le atravesaban los músculos de las piernas y que le provocaban un espasmo en la mejilla. Se dirigió con cuidado hacia la parte delantera de la casa sin dejar de vigilar por si aparecía el hombre de la camisa roja, pero vio que, de momento, estaba solo. Entró en la casa.

Miró por encima de los restos de la batalla y buscó el revólver en el suelo. Rezó para que lo hubieran dejado allí. Esa arma lo significaba todo. La encontró en la sala de estar, al lado de las escaleras. Recordó lo furioso que se había sentido al pensar en lo inútil que era ya la pistola. La había tirado contra una de las mujeres mientras se maldecía a sí mismo por haber dejado caer las balas dentro del maletero. Pero eso era lo bueno de los artefactos mecánicos: siempre se los podía hacer funcionar de nuevo.

Abrió el tambor de los proyectiles y probó el gatillo. Parecía intacta, no le había afectado el golpe. Se la colocó en el cinturón y entró en silencio en la cocina. Con toda la suavidad que pudo, para no hacer ningún ruido, fue abriendo los cajones buscando una linterna. Encontró una y la probó. Apenas daba luz, pero serviría. Dejó los cajones abiertos y se dirigió de puntillas hacia la puerta. Miró a su alrededor. Estaba despejado.

Se sacó las llaves del bolsillo mientras caminaba hacia el coche y escogió la del maletero. Lo abrió con rapidez y encendió la linterna, pero la colocó cerca de la base del compartimento para que no se viera desde fuera. Recogió todas las balas que encontró, apagó la linterna y volvió a la casa, a las sombras. Cargó el revólver, guardó el resto de munición en uno de los bolsillos y metió las llaves en el otro.

Decidió tomar el camino más largo para rodear el fuego y mantenerse en la penumbra. Se había fijado esa misma tarde en que por allí atrás había un sendero que bajaba hasta el arroyo, y pensó que probablemente lo seguirían, al menos, un trecho. Además, caminarían con cierta lentitud, ya que Laura se encontraba en un estado semicomatoso que les retrasaría. «Gracias, Laura».

Calculaba que quedaban unos siete niños, dos mujeres y los tres hombres, aunque uno de ellos se había quedado en el bosque y otro estaba gravemente herido. Por lo que había podido ver en el salón, además de la mano izquierda, había perdido un par de litros de sangre. Podría acabar con los dos hombres, las dos mujeres y un par de niños si tenía suerte, era lo bastante rápido y acertaba en todos los disparos. Mientras no apareciera el tercer hombre para meterle un cuchillo por el culo, quizá podría lograrlo.

Por un momento deseó haberse llevado consigo el atizador o el hacha de la leñera, pero recordó que el hacha ya no estaba allí. Se la habían llevado. Lo tenían todo, todo menos esto, pensó mientras apoyaba una mano en el revólver. Los últimos cinco

niños iban a ser un problema, eso estaba claro, pero si era hábil y rápido, podría cargárselos a todos. Y eso era lo que tenía pensado hacer.

El primero que matara sería en honor a Carla. Sacó la pistola del cinturón y se adentró en el bosque, casi invisible, envuelto por el sudario frío de la noche.

3.30 A. M.

El policía estatal Dale Willis salió del coche, plantó sus grandes pies en el suelo y se quedó apoyado contra la puerta. Encendió un cigarrillo. No se sentía cómodo sentado en el coche, nada cómodo. Fuera lo que fuese lo ocurrido allí, ya había terminado, o al menos eso parecía, y Peters estaba de camino acompañado de Sam Shearing. Pero ¡joder! El sitio era todo un espectáculo. Se sentía mejor de pie fuera. Nunca se sabía.

Aquello todavía se estaba quemando en el fuego. Era difícil creer que había sido un ser humano. Sabía muy bien que lo era, pero eso no lo hacía más fácil de aceptar. Algunas cosas estaban más allá de cualquier aceptación. La muerte era así, sobre todo una muerte como aquella. La muerte y los impuestos. Recordó un profesor de la escuela que solía ponerse muy pesado con aquello de la inevitabilidad de la muerte y de los impuestos. Lo que no eran capaces de enseñarte en la escuela hacía que la cagaras el resto de tu vida.

Una cosa estaba clara: para eso seguro que no estaban preparados. Miró de reojo el fuego.

«*Come on, baby, light my fire...*».

«Cabrón insensible».

Había sido el humo de la fogata lo que le había llevado hasta allí. Luego había visto los faros del coche y todas las luces de la casa encendidas, como si fuera un árbol de Navidad. Después vio todo lo demás. Se lo había perdido por poco más de media hora. Era increíble. No sabía quiénes eran los responsables..., pero no estaba dispuesto a que esos tipos lo encontraran encerrado dentro de un coche, eso lo tenía muy claro.

Willis ya había visto otros cadáveres en su vida. La autopista estaba llena de ellos, quemados, aplastados. Joder, hasta había visto una rama atravesar un parabrisas para acabar clavada en mitad de la frente del conductor. Pero un paseo por aquel lugar era igual que una breve visita al infierno: la carne quemada al fuego, un individuo con los intestinos esparcidos por el suelo, otro tipo completamente desnudo tendido en la cama y con la garganta rebanada, el puño de alguien tirado en un rincón.

Y los niños. Uno de ellos tenía la cabeza a unos cinco metros del cuerpo. A otro le había desaparecido. Probablemente se la habían volado con un proyectil de gran calibre. Algo parecido le había ocurrido a la mujer, si se podía llamar mujer a aquella criatura que apestaba como un cartón de leche caducada. Willis meneó la cabeza. Todo aquello parecía un jodido campo de batalla al lado de un búnker. Alguien de por aquellos alrededores estaba tan loco como una puta que pretendiera entrar en el Vaticano.

Le vino a la mente el viejo Parks. Habría soltado un bufido de incredulidad si alguien le hubiera contado que algo así había sucedido en una ciudad, en Nueva York o algún lugar parecido; imagina si le hubieran dicho que había ocurrido en su propio pueblo. Se alegró de que estuviera a salvo bajo tierra desde hacía diez años. Parks poseía una férrea rigidez moral. Había criado a Joe y a Hanna de un modo muy parecido a como su padre lo había educado a él: no se replicaba, no se bebía, no se pegaba a la mujer.

Claro que Hanna había recibido unos cuantos guantazos del individuo con el que se había casado, Bailey, pero, por lo que se sabía, nunca había respondido a los golpes. El viejo la hubiera matado si lo hubiera hecho. Hanna y Phil Bailey tuvieron un par de hijos, que se habían ido a vivir a Portland y no utilizaban nunca esa casa, solo la alquilaban cuando podían. Willis no pudo evitar pensar que eso había provocado de algún modo aquella matanza. Los nuevos tiempos. En tres generaciones se podían perder las enseñanzas del pasado con tanta facilidad como se bebía una Pepsi. Bueno, algunos podían. Los que tenían dinero. Tiró la colilla a un lado y encendió otro cigarrillo.

Vio los faros iluminar los árboles y oyó el rugido del pesado Chrysler de Peters mientras subía por el viejo camino de tierra. «El jefe va a cabrearse cuando vea esto. Será mejor que parezca que estoy ocupado». Se acercó al maletero abierto del Dodge y lo iluminó con la linterna. Mira pero no toques, se dijo a sí mismo. Si ponía un dedo encima de cualquier objeto, Peters haría que le rapasen la cabeza.

Willis levantó la vista cuando el coche entró en el sendero que llevaba a la casa. Apagó la linterna y se acercó al Chrysler. Sam Shearing estaba en el asiento del conductor, y parecía realmente cansado. Era curioso que Peters siempre estuviera lleno de energía. Era el clásico ejemplo de tipo de ciudad propenso a un ataque al corazón debido al sobrepeso —ya había sufrido un infarto leve, todo el mundo lo sabía—, pero el viejo cabrón no cedía nunca. Bueno, la verdad era que se alegraba por él. Le sonrió.

—Una mala noche, George. Mala de verdad. ¡Tienes que ver este sitio!

Peters se bajó del coche.

—¿Qué es lo que tenemos aquí, Dale? —le preguntó.

Willis lo miró con más detenimiento. Realmente tenía buena cara, y eso que era probable que lo hubieran sacado de la cama para contarle lo que habían descubierto.

—Joder, el sitio está lleno de cadáveres.

—¿Qué clase de cadáveres?

—De los que quieras, George. Tenemos de todo. Allí arriba estaban haciendo un asado de cojones. No es precisamente lo que querrías ver en el parque.

—¿Hay niños?

—Sí, creo que hemos encontrado algunos de esos niños que estabas buscando. Seguro que sí.

Se dirigieron hacia la casa con Willis en cabeza caminando con paso decidido.

Peters se paró delante del Dodge negro y miró a su alrededor. Eran niños, sin duda. Uno de ellos tenía la cabeza abierta, mientras que a otro —¿él o ella?— se la habían arrancado casi del todo.

—Dios —musitó.

—Pues hay más dentro —le indicó Willis.

Peters se giró hacia Shearing, que parecía estar completamente despierto, aunque eso no mejoraba su aspecto.

—Sam, quiero que vengan otros dos coches —le dijo—. Y que también venga el forense. Willis, ¿queda alguien vivo ahí dentro?

La pregunta era retórica. Ya sabía la respuesta.

—Nadie en absoluto, pero quizá no vendría mal una ambulancia.

—¿Por qué?

—Hay alguien andando por ahí con una mano de menos. No sé dónde está el propietario, pero la mano está tirada en el suelo, y es fea de narices.

—Vale. Que venga también una ambulancia, Sam, y diles a los de la comisaría que averigüen de quién es esta casa y a quién se la han arrendado. Cuántos inquilinos, sus nombres, sus descripciones. Y rastréame estas matrículas. Este coche es de alquiler. Entérate de quién lo alquiló y cuándo. Y lo quiero todo para ayer, ¿entendido?

—Entendido —respondió Sam.

—Vamos a echar un vistazo —le dijo a Willis, y ambos entraron en la casa.

Terminaron veinte minutos más tarde. Para entonces, Peters ya había visto más que suficiente en el interior, así que Willis lo condujo hasta la fogata de la colina. En opinión de Peters, lo que había clavado en el asador era mucho peor que todo lo demás junto. Jamás había soportado demasiado bien las quemaduras, y eso era lo peor que había visto en su vida. De hecho, aquello no eran quemaduras, aquello era, en palabras del propio Willis, una barbacoa. Había huesos y trozos de carne a medio comer por todas partes delante de la casa y ahora veía de dónde habían salido. De aquel asado. No había forma alguna de determinar si había sido un hombre o una mujer, pero era suficiente con saber que había sido un ser humano. Los peores presentimientos que le habían asaltado sobre lo que le habían contado Donner y la señora Weinstein se habían confirmado, y además había averiguado otras cosas. En un principio había creído que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, que estaba viendo fantasmas y monstruos donde no había más que idiotas y dementes, la maldad humana habitual; pero allí estaba eso, repulsivo más allá de lo creíble. Se preguntó si en realidad no los habría subestimado.

En esos momentos ya sabía dos cosas que veinticuatro horas antes no sabía. Una le daba asco y la otra le atemorizaba. La primera era que mataban y luego devoraban a sus víctimas. La segunda era que había hombres en el grupo.

La mano del suelo pertenecía a un individuo caucásico de proporciones enormes. Estaba sucia y era la mano de un trabajador, llena de cicatrices en el dorso y de callos

en la palma. No pertenecía a ninguna de las víctimas. Tanto el hombre de la cama con la garganta rebanada como el cadáver de delante de la puerta tenían las manos suaves. Manos de ciudad. La mano amputada estaba acostumbrada a la madera, a la piedra, a la tierra. Lo mismo que las manos de la mujer y, que Dios lo castigara si mentía, lo mismo que las manos de los niños.

Peters se quedó mirando cómo Willis echaba agua en las pocas ascuas que seguían encendidas. Dejaron el cadáver ensartado en el espetón tal y como se lo habían encontrado para que lo fotografiasen. Peters pensó que el fotógrafo tendría mucho trabajo esa noche.

—¿A cuánto está el mar de aquí, Willis?

—Oh, a unos cinco kilómetros. Si no recuerdo mal, hay uno o dos senderos que llegan hasta allí. Tienes este que conduce hasta el arroyo y luego hay otro un par de metros corriente abajo que lleva directamente a la orilla. Solíamos venir aquí a pescar cuando éramos niños y después nos acercábamos al mar para probar en los rompientes. Nunca tuvimos mucha suerte, la verdad.

—¿Hay cuevas o algo parecido por el camino?

—No me acuerdo, George. Es posible que sí.

Peters vio desde donde estaba, en la cima de la colina, las luces de unos faros a lo lejos. «Se han tomado su tiempo». Vio que Shearing se le acercaba a la carrera. Cayó en la cuenta de que su ayudante siempre estaba corriendo hacia algún lado. Por supuesto, en parte era culpa del propio Peters, pero pensó que eso le mantenía delgado. Envidió a Shearing por su vigor y su juventud.

—Creo que tengo lo que necesitamos —le comunicó Shearing.

—¿De qué se trata?

—En la comisaría dicen que la casa la alquiló King Realty. Despertamos a la señora King y nos ha dicho que se la alquilaron a una tal Carla Spencer, de Nueva York. Solo a ella. Nada de hombres. Pero la señora King nos ha dicho que está segura de que la señorita Spencer tenía una hermana, y que comentó algo sobre que vendría a visitarla. No supo decirme cuándo.

—Mierda. Es lo que me temía.

—¿El qué? —quiso saber Shearing.

—Matrícula de Nueva York en uno de los coches y de alquiler local en el otro. Tres víctimas, si contamos a esta de aquí. Dos de las víctimas son hombres. Esta puede ser hombre o mujer. Supongamos que es mujer. ¿Qué os sugiere eso?

—Me sugiere que hay otra mujer —respondió Shearing. Consultó sus notas—. El alquiler del Pinto está a nombre de Carla Spencer, de Nueva York. Eso significa que el Dodge negro es de las visitas. Probablemente la hermana, con un par de amigos. Lo que implica que hay al menos una chica más por ahí, en algún lugar. Quizá sea Carla Spencer, o quizá su hermana.

—Así que tenemos otra víctima potencial en algún sitio —comentó Willis—. Alguien que se llevaron para el camino. Mierda.

—Exacto —respondió Peters—. Al menos, una. Por lo que sabemos, pueden ser hasta media docena. En cuanto el forense y los refuerzos suban a la colina, volveremos a la casa para efectuar unas cuantas identificaciones. Eso nos permitirá hacernos una idea.

Se quedó mirando un par de faros que tomaban una curva. Debían de ser precisamente ellos. Frunció el entrecejo y dejó escapar un suspiro. Era el suspiro de alguien con demasiado peso, casi un jadeo.

—Tenemos un problema —añadió—. Seguimos sin saber cuántos de esos hijos de puta andan sueltos por ahí, ¿verdad? Sé que tengo que ir a por ellos, pero no sé si vamos a por unos cuantos patos o por unos buitres de cuidado, por así decirlo. —Se quedó pensativo unos momentos mientras contemplaba cómo se iban acercando las luces—. Así que quiero hacer una sugerencia. A ver qué os parece. Sugiero que nos llevemos un ejército allí abajo. Sugiero que hagamos venir a todos los coches patrulla que podamos.

—A mí me parece bien —respondió Willis—. Me parece cojonudo.

Shearing asintió.

—Estoy de acuerdo.

La sensación de alivio que apareció en el aire fue casi palpable. Los dos estaban asustados. Peters había visto los cuerpos y también tenía miedo. El problema era que tendría que atemorizarlos todavía un poco más.

—Aunque hay algo que no os va a gustar —añadió.

—¿Y qué es? —preguntó Willis.

—Tengo que ser duro en este asunto. Tenemos un rastro que se va a enfriar con mucha rapidez, así que os doy diez minutos para que lleguen esos coches. Si no están aquí dentro de diez minutos, digamos que llegan dentro de once, ninguno de vosotros estará aquí para darles la bienvenida. Yo voy a tener que sentarme en el coche a esperarlos y vosotros tendréis que empezar a seguir a esa gente solos. No tenemos tiempo que perder.

—¡Joder, George! —exclamó Shearing.

—En marcha —le contestó Peters. Tenía que enseñarle a ese muchacho a no quejarse. Eso era algo muy importante para un policía—. Moveos y metedles caña si hace falta, pero que esos coches vengan ya, y deprisa. —Por un momento, breve pero intenso, deseó una copa, y no de cerveza precisamente. Miró lo que había clavado en el asador—. Antes de que esa gente decida prepararse el desayuno.

No tenían duda alguna de que encontrarían al último hombre. El primogénito, el hombre de la camisa roja, era un buen cazador. A pesar de eso, la cueva se encontraba en un estado de agitación poco habitual, incluso para ellos. Ninguno era capaz de recordar cuándo había salido mal una cacería y en las tres últimas noches dos se habían torcido, una tras otra. En la mente de todos, a excepción de los más jóvenes, acechaba el sutil miedo a ser descubiertos, al desastre. Sin embargo, mezclado con ese temor y arrollándolo, estaba la increíble emoción de haber cazado y haber matado. Los ojos, que normalmente mostraban una mirada vacía, brillaban con la luz del fuego. Las bocas, que jamás sonreían, no dejaban de hacerlo, y ni uno solo de ellos lamentaba de verdad que hubieran muerto algunos de los suyos.

Cerca del fuego, la mujer embarazada y una niña ya crecida atendían el brazo del hombre grande, vendando con fuerza el muñón desde unos cuantos centímetros por debajo del codo con unas cintas de piel. El hombre estaba débil por la pérdida de sangre. Su corpachón se agitaba febril, estaba medio inconsciente. A escasos metros de él, un niño pequeño lo contempló durante unos segundos antes de darse la vuelta para mear contra la pared de la cueva.

Todos los niños mostraban cortes y moratones, y algunos incluso tenían quemaduras del agua y el aceite hirviendo, pero no les prestaban atención. Estaban acostumbrados al dolor.

Tenían los brazos y las piernas cubiertos de marcas y cicatrices antiguas. Unas cuantas más no tenían importancia. Les molestaban mucho más los piojos y otros insectos que infestaban su cabello y sus ropas. Sin embargo, hasta de eso se habían olvidado. Detrás, cerca de la jaula, un niño y una niña persiguieron a una rata hacia la parte posterior de la cueva con unos palos. La chica embarazada pasó a su lado con un balde lleno de agua. Lo dejó delante del fuego, junto a la mujer gorda del vestido de algodón, que estaba en cuclillas lamiéndose los labios como una serpiente enroscada sobre sí misma. Tenía hambre otra vez. Haría sopa. Esperó a que la chica volviera con más agua, deseando que se diera prisa.

Cuando la muchacha regresó, la mujer se puso en pie con gesto pesado y se desperezó antes de dirigirse con parsimonia a recoger las manos y los pies de la pieza que habían cazado esa tarde, la joven que habían encontrado junto al chico que tenían en la jaula. Había dejado envueltas las extremidades en un pellejo y las había colocado en una pila, apoyadas en la fresca pared trasera de la cueva. Las recogió con avidez, junto a un bote de granos de trigo, y por puro capricho escogió también una larga costilla y la cabeza afeitada, partida, ya sin ojos. Colgó la olla y vació una cubeta de agua dentro y luego otra. Echó la mitad de los cereales y después echó la

carne.

Observó con placer como el agua empezaba a hervir. Habían cazado todo tipo de animales, pero no había carne como la humana. Era dulce y más suave que cualquier otra. Incluso en la más magra había vetas delicadas de grasa. Si se colocaba un trozo de venado o de oso en una olla, se quedaba en el fondo como una piedra. En cambio, la carne humana tenía vida. Saltaba y giraba dentro de la olla. La otra no era más que una comida. Sus encías sin dientes comenzaron a moverse de un lado a otro con rapidez y su grueso estómago gruñó de impaciencia.

La chica embarazada regresó a la jaula. Tres de los niños se estaban divirtiendo metiendo palos entre los barrotes y pinchando los pies descalzos de las dos mujeres que acababan de capturar. El chico mayor, que tenía solo un año menos que ella, estaba a un lado, contemplándolos con atención. La chica le sonrió, pero él no respondió al gesto.

Los niños habían logrado lastimar a la mujer rubia en la planta del pie hasta hacerla sangrar. Pero a la muchacha no le interesaba mucho quedarse mirando. Espantó a los niños para que se fueran. El chico grande se rió a su lado.

Ella lo miró con un interés repentino y luego actuó con rapidez y metió las dos manos en la jaula. Sorprendida, Laura intentó apartarse, pero la chica fue demasiado veloz para ella. La agarró con una mano por el tobillo y apretó, mientras con la otra restregaba la planta ensangrentada del pie. Luego, igual de súbitamente, la soltó. Miró de nuevo al chico y sonrió levantando la mano al mismo tiempo, para que él pudiera ver la sabrosa sangre. Él se le acercó.

Ella se quitó por encima de la cabeza la piel que llevaba puesta y la tiró al suelo. Luego se pasó la mano por los pechos y la barriga desnudos. El chico abrió los ojos de par en par. Alargó las manos hacia ella, pero ella se echó a reír y se apartó. La siguió, la empujó contra una pared y se apretó con fuerza contra ella, sin importarle el bebé que llevaba dentro. Bajó una mano para sacarse el pene de los pantalones blancos llenos de manchas. Mientras lo hacía, la muchacha movió la mano izquierda con la elegancia de un carterista y la llevó hasta uno de los bolsillos de atrás, donde sabía que el chico guardaba su navaja.

Cuando vio que los pantalones le habían caído a la altura de las rodillas, se echó a reír y se apretó a su vez contra el muchacho. Abrió la navaja y se la clavó levemente en las nalgas. El chico lanzó un aullido y se apartó de un salto. Ella se rió de nuevo, dejó caer la navaja y se le acercó. Puso las manos en la espalda del muchacho y las frotó contra la herida, que sangraba un poco, hasta que le quedaron cubiertas de sangre. Después dio un paso atrás y se las enseñó para mostrarle lo que había hecho. La expresión de furia y confusión desapareció del rostro del chico y le sonrió. El pene se le endureció de nuevo y ella lo agarró con una mano, cubriéndolo de sangre. Después se tumbó en el suelo de la cueva, se abrió de piernas y lo esperó.

Se movieron juntos con rapidez y casi en silencio, sin expresión alguna. Detrás de ella, dos de los niños se quedaron mirando y, aunque eran demasiado pequeños, se

quitaron las ropas e imitaron sus posturas en el suelo, los sonidos que emitían y los extraños movimientos espasmódicos que efectuaban con las caderas. Otro de los niños se puso en cuclillas en otro lado de la cueva y se dispuso a defecar. El niño y la niña que habían estado persiguiendo a la rata la atraparon bajo una de las pilas de ropas y la pisotearon hasta matarla. Marjie lo contempló todo con atención, no se le escapó nada. Lo que vio la atemorizó y le repugnó a partes iguales, pero necesitaba entenderlos si quería tener alguna esperanza de escapar. Lo sabía. Era igual que contemplar a una especie completamente distinta, a una manada de animales.

Vio a su espalda, en la segunda cueva, los montones de herramientas y de huesos, y las pieles amarillentas puestas a secar. Se dio cuenta de que eran humanos. Aun con poca luz, pudo ver el brillo de una hilera de cráneos montados sobre unos postes, clavados desde el cuello hasta la coronilla. Una de las calaveras tenía un aspecto nuevo y todavía húmedo. En el suelo, al lado de la hilera, había muchas más, aunque estas estaban cortadas justo por debajo de la cuenca de los ojos y cerradas con cuero para utilizarlas como tazas. Se preguntó a cuántas personas habrían matado.

Se fijó en sus ornamentos, en las cuentas y en las piedras de colores que llevaban ellas, en las tiras de cuero. En esas tiras habían atado lo que parecían ser mechones de cabellos humanos. Una de las chicas llevaba un collar. De huesos de dedos, se fijó Marjie.

Vio que el hombre delgado contemplaba a la pareja que se apareaba en el suelo. Del cuello le colgaba un crucifijo plateado. Era su único adorno. Las mujeres lucían plumas de gaviota y pinchos de puercoespín en los cabellos. Tanto los hombres como los niños iban pintados con polvo de carbón, con bermellón, con ocre, con cenizas y con jugo de bayas espesado con grasa.

El olor a grasa y a podredumbre era como su segunda piel. Ese hedor estaba por todas partes, en sus camas de paja y en las ropas robadas, en las paredes de la propia cueva. Ya conocía ese olor. Fue en un viaje en coche a Florida. Sus padres las habían llevado a ella y a Carla cuando eran unas adolescentes. Ese día habían visitado a unos amigos y volvían al hotel por una carretera estrecha de dos carriles que bordeaba las Everglades. Carla fue la primera en ver a los buitres un poco más adelante y la que quiso que pararan. Sus padres protestaron y se negaron al principio, pero incluso por aquel entonces Carla estaba acostumbrada a salirse con la suya. Los buitres estaban devorando el cadáver de un perro. Marjie sorprendió a todos cuando dijo que se quería bajar con ella. Sus padres les hicieron prometer que no se alejarían del coche, pero no lo hubieran hecho aunque hubieran querido.

El hedor era insoportable incluso a varios metros. Un regusto salado e indefinible en el aire indicaba años y años de sangre apelmazada y seca, de carne podrida, el aliento siniestro de la putrefacción. De algún modo, ella supo que era de los pájaros y no del perro muerto de donde salía aquella fetidez horrible y nauseabunda, que formaba parte de ellos y los acompañaría de por vida. Y fue aquel olor, y no los diminutos, extraños y terribles ojos de los buitres, lo que las hizo entrar de nuevo en

el coche con aire acondicionado.

Era el olor inconfundible de los devoradores de carroña, la pestilencia de la propia muerte.

En esos momentos, allí metida en aquella jaula que colgaba del techo de la cueva, lo olía de nuevo. Desde donde se encontraba se veía la olla y, dentro de ella, un puñado de dedos sueltos que giraban lentamente. No pensaba llamar personas a aquellas criaturas. Se negó a pensar en ellas de ese modo. Olían a lo que eran: buitres. Pretendían prepararse una comida con ella, lo mismo que habían hecho con Carla. Lo mismo que planeaban hacer con aquel pobre muchacho triste que estaba tirado en el fondo de la jaula.

Marjie lo había tocado y luego lo había sacudido con fuerza, pero no había obtenido ninguna respuesta. Parecía encontrarse peor todavía que Laura. Los niños ni siquiera habían intentado acosarlo con los palos. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí y qué triste espectáculo habría contemplado con aquellos ojos negros de mirada vacía. ¿Habría visto cómo mataban a los demás? Estaba segura de que sí. No le sería de ninguna ayuda, ni Laura. Solo Nick. Solo Nick, que la saludó desde el tejado, a salvo. Nick, que la seguiría. Si podía.

Pensó en aquel hombre en el bosque. El hombre de la camisa roja. Quizá Nick no lo conseguiría. Quizá no sobreviviera para poder ir a buscarla. Tenía que pensar en esa posibilidad. Y entonces, ¿qué? Por favor, que pueda seguirme, deseó mientras se aferraba a los barrotes de la jaula. Los nudillos se le pusieron blancos. El hombre delgado la estaba mirando, recostado contra la pared de la cueva. La pareja del suelo había terminado. Se preguntó cuánto tiempo tardarían en empezar con ellas. «¿Cuánto tiempo tengo?, ¿cuánto me queda?».

La respuesta llegó enseguida.

4.12 A. M.

Nick estaba tumbado boca abajo detrás de una duna, a la espera. Oyó el rugido del agua a su espalda a medida que la marea entraba en el canal. Apartó los matojos con el cañón del Magnum 44. No era más que una sombra entre la hierba, los arbustos y la maleza. La arena hacía que le picaran las heridas del pecho y de la pierna, aunque la rabia que sentía no era por las lesiones, sino por su estupidez. Los había perdido.

Se había esperado alguna clase de casa, no aquella extensión vacía de arena y piedra. Solo le quedaba un recurso: esperar allí, donde el sendero llevaba hasta la playa, con la confianza de que el hombre que lo estaba buscando no tardara mucho en darse por vencido. Si el hombre pasaba por allí, Nick lo seguiría, y mucho más de cerca esta vez. Solo esperaba que el sendero que él había tomado fuera la única ruta de acceso al lugar. Se maldijo a sí mismo por haber pensado que sería tan fácil encontrarlos, por tardar tanto en bajar del tejado. Su pequeño exceso de precaución podría haberles costado ya la vida.

Intentó despojarse de esa sensación de amargura y frustración, la ansiedad que le angustiaba. Necesitaba mantenerse en calma, en calma y alerta. Esa ansiedad solo le jodería y le turbaría los sentidos. Cabía la posibilidad de oírlos o incluso de ver alguna luz, así no tendría que esperar al hombre; pero tenía que serenarse. No le gustaba la espera. Estaba preparado para otra lucha. «Gilipollas, no tendrías que haberles perdido de vista en ningún momento. En ninguno». El temor que sentía por ella le invadió por completo.

Pero no le quedaba más remedio que esperar, y pensó que había un modo mejor de hacerlo. Se giró lentamente y se quedó tumbado de espaldas, sorprendido por el gigantesco tapiz de estrellas que se extendía encima de su cabeza. Era una noche muy hermosa y no se había dado cuenta hasta ese momento. La profundidad y la claridad de un cielo nocturno como ese siempre le emocionaban, e incluso en un momento como aquel, en la peor noche de su vida, sintió por un breve instante un poco de la indiferencia sosegada y la pérdida de voluntad que le embargaban cuando contemplaba un firmamento así. La sensación desapareció casi de inmediato.

Pensó que había sido una noche de terror inconcebible y echó la cabeza hacia atrás unos cuantos centímetros para observar de nuevo el sendero. Se sentía un poco mejor. Tanto su respiración como sus latidos eran suaves y acompasados, y aunque veía el camino al revés, su campo de visión era mucho más amplio. De hecho, todo lo amplio que podía ser. Solo tenía que ajustarse las gafas. No estaba mal: si movía la cabeza unos centímetros hacia atrás, podía observar el sendero y las zonas que se abrían a izquierda y a derecha de este; si la echaba hacia delante de nuevo, podía

mirar por encima de su propio cuerpo hasta la orilla y, además, nadie se le podría acercar por la espalda. Mucho mejor ahora, pensó. Lo estaba haciendo bien. Se preguntó si en el ejército enseñarían aquella postura. Dan lo habría sabido. Pero Dan estaba muerto.

Apartó las hierbas de nuevo con el revólver para ver bien el sendero, se puso cómodo y se relajó todo lo que pudo. No sabía cuánto iba a durar aquello. El aire era húmedo y frío, cargado de rociones de sal. Si el hombre tardaba mucho en aparecer, iba a acabar con una tortícolis tremenda, pero eso era mucho mejor que morir con la garganta rebanada por detrás. Aquella gente era muy buena en la oscuridad. ¿Cuánto tiempo habrían estado merodeando alrededor de la casa para comprobar la situación antes de atacarla? Estaba seguro de que bastante, pero, por supuesto, nadie había visto ni oído nada. Las tinieblas eran el aliado natural de aquel hombre, como de la mayoría de los depredadores. Recordó el cuerpo desnudo de Jim sobre el sofá cama, con los trozos de cristales que le brillaban clavados en el pecho.

Miró de nuevo por encima de los pies y abrió los ojos sorprendido. De repente, tuvo la misma sensación que si le hubieran pinchado con un agujoneador para ganado. Su cuerpo reaccionó solo y retrocedió quince centímetros hacia atrás. Allí estaba el hombre, recortado contra la orilla y el mar. Era una silueta grande y oscura bajo la luz de la luna, que había pasado con lentitud a un metro más o menos por delante de él. Nick se sintió increíblemente afortunado.

Se había comportado de nuevo como un estúpido. Había otro sendero por el bosque. Claro que lo había. Vivían en algún lugar cercano, ¿verdad? Eran asesinos. Si no existía una segunda ruta de acceso, ellos la habrían creado. No estaban dispuestos a verse atrapados con una sola línea de retirada. Era un tipo con una suerte de cojones. No lo habría visto. Si hubiera estado boca abajo, habría pasado de largo sin que él se diese cuenta. Darse la vuelta había sido una inspiración maravillosa. «Y él no me ha visto a mí. Eso sí que ha sido suerte».

Fue bajando poco a poco el revólver por el costado. Ya no estaba dispuesto a confiar más en su buena fortuna. Esperaba que en cualquier momento el hombre saliera corriendo en su dirección con el cuchillo destellando en la mano. Sintió todo el cuerpo desesperadamente frío. Le dio la impresión de que el aire helado y húmedo del mar se le había metido a lo largo de la espina dorsal y de los muslos. Notó que el pene se le encogía y la piel se le tensaba. Un momento después, el hombre no era más que una figura alta que caminaba por la arena dura y mojada de la orilla, sin representar amenaza alguna. Nick se incorporó hasta quedar en cuclillas y empezó a atravesar los matorrales en dirección al terreno elevado situado en la base de los riscos. De ese modo, invisible en la oscuridad, lo siguió.

4.15 A. M.

Se la guarda en los pantalones, al lado del nabo. Joder, qué asqueroso, pensó Marjie. Oyó el chasquido suave que hizo la hoja del cuchillo al desplegarse y vio el destello del acero. Se acercó a la jaula sin dejar de mirarla y de sonreírle de forma estúpida. «Lo sabía». Solo había que ver la forma en que se había quedado mirando a la pareja que follaba en el suelo. Ya habían acabado. Se quedaron sentados juntos al lado de la jaula y se dedicaron a buscarse mutuamente los piojos para luego aplastarlos con los dedos.

El joven estaba tumbado a su izquierda, con las rodillas pegadas al pecho. El largo cabello oscuro le tapaba la cara. Marjie ni siquiera sabía si estaba despierto. Laura vio que el hombre se dirigía a la jaula y se acercó un poco más a ella. Marjie le puso un brazo alrededor de la cintura, y se sintió de nuevo un poco sorprendida por la firmeza de su cuerpo, por lo tensa que tenía la piel sobre las costillas. Un tipo nórdico, de huesos grandes. «Eso no te va a venir nada bien».

Observó como el hombre delgado desataba la cuerda del gran remache de metal clavado en la pared y empezaba a bajar la jaula poco a poco con ambas manos mientras sostenía la navaja entre los dientes, al estilo pirata. A Marjie le chocó tanto la incongruencia del arma que tuvo que contener una risotada, que en realidad sabía que se debía a la histeria. Era un cuchillo de escultista. Pero debería ser un arma de pedernal, de piedra, no de acero pulido. El hombre tenía unos dedos largos y delgados. Apestaba como un borracho de taberna. Sintió que el estómago se le revolvía de asco.

Terminó de bajar la jaula y fue entonces cuando Marjie se dio cuenta de lo fuerte que era aquel cuerpo delgado y fibroso. Se fijó en los tendones de los brazos y el cuello. Laura ya estaba temblando. La jaula acabó de posarse en el suelo y el muchacho se agitó un poco. Marjie jamás había visto un caso de catatonia, pero se imaginó que, si aquello no lo era, estaba cerca. El joven había alcanzado un estado en el que parecía incapaz de reaccionar ante nada. En cierto modo, tenía suerte. Lo envidiaría en cuanto estuviera segura de que no le quedaba ninguna clase de esperanza. Si llegaba a eso. Todavía no estaba convencida. No del todo.

El hombre los dejó allí un momento y se acercó al fuego. Marjie vio que los demás, la mayoría de los cuales se habían tumbado y desde arriba le habían parecido dormidos, estaban en realidad completamente despiertos y lo observaban con atención. ¿Es que nunca dormían? Ya casi había amanecido, joder. Solo el hombre grande, tumbado al lado del fuego, tenía los ojos cerrados. No tendría ninguna posibilidad de huir y salir de la cueva, si todos los demás estaban despiertos. Sabía que no tardaría en abrir la jaula. Era bastante obvio lo que buscaba.

Regresó de la fogata con una tea ardiendo en la mano. Se detuvo un momento y se las quedó mirando con la boca abierta, la mandíbula caída y una mirada vacía. Luego lanzó la antorcha al interior de la jaula y se puso a reír con una risita infantil cuando ellas se apartaron de inmediato. Se pasó el dorso de la mano con la que empuñaba la navaja por los labios y paseó los ojos una y otra vez de Marjie a Laura y a la inversa. Ni siquiera miró al chico. «Tenía razón. Está escogiendo una puta para esta noche. Una puta o una víctima. O las dos cosas».

Marjie fijó la mirada en él con un tremendo esfuerzo de voluntad y no dejó de hacerlo para intentar obligarlo a apartar la suya. «Seguro que estoy muy convincente». La verdad era que sentía un desprecio increíble. Pensó que en más de treinta años de vida jamás había conocido a nadie merecedor de tanto desprecio. Aquellos ojos pequeños y porcinos, los labios húmedos y entreabiertos que parecía no cerrar nunca, la barbilla huidiza, la espesa costra de mugre y el hedor que desprendía... Era una rata. Una cucaracha.

Sabía que se había exaltado todo lo que había podido para tener un aspecto duro y desagradable. De hecho, contaba con ello. Una vez, mucho tiempo atrás, la misma expresión que sabía que mostraba su rostro en ese momento la había sobresaltado al mirarse en un espejo. Fue la noche que se decidió a echar de casa a Gordon. ¿Esa soy yo?, pensó en aquel momento. Parezco una vieja bruja amargada. Parece que odio al mundo. Y así era. En ese momento tenía ese mismo aspecto, y por una razón mucho mejor. Pensó en Carla y sintió una oleada de rabia. Utilizó esa rabia, pero manteniéndola bajo control, y la mostró por toda la cara y el cuerpo. Si la expresión de los ojos del hombre solo eran ganas de matar, intentar amedrentarlo de ese modo sería un error de cálculo letal. Pero ella no creía que fueran ganas de matar. Estaba convencida de que eran ganas de coño. «Bueno, pues que le jodan. Lo siento, Laura, pero estamos en las mismas otra vez. Si se trata de elegir entre tú y yo, no pienso ser yo la que caiga».

El hombre dejó la antorcha en el suelo y se metió una mano en el bolsillo. Se oyó el repiqueteo de algo metálico y un momento después sacó las llaves, que manejó como si fuera un adolescente nervioso. Miró a las dos mujeres de nuevo y Marjie sintió un escalofrío repentino al saber que ya había escogido. Sus ojos lo delataban por completo. Aunque sabía que había elegido como ella esperaba, no sintió alivio alguno. En vez de eso, se sintió llena de horror y de remordimiento. «Dios, Laura, va a por ti. Va a por ti». La llave giró en la cerradura y Marjie se descubrió a sí misma deseando un perdón que sabía que jamás encontraría. Pensó que el temor a la muerte hacía que uno se comportara de un modo muy injusto.

El hombre abrió la puerta y metió el brazo. Soltó una risita cuando cerró los dedos alrededor de la muñeca de Laura. Tiró de la chica hacia él hasta sacarla de la jaula y luego la agarró con los dos brazos. De repente, ella pareció volver a la vida. Sus ojos se volvieron feroces y se clavaron en la hoja afilada que él sostenía entre los dientes. Laura echó la cabeza hacia atrás y empezó a chillar. «¡Cállate!», le espetó él

con los dientes apretados, y le soltó un bofetón. El guantazo fue muy efectivo y ella dejó de gritar de inmediato. Durante unos segundos, simplemente se quedaron mirándose a los ojos. El hombre le sonrió mientras la mantenía agarrada con firmeza, con las dos manos enlazadas detrás de su cintura. Los ojos de Laura se fueron abriendo cada vez más y más, centrados exclusivamente en el cuchillo y en aquella boca de sonrisa malvada.

Tengo que mirar, se dijo Marjie a sí misma. Esta noche, mañana, me podría tocar a mí y necesito saber qué le va a hacer, y quizá eso impida que me haga lo mismo, que me mate. Se dio cuenta de que llevaba varios segundos sin atreverse ni a respirar. Tanto él como Laura estaban inmóviles, como congelados en el tiempo, y, de algún modo, ella se les unió en una extraña y profunda empatía, más profunda que cualquier otra cosa que hubiera conocido en su vida. Al igual que Laura, apenas se movió. Casi sintió los brazos del hombre alrededor de su propia cintura, sus manos contra su pecho, casi olió la podredumbre de su aliento. Luego, aquella sensación desapareció con la misma rapidez con la que había llegado y se sintió liberada. Algo le había advertido que se distanciase. Algo le había dicho que ya podía dar a Laura por muerta.

A Laura, aquellos breves instantes le devolvieron una parte de la consciencia que había perdido desde que contempló el sombrío combate en las escaleras del desván. Fue su roce lo que la sacudió, la fuerza del contacto, y en ese momento supo que era su enemigo. No la cruel presencia fantasmal que la atemorizaba con fuego, sino un hombre de carne y hueso que había asesinado a Jim, a Dan y a Carla. En tan solo unos pocos segundos, todo lo que había visto a lo largo de aquella noche, pero que se había negado a aceptar, la arrolló por completo, con todo su horror incomprensible.

Vio el cuerpo de Carla ennegrecido por el fuego, a los niños que atacaban a Nick (¿seguiría Nick vivo?) y los dientes de la mujer en el cuello de Dan mientras caía hacia atrás derribado por un disparo. Oyó disparos de nuevo y vio caer una mano al suelo, y luego otro objeto, una cabeza, la cabeza de un niño, que había tenido en su regazo y...

Lo que se apoderó de ella ya no era un miedo ciego y sin nombre, sino el miedo a su propia muerte, tan cerca ya que podía olerlo y saborearlo. Fue la repentina claridad de ese miedo lo que la paralizó. Se quedó mirando el cuchillo y vio los dientes amarillentos del hombre. Supo que eran los heraldos de su propia aniquilación. Sintió como su pene se endurecía contra su cadera, su poderoso abrazo, su cuerpo pegajoso por el sudor.

Su aislamiento de la realidad quizá la habría salvado. Podría haber sucumbido a él de forma pasiva, sin sentir nada, sin saber nada, gimiendo en voz baja atrapada por sus propios demonios. Pero su cordura la traicionó y se la entregó a él entera, consciente y fuerte. No pudo soportarlo más. Empezó a chillar.

—¡He dicho que te calles! —gruñó el hombre delgado, y la abofeteó de nuevo.

Pero ella ya no podía dejar de gritar. Por su memoria pasaban demasiadas cosas al mismo tiempo, demasiados terrores pasados y presentes. Parecía que su voz ya no era suya, sino de alguien que se había mantenido oculto en su interior, alguien que había perdido el control debido al pánico que sentía. Respiraba con jadeos entrecortados. Vio que detrás del hombre delgado se habían levantado unos cuantos de los otros, que estaban furiosos.

—¡Hazla callar! —exclamó la mujer gorda sin dientes.

El hombre que había perdido la mano se despertó y se incorporó de repente.

—¡Mátala! —le ordenó.

El hombre delgado se sintió confuso durante unos momentos. Siguió abofeteando a la mujer, pero no sirvió de nada. ¿Qué le pasaba? Su hermano estaba enfadado con él. Ella siguió gritando, y los gritos se hicieron cada vez más y más fuertes. Se llevó la mano de forma instintiva al cuchillo.

—Usa... —empezó a decir la muchacha embarazada, que se esforzó por encontrar la palabra que buscaba—. Usa... ¡cinta!

Cinta. La visualizó. Le dio un empujón a Laura, que cayó de rodillas. Echó a correr hacia el fondo de la cueva, pero tuvo que regresar de inmediato porque estaba a oscuras y no tenía nada para iluminar. Recogió la antorcha del suelo; la mujer seguía chillando.

—¡Cállate! —repitió, y luego le propinó un puñetazo en la cabeza.

Laura se mordió la lengua y se hizo sangre, pero siguió emitiendo aquellos ruidos desagradables, chillando y llorando. Él se fue en busca de la cinta.

—Laura, por favor —le susurró Marjie cuando el hombre delgado se fue—. ¡Por favor! ¡Tienes que callarte! ¡Tienes que controlarte!

Sin embargo, ella ni siquiera parecía oírla. El hombre regresó con un rollo de cinta adhesiva gris, como la que utilizan los electricistas. Laura seguía de rodillas y sollozando. El hombre puso cara de disgusto, arrancó un trozo de cinta y se la puso de una palmada sobre la boca. Luego se la alisó con el canto de la mano como si fuese un albañil pasando la paleta sobre el cemento. La erección había desaparecido. La miró a la cara, húmeda por las lágrimas y los mocos. Ya no le apetecía la mujer. Le disgustaban los ruidos que hacía, sus alaridos y sus lloriqueos. Además, como tenía que respirar por la nariz, no paraban de saltársele los mocos. El hombre decidió que ya no le gustaba tanto. Decidió matarla.

La idea le excitó. El cuerpo empezó a temblarle. Se quitó el cuchillo de entre los dientes y lo colocó en el suelo delante de él. Después sostuvo el rollo de cinta adhesiva entre los dientes. Le colocó una rodilla en la espalda y alargó una mano hacia delante para llevarle los dos brazos hacia atrás. Luego se los agarró con la otra mano antes de atarle las muñecas con la cinta que se sacó de la boca con la mano libre. Ella no se resistió en ningún momento. Todavía estaba sollozando débilmente. El hombre le ató los brazos con fuerza.

La agarró por el cabello corto deslizando los dedos entre el pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás hasta que quedó con la espalda completamente arqueada y él tuvo el pene apoyado en su frente. Sintió que se le ponía duro otra vez. Le apretó la nariz con dos dedos para que no pudiera respirar y, cuando vio aparecer el miedo en sus ojos y comenzó a forcejear, la soltó. La oyó inspirar profundamente. Empezó a reírse y le tapó la nariz de nuevo. Esta vez, no la soltó.

Pasaron quince segundos. Vio que ella intentaba mantenerse tranquila, que suponía que apartaría la mano, tal y como había hecho momentos antes. Luego apareció la duda y, después, el terror. La cara se le enrojeció. La mujer empezó a moverse de un lado a otro con desesperación en un intento por derribarlo, a agitar con fuerza la cabeza para que la soltara de los cabellos. Él aguantó. Ella intentó lanzarse hacia delante, pero él se lo impidió. La oyó gritar y gemir por debajo de la cinta adhesiva. Sintió que se debilitaba. Después, tras unos instantes, dejó de forcejear y quedó colgando completamente flácida de sus brazos. Le levantó los párpados y comprobó las pupilas. Todavía estaba viva.

La soltó un momento y arrancó otro largo trozo de cinta. Bajó la mirada hacia el suelo húmedo, donde ella había caído hecha un guiñapo, y vio que su pecho se movía. Se oyó un breve sonido de asfixia, luego una tos y empezó a respirar con regularidad de nuevo. El hombre sonrió y colocó la cinta tapándole las fosas nasales. La agarró otra vez por el cabello y la oyó intentar gritar. El grito resonó por la nariz, pero un momento después, sonó agudo y muy lejano cuando él le puso la mano sobre la cara y apretó la cinta. Luego la alisó con el pulgar y el índice a la altura del puente de la nariz y de las mejillas, lo que selló por completo la zona.

Esta vez, ella forcejeó como una loca, llena de la energía que proporciona el pánico ciego. Intentó ponerse en pie, pero él tiró de ella hacia atrás por el cabello y la empujó por los hombros hacia abajo con la otra mano. Laura se echó hacia delante mientras daba patadas empujando las piernas hacia atrás y arrastrándolas por el suelo. Marjie vio que las uñas se le partían. Laura intentó golpearle con los pies y darse la vuelta para ponerse de espaldas, pero él se mantuvo firme y la sujetó con las rodillas. Ella siguió con las piernas libres, por lo que continuó intentando pegarle con un frenesí salvaje. Marjie vio que el hombre fruncía el entrecejo antes de pegarle un tirón de los cabellos. Laura lo pilló desequilibrado y consiguió girarse un poco hasta quedar mirando hacia la jaula. En ese momento, Marjie vio el terrible miedo y la súplica que había en sus ojos. En el mismo instante, el hombre la soltó del cabello y empuñó la navaja.

Alzó el arma por encima de la cabeza y la bajó con firmeza para clavársela en mitad de la espalda. Marjie oyó el grito ahogado y vio que cerraba los ojos por el dolor. Pero había ocurrido algo. Algo había salido mal, y oyó al hombre murmurar palabras ininteligibles, enloquecido y rabioso mientras se esforzaba por sacar el cuchillo para luego alzarlo de nuevo. Laura forcejeó con más brío todavía. La navaja centelleó otra vez y Marjie oyó como la hoja arañaba el hueso con un sonido

repulsivo. «No puede matarla. Le está dando en el omoplato. La hoja de la navaja no puede atravesarlo».

La apuñaló de nuevo y se oyó una vez más aquel horrible ruido. Vio que tenía que forcejear otra vez para sacar la navaja. El hombre había empezado a chillar en un barboteo salvaje e incomprensible, lleno de frustración. La apuñaló por cuarta vez y, en esta ocasión, la hoja se clavó profundamente en uno de sus costados. Marjie vio que por la camisa oscura de Laura empezaba a extenderse una humedad brillante. Laura se lanzó hacia atrás e intentó propinarle un rodillazo, sin dejar de gritar detrás de la cinta adhesiva. No le dio en la cabeza por centímetros y él la apuñaló en el estómago.

Laura rodó sobre sí misma en un intento por apartarse del cuchillo, pero él se lo clavó en la espalda y, esta vez, la herida fue limpia y profunda. Pero Laura seguía sin morir. Intentó impulsarse con las piernas, resbaló y cayó de lado. Se esforzó por defenderse a patadas para mantenerlo alejado, pero aquellas increíbles reservas de resistencia desesperada que la habían hecho aguantar hasta ese momento desaparecieron rápidamente. El hombre le propinó un tajo en la pantorrilla y ella apartó las piernas.

Aquello fue el fin. El hombre se lanzó de un salto sobre ella y la agarró de la barbilla con una mano para levantársela. Con la otra le rebanó la garganta justo por encima de la clavícula. Saltó un chorro de sangre y Marjie cerró los ojos.

Sin embargo, sorprendentemente, cuando los abrió de nuevo, vio que Laura todavía estaba viva. Sus ojos todavía se movían. Vio que respiraba con debilidad. El hombre se había marchado, pero le había quitado la cinta de la boca y de la nariz. Había entrado de nuevo en la gruta interior de la cueva. Cuando regresó, empuñaba un hacha de mano.

4.17 A. M.

Nick siguió a una distancia prudencial al hombre a través de los grandes peñascos de granito. Había encontrado un arma, una buena: un trozo de madera de corteza suave, de un metro de largo y cinco centímetros de grosor aproximadamente. Más o menos del tamaño de la porra antidisturbios que casi le había partido la cabeza en aquella manifestación contra la guerra de Vietnam a la que asistió en Boston. Odiaba a los policías desde entonces, aunque en esos momentos deseaba con toda su alma que aparecieran. Estaba convencido de que el palo le haría falta. Solo tendría seis balas en el revólver cuando se enfrentara a ellos e incluso si acertaba con cada una de las balas seguiría quedándose corto. La idea lo aterrorizaba. No hacía más que repetirse: «No va a ser suficiente, no va a ser suficiente. No podré acabar con todos». Iba a tener que enfrentarse en una batalla cuerpo a cuerpo con una tribu de chiflados.

Pero tenía que intentarlo. Ya no era posible echarse atrás. Había visto lo que eran capaces de hacerle a una mujer, y dejar a Marjie en la estacada haría que se despreciara a sí mismo durante el resto de su vida. Le gustase o no, era incapaz de abandonarla. Se preguntó qué habría hecho si solo se hubieran llevado a Laura. ¿Los habría seguido? No lo sabía, pero lo dudaba. Se trataba de Marjie. Se sentía responsable de ella. Si su sentido de la responsabilidad siempre había sido muy fuerte, en esos momentos era inmenso. Se sentía alternativamente aterrorizado y eufórico. Iba a entrar en combate de nuevo. Había ganado la primera ronda o, al menos, no había perdido, y vencería de nuevo.

Recordó el día que había tenido un accidente de coche, unos cuantos años antes. Hacía sol, aunque el asfalto estaba resbaladizo por una breve tormenta. Un Volkswagen intentó adelantarlo y empezó a patinar. Le golpeó en la parte izquierda del parachoques delantero y lo lanzó por encima de un muro de contención. Hubo un momento que se había mantenido con toda claridad en sus recuerdos desde entonces, cuando estaba cayendo por el aire mientras el coche giraba sobre sí mismo antes de estrellarse con el techo contra el suelo. No pensó en las puertas reforzadas de acero, aunque fueron las que le salvaron el pellejo al impedir que acabase aplastado. En lo único que pensó fue en que, de algún modo, iba a salir indemne de aquella. Sabía que no le pasaría nada.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Salió del coche sin haber sufrido un solo rasguño. La gente a la que se lo contaba siempre decía que debió de tratarse de un milagro, pero él no lo creía. A él le parecía que había sido esa misma precognición la que le había salvado, la que le había permitido tranquilizarse y entrar en el mismo ritmo del accidente, la que había impedido la aparición de un pánico que quizá lo habría matado. En esos momentos tenía una sensación similar, una mezcla de miedo

y emoción basada en el optimismo, una sensación de que, fueran cuales fuesen las probabilidades, todo saldría bien. Algo le dijo que no iba a morir esa noche. Esperaba que no fuera algo que todo el mundo sintiera cuando estaba al borde de un desastre, que realmente significara lo que parecía significar. Esperaba, por ejemplo, que John Kennedy no hubiera tenido ese mismo presentimiento camino del hospital, con la mitad del cerebro desparramado fuera del cráneo.

Observó al hombre mientras caminaba por la orilla delante de él. Sacudió el palo de madera unas cuantas veces para sopesarlo bien.

«Esto es para ti, cabrón babeante de ocho dedos. Tú vas a ser el primero si no hay nada que lo impida. Esto va por querer comerme, hijo de puta repugnante. Esto va por Carla».

Decidido y cauteloso, se mantuvo agazapado y avanzó a través de las rocas.

4.20 A. M.

Peters pensó que no era de extrañar que puteasen a la policía. ¿Cuánto habían tardado? Media hora para reunirse. Eso era mucho, mucho tiempo, si se tenía en cuenta el ritmo al que estaban ocurriendo las cosas esa noche. Al final estaba tan nervioso que pensó seriamente en la posibilidad de enviar a Willis y a Shearing por delante, tal y como les había prometido. Sin embargo, era demasiado buen *sheriff* como para hacer algo así. No era culpa de ellos. Eran buena gente, y esa noche necesitaba policías, no héroes ni más cadáveres.

«De esos ya tengo bastantes por aquí».

La ambulancia había llegado y los fotógrafos ya estaban trabajando. Peters y Shearing estaban al lado de las ascuas del fuego, observando a un individuo pequeño que llevaba puesta una camisa blanca y una corbata. «A estas horas de la madrugada, por Dios». Estaba fotografiando los restos ennegrecidos de lo que horas antes era un ser humano. Detrás de ellos había una docena de policías armados con escopetas. Peters llevaba su arma personal, una escopeta de corredera con el cañón recortado, la que guardaba en el coche para ocasiones especiales. Supuso que aquella era una ocasión lo bastante especial. Divisó a Willis entre los miembros de otro grupo que se encontraba al lado de la casa.

—¡Willis! —lo llamó a gritos—. ¡Ven, sube el culo hasta aquí!

Tenía la voz un poco ronca ya. Willis les indicó con un gesto a los demás que lo siguieran, y subieron a paso ligero. Eran otra docena. Peters los contó. Sí, otra docena.

—Lo siento, George. Mott quería la información sobre los automóviles.

—Que consiga todo lo que pueda por radio. Tenemos mucho trabajo aquí. ¿Dices que hay dos senderos que llevan a la playa?

—Sí. Al menos dos, que yo sepa. Se separan de este unos doscientos metros más abajo. Según recuerdo, uno de ellos apenas se utiliza.

—¿Es agreste?

—Bastante.

—¿Lo recuerdas bien?

—Creo que sí.

—Vale —le contestó Peters—. Pues Shearing y yo iremos por la carretera llana y bonita. No quiero que nos perdamos por el camino. Llévate a tu grupo y atravesad ese terreno tan difícil. Con un poco de suerte, nos encontremos allí abajo. ¿De acuerdo?

—Voy a llegar después que vosotros, si no recuerdo mal el sendero —lo informó Willis—. Tardaré unos cinco minutos más.

—Pues tendrás que caminar un poco más rápido, ¿vale?

—Vale —le contestó Willis con una sonrisa.

Peters deseó no estar siendo demasiado duro con él.

—Quiero que tengáis mucho cuidado. Si veis a alguien, seguidlo, no os lo carguéis. Disparad solo si no os queda más remedio. Tenemos identificadas a otras dos mujeres, así que no quiero asustarlos ni que les hagáis daño. Además, si podemos, estaría muy bien que los pilláramos descansando en casita. Y recordad que puede haber toda una manada de ellos por ahí, así que tened cuidado.

—Lo tendremos.

Peters se giró hacia Shearing.

—¿Estás preparado, Sam?

—¿Se está preparado para algo así?

Peters sonrió.

—No, la verdad es que no. Pero quiero pedirte un favor. Acércate a la ambulancia y diles que nos esperen hasta que volvamos. Nos tenemos que poner en marcha, así que alcánzanos lo antes posible. Y que no te vengan con gilipolleces. Diles que, si vuelvo aquí y no nos están esperando, les voy a dar con una regla en el culo y les voy a patear todo lo que sobresalga más de tres centímetros. ¿Entendido?

—Entendido, George.

—Adelante, muchachos.

Se dio la vuelta y comenzaron a recorrer el sendero estrecho sin sacar las linternas de los cinturones. La luz de la luna era suficiente. Shearing se reunió con ellos para cuando ya habían perdido de vista la casa.

—Anda y que te jodan —dijo—. Esa es su respuesta: «Dile a George que le jodan». Pero se van a quedar.

—Será mejor que lo hagan. —Peters meneó la cabeza—. Anda y que te jodan, ¿no? Muy bonito, vaya. Un poli gordo y viejo se juega el pellejo en el bosque en mitad de la noche y eso es lo que le dicen sus colegas. Sam, la civilización es una mierda.

—No lo sé. Nunca la he visto.

Se callaron después de eso. Sus ojos escudriñaron atentamente el sendero vacío que se abría ante ellos.

4.22 A. M.

El hombre de la camisa roja de cazador cruzó la orilla sumido en una especie de trance, sin darse cuenta de que lo estaban siguiendo. No solo había perdido a su presa, sino que no había encontrado rastro alguno de ella en el bosque. Eso solo podía significar una cosa: que todavía estaba escondida en algún lugar de la casa. El hombre no sabía cómo era posible, pero no se le ocurrió ninguna otra posibilidad.

Así que había regresado tan deprisa como había podido y, al llegar, había descubierto que la casa estaba abarrotada de gente. No había visto al hombre al que estaba persiguiendo, pero supuso que estaría entre los demás. Los otros tenían armas.

Sabía que tendrían que abandonar la cueva y trasladarse hacia el norte para adentrarse en los bosques. A él le correspondía decírselo a los demás, y eso le deprimía. Dirían que era culpa suya. Era el mayor y lo culparían por el fracaso de la cacería, por su fracaso a la hora de encontrar al hombre. Le enfurecía que pensarán eso de él. Esa furia le rodeaba como un velo y no le dejaba pensar en nada más. Le embotó los sentidos. Le impidió oír al hombre al que quería cazar, que lo seguía con movimientos torpes por detrás de unas rocas cercanas.

Que lo estaba cazando a él.

4.25 A. M.

No sabía si Laura todavía estaba viva. Sabía que no debería de estarlo. Se quedó mirando tanto rato como le fue posible, y aún respiraba cuando ya no pudo soportarlo más, cuando en su estómago ya no quedaba nada.

Había visto como el hombre le echaba un cubo de agua apestosa en la cara, como los ojos de Laura parpadeaban. Sacó otra tea de la hoguera para reemplazar a la que ya casi se había apagado y la dejó apoyada en la pared. Había observado con un horror aturdido como el hombre se inclinaba sobre ella y utilizaba la navaja para cortarles los vaqueros y quitarle también la camisa ensangrentada. Intentó no mirar a Laura, solo al hombre. Este le colocó el brazo a lo largo del suelo como si fuera un tronco, y fue un momento antes de que ocurriera cuando se dio cuenta de lo que planeaba hacerle. Para entonces, ya era demasiado tarde. Para entonces, el hacha ya le había cortado el brazo a la altura del codo.

Esa vez todavía pudo vomitar.

Oyó un fuerte siseo y un repugnante hedor a carne quemada llenó el lugar. Se giró temblorosa para mirarlo de nuevo y vio que había cauterizado el muñón con la antorcha para cerrar la herida. El hombre estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y estaba bebiéndose la sangre de Laura en un cuenco. Del suelo encharcado de sangre y de la herida negra y reluciente subía una leve neblina vaporosa. Puede que en aquel momento hubiera vomitado también, no se acordaba. Laura tenía los ojos abiertos y no dejaba de parpadear débilmente mientras lo miraba con un último y espantoso empuje de su fuerza de voluntad. Marjie pensó que quizá ya no sentía nada, que ya no se enteraba de nada debido al *shock*. Entonces el hombre dejó caer al suelo el cuenco y le extendió el otro brazo. En los ojos de Laura apareció una mirada de conocimiento y de terror, y Marjie supo que no había tenido la suerte de perder la conciencia.

Tuvo que apartar la mirada cuando el hacha cayó de nuevo. Se retiró hacia el fondo de la jaula y se acercó al muchacho. Se llevó las manos a los oídos para que no le llegaran los ruidos que hacía el hombre, ni los sonidos de chapoteo, ni el siseo del fuego. No quiso oír los débiles gemidos, el espeluznante chasquido del metal contra el hueso, los crujidos de roturas y los sonidos más líquidos, que eran los peores de todos.

La estaba manteniendo con vida todo el tiempo que podía, y Laura participaba en esa tortura con el irracional intento de su cuerpo por sobrevivir. ¿Es que no sabía que era mucho mejor morir de una vez? ¿Qué horripilante engaño era el que la impulsaba? Su deseo de vivir era tan cruel como el hombre. Marjie rezó para que, cuando llegara su momento, ella... Ella, ¿qué?

Abandonó aquella idea. Era maligna, estúpida. Comprendió que Laura no tenía elección alguna. Cuando llegara su hora, tampoco la tendría. Si llegaba, añadió mentalmente. Y allí estaba la prueba. Seguía sin creer que pudieran matarla. Aun reducida a cenizas, seguiría queriendo vivir. Pensó en su hermana.

Aquello pareció durar una eternidad. Luego, por fin, llegó el silencio, y se giró hacia ellos porque se lo debía a ella misma e incluso, hasta cierto punto, a Laura. Debía ver lo que le había hecho, contemplar el crimen. Sin embargo, le hizo falta todo su valor para conseguirlo. Cuando lo logró, cuando abrió los ojos de nuevo, le dio la impresión de que había utilizado todo el coraje que le quedaba, que había un tremendo agujero allí donde antes estaba su resistencia.

Un estremecimiento incontrolable se había apoderado de su cuerpo. No sabía cuándo había comenzado. Le pareció que la dejaba sin energías, como una batería gastada. Abrió los ojos y vio que a Laura le faltaban los dos brazos a la altura del codo, y las dos piernas a la altura de las rodillas. El hombre había apilado los miembros al lado del cuerpo como si fueran leños. Y Laura seguía viva. Sus ojos vidriosos seguían parpadeando y mirando, su pecho seguía alzándose y bajando con su respiración temblorosa e irregular.

Tenía la boca completamente abierta. El hombre le había clavado un anzuelo de pesca en la lengua, el miembro ofensivo con el que había estado gritando. Estaba tirando de ella con lentitud, con una sonrisa estúpida, mientras la sangre bajaba goteante por la barbilla de Laura y le caía entre los pechos.

Metió la mano en el bolsillo y vio que cogía la navaja de nuevo. Abrió el arma y sacó la lengua un poco más. Cortó con cuidado la lengua por la base y se la arrancó. La sostuvo colgando durante unos momentos, como si la estuviera admirando, luego abrió la boca y la sacó del anzuelo con los dientes. Se arrodilló delante de Laura para asegurarse de que ella lo pudiera ver, se metió la lengua en la boca con las dos manos y empezó a masticarla.

Fue entonces cuando Marjie juró que lo mataría.

Unos momentos más tarde, oyó la llave en la cerradura.

No le quedaba espacio para la ira. Su terror no dejaba hueco para nada más. Era profundo y voraz. Se agarró con tanta fuerza al brazo del muchacho que le hizo gritar. El joven intentó apartarse.

—¡No! ¡Tienes que quedarte, tienes que ayudarme!

Sabía en lo profundo de su mente que lo estaba confundiendo con Nick. Nick, que no había aparecido, que la había abandonado, que todavía estaba escondido en el tejado de la casa. «Por favor, ayúdame». Le estaba pidiendo ayuda a cualquiera, a todo el mundo... Pero solo estaba aquel muchacho de ojos indiferentes, muertos.

La puerta de la jaula se abrió. Registró con la mirada todo el lugar, pero no encontró nada que pudiera ayudarla, así que en realidad no vio nada. No vio a los

niños, agolpados alrededor del fuego, ni a las dos mujeres, que estaban de pie, observándola. No vio que Laura había muerto por fin, con las entrañas desparramadas a su lado tras salirse de una profunda abertura en su costado. No vio que el hombre estaba cubierto de sangre. No era más que una sombra que alargaba la mano hacia ella desde una amplia extensión vacía, vacía porque no albergaba ninguna clase de ayuda, y una ayuda era lo único que ella quería ver.

Se agarró con fuerza al joven y deseó que el hombre se fuera. El deseo no se cumplió.

Sus largos dedos delgados se le cerraron alrededor del antebrazo y tiraron de ella poco a poco, casi con amabilidad, para sacarla de la jaula. Era una mano dura, callosa, pegajosa por la sangre oscura que la cubría. Intentó seguir aferrada al muchacho, pero este la obligó a soltarse con un gesto irritado, como si, de algún modo, lo hubiera interrumpido en algo. Luego el chico regresó a su lugar entre las sombras del fondo de la jaula. Marjie se cogió a los barrotes, pero no tenía fuerza en las manos, y el hombre hizo que se soltara como si fuera un niño agarrado a su cuna. Los ojos se le llenaron de lágrimas, que resbalaron de inmediato por las mejillas, pero no emitió sonido alguno. Por un momento, la cueva estaba sumida en un silencio sobrenatural. Marjie recordó que Laura había gritado y se obligó a sí misma a mantenerse callada.

No te enfrentes a él, pensó. Ten mucho, mucho cuidado.

El hombre la puso de pie en la pared que estaba enfrente del cadáver destrozado de su antigua compañera. Ella siguió negándose a verlo. El hombre la miró de hito en hito. El silencio se hizo más profundo. El individuo bajó una mano hacia la entrepierna de Marjie, y ella alzó los ojos hacia el techo oscuro mientras se esforzaba por no sentirlo, por no sentir nada. A pesar de ello, notó que se le ponía la carne de gallina y se le endurecían los pezones. «Ten cuidado».

Paseó las manos por el cuerpo de Marjie y dejó a su paso un rastro repulsivo. Ella procuró mantenerse firme y no apartarse de su contacto, no darle ningún motivo para que le hiciera daño. El hombre le dio una ligera palmadita en la nuca.

Aquello la hizo sobresaltarse. A él le gustó. Se echó a reír y lo repitió. Marjie sintió que no podía evitarlo: la rabia empezó a regresar. «No, no. Tranquila, por favor. No te enfrentes a él».

Le dio una tercera palmada, y oyó a las dos mujeres reírse cuando se tambaleó en dirección al hombre. Él la empujó contra la pared apoyando las dos manos en sus pechos. Luego empezó a darle golpes con los dedos en las costillas y en el estómago. Marjie levantó las manos para protegerse, pero él las apartó con un manotazo y volvió a pegarle, pero con más fuerza esta vez. Marjie contuvo un grito de dolor. Oyó sus risas, parecidas a los graznidos de unas urracas, mientras se burlaban de ella.

El hombre dio un pequeño salto hacia atrás y aplaudió con alegría. Luego le soltó un bofetón y ella cerró los ojos al tiempo que se tambaleaba. Él le dio en los pechos y en el estómago. Luego le puso una mano entre las piernas y la acercó dolorosamente

hacia él. La soltó y le propinó otra bofetada en toda la cara. Marjie cayó de espaldas contra la pared y, cuando abrió la boca para respirar, el hombre se puso a reír con un trueno de carcajadas enloquecidas. Algo en el interior de Marjie se rompió bajo aquella tensión y aquella burla. Su rabia creció de forma incontrolable.

Cerró la mano y le propinó un puñetazo.

Le pareció algo maravilloso.

No era una mujer muy grande, pero puso en el golpe toda la fuerza de su cuerpo. El puñetazo le alcanzó justo debajo de la oreja y le hizo trastabillar. Se la quedó mirando con gesto de incompreensión. Marjie oyó detrás de ellos como las mujeres y los niños aullaban entre risas, pero ya no se reían de ella. Dio un paso adelante y le propinó otro puñetazo, que esta vez sí dio en el blanco. El hombre empezó a aullar de dolor.

De repente, Marjie se sintió fuera de control. Empezó a propinarle golpes con furia. Su rostro mostraba una expresión firme y opaca, y sus ojos, una mirada fría y ardiente mientras seguía avanzando hacia él para impedirle la retirada. Le pegó en la cara y en la cabeza sin importarle el dolor que sentía en sus propias manos. No podía herirlo de gravedad, pero el ataque le confundió, le dejó anonadado, y alzó los brazos delante de la cara para protegerse. Eso hizo que las mujeres se burlaran más todavía. Marjie sintió una breve sensación de triunfo. «Mátalo, mata a ese hijo de puta». Feroz, feliz, casi agotada, siguió atacando. Los golpes continuaron cayendo. Pero también empezó a notar frustración, porque sintió el cansancio. No le había hecho daño de verdad. ¿Qué ocurriría cuando...?

El hombre se agachó para esquivar un golpe, dio un paso atrás y se metió la mano en el bolsillo sonriendo. Sacó la navaja.

Ni siquiera la había abierto todavía, pero, para Marjie, verla en su mano fue igual que ver a una serpiente enroscada y lista para atacar. Se quedó inmóvil y, al instante, una oleada de agotamiento le recorrió el cuerpo y casi le hizo caer sobre él. Se sintió mareada y débil de un modo vergonzoso y triste. Retrocedió lentamente.

—No, por favor. Haré lo que quieras. Lo que quieras. Lo siento. Te juro que lo siento. Por favor, lo que quieras. Por favor.

El hombre se le acercó. Marjie no podía saber lo que estaba pensando o lo que haría. Era incapaz de apartar la mirada del cuchillo. Sintió de nuevo la pared de la cueva en la espalda. Él siguió acercándose. Todavía no había abierto la navaja...

El hombre no estaba realmente enfadado. Le había divertido que hubiera intentado luchar contra él. A pesar de ello, tendría que darle una lección, darles una lección a todos: no debían mofarse de él. Se pegó a ella y le golpeó en la cabeza con el pesado mango de la navaja. La golpeó suavemente, pero sabía que le hacía daño de todas maneras. Se echó a reír. Se divertiría con ella un rato. Le dio unos cuantos golpecitos más en la parte superior de la cabeza.

Se pasó la navaja de una mano a otra varias veces para confundirla y que no supiera por dónde iba a llegar el siguiente golpe. De repente, le pegó con fuerza en la

oreja, donde ella le había dado, y la oyó gritar. Un leve hilo de sangre le bajó por ese lado del cuello.

La empujó con fuerza contra la pared y sostuvo la navaja delante de su cara mientras la abría. Lo hizo con lentitud, dándole tiempo a su miedo para que creciera. Observó con placer como el terror le transformaba la expresión de la cara y le ablandaba la carne para él. Hizo girar con lentitud en la mano la hoja manchada de sangre, a pocos centímetros de su mejilla suave y blanca.

Se preguntó si debería hacerle un tajo...

Marjie quiso hablarle, calmarlo, pero le resultó imposible. Había perdido la voz en lo que le pareció un vendaval y en realidad era un esfuerzo continuo por respirar. Su cuerpo se estremecía de un modo incontrolable. El hombre sostuvo la navaja, la colocó apuntando directamente entre los dos ojos y comenzó a acercársela. Marjie apretó la cabeza contra la pared y observó con una fascinación irresistible como la hoja avanzaba hacia ella. Por favor, por favor, quiso decir, pero solo pudo cerrar los ojos cuando la punta le tocó el puente de la nariz. De repente, el hombre apartó el arma y abrió una estrecha y terrible línea de dolor a lo largo de su frente.

Luego observó el cuerpo de Marjie con atención. La sonrisa había desaparecido y su rostro mostraba una expresión seria y sombría. Le cogió la camisa y, de un solo tirón que volvió a lanzarla hacia atrás, se la abrió por completo. Los pechos quedaron al descubierto. Marjie se limpió la sangre de los ojos y vio que la punta de la navaja estaba a escasos centímetros de su estómago y que se aproximaba con el mismo paso lento y suave de antes.

Miró otra vez hacia arriba, hacia la oscuridad. Si tenía que morir de ese modo, no quería verlo. Cuando llegase el momento, no quería verlo y saber que la vida se le estaba escapando poco a poco, como le había sucedido a Laura. Se apretó todo lo que pudo contra la pared. Sintió la fría navaja presionarle levemente la piel, justo por encima del ombligo.

Se echó atrás, pegándose a la pared tanto como pudo, hasta que no le quedó más espacio para retroceder. Encogió el estómago cuando sintió de nuevo el acero, pero el arma siguió avanzando y apretando. Notó que la piel se le hundía bajo la lenta pero creciente presión y, un instante después, el impacto repentino del dolor cuando la punta de la navaja invadió la carne suave. Sintió la humedad sobre el cuerpo y supo que estaba sangrando. La navaja se detuvo, pero no se retiró, y la carne la abrazó.

Apenas se sentía las piernas. La boca se le llenó de bilis. La cabeza empezó a darle vueltas y los ojos comenzaron a parpadear de forma incontrolable. De súbito, se imaginó a sí misma lanzándose contra el cuchillo. ¡No te muevas!, gritó algo en su interior. ¡Por el amor de Dios, mantente en pie! Pero las piernas no le hacían caso. Estaban cediendo por momentos y comenzó a temblar por el esfuerzo de mantenerse erguida.

La navaja se apartó. Marjie se sobresaltó de nuevo y soltó otro gemido cuando la sintió pasar por los dos pezones, y ambos acabaron también empapados de sangre.

Un momento después, de repente, el hombre le puso la boca en el estómago y comenzó a chuparle la sangre de la herida al mismo tiempo que le bajaba los pantalones hasta el suelo. Estaba desnuda, desnuda y mancillada por sus labios. Sintió que era algo perverso estar desnuda delante de él, algo perverso, repugnante y terrorífico. La boca se apartó y el hombre le puso las manos en los hombros para obligarla a ponerse de rodillas. Estaba tan débil que se dejó caer encantada.

Notó el regusto de la sangre en los labios y la notó salir de la nariz cuando él empezó a abofetearla de nuevo. Súbitamente, se sintió increíblemente cansada. El odio que sentía por el hombre se mantuvo formando un nudo grueso en su interior, pero la entereza y el aguante desaparecieron. En su imaginación se dedicó a arrancarle todos los miembros uno por uno, pero, si hubiera tenido una pistola en la mano, habría carecido de la energía necesaria para apretar el gatillo. La rabia ardía de un modo apagado, amargo, inútil. Estaba a punto de morir, pero lo único que deseaba era disponer de un momento de suficiente poder como para matarlo. ¿Era así como se había sentido Laura? Un único momento. Intentó invocarlo de alguna manera.

El hombre le levantó la barbilla y le echó la cabeza hacia atrás para que Marjie tuviera que mirarlo. Ella vio en sus ojos el placer que sentía y la sonrisa ancha y obscena. Apretó la punta de la navaja contra los labios y Marjie abrió la boca para que no se los cortara. El acero chirrió al rozarle los dientes. No se había sentido tan indefensa en toda su vida. No le costó trabajo imaginarse que la punta del cuchillo saldría por la parte posterior de la garganta, el chorro repentino de sangre, que su cuerpo quedaría completamente flácido, y sus ojos, vidriosos y muertos. Un solo empujón y...

La hoja de la navaja se paseó por el interior de la boca, pasó por encima de la lengua y describió un círculo helado.

Ella lo entendió de inmediato. Probó el sabor amargo del metal y el gusto salado de la sangre a medida que el cuchillo se movía más y más veces alrededor de la lengua. El hombre se rió y asintió, y no había posibilidad de error en lo que quería decir. Sacó la navaja y la soltó.

Así que esto es el fin, pensó Marjie. Vio como se bajaba los pantalones y como su miembro aparecía de repente. «Entonces, seré buena». No era solamente resignación.

El hombre se le acercó más y la agarró del cabello para echarle la cabeza hacia atrás con una lentitud exagerada, disfrutando de su indefensión. Ella abrió la boca y lo admitió en su interior.

Él estaba ansioso y preparado, y ella se comportó como se suponía que debía comportarse: como una amante, con toda su habilidad, con miedo y audacia en vez de con pasión, y le dio placer. No tardó mucho. Pocos minutos más tarde notó que el sudor empezaba a cubrirle el cuerpo, oyó su gemido ridículo y notó que el pene saltaba de entre sus labios.

Dos ideas empezaron a combinarse en su mente y se fundieron para formar un solo pensamiento. Una de ellas era el odio que sentía hacia él. Era algo profundo y reverberante. La otra era una vasta conciencia de su propia maldad, del lugar repugnante al que la habían arrastrado, donde no había ni amor ni ternura, tan solo unas muertes horribles y un apetito que jamás quedaba saciado, que se alimentaba de sí mismo y que llevaba a todos los que tropezaban con él al mismo círculo siniestro de autodestrucción. Rememoró una noche repleta de cadáveres, con la casa convertida en una especie de necrópolis con niños extraños, con amigos y con una hermana a la que había adorado. Aquella madriguera repugnante era el final del viaje de una vida. Lo que ella hiciera en esos momentos, pasara lo que pasase, ya no tendría importancia. Nick no la encontraría. Nadie lo haría. Lo que tenía que hacer en ese instante ya estaba dictado desde el principio, cuando había visto morir a su hermana. La verdad era que se trataba de algo muy sencillo.

Él empezó a correrse. Esperó hasta que sintió el primer chorro tibio en el fondo de la garganta. Si hubiera creído en un dios, se hubiera sentido agradecida en ese instante. Había rezado pidiendo un momento de poder sobre él y se lo había concedido. Cerró los ojos y sintió el odio cerrando la mandíbula como un puño. No es lo mismo que matarlo, pero me vale, pensó mientras apretaba la boca.

Se puso en pie un momento más tarde. Notó la sangre tibia del hombre salpicarle los tobillos y los muslos desnudos mientras aullaba tras soltarle los cabellos para intentar detener la sangre que salía a borbotones. Marjie echó un poco la cabeza hacia atrás y escupió el muñón apestoso. Él empezó a aullar como un animal mutilado. A ella le encantó ese sonido. Le encantó la sensación de la sangre al enfriársele en las piernas. Un instante después, echó a correr hacia la entrada de la cueva, con una sonrisa salvaje y furiosa, sin preocuparse por las mujeres, que parecían surgir de la nada para agarrarla, sin preocuparse siquiera por el enorme hombre calvo, herido, que sería incapaz de detenerla.

Los empujó a todos con una fuerza sobrenatural y lanzó a uno de los niños contra la pared con tanta violencia que oyó su cráneo partirse y abrirse como si fuera un melón. Se oyó a sí misma aullar con la alegría enloquecida de un guerrero al disfrutar de la muerte de sus enemigos. Y estaba disfrutando, disfrutando de haberle hecho daño por fin y de ser libre. Corrió hacia la entrada con los brazos abiertos, dejando atrás el fuego que le lamió los tobillos, más allá del vitriolo semihumano y de la inmundicia que yacía esparcida a su alrededor.

Vio la luz de la luna asomándose por la entrada y aceleró hacia el olor limpio del mar que le llegó de inmediato a través del fuerte hedor a humo y a podredumbre. ¡Lo he hecho! ¡Le he jodido!, gritó exultante en su fuero interno. Arrancó de un tirón la piel que tapaba la boca de la cueva y salió disparada hacia la noche.

El hombre de la camisa roja subía lentamente por el sendero que llevaba a la cueva

cuando oyó los gritos procedentes del interior. No eran los gritos de los cautivos, del chico o de la mujer, sino de su gente. Los más fuertes, los peores, los que le dejaron inmóvil, eran los de su hermano. Jamás había oído a nadie gritar de ese modo, pero reconocía la voz de su hermano. Había espíritus furiosos en el aire. La caza había ido mal y todos pagarían por ello.

Dudó en seguir por miedo a lo que oía allí dentro, pero los gritos continuaron. Le empujaban, a pesar de su temor. La urgencia que mostraban aquellos gritos alcanzó las profundidades de su alma sin compasión y llegó a un legado común de sangre y violencia. Era una invocación a la que debía responder. Se puso en marcha de nuevo con gesto sombrío, en silencio.

Su ansia de libertad le impidió verlo. El aire limpio y fresco la envolvió por un momento como un amante dulce. Un instante después, sus manos la agarraban y ella luchaba contra su cuerpo masculino, tironeando con las uñas ensangrentadas la camisa roja que llevaba. Toda aquella fuerza renovada no conseguiría salvarla.

No podía saber que Nick, que lo seguía de cerca, los había visto a los dos, ni que estaba subiendo corriendo la empinada ladera. Para Marjie, todo se derrumbó en un segundo. La energía momentánea que había albergado su cuerpo había desaparecido para siempre. Se desplomó sobre él mientras la llevaba hasta el interior y la arrojaba al lado del fuego. Estaba perdida, destrozada, desvanecida. No podría recuperar el coraje que había conseguido reunir. La lucha había acabado. La lucha, pero no la pesadilla...

Al cabo de unos segundos, los niños se le echaron encima como moscas sobre un cadáver abierto. Empezó a gritar. Fue un chillido agudo que no era capaz de expresar ni siquiera una ínfima parte de su dolor y su desesperación. Un millar de terminales nerviosas se rasgaron y se partieron bajo su peso y bajo sus mandíbulas. Se lanzaron sobre ella como lobos y le arrancaron trozos de carne de las mejillas, de los brazos, de los hombros, le desgarraron brutalmente los pechos y los muslos. Vio con un asombro ausente como empezaban a devorarla viva. Les vio arrancarle un pezón, y todavía estaban sobre ella cuando oyó los disparos.

Era una escena que Nick jamás se habría atrevido a imaginar, pero sus ojos captaron todo el conjunto en un instante. Delante del fuego, el hombre de la camisa roja que se volvía hacia él. Las dos mujeres que le flanqueaban. La embarazada, de pie al lado de un niño manchado de sangre que tenía la cabeza inclinada hacia un lado en un ángulo antinatural. Más allá, detrás de ellos, el muchacho encerrado en la jaula que los miraba a todos con los ojos abiertos por la sorpresa, y el hombre delgado que estaba de rodillas mientras se agarraba los genitales y no dejaba de chillar. El tercer hombre, un individuo enorme, parecía desangrado, y alargaba la mano en busca de algo.

Algún arma, pensó Nick. Por último, la jauría de niños diabólicos que se afanaban como bestias sobre algo que rodaba y manoteaba lleno de desesperación. «Marjie». Lo percibió todo en menos de un segundo y comenzó a matar de inmediato.

La primera bala salió desviada y rebotó de forma inofensiva en la pared que estaba detrás del hombre de la camisa roja. El disparo resonó con un estruendo tremendo en ese espacio tan cerrado. El hombre se sobresaltó y tardó en actuar ante la sorpresa de ver a Nick, armado, en la cueva. En el tiempo que necesitó para reaccionar, Nick ya había apuntado de nuevo. Disparó. La segunda bala le dio de lleno en el pecho y lo lanzó de espaldas hacia el fuego. Ya estaba muerto antes de caer entre las llamas. El aire se llenó de un humo negro y espeso y de chispas, mientras la camisa roja empezaba a arder. Los brazos y las piernas del hombre se movieron de forma espasmódica. La olla derramó su contenido por el suelo de tierra.

El chico grande silbó y se alejó corriendo hacia el interior de la cueva. Los demás niños lo siguieron. Nick apenas lograba ver nada debido al humo espeso. Vio a Marjie agitarse a sus pies y la oyó gemir. Todavía estaba viva, gracias a Dios.

Blandió la porra de madera para alejar a las mujeres que tenía a ambos lados. Divisó entre la humareda al individuo gigantesco y calvo, que se abalanzaba hacia él con una muñeca envuelta en pieles y blandiendo alguna clase de vara en la otra mano. Nick disparó y lo vio trastabillar. Se llevó de forma instintiva lo que le quedaba de la mano destrozada a la barriga. Se lanzó de nuevo hacia delante y Nick le disparó por segunda vez. La mitad del cuello le desapareció y una enorme columna de sangre parecida al chorro de una ballena lo salpicó todo cuando la cabeza cayó de lado sobre el hombro, como un árbol derribado. El hombre cayó de rodillas y luego se desplomó hacia delante. Lo que empuñaba rodó por encima de las ascuas del fuego y acabó a los pies de Nick. Vio lo que era en realidad: un brazo humano.

De repente, los niños aparecieron de entre el humo y se lanzaron contra él. Con su visión periférica, se dio cuenta de que las mujeres también lo atacaban. Se agachó un poco, se lanzó contra la que tenía más cerca, la gorda, y le metió un codazo en la carne blanda de la barriga. La oyó gruñir de dolor y después oyó el repiqueteo de algo metálico al caer al suelo: un cuchillo. Al mismo tiempo disparó contra los críos, pero el humo se le metía en los ojos, así que falló.

Los niños se le echaron encima. Sintió la mordedura de unos dientes pequeños en cada pierna, y otra en la cadera. Un cuarto niño le saltó a la espalda y comenzó a arañarle el cuello. El pánico le invadió por un instante. En ese momento, vio al chico grande abalanzarse sobre él. Giró el Magnum y le disparó. Le dio en mitad del salto, cuando ya tenía el cuchillo en alto para clavárselo. El impacto hizo que el muchacho saliera volando hacia atrás, igual que si hubieran tirado de él con una cuerda. El puñal salió disparado por los aires y le cayó a Nick en el pecho. Una niña le estaba arañando el cuello y tuvo que doblarse hacia delante para quitársela de encima.

Gritó por el intenso dolor que sintió cuando otra de las niñas le mordió en la herida de la pierna. La apuntó con el revólver. Apretó el gatillo, pero la recámara

estaba vacía. Gritó de nuevo cuando la mujer embarazada le clavó los dientes en el brazo con el que sostenía el garrote de madera. Le propinó un fuerte codazo, pero ella no lo soltó. Entonces le golpeó en toda la cara con el cañón de la pistola. La mujer cayó hacia atrás sangrando por la boca y la nariz. La niña que le estaba atacando la pierna mordió con más fuerza y movió las mandíbulas de un lado a otro de un modo cruel en un intento por llegar hasta el hueso.

Blandió de nuevo la pistola y le golpeó dos veces en la cabeza con todas sus fuerzas. El segundo golpe le partió el cuello a la altura del hombro. De la boca le salió una burbuja de sangre oscura mientras se desplomaba en el suelo. Sin embargo, la pierna de Nick ya había sufrido demasiado, y cedió hasta que quedó sobre una rodilla.

El niño que se le había agarrado a la cadera le soltó con un rugido («¡El pirado cabrón me estaba mordiendo el cinturón!») y le echó un brazo al cuello mientras que con la otra mano le arañaba la cara con sus largas uñas sucias, en busca de los ojos. Nick le golpeó con la culata del revólver, pero el niño estaba trastornado por el sabroso olor a sangre y el golpe no le detuvo en absoluto. Le hirió en la mejilla. Nick le dio otro golpe y vio horrorizado como la sangre le cubría todo un lado de la cabeza, pero el niño se limitó a sacudirla como un perro mojado antes de lanzarse de nuevo a por él.

Nick se imaginó por un espantoso momento que tendría que matar al niño una y otra vez, que jamás lo detendría. Giró sobre sí mismo y le propinó un golpe tras otro con la porra de madera, en la cabeza y en los hombros, pero el niño siguió agarrado a él sin dejar de arañarlo. Nick se dio cuenta de que lo hacía a pesar de que el hueso de la clavícula le sobresalía por la parte posterior del cuello. Siguió golpeando a ciegas, ferozmente, hasta que el chico dejó de moverse, con la cabeza convertida en una masa de sangre y de sesos.

Y entonces todo quedó en silencio. Aquello le extrañó. Tenía que haber más. ¿A cuántos había matado?, ¿a cinco? Había más niños. Y otro hombre. Las dos mujeres. ¿Había matado a las mujeres? No lo creía. El silencio se apoderó de él como si fuera una red. Se frotó los ojos y miró más allá del fuego, donde vio a Marjie, que se estaba intentando levantar sobre un codo. Detrás de la cortina de humo también vio a un muchacho desnudo que estaba de pie delante de la puerta de la jaula. Sus ojos negros parecían mirar en dirección a Nick. ¿Quién era? Nick sabía que no podía ser uno de ellos.

Un momento después se percató de la presencia del hombre delgado, que estaba agarrado a la jaula para intentar ponerse en pie. Alguien le había herido. ¿Quién? ¿Cuándo? Se dio cuenta a través de la ferocidad de su propio dolor de que la herida del hombre debía de ser grave, de que pasaría bastante tiempo antes de que pudiera ser peligroso de nuevo. Pero ¿dónde estaban los demás?

Tenía roto el cristal derecho de las gafas. Le sorprendió que hubiera conseguido que no se le cayeran. Se las subió y giró la cabeza para mirar hacia atrás. Allí no

había nada. Nadie. Miró el cuerpo del muchacho contra el que había disparado, que yacía retorcido de forma incongruente al lado de la hoguera; al hombre calvo y medio desnudo, que estaba desplomado a su lado; a los dos niños a los que había golpeado hasta matarlos; al cuerpo ennegrecido que chisporroteaba en el fuego. Muertos. Todos muertos. Y milagrosamente, los demás habían desaparecido. El suspiro de alivio que soltó le resonó en la garganta. Se volvió para atender a Marjie.

Le resultó difícil saber dónde o cómo tocarla. Tenía el cuerpo cubierto de sangre, y Nick se dio cuenta de que la mayor parte era suya. Todavía estaba intentando incorporarse.

—No —le dijo él—. Quédate ahí. Ya se ha acabado. Por favor, no te muevas. Encontraré algo con lo que cubrirte y luego veremos cómo te saco de aquí.

Su propia voz le sonó extrañamente aguda. Le castañeteaban los dientes y temblaba de un modo incontrolable.

Se puso en pie lentamente y descubrió que, si se movía con cuidado, la pierna era capaz de soportar el peso del cuerpo. Siguió empuñando la pistola y la madera, por si acaso. Se acercó hacia la jaula y vio lo que quedaba de Laura apoyado en una pared. Apartó la mirada antes de que los ojos con expresión de pez muerto y la boca abierta le hicieran vomitar.

El hombre herido todavía estaba intentando levantarse apoyándose donde podía. Nick sonrió implacable y le golpeó con saña en los nudillos con la madera. El hombre delgado soltó un alarido de dolor y se desplomó en el suelo.

Al verlo acercarse, el chico desnudo lo miró con expresión temerosa y se metió de nuevo en la jaula. Nick supuso que, en esos momentos, para él representaba la seguridad. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí y lo que habría tenido que ver. No se le ocurrió qué podía decir para hacerle comprender que todo había terminado. Encontró la camisa desgarrada y los vaqueros de Marjie, y pensó que estarían más limpios que cualquier otra cosa que pudiera encontrar allí. Sabía que tenía que cubrirla con algo para mantenerla caliente y evitar que entrara en estado de *shock*. Se fijó entonces en la entrada a la segunda estancia de la cueva. Aquello le preocupó. ¿Podría haber alguien más escondido allí dentro? Se dio cuenta de que era donde los niños se habían metido antes. ¿Era posible que hubieran vuelto a entrar?

Escudriñó el interior y oyó algo que correteaba en la oscuridad. Una sensación helada le recorrió la espina dorsal. Se quedó a la escucha un momento, pero no oyó nada más. Aparte de las ratas, el sitio estaba vacío. Recogió las ropas de Marjie y regresó cojeando a la entrada.

La contempló con atención un momento antes de comenzar a vestirla con cuidado. Las heridas que había sufrido eran muy graves. Costaría mucho sacarla de allí con vida. La trató con una ternura exquisita.

—Tranquila, Marjie. Tranquila, cariño.

Ella cerró los ojos. Nick se preguntó si Marjie ni siquiera se daba cuenta de quién era él.

Y entonces oyó los disparos.

4.50 A. M.

Oyeron los primeros disparos del revólver de Nick justo cuando salían del sendero que llevaba a la playa. Peters les indicó con un gesto a sus hombres que se detuvieran, aunque no hubiera sido necesario. Los tiros los dejaron a todos helados. ¿Qué clase de follón hay montado ahí?, pensó Peters. No había posibilidad alguna de confundir el estampido de una Magnum. Armas de fuego. Ojalá Willis no estuviera muy lejos.

Otros dos disparos resonaron en el silencioso aire nocturno. «Eso no ha sido muy lejos».

—Vamos —le dijo a Shearing—. No es que pueda correr mucho, pero al trote me apañó.

—Creo que eso ha sido una Magnum —le indicó Shearing.

—Ya sé que lo era —le replicó Peters—. Y esa es una de las razones por las que vas a tener que esperar a que me retire. Soy demasiado bueno.

Se dirigieron hacia el lugar donde habían sonado los tiros. Para cuando oyeron el sexto disparo, Peters ya estaba jadeando. A sus hombres les costaba mantenerse detrás de él. Jóvenes impacientes, pensó. Pero los jóvenes siempre habían sido impacientes. Además, por supuesto, aquellos muchachos olían la sangre en el ambiente. A él le pasaba lo mismo. Armas de fuego. Aquello no le gustaba un pelo.

—Chicos, si veis que alguien os apunta con lo que sea, id a lo seguro y voladle los sesos. —Ya estaba resollando—. Ya averiguaremos el cómo y el porqué más tarde.

Intentó avanzar un poco más deprisa mientras se preguntaba dónde estaría Willis. Aquella carrera no le estaba sentando nada bien a su corazón, y Willis tenía quince años menos que él. Era Willis quien tendría que estar corriendo. Probablemente el sendero era peor de lo que recordaba.

—Sam, os estoy retrasando —le dijo a Shearing—. Ponte delante y deja que el viejo se encargue de la retaguardia. Pero ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Vale —contestó Shearing.

No tuvo mucho tiempo para quedarse atrás. Apenas le habían sacado un poco de ventaja cuando vieron el humo, unos pocos metros arriba de los riscos que tenían por delante. Shearing fue el primero en verlo e hizo que los demás se pararan.

—Debe de ser ahí —dijo.

—Sí, ahí debe de ser —confirmó Peters.

Además, le llegó un cierto olor y supo de inmediato que aquel humo no lo provocaba solo la madera quemada. Le pareció inconcebible tener que sentir aquel hedor dos veces seguidas la misma noche, pero allí estaba. Pensó que eran gajes del

oficio e intentó superar el asco que sentía.

—Ahora, con cuidado —advirtió en voz baja.

Siguieron avanzando por la orilla y cruzaron la fina arena blanca hasta llegar a la base de los riscos. La columna de humo salía de un punto encima de sus cabezas. Shearing oyó casi al instante una voz de hombre, un grito lejano de agonía.

—Yo también lo he oído —le dijo Peters—. Subamos de una puñetera vez.

—Buscad el camino. Dispersaos —ordenó Shearing.

Encendieron las linternas y fue Shearing quien lo encontró de inmediato.

—Aquí está.

Los hombres se agruparon a su alrededor. Peters pensó que sería más conveniente que su ayudante encabezara la marcha. Parecía una subida muy empinada, y probablemente era mejor tener a un hombre joven al frente. Un hombre joven. La misma mierda de siempre, pero no había forma alguna de evitarlo: ya no era tan veloz como antes. Además, Shearing era un buen hombre, aunque fuese demasiado flaco para su propio bien y a veces se pegase a él como un moscón en busca de una oportunidad para demostrarle su valía. Bueno, pues ahí tenía una. Peters pensó que Sam sería rápido y que tendría cuidado.

Al menos ya sabían que había alguien vivo allí arriba, o que al menos lo había hasta el momento en que oyeron ese grito. No quiso adivinar qué había provocado aquel alarido.

—Está en tus manos —le dijo a Shearing.

Shearing le sonrió. Peters recordaría esa sonrisa más tarde. Era una sonrisa llena de emoción, de las que pueden verse en el rostro de una buena persona cuando está a punto de demostrar que lo es. Empezaron a subir el risco.

Fue la mujer embarazada la que los condujo mientras bajaban por el sendero. La nariz todavía le goteaba sangre por el golpe del revólver de Nick. Habían huido de esa arma. Todos los hombres habían muerto, menos el que la mujer capturada había dejado inservible, y el intruso había luchado como una bestia salvaje, así que habían escapado. Cuando la mujer salió de la cueva, se encontró con que dos de los niños ya corrían por delante de ella. Les gritó para que se detuvieran. Se había convertido en la jefa y se le ocurrió una idea que fue madurando poco a poco: en algún momento tendrían que salir de la cueva.

Los esperarían allí abajo. Sabía que el hombre estaba herido y creía que la mujer estaba casi muerta. Los dos saldrían finalmente y morirían juntos en la playa. Eso estaba bien. Los sorprenderían. Cuando estuvieran bajando por el estrecho sendero, los críos los atacarían. El hombre no tendría tiempo de utilizar la pistola. Reunirían piedras y los aplastarían con ellas. Dormirían fuera esa noche y se alimentarían de la carne del hombre y de la mujer hasta que amaneciera. Luego regresarían a la cueva. El hombre y la mujer morirían bajo la luz de la luna; su arma no podría rugir ni

atravesar las sombras.

Les fue susurrando el plan a la mujer gorda y a los niños mientras bajaban por el risco hacia la playa. La chiquilla embarazada rió, alegre ante la perspectiva de una cacería bien maquinada. La mayor tuvo que reprenderla para que parara de reír y a los niños para que dejaran de correr haciendo ruido. Era la líder. Les dijo que se mantuvieran callados o que los mandaría allá donde sus hermanos y hermanas habían muerto, descoyuntados y despellejados. Su plan era un buen plan. Era posible incluso que no matara al hombre. Era un individuo fuerte y sus propios hombres habían muerto, muchos de los niños habían muerto. Sabía el modo de conseguir que un hombre se la follara aunque la odiara. Lo decidiría cuando llegara el momento.

Peters supuso más tarde que la mujer se sorprendió tanto como ellos.

Si no hubiese sido una mujer ni hubiese tenido el aspecto que tenía, quizá habrían reaccionado una fracción de segundo antes. Shearing todavía no se había movido cuando se le lanzó encima. Ninguno de ellos había visto nunca nada parecido. Iba medio desnuda, cubierta de mugre y tierra, y estaba embarazada de unos ocho meses. Sangraba por la nariz y apestaba como una manada de ganado. Peters pensó que la había olido incluso antes de verla. Y supo con toda seguridad que ni siquiera había llegado a oírla. Ninguno de ellos supo decir de dónde había salido el cuchillo.

Era obvio que tenían un problema. El lugar en el que estaban, entre las rocas, era demasiado estrecho. No había espacio para moverse y la mujer era muy veloz. Peters vio el puñal y su mirada de bestia, e intentó dar un paso atrás para proporcionarles sitio a los demás y poder alzar el arma. Al hacerlo, tropezó con Daniels, que estaba justo a su espalda. Shearing ni siquiera tuvo tiempo de quitar el seguro. Ella le rebanó la garganta de oreja a oreja sin hacer un solo ruido.

Su cuerpo cayó hacia delante, hacia ella, en vez de hacia Peters, y este supo que al morir de ese modo Shearing le había salvado la vida. Le dio tiempo a mover la corredera de la escopeta y, antes de que ella diera un paso más, Peters le voló la cabeza. La mujer cayó como un blanco de cartón en una sala de tiro. Entonces pudo ver a todos los demás, que estaban justo detrás de ella.

Salieron disparados y empezaron a bajar por las paredes rocosas que llegaban hasta la arena. Por un momento, Peters se sintió como si estuvieran en una película alocada del Oeste, todos allí agrupados como los últimos supervivientes de la masacre de una caravana, con las escopetas apuntando en todas las direcciones mientras aquellos cabrones enloquecidos se lanzaban contra ellos como si fueran centenares en lugar de solo tres niños y una mujer contra doce hombres armados.

Peters jamás había visto nada tan rápido o tan audaz. No tienen ninguna posibilidad, pero no parecen darse cuenta, no parece importarles. Son como ratas, pero no están acorralados, se dijo. Podrían escapar por la playa, aunque los abatiré en un segundo si intentan huir. ¿Por qué no se rinden? ¿Por qué no abandonan? Todo

aquello le pasó por la mente en un instante, y lo último que pensó antes de que la mujer gorda le clavara un cuchillo a Parsons en el hombro fue que jamás había imaginado que un humano pudiera reaccionar de esa manera y que jamás se había sentido tan aterrorizado.

Todo empezó y terminó en menos de tres minutos. De repente, el puñal se movió de arriba a abajo y Parsons gritó. Kunstler dio un paso adelante y acabó con la mujer de un tiro a quemarropa que casi la partió por la mitad. Para cuando alguien se quiso tomar en serio a la niña, ya se había lanzado sobre Caggiano y casi le había desgarrado la garganta por completo con los dientes. Peters fue el primero en reaccionar. Le colocó el cañón de la escopeta en el ojo izquierdo para no fallar y apretó el gatillo. Los dientes todavía estaban clavados en el cuello de Caggiano cuando retiraron el cuerpo. El resto de la cabeza había desaparecido.

Peters pensó más tarde que fue entonces cuando una especie de pánico furioso se apoderó de ellos, porque ya no había verdaderos motivos para matar a los demás. Quizá fue el hecho de ver lo que la niña le había hecho a Caggiano o quizá fue la locura del propio ataque (¡Dios, no eran más que niños!), pero les invadió algo brutal y traicionero, porque, de repente, todos cambiaron; de repente, no quedó ni una mente sensata entre todos ellos, ni siquiera la de Peters.

La chica, que quizá tenía unos once años y estaba embarazada, como la mujer, se agarró a la pierna de Charlie Daniels e intentó por todos los medios morderle. Daniels lanzó un chillido agudo y empezó a dar saltos para quitársela de encima, igual que si acabara de picarle un escorpión. Podrían haberla agarrado y separado, pero, en vez de eso, Sorenson le partió la espalda con la culata de la escopeta y luego la golpeó de nuevo cuando ya estaba boca abajo en la arena, para estar seguro de que no haría daño a nadie más.

Mientras tanto, el niño había rodeado con las piernas el torso de Beard y le estaba arrancando la camisa con la boca. Un momento después oyeron al policía lanzar un alarido cuando los dientes del niño atravesaron la tela y se le clavaron en el pecho. Probablemente también lo hubieran podido coger, pero aquello era demasiado..., Peters no sabía cómo expresarlo, repugnante. Daba la impresión de que el muchacho era una especie de sanguijuela gigante que le estaba chupando la sangre. El niño alargó los dedos pequeños y sucios hacia los ojos de Beard sin dejar de morderle. Lo que intentaba era dejarle ciego. Ver aquellas manos arañarlo una y otra vez era un espectáculo terrorífico. Parsons, que era amigo de Beard desde la infancia, perdió la cabeza. Agarró un brazo del niño y se lo retorció hacia atrás hasta que todos oyeron como se partía. El niño aulló de dolor y se apartó de Beard. Cuando Parsons lo tuvo retorciéndose en el suelo, le metió el cañón del arma en la boca y apretó el gatillo.

No se pararon a pensar en lo que les había ocurrido o en lo que habían hecho. Aquello había sido más una ejecución que una operación policial. Ninguno de ellos reflexionó, ni siquiera Peters. El pánico les había dominado por completo y les retorció el interior. Echaron a correr colina arriba hacia la entrada de la cueva, por

donde el humo seguía saliendo. Allí fue donde encontraron a los demás y a la chica.

¡Sabía que había hombres por algún lado!, fue lo que pensó Peters. No se le ocurrió que uno de ellos llevaba puestas unas gafas. Tampoco recordó que el grito que habían oído abajo era el de un hombre. Estaba demasiado ocupado con el horror y la matanza.

Nick se acuclilló al lado de Marjie. Había estado intentando que se pusiera en pie desde que había comenzado el tiroteo allí fuera, pero ella sentía demasiado dolor y, por mucho que lo intentara, cada vez que la movía le hacía más daño. Tenía la impresión de que tenía una pierna rota, porque la primera vez que la levantó se desmayó. Las lesiones de Nick le impedían llevarla a cuestas. Había conseguido despertarla de nuevo, pero llegó a la conclusión de que quizá sería mejor dejarla allí ahora que sabía que habían venido a ayudarlos. En ese momento pensaba que el hombre que estaba en el suelo al lado de la jaula ya no parecía tan inofensivo, pero creía que podría derrotarlo sin problemas. Acababa de dejar a Marjie con suavidad en el suelo cuando la policía entró.

Se giró en redondo cuando los oyó, porque pensó que eran «ellos» de nuevo, pero supo al instante que se había equivocado. Reconoció el miedo en sus rostros y vio que estaban dispuestos a disparar contra él, así que abrió las manos para mostrarles que estaba indefenso y tranquilizarlos. Vio los ojos del hombre gordo y abrió la boca para decirles que no era uno de ellos, pero las palabras no llegaron a salir de su garganta. Ni siquiera llegó a oír el estruendo del disparo.

Peters vio salir volando las gafas. No captó inmediatamente el significado de ese objeto, pero sí comprendió que algo no encajaba. El hombre se había vuelto hacia él con las manos por delante y no hacia arriba, en señal de rendición, y eso le confundió. Con el otro hombre sí que no hubo duda alguna. Parecía gravemente herido, pero se levantó de repente y echó a correr hacia ellos con un cuchillo en la mano.

Peters disparó en cuanto vio el arma. Sin embargo, le resultó extraño que, incluso antes de disparar, el hombre ya estuviera cubierto de líquido. Quizá fue que disparó contra la mancha de sangre, que ya estaba allí, entre las piernas del hombre. Todo ocurrió con demasiada rapidez como para comprenderlo. En cualquier caso, Peters acertó donde apuntaba. Voló hacia atrás, como si alguien hubiera tirado de la alfombra sobre la que estaba, y cayó boca abajo. Cuando le dieron la vuelta vieron que debajo del vientre no quedaba nada a excepción de un par de piernas y que todavía no estaba muerto del todo.

Más tarde, Peters se sentiría fatal por lo ocurrido con el joven, incluso peor que con lo que le pasó al hombre al que la chica llamó Nick. Pero lo cierto es que para entonces ya estaban totalmente desquiciados, y con razón. En cualquier caso, tenía

que confesar que ya en ese momento le dio la impresión de que había algo extraño en el chico. La expresión de su mirada no cuadraba con el frenesí sediento de sangre que había visto en la playa.

A pesar de todo, Dios era testigo de que el joven era muy, muy raro. Caminó hacia ellos desnudo, con los brazos extendidos hacia delante, con paso lento, casi como si flotara en sueños. Cuando Peters le dijo que parara, no lo hizo. Ni siquiera titubeó, y ninguno de ellos estaba ya dispuesto a arriesgarse. Fue imposible saber quién lo mató. Seis escopetas dispararon a la vez, y lo que quedó de él no sería suficiente ni para llenar una bolsa de compra.

Peters se sintió mal, muy mal, por el joven. El recuerdo de lo sucedido le perseguiría mucho, mucho tiempo.

Willis y su grupo aparecieron a la carrera y a empujones cuando todo hubo acabado. Miró a su alrededor y soltó un silbido suave.

—¿Qué coño es todo esto? —preguntó.

—¿Esto? ¡Esto es el punto donde yo me bajo! —replicó Peters.

Y a Willis le pareció entender lo que quería decir.

El último de aquellos cabrones murió antes de llegar a la colina, donde esperaban los coches patrulla. Peters pensó que un hombre normal no hubiera conseguido aguantar tanto. Al final, torció la cara hacia el mar y vomitó un poco de sangre. Lo llevaron hasta el claro, pálido como un fantasma. Peters no lo lamentó en absoluto. La ambulancia estaba allí, pero no le sirvió de nada a Caggiano, que ya había muerto antes incluso de que dejaran la playa.

En cuanto a la chica... Bueno, tendrían que esperar para ver qué ocurría. A Peters le pareció que estaba bastante mal. Iba a perder el meñique de la mano derecha. Se lo habían seccionado de un mordisco. Tenía una fractura múltiple en la pierna. Uno de los pechos estaba destrozado. También empezaba a tener mucha fiebre. A pesar de eso, era posible que sobreviviera. Todo dependería de lo fuerte que fuera. No lo parecía en absoluto. Era pequeña y flaca.

Aquello le hizo pensar en Shearing. Supuso que sería Willis el encargado de decírselo a su esposa y sus hijos. Probablemente debería ser él, Peters, quien se lo comunicara, pero estaba convencido de que no estaría a la altura. La joven le contó que creía que el tal Nick le había salvado la vida. Lloró como una cría. «Y yo lo he matado». Entonces le habló del joven encerrado. Dios. Veintitrés años y nada, absolutamente nada, que estropear su hoja de servicio. Bueno, siempre había algunas cosas que se debían hacer y que a uno no le hacían sentir demasiado bien, claro, pero nada como aquello. Un joven inocente y un hombre que debía de haber recorrido un infierno para sobrevivir, los dos muertos. «Y todo porque la jodimos».

Sam Shearing había sido un hombre fantástico. A Caggiano no lo conocía demasiado bien, pero Shearing era un tipo genial. Incluso en un lugar como aquel nacían personas maravillosas. «Necesito dormir un poco. Tengo que escribir los informes. Dios, ¿cómo voy a ser capaz de hacerlo?». ¿Cómo se contaba que le había colocado una escopeta en la nariz a un niño y le había volado la cabeza? ¿Cómo se enfrentaba uno de un modo racional a algo así? «Teníamos salvajes en la costa de Maine, gobernador. Los eliminamos, hasta el último de ellos. Y luego, a unos cuantos más. Dios».

Le echó un último vistazo a la chica, que estaba en la parte posterior de la furgoneta, y luego se subió en el coche patrulla al lado de Willis. No sabía cómo o cuándo iba a reemplazar a Shearing. Lo cierto era que tampoco sabía quién iba a sustituirlo a él, pero Willis quizá serviría. El muchacho conocía el terreno. Al menos, tan bien como cualquier otro.

—Sácame de aquí —le pidió.

5.40 A. M.

Y a casi amanecía. Marjie se quedó oyendo el sonido de la sirena. Le sonaba muy lejana, pero sabía que no era así, que estaba justo en el exterior de la ambulancia y que servía para ayudar, para ayudarla a ella. Han sido los disparos, pensó. Me han estropeado los oídos. Se preguntó si volvería a oír. No quería quedarse sorda. Ya solo sentía un poco de dolor. Los doctores se habían encargado de todo. ¿Eran doctores o enfermeros? Fueran quienes fuesen, habían sido muy amables con ella. Les había dado las gracias por eso, y por aliviarle el terrible dolor. Había pensado que toda la amabilidad había desaparecido del mundo (¿cuándo había sentido eso?, ¿antes o después de que dispararan contra Nick?), pero, evidentemente, no era así. Lo veía en sus rostros. Incluso en las caras de los policías que la habían llevado hasta allí. Ningún policía le había parecido amable hasta entonces. Era extraño. Habían matado a Nick sin decir palabra y sin motivo alguno, y, a pesar de ello, no era capaz de odiarlos. Ahora no, al menos. Se alegró de no poder ver la casa mientras se alejaban.

De repente, tuvo miedo de nuevo. Se aclaró la garganta con dificultad y se dirigió a uno de los médicos, o de los enfermeros, el joven, el que parecía más atento. Igual que le ocurría con la sirena, su propia voz le sonó lejana y débil.

—¿Voy a dormirme ya?

—Todavía no. Pronto. Le hemos puesto anestesia local. Le darán algo más potente en el hospital, después de que le hayan hecho una revisión a fondo.

—No quiero dormirme todavía. No me dejará dormir, ¿verdad?

El joven le sonrió.

—Se lo prometo.

Marjie le tocó la mano. No parecía ser muy fuerte.

Giró un poco la cabeza para mirar por la ventana. Desde donde estaba tumbada solo se veía el cielo, que poco a poco se aclaraba, y los cables telefónicos, que parecían deslizarse suavemente por encima de ella mientras avanzaban sobre el asfalto pulido. Los cables estaban tachonados de postes de madera, igual que oscuras heridas punzantes en la carne de la mañana.

EPÍLOGO

Espero que hayas disfrutado de este paseo nocturno por la costa de Maine. He escrito sobre la génesis de este libro y sobre sus esmoralizadores resultados en numerosas ocasiones, y he hablado de ello en profundidad en unas cuantas entrevistas. Así pues, voy a pasar por alto lo primero y seré breve respecto a lo segundo. Supondré que muchos de los lectores de la edición de Ballantine Books ya conocéis la historia y preferís que vaya directo a las entrañas del asunto (sin querer he hecho un juego de palabras, ¿estará Robert Bloch en esta misma habitación?). Y, básicamente, la cuestión es que me bajé los pantalones, y bastantes veces. Entonces, ¿cuál es la diferencia? ¿Qué es tan importante? ¿Por qué se arma tanto follón con el hecho de que ahora se presente sin censura?

Este libro se parece mucho a la edición en tapa blanda.

Pero no es igual. Para mí, no lo es.

A fecha de hoy, me arrepiento de muy pocas cosas como escritor. Lamento el último párrafo de *She wakes* y espero poder cambiarlo algún día. Hay un par de líneas sin elegancia, algún error de edición. Y eso es todo, a excepción de lo que ocurrió con *Al acecho*.

Lo que ocurrió exactamente fue que hubo una «negociación».

Cuando Marc Jaffe, de Ballantine Books, me compró el libro, fue con la condición de que yo estuviera dispuesto a corregir cosas. Y lo estaba. Claro que lo estaba. Era mi primera novela y estaba encantado de firmar un contrato. ¿Es que pensaban que estaba loco? Corregiría lo que hiciera falta. Todos sabíamos que se trataba de un libro con una violencia muy por encima de la habitual, con un mordiente que apenas se había visto antes en una novela de gran tirada. Era precisamente eso lo que estaban adquiriendo, aunque sabía que tendría que hacer algunos arreglos.

Pero no estaba preparado para que fueran tantos.

Recuerdo las tardes que pasé sentado con una editora cuyo nombre he olvidado. Era evidente que el libro no le gustaba, pero fue muy amable y muy profesional. Su empresa había contratado una novela desagradable de cojones para la que tenían grandes expectativas por alguna razón impía, y eso era lo que había. Su trabajo era darle una forma adecuada a aquella mierda violenta. Tenía un bloc de hojas amarillas con las páginas llenas de sugerencias. En cada reunión aparecían más.

A algunas de ellas no me opuse en absoluto. Ningún problema.

En otras no hice más que menear la cabeza en gesto negativo y responder «No puedo hacer eso. ¿Cómo voy a hacerlo? Me pides un imposible».

No es que ella estuviera intentando destripar el libro, pero tampoco le estaba haciendo un sencillo lavado de cara precisamente.

Al final, todo acabó siendo un «Si me quitas esa decapitación, te dejo esta

paliza».

En serio.

Hubo momentos en los que discutimos los párrafos línea por línea, palabra por palabra.

Básicamente fue un enfrentamiento amistoso pero frustrante. Los dos teníamos el mismo objetivo: conseguir un libro que volara de las estanterías a las manos de los lectores. Ella ganaría puntos en la compañía si lo lograba. Yo me embolsaría el dinero. Sin embargo, teníamos ideas muy diferentes sobre el modo de hacerlo. Parecíamos un par de amigos que estuvieran entrenando para al mismo combate pero utilizando estilos completamente distintos. Ella trabajaba para hacerlo más comercial. Lo que yo quería era una inundación catastrófica.

Esto duró un par de semanas.

Para entonces, el manuscrito tenía un montón de anotaciones en rojo y su bloc tenía muchas sugerencias tachadas.

Cuando todo acabó, volví a casa y unas semanas más tarde entregué la versión de *Al acecho* que acabas de leer. El original lo tiré al cubo de la basura.

Vale, vale, lo sé. No hace falta que me lo digas. Soy un capullo. ¿Qué puedo decir?

Pero tuvimos que volver a la mesa de negociaciones. Ella lo había consultado con Marc y ambos estuvieron de acuerdo en que la novela seguía siendo «demasiado» sanguinaria. Claro que querían un libro que obligara a apartar la cara del asco, pero no que hiciera vomitar.

Para empezar, algunas de las recetas que había incluido tendrían que desaparecer.

Más negociaciones.

Así pues, en la edición de Ballantine Books no aparecen las cavilaciones de la mujer embarazada sobre lo que hará al día siguiente con los restos de su primera presa una vez acabe con las salchichas.

En esta edición tampoco aprenderás a hacer cecina con carne humana.

Siempre pensé que era una pena. Saqué la receta de un libro llamado *How to survive in the wilderness* («Cómo sobrevivir en la naturaleza») y pensé que uno nunca sabe cuándo le puede ser útil algo así.

También tuve que quitar las frases acerca del miedo como un factor que reblandece la carne. Creo que eso lo saqué de la maravillosa novela de Vardis Fisher titulada *Mountain man*, de la que obtuve muchas ideas para mi novela. Creo que Hollywood se inspiró en ella para hacer la película *Las aventuras de Jeremías Johnson*. Al parecer, es cierto. Estar acojonado te hace más tierno.

Asimismo se opusieron a que hicieran sopa con la cabeza afeitada, partida y sin ojos. Me sugirieron que simplemente lo sustituyera por «otros trozos de carne».

Ay.

No les gustó que el joven de la jaula estuviese tendido sobre su propio vómito.

Sugerencia ochenta y seis: el vómito.

No les gustó nada en absoluto la escena en la que Laura aparece con la lengua enganchada a un anzuelo y en la que luego se la cortan y la devoran delante de ella. Tampoco me mostré de acuerdo en esta ocasión. Eh, para aquella gente, eso era prácticamente una metáfora. Me gustaba sobre todo la frase donde se incluía lo de «miembro ofensivo». Es que Laura había gritado mucho.

Tampoco estaban dispuestos a dejar que Marjie escupiera el muñón del miembro del hombre delgado. Jamás entendí su razonamiento al respecto.

Tal y como aparece en la versión original, por lo que sabemos, tiene que acabar tragándose.

Acepté todos aquellos recortes. Pero por lo que realmente el editor y yo partimos peras, y casi de forma desastrosa, fue por unas cuantas frases de las últimas cinco páginas del manuscrito. Y me alegro de poder decir que ahora, por fin, después de todos estos años, soy yo el que borra cosas. Si esta no es la primera vez que lees el libro, probablemente ya habrás localizado las partes borradas.

De la primera edición hay que suprimir todo esto:

El tal Nick probablemente sobreviviría. Tenía un agujero en pecho que necesitaría bastantes remiendos, pero gracias a Dios no tenía afectado ningún órgano vital.

También:

Nick estaba tumbado e inconsciente a su lado.

—¿Se pondrá bien? —preguntó ella.

—Ha pedido mucha sangre, pero creo que se recuperará.

—Bien.

Hay que borrar el «casi» del original, para que cuando Peters se confiese a sí mismo, solo diga «Y yo lo he matado».

Exacto. Me hicieron salvar a Nick. Yo quería que muriera.

Y recuerdo que fue una discusión muy dura.

Al principio, me negué en redondo. El simple hecho de que me lo sugirieran ya me cabreó bastante. Lo que yo pretendía con Nick, lo que había estado buscando desde el principio, era mostrar a un individuo que se arriesgaba hasta unos niveles de heroísmo y de lealtad que jamás se hubiera imaginado y que, luego, en el último momento, cuando todo su dolor y sus esfuerzos deberían haberle servido para algo, cuando deberían haberle rescatado, cuando pensara «¡Oh, Dios mío, ahí llega la caballería!», fuera precisamente la caballería la que acabara con él.

¿Qué dices de *La noche de los muertos vivientes*? Sí, por supuesto. Recuerdo que el impacto de la escena final me dejó hecho polvo, y quería conseguir ese mismo efecto en mi novela. Incluso les mencioné la película a los de Ballantine. Ni mi editora ni Marc la habían visto. Como si les hablara en gaélico antiguo. *La noche de*

los muertos vivos había sido un éxito rápido de bajo presupuesto. Mi libro iba a ser un superventas. «Espera y verás».

Utilizaron ese argumento en mi contra. Dijeron que ese hombre, que había pasado por un infierno durante toda la noche, se merecía vivir.

¿Se lo merecía?

Los lectores querrían que sobreviviera.

¿Querrían? Claro que querrían. Igual que yo. Al final del libro, prácticamente estoy enamorado de Nick. Pero ¿a quién le importa lo que quieren los lectores? Ese final era el apropiado para la novela.

Punto.

Les dije que la muerte de Nick era crucial, tanto por el tema como por el dramatismo. Se trataba de lo que yo quería que dijera el libro. Que la vida es así. Que el mundo es así. Que ganas una fortuna en Wall Street y al día siguiente te atropella un autobús. Que te enamoras justo cuando te diagnostican Alzheimer. ¿Por qué Carla, la hermana fuerte, muere de forma horrible en el primer acto y Marjorie, la débil, sobrevive? ¡Quién coño lo sabe! La ironía, el destino, el repentino giro de los acontecimientos, los enormes bandazos de las circunstancias, ¡de todo eso se trata!

Defendí mi caso.

Perdí.

Pensé que, bueno, era mi primer libro. Más valía inclinarse bajo la fuerza del viento.

Recuerda que aquello me iba a hacer rico. Me lo prometieron.

Recuerda también que no fue así.

Cuando los distribuidores empezaron a retirar los posters y los expositores de las tiendas, cuando la cubierta donde se veía un brazo de mujer amputado se sustituyó por una que incluía una simple gota de sangre, cuando Ballantine Books dejó de hacerle publicidad al libro y se negó —al menos al principio— a vender los derechos a una editorial inglesa, así como a distribuir su propia edición en Gran Bretaña, tal y como se había planeado, tras todo eso, fue evidente que tampoco se iban a esforzar para que mi novela se mantuviera en las librerías. La franquicia de Barnes & Noble de mi pueblo vendió una docena en cuestión de días, pero no vi que repusieran los ejemplares. En Ballantine estaban ocupados en esconder debajo de la alfombra el follón que se había organizado. Los teléfonos no paraban de sonar. El director general de Random House, la casa matriz, había sido criticado en un artículo del *Village Voice*, donde se decía que publicaba pornografía violenta. *Al acecho* se había convertido en una vergüenza.

La joven editora cuyo nombre no recuerdo dejó de contestar a mis llamadas.

Marc Jaffe abandonó la compañía.

Me pregunté durante años qué exabruptos se habrían oído en Publisher's Row si hubieran publicado esta versión.

Olvídate de las recetas y de lo del trozo de lengua (¿Bloch?, ¿eres tú otra vez?).

Para mí, lo más siniestro es la muerte de Nick.

Piensa en quién queda al final de esa noche tan cruel. Una mujer, físicamente mutilada y psicológicamente herida, que ha encontrado una fuerza en su interior que no creía poseer, pero que ha visto y hecho cosas que nadie jamás debería ver o hacer. Y Peters, una buena persona, un policía que ha matado a dos civiles inocentes esa noche. Para colmo, uno de ellos ha realizado actos de un heroísmo y entrega tales que ese error le pesará a Peters toda la vida.

Es esta idea desolada de «nadie sale ganando en este mundo» la que yo quería.

Si Nick sobrevive, queda esperanza. Incluso es posible que Marjie y él acaben juntos.

Si no lo logra, ella se queda sola.

Creo que, para la editorial, aquello hubiera sido un motivo para romper el contrato. Para ellos hubiera sido intolerable.

Hice otro cambio. No en la edición estadounidense, sino en la británica, que finalmente se publicó.

Al final del todo, en la versión original, Marjie está en la ambulancia atontada con los sedantes y, en su aturdimiento, se dedica a pensar si la gente que la está tratando son médicos o enfermeros. «Mantuvo la esperanza de que fueran médicos», dice el final de la frase.

Unos meses después de que se publicase el libro, recibí una carta de un admirador en la que me decía que había disfrutado mucho del libro, hasta que había llegado a ese punto.

Me dijo que él era enfermero de ambulancia y que, en la situación en la que se encontraba Marjie, era mucho mejor que estuviera en manos del personal de emergencias cualificado que con un montón de médicos. Lo comprobé y tenía razón, por supuesto. Mmm. No había hecho los deberes. Le contesté y le pedí disculpas además de agradecerle por haberme hecho ver el error. Le prometí que, si volvían a imprimir el libro, lo corregiría.

En 1995, la editorial británica Headline me ofreció publicarlo, y acepté.

Mi editor en esa casa, Mike Bailey, se echó a reír cuando le dije los motivos por los que quería los cambios.

«Por supuesto. Envíamelos», me contestó.

Sin negociaciones.

JACK KETCHUM

HIJA DEL INVIERNO

A modo de introducción

En la página 186 de mi novela *She wakes*, un grupo de siete personas, una mezcla de habitantes del lugar y de turistas, está sentado a la mesa en el exterior de una taberna griega de la isla de Mikonos. Han bebido demasiado vino y picotean entre los distintos tipos de *mezes* mientras discuten su... situación.

Están esperando a que les llegue el final.

A todos y cada uno de ellos les ha visitado, y les ha aterrorizado sobremanera, un espíritu, la antigua amante de uno de ellos que murió de forma accidental a manos de este. Fue una mujer muy bella, apasionada y esquizofrénica, y se ha reencarnado, muy apropiadamente, en la personalidad de la triple diosa de la época anterior a la edad de oro griega. Eran tres sus facetas: Selene, la diosa de la Luna; Artemis, la diosa de la caza, y Hécate, la diosa de las brujas... y de los muertos. De hecho, el espíritu se encuentra en esos momentos inmerso en el proceso de levantar a los muertos y de hacerse obedecer por todos los animales salvajes de la isla, aunque ninguno de los miembros de la reunión sabe eso todavía. Pero lo harán. No va a pasar mucho tiempo antes de que empiecen los líos, tanto en Mikonos como en la isla vecina de Delos, el legendario lugar de nacimiento de los dioses, adonde están a punto de huir y donde se encontrarán con su destino.

En el grupo hay un hombre llamado John Thayer Chase, el único que tiene alguna pista respecto a lo que está ocurriendo. Chase tiene poderes psíquicos, los tiene desde que era un crío, y sabe que ha sido llamado a aquel lugar por alguna razón. También sabe que es bastante posible que haya acudido a una cita con su propia muerte. Ya lo ha aceptado. La llamada es así de fuerte...

A la mayoría de los escritores les gusta experimentar. Ayuda a mantener la obra interesante y la escritura viva. En *She wakes*, mi cuarto libro, experimenté con una trama dentro de una trama, algo que no había intentado antes. Era un relato corto, dentro de la estructura general de la novela, que tendría un comienzo, un nudo y un desenlace coherentes. Podría leerse por sí mismo, pero también mostraría un poco de la vida de Chase, explicaría su carácter y contaría cómo descubrió que poseía un don maravilloso y terrible. Tenía pensado algo parecido al fabuloso monólogo de Robert Shaw en *Tiburón* la noche antes de que se produzca el clímax del enfrentamiento en la película, ese relato sobre lo que le ocurrió a la tripulación del *USS Indianapolis* en un mar infestado de tiburones. Esa sombría tranquilidad antes de que estallara la tormenta.

No funcionó. Para entonces, el ritmo del libro era ya bastante acelerado y el relato no hacía más que ralentizar la situación. El espeluznante monólogo de Shaw no duraba más que unos pocos minutos en la película. El relato de Chase ocupaba casi

veinte páginas. No podía justificarlo. No se trataba de algo realmente crucial o necesario para explicar con claridad ninguna de las situaciones por las que pasaban los personajes, ni siquiera el de Chase. Así pues, lo quité. Me di cuenta de que no serviría para nada, de modo que nunca pensé en recortarlo o rehacerlo.

Pero lo guardé.

Estaba revisando unos papeles viejos cuando lo encontré. Ya me había olvidado por completo de aquel manojito de hojas amarillentas, pero lo leí de nuevo y me sorprendió. Seguía sin servir en términos del libro, pero eso no significaba que no valiera para nada.

Al leerlo, recordé que durante años había sentido una predilección especial por esa historia, y me dio lástima no haber conseguido que encajara. Por eso la había guardado durante tanto tiempo. Para empezar, *She wakes* era la única novela de temática sobrenatural que había escrito, y me gustaba el modo en el que el relato llevaba al lector de regreso a los horrores de la realidad. En la novela, Chase es un individuo con poderes psíquicos, sí, pero el adversario al que se enfrenta podría existir perfectamente en el mundo real, es completamente humano, sin poderes sobrenaturales de ninguna clase. De hecho, y este es el segundo motivo por el que me gusta tanto el relato, a ella la tomé prestada de forma directa y consciente de mi primera novela, *Al acecho*. Es la hermana pequeña, muda y siniestra, de mi brutal grupo de caníbales de la costa de Maine. El pueblo más cercano a la casa del protagonista es Dead River, lo mismo que ocurre en *Al acecho*; la diferencia es que aquí la acción transcurre en pleno invierno. El *sheriff* del pueblo es Peters, en una aparición momentánea. La niña de *Hija del invierno* se inspira en una superviviente del feroz clan inicial, que reaparece, con su propia familia de antropófagos, en la secuela *Offspring* escrita diez años después de la original.

¿Confundido? Solo puedo pedir perdón y decir que, a veces, las raíces de lo que uno se imagina en este negocio son intrincadas incluso para los propios escritores.

Así pues, para cualquiera de los lectores que pueda estar interesado en lo que quedó fuera del plan original para *She wakes* o que esté buscando algo del estilo de *Al acecho*, aquí está *Hija del invierno*. Espero que el relato funcione por sí solo, que no necesite ningún libro para justificar unos minutos de atención. He introducido todas las correcciones en rojo, las anotaciones y los muchos tachones (¡lo tecleé en una máquina de escribir!) para darle la forma final, pero, aparte de eso, sigue igual que en 1988, para bien o para mal. Mi náufrago, mi huérfano en la nieve.

J. K., DICIEMBRE DE 1996

Hija del invierno

El camarero trajo las botellas de vino, las descorchó, colocó el ticket debajo del cenicero, junto al del desayuno, y se marchó.

Chase empezó a servir.

—Yo no era más que un crío —empezó diciendo—. Tenía siete años, pero ese fue el último año de mi infancia...

Mi padre ya no era ningún joven aquel invierno, tenía cincuenta y cinco años. Pero seguía siendo grande y fuerte, y es probable que pudiera haber seguido trabajando de leñador durante otros diez años si no hubiera sido por la lesión de espalda. La compañía maderera le había dado un puesto administrativo, probablemente porque era uno de los pocos individuos de la profesión en todo el norte de Maine capaces de hacer una suma de seis columnas y a la vez distinguir un abedul de un álamo. No es que le gustara mucho, y creo que la única razón por la que siguió en el empleo fue por su amor a esa tierra.

Teníamos dieciséis hectáreas, la mayor parte matorral y montaña pelada, pero también había terrenos buenos. Estábamos solos, él y yo. Mi madre había muerto dos años antes, en mitad del invierno, igual que mi hermana, June, que había fallecido semanas antes, de neumonía. Las mujeres de la familia tenían pulmones delicados.

Así que allí estábamos, los dos solos con toda aquella tierra, con el vecino más cercano a quince kilómetros, al otro lado de Horsekill Creek, en las colinas, a mitad de camino entre Dead River y el mar.

Era invierno de nuevo, el segundo desde que mi madre y mi hermana murieran. La primera nevada nos lo recordó.

Si la depresión puede matar a una persona, entonces en esa época mi padre tenía problemas.

Se mantenía muy ocupado. No es que se aburriera. Estaba el trabajo, al que acudía después de dejarme en la escuela, siempre que podía llegar al pueblo a pesar del mal tiempo, con el cuatro por cuatro por los caminos embarrados y traicioneros. También estaba cuidar de mí, de nuestra basset, Betty, y de los caballos capones que teníamos. En el tiempo libre que le quedaba, salía a cazar con la escopeta en busca de conejos o de perdices, o se le podía encontrar en la mesa de trabajo del granero, al que él llamaba nuestro astillero, al lado de la estufa portátil.

La construcción de barcos en el estado se había acabado prácticamente en aquella época, ya que los grandes bosques casi habían desaparecido por la tala excesiva y la falta de planificación, pero hubo un tiempo en el que con los enormes pinos blancos

de la zona se habían creado cientos de mástiles y de vigas; con los robles, costillares; con los fresnos, sujeciones, y con los pinos amarillos, las planchas. Aparte de los barcos de madera, Maine construyó submarinos y destructores al ritmo de uno al mes durante la segunda guerra mundial.

Mi padre se había sentido fascinado por los barcos desde que era un crío, cuando vivía en Plymouth y construía maquetas en su tiempo libre, una afición de toda la vida. Yo lo ayudaba de vez en cuando. O lo intentaba. Él era muy meticuloso y paciente, y yo me llevaba los premios. Mi dormitorio estaba lleno de sus obras. Tenía naves vikingas, galeras, veleros, naves de palas. Tenía un modelo del famoso *Clermont* de Fulton y otro del *Oceanic* de la White Star. Mi madre solía hablar de hacerse a la mar en este último.

Era capaz de quedarme mirando las estanterías durante horas mientras me imaginaba los barcos con todas las velas desplegadas o capeando temporales. Y aunque mi madre nunca llegó a navegar, yo sí lo hice, muchas veces.

Pero por aquel entonces, era fácil ver que aquello tampoco lo distraía. Le encantaba hablarme mientras trabajaba, sobre cómo una pieza encajaba con otra, sobre cómo estaba adaptando la madera de balsa para que hiciera la función del pino amarillo, sobre juntas y articulaciones. Bromeaba sobre lo torpe que era, pero no lo era en absoluto. Ese invierno se consagró a su *hobby* en silencio. Sus barcos obedecían a un impulso infinitamente más triste, mucho más solitario que antes.

La mayoría de las veces ya ni siquiera me acercaba.

Recuerdo que para enero ya me sentía preocupado por él, del modo en que los niños tienden a preocuparse. Reaccioné fatal. La inseguridad me hizo sentir frustrado. La frustración me llevó a la rabia. Se lo hice pasar muy mal, tenía miedo.

Se suponía que mi padre era una persona abierta, firme, tranquila. Una roca, y no el hombre callado y retraído en el que se había convertido. Empecé a dormir mal. Siempre había algo en el armario cuando me iba a la cama. Recuerdo una vez que me acerqué en silencio con la maqueta de un galeón español en la mano dispuesto a aplastar o atravesar lo que hubiera allí dentro. Abrí la puerta de golpe y me quedé mirando lleno de alivio el desorden habitual.

En febrero tuvimos la peor tormenta que se había visto en años. La nieve me llegaba más arriba de la cabeza y, en los puntos donde se acumulaba contra las paredes de la casa y del granero, llegaba a la altura de mi padre, formando oleadas de cristal brillante. Era blanda y en polvo, así que, si intentabas caminar sobre ella, te hundías. La escuela se cerró de forma indefinida e ir al trabajo por la carretera se hizo imposible. Mi padre se quedó en casa toda esa semana, y pasó la mayor parte del tiempo trabajando en un modelo de un metro del acorazado *Monitor*, que había derrotado al *Merrimack* de la Confederación durante la guerra civil. Fue el primer navío de costados blindados de la armada de los Estados Unidos.

Ni siquiera nuestra perra, Betty, salía con toda aquella nieve, y eso que a ella normalmente no le importaba el mal tiempo. Estaba preñada por esas fechas, supongo

que eso tuvo algo que ver.

Era hermoso ver el paisaje nevado, y al principio uno se sentía feliz solo con mirarlo. Las siluetas familiares se suavizaban y se fundían en blanco, centelleaban bajo la luz del sol o relucían bajo la luna.

Era hermoso y luego se volvió agobiante.

Redujo nuestro mundo a una casa de cinco habitaciones pequeñas, un granero y un sendero que habíamos abierto a paladas. Cada noche volvía a nevar y nos atrapaba un poco más.

Creo que al tercer día yo ya me había trastornado un poco. Me volví huraño y me paseaba de un lado a otro. Por lo que a mí se refería, el *Monitor* era un montón de basura y mi padre un idiota por ocuparse de algo así. A mí simplemente me parecía un puro gigante con una torreta encima. Aquella noche apenas le hablé. Apenas probé la cena. Y justo antes de irme a la cama lo vi mirarme por encima de la revista que estaba leyendo y me sentí más culpable de lo que me he sentido jamás. Porque era evidente que estaba sufriendo. Yo le hacía sufrir. Como si no fuera ya lo bastante infeliz después de la muerte de mi madre y de mi hermana. Un chiquillo malcriado, el último miembro de la familia que le quedaba, fue suficiente para empujarle definitivamente al abismo en el que ya estaba a punto de caer.

Era lo que yo quería y ya lo había conseguido.

Y entonces me llegó el turno de sufrir a mí.

Me senté en la cama preguntándome cómo iba a compensarlo, intentando reunir el valor para levantarme y pedirle perdón. Pensé en mi madre y en mi hermana, y supe que él se sentía tan solo e infeliz como yo. Probablemente más.

Me había comportado como un mierda y lo sabía.

Todavía estaba intentando encontrar las palabras adecuadas y el valor necesario para salir y decirle algo cuando oí llamar a la puerta.

No fue un golpe fuerte. Fue casi dubitativo, suave. Sonó hasta educado, lo que fue muy extraño, porque la noche era fría en extremo. El viento helado aullaba y la nieve azotaba mi ventana, pero la llamada a la puerta sonó igual que un vecino que viniese a visitarnos en un soleado día de verano. Oí a mi padre levantarse del sillón, cruzar la estancia y abrir la puerta. Luego lo oí hablar nervioso, aunque no distinguí las palabras. Oí el sonido de unas pisadas fuertes contra el suelo y a nuestra perra preñada, Betty, que gruñó. Mi padre la hizo callar, y luego la puerta se cerró.

Me levanté de la cama. Fue el sonido de la puerta lo que de repente me aterrorizó, como si lo que había fuera, lo que nos aislaba en esa noche invernal, hubiese entrado. Y al cerrarse la puerta se había convertido en algo definitivo. Supe de forma instintiva que, fuera lo que fuese, no iba a marcharse, y eso también me asustó. Fue la primera vez en mi vida que tuve un presentimiento, pero supe de inmediato que para mí era un sentido como cualquiera de los otros cinco, como la vista, el olfato o el gusto, y, por un momento, su súbita presencia me dejó cegado. Vi en mi mente algo oscuro que se movía por el bosque, algo que vivía allí y que pertenecía a ese lugar,

una silueta humana que formaba parte de él.

No de nuestro hogar.

No era más que un crío. No lo entendí.

Oí a mi padre llamarme y salí del dormitorio. Sabía que mis temblores no se debían solo a las corrientes de aire que me envolvían los pies. La perra seguía gruñendo en un tono bajo y continuo. Mi padre no le hizo caso. Estaba lleno de energía mientras estudiaba con atención a la niña que tenía delante, mientras le quitaba la nieve de encima, le ponía una manta sobre los hombros y la acercaba al fuego.

Jamás había visto a alguien tan pálido.

Parecía tener unos once o doce años, con el cabello castaño claro y unos ojos grandes y verdes. Llevaba puesto un abrigo de lana muy sucio sobre una blusa ligera blanca de algodón y una falda de tela desvaída y estampada con flores que le llegaba hasta las rodillas. En los pies llevaba unas botas de goma que parecían casi congeladas. Mi padre la colocó de modo que sus pies quedaran apartados del fuego y no se calentaran con demasiada rapidez. Tenía la cara cubierta de mugre, igual que las muñecas y las manos.

—Jordy, enciende la cocina. Pon a calentar un poco de agua.

Hice lo que me dijo mientras él se dedicaba a frotarle los brazos y las piernas. La niña se quedó sentada y en silencio. Luego me miró como si me viera por primera vez.

Recuerdo que en ese momento pensé que esa niña casi había muerto allí fuera, y eso me sorprendió, porque su cara no mostraba emoción alguna, ni miedo, ni dolor ni alivio. Su rostro estaba tranquilo como la superficie de un estanque en un día sin viento. Daba la impresión de que solo había salido a dar un paseo y que había vuelto a un lugar familiar.

Cuando el agua estuvo tibia, mi padre vertió un poco en un cuenco y la utilizó para limpiarle las manos y la cara. Luego me dijo que la calentara más para hacer un té. Para entonces, la niña ya había recuperado un poco el color y Betty había dejado de gruñir. Estaba tumbada en la esquina, junto a la chimenea. Su embarazo estaba muy avanzado y tenía el típico aire lastimero de un basset hound, como si no se encontrara cómoda en su propia piel. La niña se acercó un poco más al fuego y se tomó el té a sorbos mientras mi padre iba frotando las botas de goma con un trapo caliente para luego sacárselas poco a poco.

Oí que le preguntaba su nombre, de dónde venía, cuánto tiempo llevaba allí fuera, si sus padres estaban cerca. No contestó a nada y, tras un rato, mi padre dejó de preguntar. Ella no dejó de mirarlo con cara tranquila, pero sin expresión alguna, estremeciéndose, mirando a la perra o a mí de vez en cuando, pero sin quejarse o emitir ningún sonido a pesar de que las friegas de mi padre debían de dolerle un poco.

Le quitó los calcetines de lana gruesos y vio que tenía los pies casi azules por el frío. Siguió frotándolos con un paño húmedo y tibio hasta que, tras un buen rato, tuvieron mejor aspecto.

Los dos ya estábamos bastante cansados cuando ella empezó a cabecear. Los ojos se le cerraban cada vez durante más tiempo y yo me sentí aliviado cuando mi padre la tomó en brazos y la llevó a mi dormitorio para ponerla en la cama de mi hermana.

—Tengo que quitarle la ropa —me dijo—. Espera fuera un momento. Te llamaré cuando todo esté listo.

Me habló con voz suave y amable. Al parecer, me había perdonado por mi mal comportamiento. Mejor aún, habló como si, al menos en ese momento, se hubiera quitado la depresión de encima como si fuese la piel de una serpiente.

La niña ya estaba dormida bajo tres mantas cuando me llamó. Le había puesto uno de mis pijamas. No me importó. Yo me sentía demasiado feliz por haber recuperado a mi padre, durara lo que durase ese buen humor.

—Le quedan muy cortos, pero los míos le irían demasiado grandes. Supongo que no importa. Apaga las luces, ¿vale?

—Claro, papá.

Me metí en la cama y él se inclinó sobre mí para darme un beso de buenas noches.

Me quedé sentado mucho rato en la oscuridad escuchando el viento agitar el abedul de enfrente de mi ventana y los silencios crepitantes habituales en la casa mientras pensaba en aquella desconocida que estaba durmiendo a mi lado, en la cama de mi hermana muerta, tan cerca que casi podía tocarla.

Cuando me desperté la mañana siguiente, ella ya estaba sentada en el borde de la cama, observándome con aquellos grandes ojos verdes. Tenía los labios un poco separados y las manos largas y delgadas dobladas en el regazo. Al principio pensé que era mi hermana, ya que la postura se parecía mucho a la de ella. Luego me despecé por completo y ella se echó a reír.

Su risa era tímida y de niña, pero, en cierto modo, no sé por qué, me resultó ofensiva. Me sonó igual que el cristal al romperse.

Betty eligió ese día para dar a luz.

Recuerdo que contemplé cómo se esforzaba para que saliera el primer cachorro. Los otros dos salieron sin problemas, pero el primero le costó. Gimió y se retorció tumbada en la estera colocada delante del fuego mientras mi padre y yo esperábamos con otro cazo de agua y un paño de limpiar. La niña también lo observó todo, sentada muy tiesa en la mecedora, delgada y alerta. Llevaba puesta una de las camisas viejas de franela de mi padre, que le llegaba hasta las rodillas. Para desayunar se había comido dos huevos, seis tiras de panceta y cuatro rebanadas de pan, y no parecía muy afectada por haber pasado la mitad de la noche bajo la tormenta.

Pero seguía sin hablar. Mi padre le volvió a hacer preguntas mientras desayunaba, pero ella se limitó a sonreír y a encogerse de hombros mientras devoraba la comida.

Luego mi padre me llevó aparte para hablar conmigo.

—Creo que es un poco retrasada, Jordy, pero es difícil estar seguro. Probablemente lo ha pasado muy mal.

—¿De dónde viene?

—No lo sé.

—¿Y qué vamos a hacer con ella?

—El teléfono no funciona. No hay mucho que podamos hacer de momento aparte de mantenerla caliente y alimentada. Ya veremos cuando mejore el tiempo.

Mi padre nos llevó al granero después de desayunar para mostrarnos sus progresos en el *Monitor*. Supongo que creyó que aquello interesaría a la niña. No fue así. De hecho, dio la impresión de que la maqueta le provocaba repulsión, como si el barco, o los barcos en general, le trajeran malos recuerdos. Recuerdo que pensé que, de algún modo, el mar representaba algo malo para ella, y me acordé del bosque. Ella hizo caso omiso de los modelos, se acercó a los caballos y empezó a acariciarlos. Tampoco estaba interesada en absoluto en las maquetas de mi dormitorio. En todo el tiempo que estuvo con nosotros, no las tocó ni una sola vez. Tampoco las revistas que mi padre le fue enseñando. La mayor parte del tiempo se lo pasó sentada y mirando, con los ojos fijos en el fuego o en la perra, meciéndose, sin decir nada.

Los cachorros eran muy bonitos y uno de ellos, el primogénito, era una auténtica preciosidad. Era un macho con una piel de color marrón rojizo, una máscara negra alrededor de los ojos y una estrellita blanca en mitad de la frente. Los otros dos cachorros eran hembras, con manchas blancas y marrones, adorables como cualquier cachorro, pero más comunes que el macho. Este, sin embargo, era distinto, así que decidimos quedárnoslo. Ya veríamos qué podíamos hacer para dar las hembras cuando llegara el momento.

Más tarde, ese día, mi padre y yo fuimos al granero para atender a los caballos. Él se dedicó a cepillarlos con pasadas fuertes y cortas mientras yo iba limpiando los cepillos para luego acercárselos. Les dimos de comer y les llenamos el abrevadero de agua. En el granero hacía tanto frío todavía que, a menos que mi padre estuviera allí con la estufa trabajando en la maqueta del *Monitor*; el agua se congelaba, por lo que había que cambiársela a menudo.

Cuando cruzamos la puerta de la cocina, lo primero que oímos fueron los gimoteos de Betty. Entramos en la sala de estar y allí estaba el cachorro macho, en el suelo delante de ella, devorado, de las patas traseras hasta el estómago. Betty lo estaba lamiendo con aspecto culpable y derrotado.

—A veces hacen cosas como esa, Jordy —me consoló mi padre—. Sé que es duro, pero supongo que había algo malo en el cachorro que nosotros no vimos. Los perros son capaces de sentir cosas como esa. No quieren que sus cachorros crezcan enfermos.

Yo tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. Mi padre se acercó y me dio un fuerte abrazo. Tras unos momentos me sentí mejor y me soltó. Me acerqué a la cocina para

coger papel de periódico y limpiarlo todo. Betty seguía lamiendo la cabeza del cachorro como si hubiera acabado de nacer, como si fuera capaz de revivirlo.

Me di la vuelta y vi que la niña estaba de pie a mi espalda. Recuerdo que la miré de hito en hito, desafiándola a que se riera, pero no lo hizo. Simplemente miró a través de mí, como si yo no estuviera, y contempló cómo Betty seguía lamiendo a su cría. No sabía si era cierto o no que Betty había sentido algo respecto al cachorro, tal y como había dicho mi padre, pero de lo que sí estaba seguro era de que yo presentía algo respecto a la niña y de que, de algún modo, al perrito no le habría pasado nada si ella no hubiera estado en la casa. No sabía qué había hecho, pero sabía que había hecho algo.

Esa noche me aseguré de que ella fuera la primera en irse a dormir.

Uno se puede acostumbrar a todo, incluso a una desconfianza permanente, sobre todo si eres un niño. Mi padre le había abierto el corazón a la niña y yo no podía hacer nada para cambiarlo. Le dejé bien claro que ni me gustaba ni confiaba en ella, pero él me dijo que debía darle tiempo.

La niña se quedó.

Intentamos por todos los medios posibles encontrar a sus padres o a sus parientes: carteles, anuncios de radio, periódicos. La compañía de mi padre llegó incluso a financiar una serie de anuncios de dos minutos en la televisión local. Cuando quedó claro que no iba a aparecer nadie, mi padre inició el procedimiento formal de adopción, que, para mi alegría, se eternizó. Los de asuntos sociales estaban convencidos de que debían ser ellos quienes se encargaran de la niña, sobre todo porque mi padre era viudo. Él contrató a un buen abogado, que apenas podíamos permitirnos, para hacerles frente. Mientras tanto, había que darle un nombre.

La llamamos Elizabeth, como mi madre.

No fue idea mía, pero a él parecía hacerle feliz.

Nuestras vidas cayeron poco a poco en la rutina. Mi padre iba a trabajar. Nosotros íbamos a la escuela. Era un edificio de seis aulas y Elizabeth destacaba como un grano en la cara. Jamás habló. No parecía atender en ningún momento a lo que se le decía. Frustró cualquier intento de enseñarle algo. Se quedaba sentada y jugando con el lápiz mientras las lecciones seguían su curso. Si te acercabas a ver lo que estaba dibujando, lo rompía de inmediato. La atención individual tampoco sirvió. Se quedaba mirando a la señorita Strawn con sus grandes ojos verdes vacíos, como si ella y la profesora procedieran de planetas distintos. Sabíamos que era capaz de entender el lenguaje, las órdenes sencillas, pero solo las obedecía si ella quería. Bueno, salvo que se las diera mi padre. En ese caso, respondía con una media sonrisa maliciosa que a mí me disgustaba muchísimo y se apresuraba a hacer lo que se le había dicho.

Pensé que era extraño que ningún chico del colegio se metiera con ella. Allí

estaba, una niña de once o doce años sentada en el aula de tercero, junto al resto de nosotros, que sí íbamos a la clase que nos tocaba, donde no aprendía nada, no hacía nada. Estaba claro que iba a repetir mientras los demás pasaban de curso y, a pesar de todo eso, nadie se burlaba de ella. La verdad es que era muy bonita, probablemente la niña más bonita de toda la escuela, con su piel clara y su largo cabello brillante. Al principio pensé que se trataba de eso, pero había algo más en ella, algo a lo que solo yo y la frustrada señorita Strawn éramos inmunes.

En aquel entonces no conocía la palabra para describirlo. Ahora creo que lo calificaría de embrujo. Es esa cualidad que se ve en los ojos de un gato cuando te mira con fijeza. Se trata de una inteligencia que solo eres capaz de entender en parte, pero que te crea una necesidad irrefrenable de comprender, te obliga a intentarlo por todos los medios.

Llegó el verano y mi padre siguió yendo al trabajo, por lo que me quedaba a solas con ella todo el día. Me pasaba todo el tiempo que podía fuera de la casa para evitarla. Paseaba por el bosque con Betty y sus cachorros, Hester y Lily. Habíamos decidido quedarnos con ellas después de que el macho muriera. Para entonces eran dos animales bastante grandes. Vadeábamos los arroyos, perseguíamos conejos o ardillas, encontrábamos rastros de zarigüeyas y nidos de pájaros y tortugas. Me esperaba hasta que hubiera pasado la hora de cenar para regresar a casa, cuando sabía que mi padre ya habría vuelto. No tenía ni idea de lo que hacía Elizabeth todos aquellos ratos que pasaba sola, pero tampoco me importaba. Durante un tiempo revise mi habitación, pero ella no tocaba nada mío ni se acercaba a las maquetas de mi padre. Cuando volvíamos a casa, la mayoría de las veces la encontrábamos sentada a la sombra meciéndose en el columpio del porche, tejiendo como una anciana.

Solo tejía cuadrados con los colores del bosque: el marrón de la tierra y de las hojas de otoño, o el azul y el verde del verano. Mi padre pensaba que eran bonitos. Para mí no tenían sentido alguno.

Pensaba que estaba loca.

Pero eso no era importante.

Solo me asustaba de verdad por las noches.

Una vez me desperté y me la encontré inclinada sobre mí, a menos de un metro, mirándome fijamente. Juro que sentí su aliento en el cuello. La empujé con fuerza para que se apartara y ella se limitó a sonreírme y a meterse de nuevo en la cama. Otra noche me la encontré en cueros delante de la ventana mirando hacia el granero. No era la primera vez que la veía sin ropa. No era muy pudorosa a la hora de vestirse o de bañarse, pero había algo sobre lo de estar desnuda y a oscuras delante de la ventana que me inquietó, y me quedé mirándola durante un largo rato.

Era delgada como una estaca, sin un gramo de grasa en el cuerpo si no se

contaban sus nalgas o sus pequeños pechos. Sus ojos se movían sin cesar bajo la luz de la luna, yendo de un sitio a otro como si estuviera buscando algo. Por fin se dio la vuelta y yo cerré los ojos para fingir que estaba durmiendo mientras ella se ponía el pijama y se metía de nuevo en la cama. Solo entonces me atreví a quedarme dormido.

Más tarde, una noche al final del verano, me desperté de un sueño en el que era un marinero que, desde un barco, bajaba de un salto a un muelle viejo y podrido que se elevaba a gran altura sobre el mar. El suelo del muelle cedió y me precipité contra las rocas y el mar agitado que me esperaban abajo. Me desperté justo cuando iba a estrellarme contra el agua. La cama de Elizabeth estaba vacía. Estaba a punto de amanecer. Me levanté y me acerqué a la ventana. Fuera todo estaba en silencio. Me dirigí a la sala de estar, pero tampoco se encontraba allí. Solo estaban los perros, acurrucados y roncando sobre la alfombra. La puerta del dormitorio de mi padre estaba abierta. Me acerqué y miré en el interior.

Mi padre dormía. Elizabeth estaba sentada a los pies de la cama observándolo. Su largo cabello castaño le caía en cascada por la espalda desnuda. Tenía las dos manos delante de ella, entre las piernas separadas, y movía las caderas de un modo lento y rítmico, hacia delante y hacia atrás, mientras las manos y los hombros se movían hacia arriba y hacia abajo. La contemplé sin saber lo que estaba haciendo, pero consciente de que aquello debía de ser algo malo, por su desnudez, por cómo se tocaba. Vi las gotas de sudor que le cubrían la frente y le hacían brillar los hombros. Se sacudió el pelo.

Al hacerlo, giró la cabeza hacia un lado y, de repente, me estaba mirando fijamente.

Separó los labios para gruñirme y yo salí corriendo hacia mi dormitorio. Me subí de un salto a la cama y bajé de la estantería la maqueta terminada tiempo atrás del *Monitor*, una pieza sólida y tranquilizadora, y la empuñé con las dos manos como una maza, del mismo modo que había empuñado el endeble galeón español meses antes, temeroso de la Criatura del Armario. Me quedé allí escuchando los fuertes latidos de mi corazón, a la espera, hasta que apareció en la puerta.

Se echó a reír, con una risa fuerte y aguda, burlándose de mí mientras miraba el *Monitor* y luego me miraba a la cara. Entró con lentitud en la habitación y se quedó al otro lado de la cama mientras se ponía el pijama. Primero se puso la parte de arriba, se la abotonó, y después se puso los pantalones, todo ello sin dejar de observarme. No había risa alguna en sus ojos, tan solo el frío gris del invierno y una advertencia.

Se metió en la cama y fingió dormir. La miré a la cara. Seguía sonriendo.

Fui a la cocina y me senté a la mesa, donde esperé hasta que oí a mi padre salir de la cama. Cuando entró bostezando en la cocina, se sorprendió y le hizo gracia encontrarme allí. Todavía tenía el *Monitor* en las manos.

Fue la primera de las noches de todo el otoño en las que me desperté y ella no estaba,

pero después de lo ocurrido siempre supe adonde iba. Solo una vez, y para confirmarlo, intenté encontrarla de nuevo. Estaba de pie al lado de la cama de mi padre, de espaldas a mí y con sus largas piernas separadas, con las manos moviéndose arriba y abajo delante de ella, como la otra vez. Me di la vuelta y me volví a la cama.

Estaba preocupado. Estaba preocupado por mi padre y por aquellas visitas nocturnas. Se suponía que los niños no se metían a hurtadillas en las habitaciones de los mayores mientras dormían, y mucho menos a hacer esas cosas. Ella no le estaba haciendo daño, al menos, físicamente, pero yo sabía que le estaba hiriendo de algún otro modo que no era capaz de comprender.

Me pregunté qué ocurriría cuando se lo contara. Siempre supe que acabaría contándoselo. Tenía que hacerlo. Tan solo era cuestión de saber cómo y cuándo. Pero ese cómo y ese cuándo eran precisamente el problema. Él estaba convencido de que no había nada malo en ella, de que tan solo era un poco extraña, vale, quizá un poco retrasada. Él no había visto lo que yo había visto. Supongo que, a su manera, la quería. Sin duda, se preocupaba por ella, tenía sentimientos hacia ella. Yo temía perder aquel padre feliz que había recuperado y volver a encontrarme con el hombre infeliz que había perdido.

También le tenía miedo a ella. Había cambiado de opinión sobre Elizabeth. No estaba loca. Era mala. Malvada.

La criatura del bosque.

A veces estaba despierto cuando volvía de la habitación de mi padre y veía la expresión de su cara, el lánguido movimiento de su cuerpo. Me preguntaba qué pasaría si quisiera más. ¿Qué ocurriría si aquello no era más que el comienzo? Ni siquiera estaba seguro de a qué me refería cuando pensaba en algo más, pero la idea no dejaba de acosarme.

No dejé de pensar en el cachorro de Betty.

Así que lo fui retrasando, una y otra vez, a sabiendas de que me equivocaba, de que al no decirlo la estaba ayudando de algún modo. Ahora sé que estaba esperando alguna clase de señal. Una señal que me indicase que había llegado el momento de contárselo. Y, finalmente, llegó.

Solo teníamos un pariente cerca. Era la hermana de mi madre, la tía Lucy, que vivía a unos cincuenta kilómetros, en Lubec. Era una viuda que tenía unos quince años más que mi madre, así que por aquel entonces tenía unos setenta. Era una mujer alegre a la que le gustaban las faldas de color borgoña y las blusas blancas de cuello alto. Sus dos hijas vivían con sus respectivas familias en Hantford y New Haven. Su esposo le había dejado bastante dinero al morir, además de la casa, una monstruosidad de estilo eduardiano que mantenía limpia y ordenada con la ayuda de una doncella que iba a diario. Solo utilizaba el primer piso y sellaba el resto en invierno para ahorrar

calefacción. Decía que tanto espacio vacío la hacía sentirse sola.

Su cumpleaños era el 19 de diciembre y por esas fechas se sentía especialmente triste. No podía viajar mucho. La artritis de su cadera derecha era tan aguda que estaba pensando incluso en ponerse una prótesis. No nos había visitado desde hacía años porque la doncella no sabía conducir, así que le preguntó a mi padre si yo podría quedarme con ella el fin de semana anterior a Navidad. Él me preguntó si me parecía bien y lo le dije que sí. Creo que se sintió aliviado por no tener que pasar las vacaciones allí, ya que la tía Lucy le recordaba a mi madre y los tiempos felices en que la visitaban juntos. Así pues, yo sería su embajador. Por lo que a mí se refería, yo estaba encantado con la tía Lucy, quien parecía tener un chiste para cada ocasión. Además, estaría en un pueblo, para variar, un pueblo donde había un cine, una librería y una tienda de antigüedades repleta de cabrestantes, cabos, timones y aparejos, donde siempre pasaba algo. La visita en sí ya era un regalo. Por último, tampoco me parecía mal librarme de Elizabeth unos cuantos días.

Pero dejar a mi padre con ella me angustiaba.

De hecho, estaba tan preocupado por dejarlos a solas, con lo que había visto, que en el viaje a Lubec reuní el valor suficiente como para empezar a contárselo.

—¿Quieres decir que camina en sueños?

—No, papá. Está completamente despierta. Estoy seguro de que está despierta. Ella entra en tu habitación. Sin ropa puesta. Y se hace cosas. Aquí abajo.

Me miró un momento, vio lo que me estaba tocando y asintió. Luego centró de nuevo la mirada en la carretera. No dijo nada durante un rato. Se quedó mirando hacia delante mientras pensaba.

—No la he visto nunca hacerlo —me dijo al cabo de un rato. Luego me dio unas palmaditas en la pierna—. No te preocupes. Yo me encargo de todo. Estaré atento a lo que hace.

Eso fue lo único que dijo. Me sentí aliviado. Ya todo dependía de él.

La tía Lucy nos recibió en la puerta, y él se quedó a tomar café y galletas. Luego dijo que tenía que marcharse, la besó en la mejilla y a mí en la frente. Nos quedamos de pie en el porche mientras se alejaba y fue entonces cuando tuve mi segunda premonición, la misma que había tenido un año antes en aquella noche nevada, cuando se cerró la puerta.

Duró tan solo un momento. No dejé que la tía Lucy me viera llorar. Quizá debería haberlo hecho. Quizá eso habría cambiado las cosas. Quizá.

Esa noche nevó.

Estuvo nevando los cuatro días y noches siguientes a mi llegada, incluido el día del cumpleaños de mi tía. Las dos primeras noches pude llamarlo. La primera me contó que todo estaba bien. La segunda me susurró otra cosa.

—Jordy, sobre lo que hablamos en el coche... Solo quería que supieras que

duerme de un tirón. No pasa nada. Pero me alegro de que te preocupes por tu hermana.

¡Mi hermana!

Los teléfonos se estropearon la tercera noche. La tormenta fue aún peor que la del año anterior y las líneas quedaron cortadas en medio condado. Lloré hasta quedarme dormido. La tía Lucy sabía que algo me pasaba. Estaba desconcertada y disgustada. De lo único que yo era capaz de hablar era de cuándo iba a dejar de nevar para que pudiera regresar a casa. No podía contarle lo que realmente me inquietaba, ni tampoco había modo alguno de salir de allí.

Fue en algún momento del cuarto día cuando algo cambió en mi interior y entré en una especie de estado silencioso y sombrío. Solo hablaba cuando me hablaban y siempre respondía con un murmullo bajo que todavía hoy oigo. De la noche a la mañana me cambió la voz y se hizo más profunda, más adulta. Mi forma de caminar también cambió, con una zancada más larga, más suelta, con unos pasos firmes y seguros. Todos los que me vieron después se dieron cuenta y lo comentaron, pero solo mi tía Lucy supo que había comenzado allí, en su casa, el cuarto día de la tormenta.

Antes de que lo supiéramos.

Yo estaba totalmente en blanco. La verdad es que no recuerdo nada de lo que pasó durante los dos días siguientes, hasta que dejó de nevar y los equipos de limpieza se pusieron a despejar las carreteras. Me pasé todo el día pegado al teléfono intentando ponerme en contacto con él. Nadie me contestó. A las tres de la tarde, mi tía le pidió ayuda a un vecino, el señor Wendorf, para que nos llevara en su camioneta hasta mi casa. Para entonces, también ella estaba preocupada. El señor Wendorf, un individuo delgado de su misma edad, que se estaba quedando calvo y que había trabajado en una compañía telefónica, se pasó la mayor parte del viaje intentando tranquilizarnos diciéndonos que si alguien no respondía al teléfono no indicaba necesariamente que no estuviera en casa, y menos con aquel tiempo.

La casa presentaba un aspecto muy parecido al que había tenido el año anterior por esas fechas. Había grandes acumulaciones de nieve en las paredes y un manto blanco, delgado y silencioso, lo cubría todo de un modo que parecía que los árboles, la casa y el granero estuvieran congelados en sus respectivos sitios. Daba la impresión de que el viento no encontraría asidero alguno en aquella espesa capa. Tan solo podía rozarnos y pasar ligeramente sobre nuestros rostros mientras recorríamos los cinco metros que separaban el coche de la puerta delantera, a través de una nieve que nos llegaba hasta la cintura.

Golpeamos la puerta y mi tía Lucy lo llamó a gritos, pero no hubo respuesta. Oí a los caballos piafar en el granero. De la chimenea no salía humo. La casa parecía muerta.

Al lado de la puerta había una pala. El señor Wendorf la utilizó para quitar nieve suficiente como para que pudiéramos abrirla. Incluso él parecía intranquilo para

entonces. Yo no lo estaba. Estaba más allá de eso. Estaba vacío.

El olor del lugar nos asaltó de inmediato. La tía Lucy me echó atrás y me dijo que esperara allí. Pero abrí la puerta con mucho cuidado y entré detrás de ellos. Los perros no estaban. No había visto rastro de sus pisadas alrededor de la casa. Nunca los encontramos.

Atravesaron la sala de estar y miraron en la cocina al pasar por delante. Allí no había nadie. El fregadero estaba limpio, y la encimera, vacía.

Luego llegamos ala habitación de mi padre y mi tía comenzó a chillar con las manos pegadas a la cara. Gimió y chilló, y el señor Wendorf empezó a decir «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Señor!» una y otra vez, como un mantra, mientras miraban hacia el interior del dormitorio. La tía Lucy acabó dándose la vuelta para echar a correr y luego vomitar en la alfombra que había al lado de la chimenea apagada.

Mi padre estaba tendido en la cama con un pijama de color amarillo. Tenía la ropa desgarrada y cubierta de sangre reseca. La boca estaba abierta a la fuerza y los ojos miraban al techo. Estaba con los brazos y las piernas extendidos, como cuando se hacen ángeles en la nieve. Los intestinos le salían del cuerpo hasta llegar al suelo y luego subían de nuevo hasta el cabecero de la cama como si fueran una larga serpiente de color marrón grisáceo. El corazón estaba debajo del brazo derecho, y el hígado, debajo de la mano, e incluso yo fui capaz de darme cuenta de que estaban parcialmente devorados, y los intestinos, masticados.

Lo capté todo. Pensé en el cachorro macho de Betty y solo empecé a llorar cuando Wendorf intentó sacarme de allí.

—Han sido los perros —dijo el *sheriff* Peters cuando ya casi era de noche—. Deben de haber desfallecido de hambre y lo han atacado. Siento que lo vieras, hijo.

Eso lo dijo solo por mí, para cubrir las apariencias. Pero no me engañó ni a mí ni a nadie.

Había comida de sobra en la cocina y mi padre hubiera pasado hambre antes de permitir que la pasaran los perros. Fue Elizabeth. Había huellas que salían por la puerta trasera y se extendían a lo largo de unos seis metros antes de desaparecer entre la nieve.

Yo sabía que había sido ella, y él también lo sabía. La buscaron durante semanas, pero yo estaba seguro de que no la encontrarían. Solo me pregunté qué les habría pasado a Betty y a los cachorros. El *sheriff* había visto lo mismo que yo y se lo imaginaba perfectamente. Había visto la cara de mi padre. Su boca abierta.

Abierta de un extremo a otro por la maqueta del *Monitor*.

Fuera cual fuese el lugar de donde había venido, había regresado a él.

Y no era el mar.



JACK KETCHUM es el pseudónimo de **Dallas Mayr** (New Jersey 1946) escritor de terror estadounidense. Se graduó en la escuela de Livingston en 1964. Era actor, maestro y vendedor de madera. Fue el escritor favorito de Robert Bloch, autor de *Psycho*, también el agente literario de Henry Miller, autor de *Trópico de Cáncer* y ha sido elogiado por iconos literarios como Stephen King. Su primera novela, *Off Season* (1981), es el principio para unas series de novelas y historias donde el protagonista es el hombre, un animal increíblemente ambiguo. A menudo las historias de Ketchum se basan en hechos reales: se inspiró en el asesinato de una joven llamada Sylvia Likens, que tuvo lugar en 1965, para escribir su novela *The Girl Next Door*. Con los años, Ketchum ha recibido numerosos premios por obras como *The box*, *Closing Time*, *Peaceable Kingdom*, *Gone* (que se publicó por primera vez en *October Dreams*). *Dreams: A celebration of Halloween* (editada por Richard Chizmar y Robert Morrish).

Fue nominado para el Premio Bram Stoker 2000 como Mejor Corto Ficción. Muchas de sus obras se han convertido en películas, como *The Lost*, *The Girl Next Door* y *Red*.